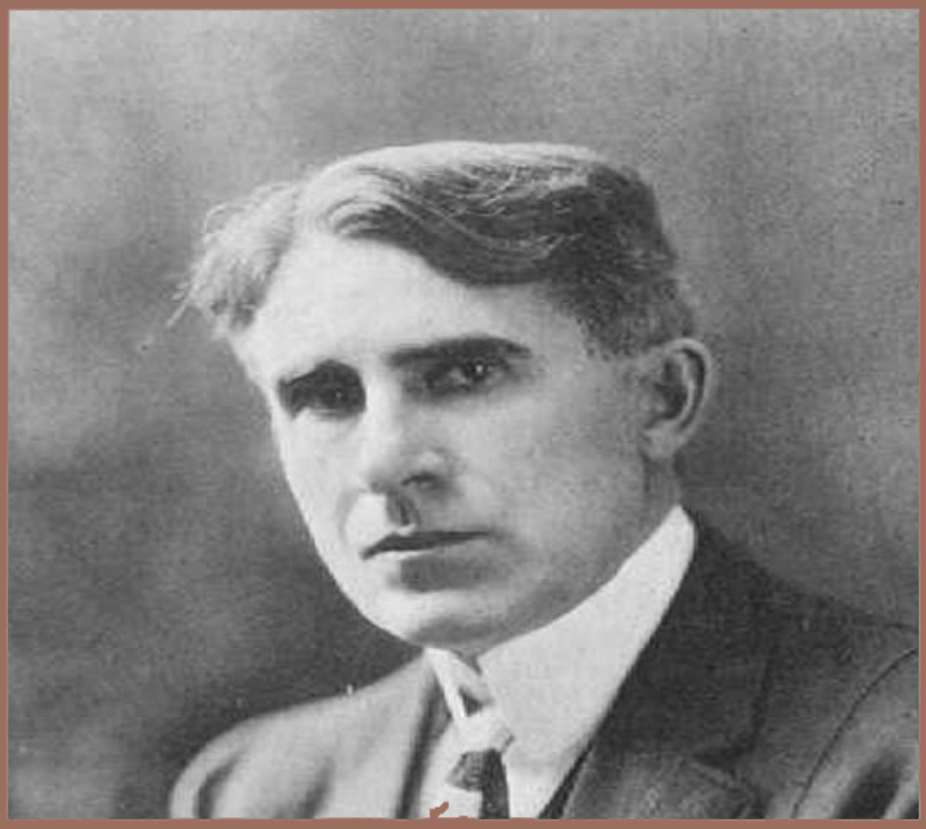
ARIZONA
ZANE GREY



ARIZONA

ZANE GREY

Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

Estamos en el mes de noviembre; nos hallamos en la Cuenca del Tonto.

Desde el Cerro del Mescal, los dientes blancos y agudos de las cordilleras se clavan en el cielo azul, cerrando el horizonte por tres lados. Al Oeste los Montes Mazatzal, de salvaje aspereza; al Sur, los Cuatro Picos majestuosos y simétricos; a lo lejos, por el Este, la Sierra de Aneas se dibuja blanca y azul. Detrás del Mescal, y dominándole - imponente y cercano al parecer, por lo enrarecido de la atmósfera -, se eleva el borde negro y coronado de nieve de la Meseta de Mogallán, cerrando todo el Norte con sus trescientas millas de abruptos promontorios y cañones purpúreos.

Pero aunque estamos en invierno en las alturas, abajo en las innumerables lomas que cruzan la Cuenca como las costillas de un esqueleto colosal, aún dura el otoño. En rincones abrigados donde llega el sol por algunos resquicios, brillan las hojas verdes y oro de los sicómoros, y el brote oscuro de los robles se destaca vivamente sobre el gris acero en remolinos o deslizándose sereno en largos remansos. Las laderas se alejan ondulantes del Cerro del-Mescal, como un mar verde de pinos, abetos y cedros, un manto que parece espeso en la distancia, pero que más cerca muestra claros, rocas grises, acantilados rojos y un suelo pardo por las agujas de los pinos, escarlata por el zumaque y azul por el enebro.

El Cerro del Mescal es elevado y largo, sinuoso y áspero, de cresta graciosamente arqueada, libre de árboles y cubierta en gran número de hectáreas por hierba plateada, donde prosperan abundantes macizos de cactos bajos y espinosos y el mescal, que da al cerro su nombre. Las puntas de las hojas, del mescal terminan en un espino negro y agudo, muy temido por el ganado y los caballos. Como las espinas de la cholla, las del mescal se rompen al entrar en la carne y se adentran en ella. El mescal, por sus terribles espinan y por el líquido que destila su corazón, simboliza la naturaleza dura y amarga del Tonto.

El viejo cazador Cappy Tanner regresaba del Sur conduciendo sus siete burros; y esta vez volvía al Tonto más tarde que ninguno de los demás otoños. Su tardía llegada obedecía en parte al éxito próspero de sus dos últimas temporadas de caza. Se había detenido en Prescott y Mari-copa a comprar regalos para sus buenos amigos, la familia Ames. Para Tanner había sido aquel un amoroso trabajo, pero, de todos modos, asaz embarazoso.

Tres millas al oeste del Tonto, el sendero del Cerro del Mescal se separaba de la carretera. Cappy entró en él, alegre al emprender la última jornada de su largo viaje. Cada uno de los pinos gigantes parecía saludarle al pasar. Él los conocía todos, y los cedros y los enebros; hasta los zarzales de manzanita, desprovistos aquel año de sus frutos amarillos. En el camino, invadido por la hierba no se veían rastros de ganado ni de caballos. Aquello le sorprendió. Hacía varias semanas que no llovía por allí, y si algún animal hubiera pisado aquel camino últimamente, se habrían visto las huellas.

Cappy se sentó al pie de un corpulento pino para descansar y comer un poco de pan y carne. El sol calentaba mucho y la sombra era agradable. Sus burros empezaron a pastar en las altas hierbas. Empezó a pensar que había descansado con frecuencia en sus seis semanas de viaje hacia el Norte. Se dio cuenta de que era un poco más lento que el último año.

El antiguo y familiar susurro del viento entre los pinos era música para él, y el olor seco y penetrante de las siemprevivas, un tónico. ¡Qué alivio *y* qué descanso después tuvo en el Valle de la Primavera a presentar sus respetos del desierto! Cappy observaba los asnos, la sombra de las ramas de los pinos, los grajos alborotadores. Había estado seis meses fuera del Tonto y la noche anterior, en la taberna en Shelby, escuchó rumores alarmantes sobre sus amigos y vecinos, los Tatte.

Ocuparon su mente durante toda la jornada de dieciocho millas desde Shelby, con tal intensidad que no se detuvo en el Valle de la Primavera a presentar sus respetos a los Tate, omisión que éstos observarían, sin duda alguna.

-Me parece que aquella guerra del Valle dejó malas pasiones que nunca se extinguirán

de todo - soliloquiaba Tanner meneando tristemente la cabeza. Estuvo en el Tonto durante la explosión de la terrible contienda entre ganaderos, pastores *y* cuatreros, y la vio acabar con el exterminio de todas las facciones. Pero la herencia de una mala sangre había llegado a las pocas familias que quedaron en aquella parte salvaje de la Cuenca del Tonto.

Habiendo comido y descansado, Tanner reanudó su viaje, hallándose mejor a medida que se separaba de la carretera y se internaba en el bosque. Cuando empezó a percibir señales de venados y bandadas de pavos silvestres, y a ver dónde los osos habían roto las ramas de los enebros para comerse sus frutos, se dio cuenta de que se acercaba a su hogar.

Por fin el sendero salió de la densa sombra del bosque a la plena luz del sol, brillante sobre lomas cubiertas de robles, con espesos matorrales en las cañadas que las separaban. Del camino partían muchas barrancas que descendían todas en la misma dirección. Acá y allá, por entre los desfiladeros de la sierra, se percibía el cañón oscuro y púrpureo, que sugería con viveza la idea del oso y el jaguar. Volvió una brusca punta de maleza y robles para salir sobre la alta ladera del Cañón del Tonto. El paisaje era magnífico, solitario, bravío *y* accidentado en extremo. El melodioso murmullo del agua corriente activaba la memoria. ¿Cómo encontraría a los Ames: Neta Rich y las niñas mellizas?

El profundo cañón se abría estrecho entre abruptas laderas de roca y macizos de abeto y roble, y se ahondaba y estrechaba por entre dos muros color de bronce oscuro, hasta llegar al sombrío e inaccesible abismo llamado la Puerta del Infierno. Cuando los perros perseguían a un oso por aquel cañón, la caza acababa. Los osos bajaban a estanques y rápidos, donde ningún perro podía llegar.

El Cerro del Mescal *se* extendía en toda su longitud ante los ojos ansiosos de Tanner. Plateado, negro y verde, se elevaba entre los demás cerros del Tonto como el lomo poderoso de un animal gigante. El ganado y los venados pastaban en los prados de hierba gris. Aquél era el rancho en que los Ames criaban el poco ganado que poseían, y a Tanner le pareció que sus rebaños habían aumentado, si todo lo que veía les pertenecía a ellos.

Empezó luego a descender y por algún tiempo perdió de vista el bello panorama. Cuando volvió a salir a un punto elevado del sendero, estaba en la mitad de su descenso y veía ya el verde llano bajo un acantilado saliente del Cerro del Mescal. La parda vivienda de leños parecía minúscula junto a los tres grandes abetos; el jardín de cuadros verdes y grises conducía al campo de maíz, donde pastaban los caballos. La cerca de hierro que Rich Ames levantara con ayuda de Tanner, estaba ya cubierta por las parras.

El viejo cazador mostraba la misma ansiedad que animaba a sus burros. Anduvo rápidamente el resto zigzagueante del camino, cruzó el prado arenoso y sombreado por los robles y se detuvo al borde del río. El agua estaba baja y en la rápida corriente flotaban hojas de sicómoro. Cappy subió más arriba del remanso donde bebían sus burros dejó a un lado el sombrero, se tendió boca abajo sobre una roca plana y bebió hasta hartarse.

-¡Aahh! - exclamó al levantarse, enjugándose las barbas. ¡El Tonto! ¡Agua de nieve filtrada por rocas de granito! Sólo un hombre del desierto o un cazador ausente mucho tiempo de las montañas rocosas era capaz de apreciar debidamente aquella agua pura, fría y clara.

Más allá del remanso, el sendero seguía por la orilla hasta el prado y luego volvía hacia los tres abetos y la casa de leños verdeantes por el musgo. Los perros anunciaron la llegada de Tanner y no por cierto amistosamente, mas al reconocer al cazador se aquietaron y el rojo y corpulento padre se avino a mover un poco la cola. Luego, unos gritos juveniles siguieron atestiguando la llegada de Tanner. Dos muchachas se acercaron corriendo, las brillantes cabelleras flotando sobre sus cabezas.

-¡Tío Cappy! - gritaron al unísono, y se lanzaron sobre él, sin aliento, trastornadas por la alegría del alma solitaria al advenimiento de un amigo amado.

-¡Bueno, bueno! ¡Mescal y Manzanita! Cuánto me alegro de volver a veros... ¡Cómo habéis crecido!

-¡Ha pasado tanto tiempo! -jadeó la que ya estaba colgada de su cuello y a quien él

tomó por Mescal.

-Teníamos miedo de que ya no volvieras - añadió Manzanita.

Las gemelas tenían ya seis años, si a Cappy no le engañaba la memoria. Una de las más soberbias fanfarronadas de Tanner era sostener que las distinguía perfectamente, pero no se atrevió a decirlo tan pronto. ¡Cómo le llenaba de placer el calor de sus brillantes ojos azules y el capullo rosa de sus morenas mejillas, y los labios rojos y entreabiertos! Cappy temió que sus ojos empezasen a ver menos; o quizá se le nublaron por un momento.

-Pues ya sabíais que volvería, niñas--replicó Tanner. -Madre siempre lo ha dicho - afirmó una de las mellizas.

-Y Rich se reía diciendo que no podrías permanecer lejos del Cerro del Mescal - añadió la otra.

-Rich tiene razón. Bien, ¿y cómo estáis todos?

-Madre está bien. Todos estamos bien; pero Nesta está fuera, de visita. Hoy volverá. ¡Cuánto va a alegrarse! Rich está de caza con Sam.

¿Sam? ¿Quién es Sam? - inquirió Cappy, al recordar que Rich rara vez cazaba con nadie.

-Sam Playford. Está aquí desde la primavera pasada. Tiene un rancho más arriba, al lado del río. Rich está siempre con él y todos le queremos mucho, tío Cappy. Está enamorado de Nesta.

-Ah! ¡No me extraña! ¿Y Nesta, está enamorada de él?

-Madre dice que si y Rich dice que no - contestó Nesta riendo.

-¡Hum! ¿Y qué dice Nesta?-preguntó Cappy con ciertos malos presentimientos.

¡Nesta! Ya la conoces. No hace más que mover la cabeza - replicó Manzanita.

-Pero le gusta Sam-protestó con seriedad Mescal. - La hemos visto dejar que Sam la besara.

-De eso ya hace mucho tiempo, Manzi. - Al oír este nombre, Cappy se dio cuenta de que había estado tomando a Mescal por Manzanita -. Lee Tate le hace el amor, tío Cappy.

-¡No! ¿Lee Tate? - exclamó, incrédulo, el viejo cazador.

-Sí; era un secreto - dijo Mescal, muy seria -, pero Rich descubrió a Nesta... ¡Y la puso buena! Pero fue inútil. Madre dice que Nesta está más loca que una gallina. -

-Bien, bien; esto son noticias - murmuró Tanner pensativo, sin dejar *de* mirar hacia Ja casita -. ¿Dónde está Tommy? Creí que le vería a él primero.

Los ojos azules de Mescal se oscurecieron y se llenaron dé lágrimas. Manzanita volvió la cara. Algo frío oprimió *el* corazón de la vieja.

-Tommy ha muerto - murmuré Mescal.

- ¡No! - exclamó Tanner con vehemencia.

-Sí. En junio. Se cayó de las rocas. Rich y Nesta no estaban en casa. Nosotras no pudimos llamar a un médico y murió.

-¡Señor! ¡Cuánto lo siento! - exclamó el cazador.

-Como nosotros, sobre todo Rich.

En este momento, la madre de la niña, apareció en el porche de la casa, sacudiéndose la harina de sus brazos fuertes y morenos. De menos de cincuenta años, aún hermosa, rubia, alta y fuerte, era una ranchera a quien la reciente contienda del Tonto había dejado viuda.

-¿Pero si es tío -Cappy! - exclamó con calor -. Estaba pensando por qué gritarían las gemelas. Luego, he visto los burros... Bienvenido tan bienvenido como el agua de mayo.

-Gracias, señora Ames. Usted está tan guapa como siempre-contestó Cappy -. Me alegro mucho de volver al Cerro de Mescal. Es casi la única casa que he tenido en la vida..., en los últimos años, pero lo menos;.. Siento mucho lo de Tommy...

-No hubiera sido tan duro para nosotros si se hubiera matado en el acto - dijo ella con tristeza -. Lo terrible es que acaso habría podido salvarse si se le hubiera asistido a tiempo.

-Bueno... Ahora, voy a seguir. He traído algunas cosas para todos ustedes. Las dejaré aquí *y* me llegaré hasta mi cabaña. Tan pronto como descargue el equipaje, volveré.

-A cenar con nosotros. Rich ya habrá vuelto, y quizás Nesta.

-A cenar vendré - convino Cappy.

Luego, descargó un fardo de uno de los burros y lo llevó hasta el porche, donde lo dejó. Las niñas observaban, expectantes, sus movimientos.

-Atiende aquí, Mescal - dijo Cappy amenazándola con un dedo duro como el cuerno -; ¡como te atrevas...!

-Yo soy Manzanita, tío Cappy - interrumpió la muchacha.

-¡Ah, sí! -continuó Cappy, desconcertado.

-Se te ha olvidado el modo de distinguirnos - interrumpió alegremente Mescal.

-Sí, así parece..., pero no importa; pronto lo recordaré. Pues a las dos os lo digo, Manzanita y Mescal: ¡cuidadito con abrir ese paquete!

-¡Pero, tío, *si* vas a tardar tanto! - gritaron las dos a coro.

-No; menos de una hora. Prometedme que esperaréis. No quisiera perderme el ver vuestras caras cuando lo abra yo, ni por toda la caza de un invierno.

-Lo prometeremos si vuelves pronto.

La señora Ames confesó que también ella tendría que combatir la tentación, y le recomendó que se apresurase.

-No tardaré - afirmó Tanner, y arreando a los cansados burros fuera de la sombra, los condujo hacia el sendero.

A un extremo del claro, la explanada se estrechaba hasta convertirse en una faja de terreno, y el sendero se internaba por entre pinos gigantescos, abetos y abedules, y se metía después por una abertura de la rocosa muralla, de la cual salía un arroyuelo que corría en cascadas y profundos remansos. Aquélla era la entrada a un cañón de altas murallas, en la cual el sol entraba sólo parte del día. Por el otro lado desembocaba en un valle en miniatura, aislado y solitario, poblado de siemprevivas y sombreado por elevados riscos.

.Cappy llegó a su pequeña cabaña con una sensación de profunda gratitud.

-¡Cuánto me alegro de estar en casa! - dijo, como si la pequeña y pintoresca morada tuviera oídos. Había levantado aquella casa tres años antes, ayudado de cuando en cuando por Rich Ames. Antes vivía en un extremo del Cañón Dudoso, donde éste bostezaba, como decía Cappy, bajo la gran muralla de la meseta.

Descargó los fardos y les puso esquilas a los burros; luego, acaricié a éstos alegremente, diciendo:

-¡Afuera, a pastar! Tenéis una buena temporada de descanso y, si no os volvéis locos, no saldréis del cañón.

La puerta de la cabaña estaba entreabierta. Cappy la abrió del todo. Un olor de oso llegó a sus narices. ¿Se había dejado 61 allí una piel de oso, o la habría dejado Rich en su ausencia? No. Las paredes y el suelo de la cabaña estaban descubiertos. Pero sus ojos, acostumbrados, percibieron una depresión redonda en la gruesa capa de agujas de pino que cubría su lecho de ramaje. Un oso de buen tamaño lo había utilizado para dormir. En el polvo del suelo se veía distintamente las huellas de sus pisadas; a una de las patas traseras le faltaba un dedo. Cappy reconoció aquellas señales. El oso que las había hecho cayó un día en uno de los cepos del cazador; pero lo rompió y escapó dejando en él parte de su pata.

- ¡El maldito! - rezongó el viejo -. Parece que se ríe de mí. Apuesto a que sabía que ésta era mi casa... Me extraña que Rich no lo haya cazado.

Cappy salió, metió sus fardos en la cabaña, abrió uno de ellos, sacó su linterna y utensilios de cocina y herramientas, y lo colocó todo en sus respectivos lugares. Luego, deslió su cama de campaña y la extendió sobre el lecho de ramas.

-No encenderé fuego esta noche, pero dejaré uno preparado para mañana - decidió; mas al dirigirse a su leñera se encontró con que quedaba muy poca de la leña seca y dura que él había cortado el invierno anterior. ¡Rich Ames, el soñador solitario, la había quemado! Cappy estuvo pronto listo para volver a casa de los Ames, pero se acordó de su descuidada apariencia. Y se acordó al pensar en Nesta Ames, apresurándose a remediar este defecto. Se

afeitó, se lavó y se puso una camisa nueva de franela de alegres colores que se había comprado sólo para deslumbrar a Nesta. Luego, salió.

Una luz ambarina flotaba bajo los árboles, espesa y pesada, como una substancia tangible. Tanner estaba poseído de un gran alborozo. Se iba haciendo viejo, pero los efectos del Tonto parecían renovar en él la juventud. La soledad de las laderas y los valles, los rastros de la caza en el polvo del sendero, el murmullo del arroyo, la penetrante fragancia de pino y el abeto, la maleza, las hojas secas y las rocas cubiertas de musgo, eran pruebas materiales de que había vuelto a su hogar, al hogar que más amaba.

-Creo que no volveré a marcharme - murmuró al pasar por el estrecho desfiladero, subiendo y bajando por las rocas grises -. A menos, desde luego, que se fueran los Ames - añadió, con un segundo pensamiento -. Ha sido una buena idea enviar mi provisión de pieles de este invierno por diligencia.

El valle del Tonto estaba lleno de luz dorada. El sol acababa de ocultarse tras la elevada cima del. Mescal y una maravillosa llama de oro, reflejada en una nube de oscura púrpura, caía sobre el valle. Cappy se sentó en un leño, dominando el río, donde tantas veces había descansado antes, y contempló el magnífico resplandor sobre el campo, las laderas y el agua. El aire empezaba ya a refrescar. El oro pasó como la sombra rápida de una nube, como un sueño, como una incierta felicidad. Una bandada de patos silvestres bajó aleteando por el río. Un gran venado, vestido con el ropaje gris de otoño, atravesó un claro de la maleza. En lo alto, un viejo pavo llamaba a su bandada invitándola al descanso.

La contemplación y ensueño de Tanner fueron interrumpidos por el golpear de cascos de caballos sobre las rocas del sendero. Pronto salieron dos jinetes de la espesura. El primero de ellos era Rich Ames. Saludó alegremente con una mano y se acercó al trote. Cappy se levantó pensando qué bueno era volver a ver a aquel muchacho. Rich Ames, a caballo, tenía buen aspecto, pero cuando se deslizó de la silla, de un solo paso largo y estético, el corazón del viejo cazador apresuró sus latidos.

-Aquí estoy otra vez, muchacho, y me alegro mucho de verte - dijo Tanner tomando la mano que le ofrecían y apretándola con firmeza.

-Y yo también - contestó Rich Ames con una voz lenta *y* fría que contrastaba con su sonrisa afectuosa y cálida.

El segundo jinete se acercó y desmontó. Era tan alto como Ames, pero más corpulento, y, evidentemente, varios años mayor. Sus facciones eran ordinarias, especialmente su enorme nariz. Pero tenía una sonrisa simpática y ojos grises y claros. Vestía las sencillas ropas de un ranchero, que parecían humildes junto al traje de caza de piel de gamo, de Ames.

-Sam, es el viejo Cappy Tanner, mi compañero de caza - dijo Rich -. Cappy, te presento a mi amigo, Sam Plavford.

-¿Qué tal? - saludó Plavford con franca sonrisa -. Lo que no me hayan contado ya de usted es que no merece la pena oírlo.

-Cualquier amigo de Rich lo es mío -replicó cordialmente Cappy-. ¿Es usted nuevo por aquí?

-Sí. He llegado en el mes de abril.

- ¿A establecerse?

-Trato de establecerme pero, entre estos dos mellizos, no me dejan hacer nada.

-¿Mellizos? ¿Cuáles?

Los jóvenes se echaron a reír a carcajadas, y Rich clavó un dedo en el costado de su amigo.

-Seguramente no se refiere a Mescal y a Manzanita, Cappy - dijo.

-Debéis de ser Nesta y tú, entonces. Siempre se me olvida que sois también mellizos, aunque os parecéis como dos gotas de agua.

-Sí, Cappy, pero yo soy muy inferior a Nesta. -¿Dónde está esa muchacha? Mis pobres ojos me duelen de ganas de verla.

-Pues pronto se te curarán dijo: Raich -, porque viene detrás de nosotros, más furiosa que una gallina mojada.

-¿Furiosa? ¿Qué le pasa?

-Nada. Que ha estado en casa de los Snell. Se ha hecho íntima amiga de Lil Snell desde el invierno pasado. A mí me gusta Lil y me parece muy bien, pero, de todas maneras, no quiero que Nesta se quede allí mucho tiempo, y he ido a buscarla.

Sam se volvió a mirar el camino.

-Ya viene, y me parece que será mejor que me ausente hasta que la alegréis un poco - dijo.

-Llévate mi caballo y suéltalo en el prado - dijo Rich.

Cappy registró el sendero con los ojos.

-Allí veo algo - dijo por fin -. Pero, si es Nesta, viene muy despacio.

-Tiene ojos de halcón, Cappy. Me ha visto y no quiere llegar hasta que me vaya... Ya empezaba a temer que te hubieras muerto. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido!

En aquellas palabras y en lo pensativo de su mirada, Rich Ames dejaba ver no sólo lo que decía, sino que el medio año transcurrido le había hecho más viejo y más serio.

-¿Tienes alguna contrariedad, Rich?

-Claro que sí.

-Algo además de la muerte de Tommy?

-Sí.

-Bien, ¿y qué es ello?

-Es cosa de Nesta. Y me tiene perplejo... Pero necesito más tiempo para contártelo. Ahora me voy mientras hablas con ella.

Un caballo bayo apareció en el camino saliendo de la espesura. Lo montaba una joven que llevaba el sombrero colgando sobre su espalda. Cabalgaba sentada de lado en la silla, pero cuando se acercó al tronco de pino sobre el cual se apoyaba el cazador observando, se volvió a medias hacia él. Se enderezó sobre su montura, desvanecióse su gesto petulante y sus rojos labios se entreabrieron en una sonrisa de sorpresa y placer. Se deslizó de la silla para acercarse a él.

-¡Cappy Tanner! ¡Conque era contigo con quien Rich estaba hablando! - gritó.

-¿Qué tal estás, Nesta? Si es que eres tú - contestó el viejo.

-Yo soy, Cappy... ¿Es que he cambiado tanto?

Los bellos y brillantes ojos azules tan característicos de la familia Ames, sólo se fijaron un momento en los del cazador. El cambio experimentado por la joven, no su confusión, desconcertaba a Tanner. Hacía poco más de seis meses era una muchacha delgada y pálida, bonita, con toda la belleza de la familia, y ahora se encontraba con una mujer extraña para él, alta, llena y hermosa, como una de las doradas flores del valle. Tanner la miró de pies a cabeza y, otra vez, de la cabeza a los pies. Nunca la había visto tan bien vestida como ahora. Su cabello espeso, *y* tan rubio que casi parecía de plata, se dividía en el centro de su frente, empañada en aquel momento por un ligero fruncimiento. Bajo unas cejas perfectas, sus ojos, azul celeste, pero llenos de fuego, vagaban por todas partes, negándose a posarse sobre su viejo amigo. Cualquiera que hubiese visto una vez a Rich Ames la hubiera reconocido como su hermana gemela, por la suavidad de sus facciones, su dulzura y su femineidad, eran sus características peculiares.

-¿Cambiada? ¡Ya lo creo! - *replicó* el viejo cazador lentamente, al tomar sus manos -. Convertida en una mujer. Nesta, eres lo más bonito de, todo el Tonto.

-Cappy, tú no has cambiado-exclamó ella, súbitamente alegre, y le besó, no con la antigua inocente libertad, sino con una cortedad no exenta de calor-. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! He pensado en ti todos los días durante un mes. ¿Has llegado hoy? Así debe de ser, puesto que Rich no lo sabía.

-Acabo de llegar, muchacha, y hasta ahora no he sabido lo que era el hogar.

Nesta se cogió del brazo del viejo y, seguidos por el caballo, se dirigieron hacia la cabaña.

-Cappy, necesito ahora un verdadero amigo más que nunca.

-¡Hablas como si no tuvieras ninguno! - repuso Tanner en tono de reproche.

-Y no lo tengo. Ni un solo amigo... a menos que lo seas tú, Cappy.

-No lo creo, Nesta, pero, de todas maneras, puedes contar conmigo.

-No digo que nadie me quiera, Cappy... Rich y Sam Playford y otros me quieren más de lo que merezco. Pero quieren mandar en mí, y *dominarme* y *obligarme*... No me ayudan. No pueden comprender mi punto de vista... Cappy, estoy en la situación más terrible que se haya podido hallar una mujer. Estoy cogida en una trampa. ¿Te acuerdas de un día que me llevaste a hacer una ronda por tus cepos? Llegamos a uno que tenía cogido a un pobre castorcillo por una pata... Yo me encuentro como aquel castor.

-Me interesa mucho, Nesta, pero no me asusta lo más mínimo - replicó Cappy con una risa de timbre no muy sincero.

Llegaron a los tres abetos gigantes que daban sombra *a* la casa, y Nesta se volvió para desensillar su caballo. Sam Playford, que estaba, evidentemente, aguardándola, se acercó a ella.

-Yo le atenderé, Nesta - dijo.

-Gracias - repuso ella con sarcasmo -. Me puedo arreglar sola, aquí lo mismo que en casa de los Snell.

Mescal y Manzanita corrieron a abrumar a Tanner, gritando alegremente:-¡Aquí vienen los Reyes!

-Bueno, por Navidad, quizá; pero no ahora - contestó con resolución el cazador. Ya se había encontrado otra vez en una situación parecida.

-¿Cuándo abrirás ese paquete, tío? - rogó Manzanita.

-Después de cenar.

-No podré comer mientras no lo abras - declaró trágicamente Mescal.

-Y si lo abriese antes de cenar, sólo comeríais caramelos.

-*¡Caramelos!* - gritó Manzanita-. ¿Y quién puede comer carne y judías habiendo caramelos?

-Bueno, vamos a ponerlo a votación - dijo el viejo, como inspirado -. Mescal y Manzanita ya se han decidido por abrir el paquete antes de cenar... ¿Qué dice usted, señora Ames?

-La cena no está dispuesta todavía - repuso ésta en tono muy significativo.

-¿Y tú, Nesta?

-¿Yo, qué? - Nesta dejó los arreos de su caballo en el porche, sin hacer caso de la desaprobación manifiesta de Sam Playford.

-Que cuándo abrimos mi paquete. Os he traído a todos muchos regalos.

-¡Ábrelo ahora mismo, Cappy! - gritó, radiante de júbilo.

-¿Y qué dice usted, Playford?

-Si mi voto sirve, Cappy, digo que si tiene usted algo que dar lo dé pronto.

-¡Eh, Rich, tú también entras en el juego!

-Déjame arbitrar, Cappy - dijo Rich, con mortificante frialdad.

-Me parece bien. Tú eres el único sensato en esta casa.

-Abre el paquete cuando Nesta y las mellizas se hayan acostado.

El trío femenino así desafiado expuso una ruidosa e incoherente, pero unánime, decisión de no acostarse en toda la noche.

-Bueno, quedémonos en un término medio - decidió Tanner -. En cuanto cenemos empezará la función.

-Entra, Cappy - dijo Rich -, que el aire de noviembre refresca mucho en cuanto se pone

el sol.

El vestíbulo ocupaba toda la anchura de la casa y quizá la mitad de su longitud. Et fuego que ardía en la chimenea de piedra le daba un aspecto confortable y alegre. Servía también de comedor, y dos camas, una en cada rincón, indicaban que algunos de la familia dormían allí también. Una puerta cerca de la chimenea comunicaba con la cocina, adición reciente. Otras dos habitaciones, ninguna de las cuales tenía entrada por la estancia principal, completaban la vivienda. A Rich Ames, como a todos los del Tonto, le gustaban los fuegos de leña, y tres chimeneas de piedra amarilla que se elevaban sobre el tejado de las casas eran prueba suficiente de esto.

-Mescal y Manzanita, a lavarse y a peinarse - ordenó la señora Ames desde la cocina. Nesta había desaparecido.

-¿Cómo está la caza, Rich? - inquirió Tanner con interés.

-Nunca ha habido tanta, que yo recuerde - le informó Ames con satisfacción -. Mi padre me habló una vez de un otoño como éste; fue hace diez años, mucho antes de la guerra.

-Buenas noticias. ¿Y qué clase de caza?

-De todas clases. Castor, marta, visón, zorra... Si pudieras cazar todo lo que hay en el país podrías comprar las compañías peleteras. ¿Cómo crees que estarán los precios?

-Altos. Es una suerte llegar cuando la caza abunda. Creo que tenemos un otoño tardío.

-Sí. Tenemos muy poca nieve aún por aquí. Sólo en las alturas y desde hace pocos días. Hay tantos osos, venados y pavos que hay que echarlos a puntapiés de los caminos. Y muchos pumas, también.

-Supongo que habrá buenos pastos, pues, de otro modo, la caza emigraría a otras tierras.

-Hermosos, Cappy. Las bellotas a montones en el suelo; hay muchas fresas y uvas, y la mejor cosecha de piñones que ha habido en muchos años. La caza está todavía muy alta y no bajará hasta que no empeore el tiempo. Hemos tenido muchas lluvias en el momento oportuno *y* las nieves del invierno tardarán. Apuesto a que conozco más de cien colmenas. Te hemos estado esperando, recordando tu debilidad por la miel.

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Como si a ti no te ocurriera lo mismo! Y a usted, Playford, ¿qué le parece la miel del Tonto?

-¿A mí? Me gusta tanto como a los osos.

-Me alegro mucho de todo esto - declaró satisfecho el cazador -. Supongo que vosotros, muchachos, vendréis conmigo; por lo menos este invierno...

-Desde luego, Cappy - repuso Rich.

-Muy satisfecho de la oportunidad - añadió Playford -. Mi casa está ya preparada para el invierno. Tengo hasta leña cortada.

-Afortunadamente he traído un saco de cepos nuevos - dijo Tanner.

-¡Eh, Rich! - llamó la madre desde la cocina -. Ven a llevar la cena si no quieres que la vierta.

Rich acudió alegremente y cada vez que salía de la cocina cargado de peroles humeantes, hacía misteriosos guiños a Cappy Tanner indicando a Nesta, que había salido vestida de blanco, muy suave *y* muy distante, y a Sam Playford que no podía apartar de ella su mirada humilde y arrobada.

-Cappi, siéntese en su sitio de siempre - dispuso la señora Ames. Las mellizas vinieron corriendo como un remolino y disputaron sobre quién había de sentarse al lado de Cappy. Nesta fue la última en sentarse con un ligero aire de desagrado por la proximidad de Playford.

Este juego divertía al cazador, pero empezó pronto a despertar su curiosidad y a preocuparle. Nesta nunca había tenido un adorador aceptado ni por la familia ni por ella. En el Tonto, las muchachas de dieciséis años estaban casadas o a punto de casarse; y Nesta pasaba ya de los dieciocho y seguía aún soltera, y, que Canny supiera, sin compromiso. No podía afirmar nada, sólo estaba seguro de su encanto *y* del cambio experimentado, cuyo misterio la

hacía aún más atractiva. La conversación empezó a flaquear y el interés de todos, incluso el del viajero, pareció concentrarse en la tarea de acabar con la comida. El levantado de los manteles se realizó con maravillosa prontitud y se trajo la lámpara de la cocina para aumentar la luz. Rich añadió un par de leños al fuego.

-Ahora, a sentarse todos alrededor de la mesa mientras yo hago de Rey Mago-dispuso Tanner, y, entre los gritos de alegría de las mellizas, se dirigió al porche dejando la puerta abierta.

Este era un momento en el que había pensado mucho. Para hacer una magnífica impresión decidió entrar todos los paquetes y cajas de una vez y abrumar así de un solo golpe a los Ames. Pero no había calculado la dificultad de manejar todas aquellas cosas sin estar bien liadas en una lona. No sólo se tambaleó bajo el peso, sino que tropezó en el umbral y perdió el equilibrio.

Rich Ames estuvo a punto de reventar de risa. Cappy fue al suelo haciendo temblar la cabaña.

II

Pocos momentos después, Cappy Tanner paseaba sus ojos por la estancia, inmensamente feliz al contemplar el gozo de que había llenado a la familia Ames. No en vano había él ido tomando nota de lo que necesitaban y deseaban.

Por una vez, Mescal y Manzanita estaban mudas y confundidas. La señora Ames no se avergonzaba de sus lágrimas, si es que se daba cuenta de ellas, y miraba a Tanner, como a un ser incomprensible. Nesta era la más favorecida por la generosidad del cazador. Al abrir cada paquete daba un grito de alegría. El último era una caja larga y plana, un poco aplastada por los muchos paquetes que había llevado el burro, pero cuyo contenido estaba intacto. El viejo había requerido los buenos oficios de una amiga de Prescott para ayudarle a hacer aquellas compras, pero se reservó el detalle y adoptó el aire mundano de un hombre en quien tan extraordinario conocimiento no tiene nada de particular. Al principio, Nesta estaba muda y como encantada. Luego le abrazó. Cappy se sintió recompensado con creces, pues la elocuencia radiante de su cara hacía más que pagarle. Al fin lloró y se escapó con los regalos a su habitación.

Rich Ames estaba sentado en un banco, mirando al suelo, donde había dejado un rifle *Winchester* nuevo del 44, un *Colt* del último modelo, varias filas de cajas de municiones, un cuchillo de caza, una destral, un par de magníficas espuelas mejicanas de plata, una canana de cuero negro y labrado, con hebilla de plata, y una pistolera ornada con una gran A de plata.

-¡Te has gastado todos los ingresos del invierna en nosotros! -exclamó Rich.

-No. Me he comprado un equipo nuevo, dos burros más, algunas albardas de carga y una porción de buenas provisiones - repuso complacido Tanner.

-¿Por qué no has esperado a Navidad para hacer esto? preguntó Ames abriendo los brazos.

Tanner se mordió la lengua a tiempo de reservar el secreto de un segundo fardo que para aquella fecha tenía preparado.

-Cuando tengo algo bueno que decirle o darle a un amigo, lo hago en seguida.

-Has echado a perder a toda la familia Ames. ¿Qué dices tú de esto, Sam?

-Que si yo tuviera un millón lo daría por ver la cara que ha puesto Nesta - replicó Playford con fervor.

-Y yo también. ¡Pobre Nesta! Es una muchacha y ha tenido tan poco...

-Bueno, ya que nos hemos divertido, me vuelvo a mi cabaña - dijo Tanner -. Estoy muy cansado. Buenas noches.

-¿Te vas sin que te hayamos dado las gracias? - exclamó Ames, tan asustado como si la cosa no tuviera re- medio.

-Ya me lo habéis agradecido - contestó Tanner riendo -. Ya es bastante haberos visto las caras y haber soñado con este momento.

-¡Ah! , comprendido... Muy bien, Cappy. Lo que yo haré no lo puedo decir ahora.

Tanner se despidió de sus amigos y salió. Pensó que Nesta le estaría esperando para asaltarle por el camino, pero no la vio. Sin duda *se* había emocionado más aún que Rich. ¡Qué extraño que se hubiera echado a llorar! No la podía comprender, pero esto no mitigaba su satisfacción por haberle regalado las cosas que su corazón deseaba. Nesta no había tenido muy buena suerte, ni ninguno de los Ames, aunque por lo que a Rich se refería, ninguna vida era preferible a la de aquel Tonto bravío..

Su padre procedía de buena familia del Sur, probablemente tejana, *y* había estado en mejor posición. Tanner tuvo siempre la convicción de que Ames había tenido algún tropiezo en el Sur y había dejado su país para escapar de él. Pero sólo había prolongado su fatalidad. Aunque no fue un activo participante en la Guerra del Valle, cayó víctima de ella. El Tonto había relacionado el nombre de Tate con el asesinato de Ames; pero, como muchas otras de las leyendas de aquel país salvaje y solitario, nunca pudo comprobarse.

El viejo cazador recorrió pensativo el camino bajo la sombra negra de la ladera. La noche era ya fría. Un viento helado le hizo ceñirse la chaqueta. Las estrellas brillaban blancas en un cielo azul oscuro; el frío corría con un suave murmullo por entre las rocas; una manada de lobos cazaba en las alturas de la montaña.

Había traído la felicidad de los Ames y, por consiguiente, la suya. ¿Pero no les ocurría nada malo? Una de las cosas de los Ames que habían cautivado a Tanner era su mutua devoción. ¿Podría la pérdida del pequeño Tommy y la llegada de adoradores de Nesta explicar alguna cosa que el viejo amigo presentía sin poder definir?

El sendero a través de la abertura de la escarpa estaba sumido en la más profunda oscuridad, y Tanner, después de medio año de ausencia, tuvo que andar despacio sobre las piedras. Llegó al valle y pronto entró en su cabaña, donde, .sin encender la luz, se acostó.

Pero no se durmió inmediatamente como acostumbraba. Las ramas de los abetos que sombreaban la cabaña rozaban contra el techo y el viento gemía bajo los aleros, trayendo a la memoria de Tanner algo mas que el recuerdo de noviembre.

Se despertó tarde, para su costumbre, y cuando salió con su cubo en la mano, la escarcha gris sobre la hierba brillaba a la luz de la aurora, y en el borde oeste del valle, la línea de pinos ardía en una llama de oro. Una delgada capa de hielo cubría el manantial de donde nacía el arroyo. Vio huellas frescas de venados. Cuando volvía a la cabaña oyó disparos de rifle, lejanos pero vibrantes, en el llano de más abajo. Ames estaba probando su nuevo *Winchester.* Esperó que Rich llegaría de un momento a otro, pero ya había hecho y tomado su desayuno, guardado sus utensilios y comenzado a desempaquetar sus pro- visiones, cuando oyó unas pisadas suaves y familiares. Rich entró en la cabaña llenándola con su fuerte personalidad. Irradiaba juventud, vida, y el fuego característico de los Ames, pero aquella mañana no estaba contento.

-Hola, Cappy. Mira eso - dijo, mostrando su sombrero viejo.

Tanner vio tres agujeros de bala en la copa.

-Muy bien, si no estaba cerca.

-Estaba cerca; a unos cincuenta pies.

-¡Hum! -rezongó Tanner, y dejando el sombrero sobre la mesa, le aplastó la copa y puso un dólar de plata sobre los agujeros. Los tapaba a los tres.

-Si esto lo hubieras hecha a cien pies diría que estaba bien.

-No he podido acertar con el rifle ni a la puerta del establo - repuso Rich sonriendo -. He tirado a las rocas y a todo lo que había a mi alrededor, pero o yo no sirvo o el rifle tira demasiado alto. Así me parece a mí. Estos agujeros los he hecho con el *Colt.* Los primeros tres tiros. Sin apuntar. Estaba pensando en Lee Tate.

-¡Rich! ¿Qué es lo que dices? - dijo Tanner en son de reproche -. Tus tiros son muy

buenos, pero lo que hablas son tonterías.

-No te importe, Cappy; era una broma. He pensado mucho en él últimamente.

-Pues olvídale a el *y* a todos los demás... Tates. Echa un leño al fuego y siéntate.

Rich dejó a un lado el rifle, llenó el hogar y se sentó en su sitio favorito.

-He tenido una bronca con Nesta esta mañana -anunció Rich.

-¡Bronca! ¿Qué me cuentas, muchacho?

-La he cogido dos veces a punto de salir. Quería verte la primera.

-Me parece que estoy entre la espada y la parea -dijo Tanner, asustado.

-Yo soy la espada *y* Nesta la pared. Así me lo parece, al menos. ¡Cuánto la quiero, Cappy! Los Ames somos una gente rara. Supongo-que consiste en que muchos de nosotros somos mellizos. Mi padre tuvo un hermano gemelo, y hubo gemelos antes en su familia. Pero nunca hermano y hermana. Nesta y yo somos los primeros. Si le ocurriera a ella algo malo sería como si me arrancasen algo a mí... La Naturaleza hace cosas así y no respeta a nadie. Por aquí había una familia llamada Hines. Tuvo hijos gemelos, pero nacieron unidos de tal manera, que si hubieran vivido, habría sido horrible. Nosotros tuvimos una vaca que parió dos terneros unidos así. Hubo que matarlos y creo que a la Naturaleza le da lo mismo los terneros que las personas. De todas maneras, Nesta y yo estamos muy unidos. Esto me tiene asustado. Siento tanto lo que ella siente que ya no quisiera ser quien soy.

-¿Qué tienes en la cabeza, Rich?

-Muchas cosas; pero, sobre todo y ante todo, a Nesta... Has sido muy amable y espléndido trayéndonos todos esos regalos, pero para darle aquel precioso vestido a Nesta quisiera que hubieras esperado; hasta Navidad, por lo menos.

-¿Por qué?

-Nesta se ha conducido de una manera extraña este verano y este otoño. Ahora está completamente fuera de sus casillas.

-¿Es que temes que los vestidos bonitos apresuren su boda?

-¡Ojalá! La verdad te parecerá disparatada, supongo, pero no puedo evitar mis sentimientos... Lil Snell se va a casar este mes en Shelby con Hall Barnes. No creo que le conozcas; pero yo sí, un poca, y no me gusta mucho. Nesta fue a la escuela con él. Ya sabes que mi madre mandó .a Nesta a Tejas antes y durante la guerra. Ella conoce a Hall y dice que no es mal muchacho. Quizá sea verdad, pero está emparentado con los Tate y es muy amigo de Lee... Bien, Nesta no pensaba ir a esa boda por falta de vestido, y yo me alegraba mucho. ¡Ahora tú le has traído uno! Anoche, después de marcharte, salió vestida de blanco. ¡Tendrías que haberla visto! Empezó a hablar de ir a la boda, y mi madre, a hablar con ella.

-Pues no creo que haya nada malo en eso - interrumpió el cazador -. A mí me parece muy bien. Yo mismo iré a Shelby para ver a Nesta con ese vestido blanco.

-Cappy, Nesta te tiene a ti lo mismo que a Sam Playford - dijo Rich.

-¿Y cómo tiene a Playford?

-Loco perdido.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿*Y* por eso es por lo que quería, verme antes que tú?

-Claro, por lo menos así lo creo. Pero Nesta me ha hecho pensar. Escucha ahora, y ten en cuenta que a ti no te voy a engañar... Cuando vino Sam Playford en el mes de abril, se enamoró de Nesta en cuanto llegó. Y Nesta *se* enamoró de él. Me lo dijo. Hasta hace poco no tenía secretos para mí. Parecía que yo había ocupado para ella el lugar de mi padre Bien, me lo dijo, y como yo tenía muy buena opinión de Sam Playford, me pareció bien. A madre también le gustó. Muy pronto regañaron. Sam no me quiso decir por qué, y, por primera vez en su vida, Nesta me ocultó la causa. Había estado yendo a Shelby a bailar y quedándose a dormir con Lil Snell en su casa. Sam dejó de ir a algunos de los últimos bailes y empezó a rondar como un perro perdido... Yo tomé la pista por mi cuenta, y, ¡Dios me valga!, descubrí que Nesta *se* entendía con Lee Tate.

-¡No! - exclamó Tanner con pasión irguiéndose con fuego en los ojos.

-¡Sí! Es duro de creer, Cappy, pero es verdad.

-¡Ah! Entonces, ¿ha roto con Sam Playford? -Nada de eso. Siguieron comprometidos *y* aún lo están. ¿Qué te parece ahora?

-Has dicho que Nesta se entendía con Tate. ¿Qué quieres decir? ¿Entenderse?

Rich Ames se estremeció ante la pregunta. Se retorció las manos, fuertes y curtidas, apretándoselas entre las rodillas, con el relámpago azul de sus ojos fijo en el fuego, en muda súplica y lastimosa duda.

-Si se tratase de otra muchacha que no fuera Nesta, diría que había sido más que loca - siguió diciendo lentamente -. Nesta no es como las demás muchachas; no quiero decir que no sea imprudente, orgullosa y romántica. La mayor parte de las muchachas son así. No sé lo que digo, pero ésta es diferente. Podía haberse enfadado con Sam. Le molesta mucho que la quieran dominar. Pero, de todas maneras, ha hecho muy mal en dejar que Tate Lee llegase hasta ella.

-Muy mal-convino Tanner -. Tate *es* un muchacho guapo.

-Sí, y muy hábil con las mujeres. Ha tenido a la mayor parte de las jóvenes del Tonto locas por O. Nesta puede ser inocente de haber llegado tan lejos, pero no lo parece. Yo no he creído la mitad de las habladurías, pero cuando observé una noche cómo bailaban Nesta y Lee y supe después que se encontraban en casa de Snell, *me* enfurecí. Luego, si yo hubiera ido a ella con buenos modos *y* haciéndome cargo de las cosas, hubiera sido mejor. Pero no lo hice; estaba fuera de mí y fue peor.

-Naturalmente. Me parece un mal asunto, Rich, pero me reservo mi juicio hasta que oiga a Nesta.

-Claro. No puedes hacer menos. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido, Cappy! Nesta te quiere y te escuchará; pero si esto continúa, será superior a ti y a mí. Y el pobre Sam es el hazmerreír de Shelby. El lo sabe y no va por allí. Debo decir que se ha portado muy bien. Nunca ha dicho una palabra contra Nesta, pero sufre.

No me extraña; a mí también me contraría mucho, Rich. No lo entiendo; eso no es propio de Nesta. ¿Qué le pasa?

-En la familia Ames hay un poco de mala sangre, Cappy. Y la llevo en mí y estoy asustado. Puede ser que también aparezca en Nesta. Mi madre tomó el partido de Nesta. Cualquiera hubiera dicho que estaba orgullosa de *sus* conquistas. Mi madre pensará divertirse también en esa boda. Yo, desde luego, no puedo seguir hablando de ello.

-Comprendo tu punto de vista, Rich. No sólo sientes lo de Sam, sino que estás preocupado por Nesta. Y *si* Tate Lee se jactase...

-Ya se ha jactado - interrumpió Rich sombríamente. - Lee es así. Las mujeres son fáciles para 61. Hasta ahora sus murmuraciones no han sido... nada vergonzoso para Mesta, pero es en extremo irritante.

-Rich, sus habladurías y el extraño comportamiento de Nesta tienen que acabar.

-Así se habla, amigo - replicó con rapidez Rich -. Y me parece que *si* podemos hacer que Nesta vuelva a la razón no tendremos necesidad de ir más lejos.

-No digas «si podemos», Rich. Hemos de hacerlo. ¿Es esto lo único que te preocupa?

-Sí. Por todo lo demás, no podemos estar mejor. Tenemos ahora más de doscientas cabezas de ganado. Dentro de otro año, Sam y yo necesitaremos personal que nos ayude. Este *es* un buen terreno. En las estaciones secas el ganado engorda aquí arriba, mientras en el valle se muere de hambre. No hay por este lado robos que puedan tomarse en consideración. En pocos años seremos ricos. Vivimos de la granja y a Sam le va muy bien. Con sólo que Nesta fuera juiciosa, todos seríamos felices y tendríamos un brillante porvenir. El año que viene enviaremos las mellizas a la escuela.

-Estas son buenas noticias, y sería triste que esa muchacha lo echase todo a perder. No lo creo, ni aun teniendo en cuenta los caprichos de la vida. Conozco a Nesta y confío en ella. Apuesto a que cuando la oiga veremos las cosas de manera diferente.

-Tú me animas, Cappy - replicó Rich, levantándose • con la cara más alegre -. Ahora

me voy, y si Nesta no viniera, búscala tú; si la puedes convencer de que no vaya a la boda de Lil Snell, iremos todos.

-Sería mejor que hablásemos después de la fiesta - dijo prudentemente Tanner.

Cappy se puso a trabajar en la cabaña *y* sus alrededores, escudriñando el camino por donde Nesta habría de venir. Algunos de los perros de los Ames vinieron a reanudar las amistades con él, pero Nesta no apareció. El optimismo de Tanner empezó a flaquear. Se intranquilizó y salió en busca de la joven.

El sol tibio de mediodía inundaba el valle. Las alturas se veían claras y frías. El aire estaba perfumado y las laderas cubiertas de robles despedían un brillo color de acero. Venados y pavos silvestres acechaban el pasa del cazador. Se detuvo en el sombreado desfiladero para meditar y descansar; luego, continuó para repetir la operación en la explanada, donde permaneció largo tiempo sentado en el viejo leño. Cuando llegó por fin a la vivienda de los Ames, la tarde había avanzado mucho.

Cappy halló a Mescal y Manzanita muy averiadas, a consecuencia de un prodigioso consumo de caramelos.

-He tenido que quitárselos - declaró la señora Ames.

Mescal estaba en la cama con un cólico, y Manzanita parecía un lagarto tendido al sol, porque apenas se podía mover.

-Cappy, nos ha hecho usted pasar una velada deliciosa - dijo la señora Ames -. Pero me temo .que nos ha echado a perder.

Pues a mí me ha ocurrido todo lo contrario - respondió Tanner, y siguió buscando a la joven.

La buscó en el establo, en el corral, por el camino hasta su propia cabaña, *y* más lejos aún sin éxito. El Cerro del Mescal podría fácilmente ocultar a mil muchachas. Luego, volviendo al valle por el río, siguió buscando y, por fin, distinguió la rubia cabeza de Nesta brillando al sol. Estaba sentada al borde del Estanque de la Roca. Era éste un profundo y oscuro remanso a un extremo del valle, un lugar solitario donde las laderas de dos montañas se encontraban en forma de V. Sólo desde un punto podía distinguirse aquel paraje, y Tanner la había descubierto por casualidad. Descendió hasta la orilla y trepó por las peñas para llegar hasta la enorme roca plana en que ella estaba sentada.

Tanner era viejo en años, pero la proximidad de Nesta le rejuvenecía. Ella era la personificación de la juventud, la belleza, el amor y la tragedia. Y el ambiente armonizaba con todo ello. Era un lugar romántico y bravío, Las ramas desnudas de los sicómoros se extendían obre la roca y el oscuro remanso. Del río llegaba el sordo murmullo del agua. Enfrente había una escarpa amarilla con manchas verdes y parras de hojas rojizas. Río abajo se abría la garganta clara y despejada hasta internarse en la sombría Puerta del Infierno.

Dos círculos oscuros rodeaban los ojos de Nesta. En una de sus mejillas se veían señales de recientes lágrimas. A la vista de Cappy, mostró una mezcla de alegría y de resentimiento sin que, al parecer, pudiera dominar ninguna de las dos emociones.

-¡Hola, muchacha! - dijo Cappy con humildad.

Una rama encorvada del sicómoro pasaba muy baja por encima de la roca. Nesta estaba apoyada en ella. Evidentemente, aquél era para ella un retiro favorito. Una alfombra de agujas de pino formaba un asiento cómodo. Cappy *se* sentó a su lado y se apoyó contra la rama.

-¿Me has seguido? -preguntó ella con sequedad.

-Se está muy bien aquí -contestó Tanner con un suspiro -. Creo que ya te encontré aquí otra vez. Hace mucho tiempo; antes de que crecieras. Protegido del viento del Norte y abierto al sol por el Sur.

Dejó a mi lado su sombrero y, al sentir la mirada de Nesta, recordó lo que su madre le había dicho.

¿Qué quieres? - preguntó de pronto Nesta en un tono no muy propicio.

-Pues, viendo que tú no venías a verme, he venido yo a verte a ti.

¿Para qué?

-Nada más que para tener el gusto de verte. Desde luego, no se me ha olvidado que me dijiste ayer que necesitabas un amigo.

-¿De verdad?

-Palabra.

-Pero ya has: visto a Rich - protestó ella.

-Sí, ha venido a verme hace poco.

¿Ha hablado de mí?

-Bastante.

-¿Bien o mal?

-Un poco de lo uno *y* mucho de lo otro. Tú misma puedes elegir.

-¡Mal! -exclamó ella con pasión.

-Yo no he dicho eso, niña. Y lo que me ha dicho Rich no me preocupa lo más mínimo. ¡Pobre muchacho! Tenía que hablarme. ¡Yo siempre le escucho y callo la boca!

-Es lástima que él no pueda hacer lo mismo con la suya - replicó ella con calor -. Esta mañana me ha llamado niña mal criada y, cuando yo le he dicho lo que tenía que decirle, se ha puesto a renegar y me ha tirado de las orejas.

-¡No! Bueno, bueno. Me temo que Rich no se da cuenta de que has crecido tú?

-Creo que sí. Ya me la di ayer.

-:¿No: me has seguido hasta aquí para engañarme y desesperarme? ¿Para sacarme faltas? ¿Para convencerme de que me deje dominar por Rich?

¿De dónde has sacado esa idea, Nesta? - preguntó Cappy como sorprendido, pero sin atreverse a sostener la mirada de los maravillosos ojos azules. Al cabo de mi momento ella se cogió de su brazo y se acercó, más a él. -Perdona, .Cappy dijo contrita -. Me terno que Rich tiene razón. Yo soy muy mala algunas veces.

-No te preocupes de Rich. Tiene la misma debilidad que tenemos todos.

¿Y qué es ello, Cappy?

Los presentimientos de Rich eran grandes, allí había algo más hondo de lo que él suponía.

-Tú me has empujado por la pendiente, Cappy-pro siguió Nesta -. Yo estaba luchando con mi vanidad, pero cuando me has dicho que estaría adorable y que las muchachas del Tonto se morirían de envidia, he caído en la tentación.

-Pues me alegro de haber venido por aquí - dijo, mintiendo, Cappy -, porque es verdad y tengo ganas de verlo.

-¡Eres un consuelo, viejo amigo!... Iré, cueste lo que cueste.

-El coste ya está pagado, mujer - contestó Tanner riendo -. No me gustaría tener que decirte lo que me ha costado.

-No me refería a su valor en dinero - dijo ella, arrepentida.

-¿A qué, entonces?

-No lo *sé,* a algo que podría ser terrible - murmuró ella con gravedad -. Estas muchachas del Tonto dicen que yo soy una tejana orgullosa. El humillarlas no las inclinará más en mi favor. Magde Low me odia ya.. Ella es quien ha extendido la murmuración sobre mí y Tate. Ahora será un veneno; está loca por Lee, y él..., él se ha reído de ella... Entonces será cuando Rich se enfadará de veras conmigo. Aún no lo ha hecho nunca. Y Sam sufrirá más, pero él no me ha pedido que no vaya; nunca me ha dicho una palabra dura, *y* por eso estoy más avergonzada... Pero si, *después,* no vuelvo a Shelby, quizá no sea tan terrible... Si me alejo de Lee Tate *después...*

Nesta se interrumpió, dándose cuenta, sin duda, de que estaba pensando en voz alta. Cappy no necesité más para adivinar que no se alejaría de Shelby ni de Lee Tate, y que allí estaba la amenaza para el porvenir. Nesta debió de adivinarlo también, pues su cabeza se apoyó con más fuerza en el hombro del cazador. Este pasó un brazo consolador y cariñoso sobre su cuello, y apreté los dientes para guardar silencio. Ella no pudo resistir su caricia ni la

emoción que llevaba dentro. Rompió a llorar.

¡Quisiera morirme, Cappy! -sollozó, y su dolor se hizo indomable. Lloró con violencia y abandono, como si tuviese las lágrimas contenidas desde hacía mucho tiempo. El viejo cazador se asustó. Cuándo había visto él llorar

-Cierta joven del Tonto.

Nesta soltó una pequeña carcajada en la que había una nota de tristeza.

-¿Tú también padeces esa debilidad, Cappy? -Sí, yo más que nadie.

A esto, ella deslizó su mano más adentro bajo el brazo de él y apoyó la cabeza en su hombro. Cappy bendijo in *mente* a la madre de la muchacha. Sintió en aquel momento más de lo que hubiera podido explicarse en una hora de meditación. Le pareció una muchacha que entra en la madurez, incierta y dudosa de sí misma, apasionada y sensible a la crítica, incapaz de tolerar un freno.

-Anoche me hiciste inmensamente feliz, Cappy. Me gustaron tus generosos regalos, más por el afecto que suponen... Pero esta mañana estoy triste y loca por ponerme ese vestido blanco, y las medias, y los zapatos. ¿Cómo has podido elegirlos tan bonitos? ¡Me sientan a la perfección! No puedo resistirlo. Tengo que ir a la boda de Lil Snell. No debía ir, pero iré.

-¿Y por qué no? Yo también iré. No quisiera perderme el verte con ese vestido ni por cien pieles de castor.

-¿Por qué, Cappy? - preguntó ella, soñadora.

-Porque estarás adorable y las demás muchachas del Tonto se morirán de envidia.

-¡Ah!... Has acertado, Cappy. Esa es mi debilidad... Hay varias muchachas que me han mortificado, se han reído de mis vestidos viejos; y a una la odio... Sí; he tenido celos de ella, los tengo... Pero ni ella ni ninguna otra ha visto nunca un vestido tan hermoso como el mío. Mas, a pesar de todo, podría quedarme en casa, obedecer *a* Rich y no hacer sufrir más a Sam.

-¿Sam? Un poco de sufrimiento no le matará. Déjale que te vea con ese buen mozo de Tate. Los dos haréis muy buena pareja. Sam es feo y torpe, y...

-Que no te oiga yo decir nada contra Sam Playford - interrumpió ella, con sorprendente viveza.

-Perdona, Nesta - replicó humildemente Cappy -. Tenía idea de que Sam no te importaba nada.

-Pues me importa - dijo Nesta con una congoja en su voz -. Por eso es tan duro. Tengo que romper con Sam y no puedo.

Cappy, aunque la curiosidad le consumía, no preguntó. La misma Nesta lo diría todo a su tiempo. Aunque los presentimientos de Rich eran grandes, allí había algo más hondo de lo que él suponía.

-Tú me has empujado por la pendiente, Cappy - prosiguió Nesta -. Yo estaba luchando con mi vanidad, pero cuando me has dicho que estaría adorable y que las muchachas del Tonto se morirían de envidia, he caído en la tentación.

-Pues me alegro de haber venido por aquí - dijo, mintiendo, Cappy -, porque es verdad y tengo ganas de verlo.

-¡Eres un consuelo, viejo amigo! ... Iré, cueste lo que - cueste.

-El coste ya está pagado, mujer - contestó Tanner riendo -. No me gustaría tener que decirte lo que me ha costado.

-No me refería a su valor en dinero - dijo ella, arrepentida.

- A qué, entonces?

-No lo sé, a algo que podría ser terrible - murmuró ella con gravedad -. Estas muchachas del Tonto dicen que yo soy una tejana orgullosa. El humillarlas no las inclinará más en mi favor. Magde Low me odia ya. Ella es quien ha extendido la murmuración sobre mí y Tate. Ahora será un veneno; está loca por Lee, y él..., él se ha reído de ella... Entonces será cuando Rich se enfadará de veras conmigo. Aún no lo ha hecho nuca. Y Sam sufrirá más, pero él no me ha pedido que no vaya; nunca me ha dicho una palabra dura, y por eso

estoy más avergonzada... Pero si, *después*, no vuelvo a Shelby, quizá no sea tan terrible... Si me alejo de Lee Tate *después*...

Nesta se interrumpió, dándose cuenta, sin duda, de que estaba pensando en voz alta. Cappy no necesitó más para adivinar que no se alejaría de Shelby ni de Lee Tate, y que allí estaba la amenaza para el porvenir. Nesta debió de adivinarlo también, pues su cabeza se apoyó con más fuerza en el hombro del cazador. este pasó un brazo consolador y cariñoso sobre su cuello, y apretó los dientes para guardar silencio. Ella no pudo resistir su caricia ni la emoción que llevaba dentro. Rompió a llorar.

-¡Quisiera morirme, Cappy! - sollozó, y su dolor se hizo indomable. Lloró con violencia y abandono, como si tuviese las lágrimas contenidas desde hacía mucho tiempo. El viejo cazador se asustó. ¿Cuándo había visto él llorar

a una mujer? Nesta se cogía a él con el miedo del que se siente caer en un abismo. Aunque estaba poco acostumbrado a tratar mujeres, sintió que algo terrible se ocultaba tras de aquel tremendo dolor. Sentía algo que no podía explicar, que él era el único en quien ella se hubiera confiado.

III

Cappy Tanner recorrió los bosques al siguiente día desde el amanecer hasta la noche, estudiando los rastros de la caza, los diques de los castores, los pinares, buscando los caminos seguidos por los animales de pelo para planear el tendido de sus lazos. Vio señales de tanta abundancia que se prometió una espléndida temporada.

Al otro día recorrió el Cañón Dudoso, un viaje de todo un día aun para un endurecido montañés como él. Por lo que a Cappy se refería, mi cañón no iba a justificar su nombre aquel invierno. No era dudoso, sino seguro. La magnífica cañada tenía seis diques de castores, y detrás de uno de ellos había un lago de muchos acres donde hervían estos animales. Una colonia de osos se había fijado a cierta altura de la ladera este, que estaba cubierta de robledales. Los venados y los pavos habían descendido en cantidades que excedían de todo lo que él recordaba. Alrededor de los manantiales, los rastros eran tan numerosos que sólo las huellas del oso podían distinguirse. Pero por sí solos los castores aseguraban a Tanner una abundante cosecha. Evidentemente, los castores habían emigrado de todo el país a aquella profunda y negra cañada. Las cortaduras en los retoños del álamo también eran, con mucho, más numerosas que en los años en que él había cazado allí. No tenía precedentes, y era la oportunidad de hacerse independiente de por vida. Proyectó dedicarse exclusivamente a la caza del castor y dirigir a Rich Ames y a Sam Playford en operaciones contra las zorras, las martas, los visones y otras especies de animales de piel valiosa.

Cappy era, a su manera, práctico y minucioso en lo que a la caza se refería. Pero siempre había sido un romántico soñador en sus planes para el futuro. Indudablemente, la cosecha de aquel invierno le produciría miles de dólares y sería también un negocio provechoso para Sam y para Rich. Decidió instalarse en el Tonto, entre el Cañón Dudoso y el Cerro del Mescal, y se dedicaría con los dos jóvenes al negocio del ganado. La idea se apoderó de él. Era grande. Así, indirectamente, podría contribuir a la prosperidad de la familia Ames y posiblemente a la felicidad de Nesta.

El sol poniente doraba el Mazatzal cuando el cazador trasponía la ancha boca del Cañón Dudoso. Volvió: la cabeza, y al ver las majestuosas paredes rugosas y escarpadas brillando a la luz dorada y la negra espesura del bosque que llenaba el cañón, tuvo una inspiración súbita. Acotaría la entrada del Cañón Dudoso. Ningún cazador ni ranchero incipiente la había ocupado aún. Era demasiado áspera, demasiado salvaje y difícil de limpiar para poderla convertir en un negocio productivo. Pero Cappy vio cómo podía hacerse, y en el acto levantó una pirámide de piedras para identificar el sitio elegido. Por fin había hallado un lugar. ¡A tres millas sólo del Cerro del Mescal! Y en el caso de que Nesta se casase con Sam - contingencia

que Tanner-esperaba -, estaría a un corto paseo de su casa.

Se sentó allí en una roca a soñar, mientras la dorada llama del Oeste se oscurecía, enrojeciendo, para morir al fin. Estaba hambriento y cansado, y a una larga jornada de su cabaña. De pronto le asaltó el pensamiento de su suprema soledad. No tenía en el mundo más amigos que la familia Ames. Los parientes habían desaparecido hacía tiempo y los había ya olvidado. La felicidad de que podía disfrutar en la vida dependía de la pareja de mellizos. Comprendió entonces cómo y por qué su vida errante no podía ser ya suficiente.

En la creciente oscuridad, Tanner descendió por el sendero del Tonto, luchando con sus dudas, sosteniendo lealmente lo que él esperaba y creía, pero asaltado a veces por la tristeza. La noche le sorprendió en el camino, pero lo conocía tan bien como un caballo familiarizado con el país. Cuando llegó al valle, al pie del Cerro del Mescal, una luz brillaba en la explanada. Era la lámpara que la señora Ames encendía cuando alguno de sus hijos - estaba ausente. Al verla, se animó Tanner. Los perros le olieron y ladraron hasta atronar el espacio. El se detuvo mi momento a observar y escuchar.

-Bueno - soliloquió -. Está decidido. Permanecerá aquí los años que me queden de vida - y el porvenir le pareció lleno de alegrías.

A la mañana siguiente, mientras Cappy se aplicaba activamente a sus faenas, Rich Ames apareció, sin sombrero y sin armas, con una llama azul en los ojos.

-Buenos días, hijo - dijo el cazador inocentemente, pero intranquilo.

-i Días del diablo! - respondió Ames con violencia, - ¿Dónde has estado estas dos semanas?

-¡Sólo han sido dos días! -exclamó Tanner, dándose súbita cuenta de que hasta en dos días había lugar para un desastre -. He estado hacienda planes para mis cepos de este invierno.

-Sí... Me has hecho traición con Nesta y luego te has escondido.

-¡Que te he hecho traición! - respondió Tanner, volviéndose y poniéndose encendido bajo sus barbas -. No, muchacho..., por lo menos, no lo he hecho adrede.

-Tú la has animado para que vaya a esa boda.

-Lo que pasó es que vi que estaba decidida a ir y le llevé la corriente. Me pareció que estaba en un estado de ánimo particular. Ya no se la puede dominar, Rich, y si lo sigues intentando la perderás.

-Ya no se trata de perderla. Ya se ha perdido.

-Hablas como un niño, Rich. ¿Qué ocurre? -Que se ha ido.

-¿Adónde?

-Lil Snell vino ayer. Está apresurando su boda y dijo que necesitaba de todo punto a Nesta. Yo no estaba en casa y mi madre la dejó ir. Cuando regresé salí detrás de ellas y un par de millas más allá descubrí donde se habían reunido con dos caballos más. Entonces me encontré en una terrible duda. Si los hubiese alcanzado y hubiera hallado a Nesta con Lee Tate otra vez... ¡Dios sabe lo que habría hecho! Me volví a casa.

Hiciste bien. Nesta no es una niña como Mescal y Manzanita. Tiene dieciocho años, y si se le antoja reunirse con Lee Tate o con cualquier otro, ¿qué puedes tú hacer?

-Como sea, Tate, voy a hacer una que será sonada - declaró Rich.

-Quizá no fuera. Acaso no era nada importante. Una boda es bastante motivo para que las muchachas estén fuera de sus casillas... ¿Cuándo es la boda de Lil?

-Pasado mañana en casa de su tío, en Shelby. ¡Una boda, una comida y un baile! Shelby va a estar revuelto de arriba abajo.

-Podemos nosotros ir a revolver un poco también, si queremos.

-Yo estaré allí, Cappy, pero por nada del mundo beberé una copa.

-¿Cuándo has visto a Nesta la última vez?

-Anteayer. Por la mañana estuvo cantando alrededor de la casa, con las mejillas como rosas y unos ojos que se clavaban en uno. Yo estaba de mal humor y la dejé en paz. Luego, vino San Playford.... Es un infeliz! Tuve que alejarme de ellos, aunque me alegré de que

estuviera amable con él otra vez. Pero ella no me dejó tranquilo a mí tampoco. Yo soy tan tonto como Sam, mas sé ocultarlo. Era toda miel y alegría. No se puede dejar de querer a Nesta. ¡No se puede!

-Estamos de acuerdo - convino sencillamente Tanner -; así es que la seguiremos queriendo y no pensemos más en ello. ¿Y cómo sabes que me ha convencido a mí?

-Me lo he presumido. Nesta sólo dijo que la habías seguido al Estanque de la Roca, pero lo dijo con una mirada misteriosa y levantando la cabeza de ese modo que le da a una ganas de darle dos cachetes. No hubo necesidad de que me dijese más. *Tú* eras su buen amigo, si yo no quería serlo. Tú la apoyarías contra mí y contra cualquiera. Entonces vi que me habías hecho traición.

-¿Pero ya no lo crees?

¯No es que lo creo. Lo sé. Se te ha metido en un bolsillo. Eres como mi madre. No podéis soportar que Nesta se enfade con vosotros. Cualquier cosa menos perder su amistad. Siempre ha sido así. Yo soy el único que siempre se ha puesto frente a ella.

-Bueno, bueno -murmuró desconcertado Tanner -. Rich, tú no eres más que un muchacho de dieciocho años. Nesta es mucho más vieja. Puedes estar equivocado: Tu madre parece que entiende muy bien a las muchachas,

-Mi madre me pone furioso - rezongó Rich, acalorado No puede hacer carrera con Nesta. Parece que le gusta que le hagan la corte y la echen a perder. Hasta del caso de Lee Tate y Nesta está orgullosa. ¡Lee *Tate!* ¡Uno de los Tates que mataron a mi padre! ... En su tiempo, madre fue muy coqueta. Se lo he oído decir a mi padre, y no en broma.

-Pero, Nesta no es una coqueta - afirmó Cappy.

-No, no digo eso. Por lo menos, no lo es en un sentido escandaloso, como Lil Snell y algunas otras muchachas del Tonto. Me parece que conozco a Nesta mejor que nadie, mejor aún que mi madre. Nesta es como yo... Y te digo, Cappy, que si aún no le han ocasionado ningún daño sus relaciones con Lee Tate, ahora se lo causarán, tan seguro como el sol que nos alumbra.

-Esa Lil Snell ¿era una joven muy ligera?

-¿Era? Y lo sigue siendo cuando se le ofrece la oportunidad. Lil fue una de las novias de Tate y estaban muy enamorados. Lo sé, y sé que estaba celosa de Nesta. La quiere porque nadie puede dejar de quererla, pero debajo de esta reciente amistad entre Lil y mi hermana hay algo más profundo. Lo presentí la primera vez que las vi juntas. Lil le está hacienda el juego a Tate; eso es todo, y estoy teniendo un infierno con Nesta y con mi madre.

-Si tus deducciones son acertadas, hijo mío, es demasiado tarde - replicó Tanner con voz sombría, fijando francamente su mirada en los ojos agitados de Ames.

-Pues entonces, ¡Dios quiera que esté equivocado! - exclamó Rich Pero equivocado o no, voy a romper esas relaciones entre Nesta y Lee Tate. ¡De una manera o de otra! Antes de que él se pusiera en su camino, Nesta era la muchacha más dulce, más alegre y más feliz del mundo. Amaba a Sam y estaba satisfecha con la perspectiva de ayudarle en su rancho. Tate la ha adulado, excitado, trastornado y qué sé yo qué más. A Nesta le gustaban los vestidos bonitos, pero no estaba loca por ellos. Hacía el pan y cosía, era casi tan trabajadora como mi madre. Ahora está siempre ociosa y vagando. Tiene algo en la cabeza. Ahora, Cappy, mírame a los ojos y di lo que tengas que decir.

-Tienes razón, hijo mío - declaró con dignidad el viejo cazador Admito que te has hecho cargo perfecto de la situación. Yo no lo podía suponer, y si tu madre ha deducido algo, o no le importa, o cree que es inútil hacer nada. Quizá sabe ella más de la vida que nosotros dos juntos. Yo quiero mucho a Nesta; no la podría querer más si fuese hija mía, pero ahora que acudes a mí así, sacrificaré su cariño hacia mí por su propio bien. Creo • que es esto lo que quieres decir y lo que tú mismo tendrás que hacer. Si la perdemos, aún tendremos a Mescal y a Manzanita... convenido. Tenemos que romper las relaciones de Tate con Nesta de una manera o de otra. Creo que el mejor medio sería casarla con Sam Playford, a menos que ella ya no le quiera.

-Le quiere, y ése es, desde luego, mi primer plan.

-¿Y qué hará Playford? Nesta me ha dicho que es muy bueno, que nunca la ha molestado, pero, ¿soportará más?

-Sam es leal a toda prueba. Ayer hablamos de ello y me dijo: «Rich, si tú no puedes acabar con esto de Tate, tendré que acabar yo. Nesta no se casaría conmigo, aunque yo saliera con bien de ello, pero hay que hacerlo.» Y yo juré que lo haría.

-Bien, deja que Nesta se divierta en esta boda. Obsérvala con cuidado sin que ella se dé cuenta. Luego nosotros tres, a un tiempo o uno detrás de otro, trataremos de persuadirla de que se case con Sam... Ella me dijo que tenía que romper con Sam, pero no podía.

-¿Te dijo eso? -exclamó Ames, consternado-. ¡Dios! Tenemos entre manos un nudo difícil de desatar. Si ella quiere aún a Sam, y jura que sí, ¿por qué ha de romper con él?

Tanner movió su encanecida cabeza. No tuvo valor para expresar sus temores. ¿Cuándo había visto él tal agonía y terror en los azules ojos del muchacho? El viejo cazador tuvo la impresión de que los sucesos obligaban a Rich a hacerse hombre.

-Se avergüenza de algo, Cappy - dijo con voz ronca.

-Así lo creo. Pero si aún ama a Sam y él está dispuesto a pasar por... por cualquier cosa, todo se arreglará. Todo está bien cuando acaba bien.

-¡Tanner! - rugió Ames rechinando los dientes -. Tú sabes más de lo que dices - luego se cubrió la cara con las manos y sollozó-. ¡Nesta! ¡Hermanita!

Era una prueba para Tanner. Se puso a maldecir.

-¡Vamos! ¿Qué tonterías son ésas? - preguntó, herido en el alma por el dolor de Rich -. Nesta ya no es una hermanita; es una mujer. Una mujer atolondrada y provocadora. Su belleza y su dulzura la hacen aún peor... Las mujeres hacen sufrir a los hombres. De eso puedes estar seguro. La salvaremos y saldrá de todo limpia como el oro. Pero, ¡por los clavos de Cristo!, quítate de la cabeza la idea de que aún es una niña.

Rich Ames se descubrió la cara, ahora húmeda y macilenta, y se levantó sin avergonzarse, como si no se diera cuenta de su debilidad.

-Gracias, Cappy. Me parece que has dado en el clavo -declaró, y con una extraña sonrisa y un esfuerzo violento pareció resolver la ecuanimidad Sam y yo nos vamos hoy a Shelby; ¿preparo un caballo para ti?

-Puedes prepararlo. No me gusta mucho montar, pero supongo que no tendré que ir al mismo paso que vosotros.

-Sam estará ya en su casa. Te esperamos - dijo Ames alejándose.

-Pronto estaré allí - replicó Tanner, contemplando la elástica figura que se alejaba por el sendero. Tuvo de súbito una extraña impresión, un pensamiento incierto de que no volvería a ver a Rich Ames de la misma manera.

Cappy se apresuró a cambiar sus sucios vestidos por las mejores galas que poseía, y salió a reunirse con los dos jóvenes. Le esperaban con los caballos bajo los abetos, conversando con mucha gravedad. Cappy vio a Rich hacer un gesto fiero, como rechazando algo que se le opusiese.

-Madre y las niñas se han ido - anunció al cazador cuando éste llegó a ellos Han ido a caballo hasta casa de los Lows, quienes van a ir al pueblo en su carro.

-¡Hola, Tanner! Se ha puesto usted muy elegante - dijo Playford.

-Pues vosotros no habéis querido ser menos... Adelante y no os preocupéis por mí.

Tanner requirió algunos momentos para ajustar los estribos a *sus* cortas piernas y, mientras tanto, Ames y Playford le tomaron la delantera. Cuando Cappy montó, ellos vadeaban el arroyo. El día era perfecto. Aún hacía calor en aquellos profundos cañones del Tonto. Una niebla azulada lo invadía todo. El Cerro del Mescal brillaba al sol ascendente, verde y plateado.

En las cimas, sin embargo, el aire era fresco y el viento azotaba los pinares. Cappy no volvió a ver a Sam ni a Rich. Dejó caminar a su caballo y halló las millas y las horas demasiado cortas para resolver el problema que llevaba en su mente. El rancho de los Tate, en

el Valle de la Primavera, parecía haber sido abandonado por sus habitantes, que eran muchos. Los anchos y verdes prados estaban llenos de caballos y potros. Patos salvajes habían descendido al estanque a retozar en su camino hacia el Sur. Las numerosas y bien atendidas hectáreas de terreno, las cercas, los corrales, los establos y la gran vivienda rodeada de cabañas atestiguaban la prosperidad de los Tate. Todo el territorio al sur del Valle de la Primavera estaba bajo su dominio, si no era de su propiedad. Las posesiones, sin embargo, no eran los solos atributos que hacían a los Tate formidables. Sink Tate, un sobrino del ranchero, tenía mala reputación y habría iniciado varias riñas mortales. Rumores velados relacionaban su nombre con la muerte del padre de Rich Ames. La mayor parte de los jóvenes Tate eran buenos jinetes, grandes bebedores y muy propicios a empuñar las armas. Lee Tate no brillaba en caballos ni armas, pero como conquistador no tenía rival en el Tonto.

Cappy Tanner atravesó el Valle de la Primavera con estas reflexiones, despertando rencores en su pecho, de ordinario tranquilo y bondadoso. El camino era solitario y tenía tiempo sobrado para meditar. Oscureció antes de llegar a Shelby, y poco más de una hora después entraba en la ancha y oscura calle, alumbrada por débiles luces amarillas y formada por casas de madera de altas facha- das. Cappy daba por hecho que la fonda estaría llena y *se* dirigió a casa de un herrero llamado Henry, un amigo que cazaba un poco y que le dio una calurosa bienvenida. La simpática mujer del herrero llenó los oídos de Cappy con las habladurías corrientes, y por fin, con la supuesta ruptura de Nesta Ames y Sam Playford, en beneficio de unas desastrosas relaciones con el sinvergüenza de Lee Tate, que auguraba mal para las esperanzas y planes de Rich.

Ostensiblemente, Cappy, salió a hacer loo mismo que los demás forasteros: ir de la fonda a la tienda y de la tienda a la taberna a charlar y beber con los amigos y observar las partidas de naipes, pero, en realidad, ansioso de hallar a Rich Ames. Pronto encontró a Sam Playford, quien le pareció, en la oscuridad, pálido y sombrío.

-¿Dónde está Rich? - preguntó Tanner bruscamente, sin saludar siquiera.

-Le he metido en la cama y le he encerrado - respondió Playford.

-¿En la cama? No me digas que Rich se ha emborrachado.

-Hemos tomado un par de tragos. A mí no me han hecho ningún efecto, pero a Rich se le han subido a la cabeza. Bebe muy poco y no puede resistir gran cosa. Oímos una conversación que debió de alterarle. Se enfadó e iba a provocar una riña, pero yo lo impedí. Luego, ese maldito juez, Stringer, amenazó a Rich con arrestarle. Salió su ruindad y su amistad con los Tate... Pero Rich me asustó. Dijo: «Adelante, Stringer, haga usted la prueba. Stringer lo tomó a broma, pero se asustó también. Yo me llevé a Rich a la cama, y me vuelvo en seguida a nuestra habitación, no vaya a saltar por la ventana.

-¿Qué conversación oísteis? - inquirió de mal talante Tanner.

-Por toda la ciudad se dice que Nesta ha roto conmigo por Lee Tate. Y aún peor: dicen que no vendrá nada bueno por ella, que Tate sólo quiere divertirse, y que su padre no querría ni oír hablar de una alianza con la familia Ames.

-¿Y tienen esos rumores algún fundamento?

-Nesta no me ha dicho nunca nada. Ayer estaba otra vez como antes. Últimamente ha estado un poco cambiada y fría cuando nos veíamos; luego, poco a poco, se volvía más natural. Ayer estuvo hasta cariñosa. Lo entiendo cada vez menos.

-Yo sí lo entiendo-rezongó Cappy -, pero no es necesario que lo entiendas tú. Sé fiel a esa muchacha basta el fin.

-Puede usted estar seguro - afirmó Sam con emoción - Ahora es Rich quien más me preocupa.

-Rich no me preocupa a mí lo más mínimo - declaró Tanner -. Creo que sigue el camino más acertado para aclarar este lío. Tiene sangre, Playford, y se le alborota; pero tiene sentido también, y aunque se haya emborrachado, nunca perderá la cabeza. Si se enfada, puedes apostar a que hay razón para ello. Todo lo que nosotros tenemos que hacer es estar a su lado si la cosa acaba en contienda. ¿Vas armado?

-Sí - replicó Sam -, pero, por Nesta, por su buen nombre, debemos evitar una riña.

-Nada de eso. La murmuración ya ha acabado con el buen nombre de Nesta, por lo menos en este pueblo, y una buena bronca será más favorable que perjudicial para ella. Pero hemos de impedir que Rich beba. Vuelve tú a vuestra habitación y quédate con él. Yo voy a dar vueltas y a escuchar. Nos veremos por la mañana temprano.

Se separaron. Tanner recorrió todos los lugares de la ciudad donde la gente se reunía y, pretendiendo estar un poco charlatán a consecuencia del licor, prestaba oído atento a las conversaciones de los demás. Volvió tarde a su alojamiento y profundamente resentido, compadeciendo al leal Playford, furioso con Lee Tate y consciente de que no estaba solo en su estimación de la latente potencialidad de Rich Ames.

Tanner se despertó a los golpes que el alegre herrero daba en su puerta. Acostarse tarde y dormir bajo techado no eran circunstancias apropiadas para madrugar. Tanner almorzó con su amigo, le acompañó a la fragua y luego entró en la ciudad. La ancha calle presentaba de día un interesante espectáculo. Normalmente, hasta los sábados sólo se veían en ella algunos caballos atados a las ventanas, un carro o dos y algún otro vehículo, pero hoy en el trozo principal, no quedaba un solo espacio libre. Toda la población del Tonto, por lo menos la de la mitad norte de la cuenca, había venido a ver la boda de Lil Snell. La verdad es que hacían lo mismo por cualquier boda, pues estos sucesos eran raros en aquella aislada comunidad.

Tropas de chiquillos retozaban arriba y abajo por la calle sin preocuparse de sus galas dominicales; grupos de mujeres con brillantes atavíos *y* muchachas vestidas de alegres colores discurrían de la fonda al almacén, mirando con tremendo interés la gran casa de James Snell, donde se suponía que la novia estaba misteriosamente albergada con su séquito.

Cappy no se había acordado de preguntar a Sam Playford dónde estaban alojados él y Rich, pero esperaba hallarlos en alguno de los pocos centros de reunión. No fue así, sin embargo, y le costó un poco encontrar su albergue. Sam Playford le franqueó la puerta y le saludó con cierta sensación de desahogo.

-Buenos días, muchachos - dijo alegremente Tanner al entrar.

Rich estaba sentado en el lecho, con el cabello mojado y bien peinado. Si Cappy esperaba encontrarle embotado o de mal humor, se había equivocado del todo. Nunca había estado Rich tan guapo, tan frío y tan dueño de sí. Otra vez sufrió Tanner un estremecimiento al percibir las posibilidades que latían en aquel vástago de la familia de guerreros de Tejas.

-¡Hola, Cappy! - saludó Rich -. Estábamos discutiendo qué sería mejor: si tomarnos unas cuantas copas y salir a tirar al blanco a las botas de Jeff Stringer, o permanecer serenos y ver la función hasta el final. ¿Qué dices tú?

-Yo me inclino por lo primero; pero el buen sentido y la consideración a Nesta me deciden por lo segundo - repuso sentenciosamente el viejo cazador.

-¿Cómo no ibas a meter a Nesta de por medio? -exclamó Rich con tono casi de burla-. ¡Maldita sea su linda cara! ... Seguiremos tu consejo, Cappy, y aguantaremos lo que haya que aguantar de esta gente, pero me gustaría armar jarana. Sam también lo está deseando. Es la primera vez que se le ve un poco de sangre. Ha entrado echando llamas por los ojos y hecho una fiera, y ahora no me quiere decir nada.

-¿Le ocurre algo, Playford? - preguntó Cappy fijando una mirada interrogadora en el joven ranchero.

-¡Sí! - rugió Sam -. Pero no importa. No es eso lo que yo quiero hacer. Rich y yo no estamos bien aquí, entre todos estos amigos de Tate, y por Nesta creo que no debíamos ver, ni oír, ni hacer nada... y volvernos a casa esta noche antes de que todos estén borrachos.

-Muy bien dicho, y procederemos de acuerdo con esas palabras - afirmó con tono decisivo Tanner -. Ni una sola gota de licor. ¿Lo oyes, Rich Ames?

-Sí, ya lo oigo - repuso con indiferencia Rich -. Las dos copas que bebí me durarán muchos días. Me sentaron como un par de coces de una mula.

-Pues vamos, y a ver si os portáis como dos niños bien educados que salen con su papá.

Y salieron: un trío tranquilo y de amable apariencia, en extremo engañosa, según opinión de Cappy. Su admiración por Ames crecía por momentos. Cualquier otro joven del Tonto se hubiera emborrachado y hubiera promovido alborotos. Rich se había hecho profundo y así era más peligroso. Recorrieron todas las tabernas, entraron y salieron en la fonda, hicieron algunas pequeñas compras en el almacén y se rozaron con más de cien individuos. Evitaban las mujeres, más visibles y casi tan numerosas. Playford parecía distraído. En realidad, no veía a ninguna mujer. Rich, frío, descuidado y desenvuelto, casi sonreía al cruzarse con las muchachas, muchas de las cuales fijaban tímidas miradas en su bella apariencia.

En la taberna de Turner, los despiertos ojos de Cappy se fijaron en un grupo de jóvenes de la facción de Tate, a quienes esperaba encontrar más tarde o más temprano. No necesitó que le dijeran que Rich los había visto primero.

La taberna de Turner era el establecimiento más grande entre los de su clase de Shelby. Había sido decorado para el baile de aquella noche, y, seguramente, el arreglo de las banderas, del ramaje y de otros alegres accesorios había sido dispuesto por manos femeninas. Este salón se utilizaba para todas las reuniones públicas. Hoy servía, como casi siempre, para el juego, que dominaba en el Tanto. El bar estaba en la habitación inmediata, ala que se entraba por una puerta ahora tapada por una cortina.

Quizá había en el salón dos docenas de hombres, la mayor parte jugando, y otros mirando cómo jugaban. Lee Tate y un compañero a quien Tanner no conocía, observaba una mesa en que jugaban Jeff Stringer, Slink Tate y dos vaqueros a quienes Cappy conocía sin saber de qué.

Cappy hubiera seguido adelante, pero Rich se detuvo y Sam le imitó.

-Buenos días a todos - dijo Rich con su habla lenta y perezosa.

Lee Tate respondió con un saludo silencioso. Era alto, moreno, apenas curtido de ojos y cabello oscuro; su aspecto justificaba la reputación que tenía entre las mujeres del Tonto. Parecía mayor de lo que era, y aunque el vicio había dejado señal en sus, facciones, aún no había marchitado su perfección. Vestía de oscuro, con botas altas y espuelas.

Slink Tate no parecía pariente de Lee. Tenía la cara de un perro enfadado. Levantó hacia Ames unos ojos hundidos y tristes y le hizo un breve gesto de saludo.

-¡Hola, Ames! - dijo Stringer con tono seco y cáustico -. Ya estamos otra vez cuerdo, ¿eh?

-Seguro -respondió Ames -. Necesito ver muy claro hoy.

Cappy cogió a Ames por una manga y trató con suavidad de hacerle seguir adelante. Aquella atmósfera estaba cargada de amenaza. Pero Rich se negó a aceptar la indicación.

-Muy interesado en la boda, ¿eh? - preguntó Stringer, dejando una carta sobre la mesa.

-Claro. Mi hermana Nesta se casa con Sam la semana que viene y queremos tener alguna idea.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! - el interés hizo salir al juez de su lacónica aspereza -. Bien, pues me alegro mucho de que te hayas serenado. Temí tener que meterte en la cárcel.

-Oiga, Jeff, había una docena de vaqueros tan borrachos como yo anoche - declaró irónicamente Rich -. ¿Por qué no los arresté usted?

-Eso es cosa mía. No constituían una amenaza para la comunidad

-¿Y yo sí? Ya entiendo, y veo que me ha tomado usted bien la medida.

Cappy dirigió a Lee una rápida mirada cuando Rich hizo la estupenda declaración sobre Nesta, y vio que, cualquiera que fuese el impulso que había hecho a Rich decir aquellas palabras, había dado en el blanco. La cara de Lee Tate enrojeció de sorpresa y de rabia. Durante la conversación entre Ames y Stringer, miraba a Playford, palideciendo lentamente.

-Oiga, Playford-preguntó con voz aguda en la pausa que siguió a la cáustica réplica de Ames a Stringer -, ¿es verdad que se casa usted la semana que viene?

Sam se puso a la altura de las circunstancias.

-Desde luego - afirmó con inocencia -. ¿No se lo ha dicho Nesta? Aún no ha fijado ella

el día. Yo quería el lunes y Rich el miércoles, pero probablemente, Nesta lo aplazará hasta el sábado... Mala suerte... ¿No me da usted la enhorabuena, Tate?

-No es fácil - rezongó con dureza Tate, y la pasión desfiguró sus facciones -. Anoche Nesta Ames me juró que había roto con usted.

-¡ja! ¡ja! ¡a! - Playford soltó una carcajada en la cual vibraba algo que no era risa -. ¿Cree usted que puede reírse de Nesta como ha hecho con tantas otras muchachas del Tonto? ¡ja! ¡ja! ¡Ja! Se ha estado riendo de usted en su propio estilo, como ya me dijo que pensaba hacerlo.

-¿Es verdad eso? - preguntó Tate poniéndose de color púrpura.

-Completamente - afirmó Sam con calor.

-¡Pues hay cosas que no le puedo a usted contar! - exclamó Tate con sombría y maligna significación. Ames saltó como una pantera para colocarse frente a Tate.

-¿Sí? ¡Pero a mí me las dirás, Lee Tate! Y si le has hecho alguna ofensa de palabra o de obra, que el Cielo te valga.

La expresión de Tate cambió rápidamente. Apenas en la intensidad de su asombro y su rabia, tuvo tiempo de percibir una siniestra amenaza, cuando Ames le pegó un terrible puñetazo que le lanzó sobre una mesa, derribándola con botellas y sillas. La sangre manaba de su aplastada nariz.

Ames retrocedió hasta la puerta, la mano a la altura del cinturón, sus magníficos y retadores ojos azules llenos de odio y de desdén. Primero se fijaron en Slink Tate, y, viendo que no intentaba aceptar el reto, incluyeron al boquiabierto juez.

-Jeffries, le voy a esperar al lado de la cárcel - le dijo con frío sarcasmo, y la sonrisa con, que acompañó sus palabras parecía asegurar que el juez no acudiría a la cita

IV

La boda de Lil Snell se celebró a última hora de la tarde, mucho tiempo después de la hora convenida. Cappy Tanner oyó a una mujer, que tenía acceso a la casa de los informar a curiosos oyentes de que el retraso era debido a los celos furiosos de la novia por el precioso vestido de Nesta Ames. Lil había pasado parte de aquel tiempo rogando a Mesta que le vendiese o prestase el vestido:. y el resto, en regañar con ella, que había permanecido insensible como una peña.

Este dramático intermedio, después del puñetazo de Ames a Tate, team a Shelby en vilo.

Cappy no pudo meter la cabeza en la atestada casa durante la ceremonia, pero averiguó que Lee Tate no estaba presente. Su gran vanidad no le permitía mostrar su desfigurado semblante.

-Se ha escondido o se ha ido a su casa - dijo Playford con satisfacción -. Le diste un golpe terrible, Rich.

-Tate no se asomará a ningún baile esta noche - Cappy.

Ames no hizo ningún comentario. Era difícil seguirle, y sus amigos, después de acompañarle lo bastante para ver que no pensaba beber, perdieron su aprensión sobre este particular. Ames, sin embargo, les daba aún muchos motivos de preocupación. Había paseado durante una hora ante la cárcel de piedra, donde la multitud le había estado observando desde una distancia respetable. Pero Jeff Stringer no se acercó a arrestarle. Los oídos atentas de Cappy Tanner registraron el hecho de que la mayoría de los habitantes del Tonto aprobaban la conducta de Ames. Todo el mundo le quería, excepto sus enemigos. Los Tate eran odiados. Jeff Springer tenía muchas cosas en su contra y aquel día perdió prestigio bastante para arruinar sus futuras aspiraciones como juez.

Ames no podía permanecer quieto mucho tiempo. Estaba, naturalmente, nervioso, vigilante y excitado. De los tres amigos, sólo él consiguió entrar en la residencia de Snell, no

para presenciar la ceremonia, sino para ver a su hermana con el ya famoso vestido. Y volvió a salir pasa reunirse con Cappy y con Sam, iluminada la cara por una luz suave y alegre.

-¡Nos ha hundido! - exclamó -. Sam, la tienes que ver con ese vestido aunque hayas de matar a alguien... Y tú también, Cappy; los líos por Nesta ya eran bastante grandes antes de que tú vinieras con tu vestido... Pero vale la pena.

El banquete de boda y el baile empezaron simultáneamente, pero ni el salón ni el comedor pudieron acomodar a todos los; huéspedes a un tiempo.

Ya era tarde cuando Cappy consiguió ver a Nesta Ames en toda su gloria. La reconoció y le pareció que no la conocía. ¡Qué extraño que un vestido produzca tal transformación! Pero así es. Nesta era la desesperación de todas las jóvenes presentes y objeto de culto por parte de todos los hombres. Nunca un ser tan bello y radiante había agraciado con su presencia un baile del Tonto. Lil Snell era la novia pero no parecía muy feliz por ello. Al lado de la adorable Nesta estaba empequeñecida, y Magde Low, una hermosa morena, novia oficial de Lee Tate, resultaba insignificante.

Los astutos ojos de Cappy penetraron a través del ligero disimulo de algunas de las muchachas que odiaban a Nesta, como habían llegado hasta el corazón vacío y maligno de Lee Tate. Sus maquinaciones para hundir a Nesta, en aquella gran ocasión por lo menos, cayeron sobre sus propias cabezas. Nesta tuvo su desquite. Todos los jóvenes de Shelby y de todo el Tonto se agrupaban a su alrededor solicitando bailes.

Después de un baile se acercó con su pareja a Rich, Sam y Cappy, que observaban la fiesta desde un lado.. Vista de cerca, le pareció a Cappy la Nesta de antes, pero más de sonrisa más dulce y adorable. Había olvidado todos los momentos desdichados de su vida. Aquel baile y su triunfo eran bastante para todo el porvenir. Su cara brillaba como una perla, con una luz resplandeciente; sus ojos habían adquirido un tono de medianoche iluminada por la luz misteriosa de las estrellas.

-Sam, no me has sacado a bailar - dijo con asombrosa dulzura -. Ni tú tampoco, Rich.

-¡Escúchala!! - murmuró Sam.

-Me gustaría más que estuvieras en el Cañón Dudoso - dijo Rich, pero en sus ojos brilló un relámpago azul de adoración.

-Mira, ya vienen - interrumpió Sam, indicando a los jóvenes que se acercaban corriendo como el viento.

-He reservada dos bailes - dijo Nesta alegremente -, el próximo para ti, Sam, y el otro para Rich.

Por debajo de su alegría, de su pasión de amor o venganza o lo que fuera que de ella irradiaba, el afecto de Tanner discernía la tragedia. La vio bailar con Sam, el punto de convergencia de todas las miradas, y Juego con Rich. Aquellos mellizos habían bailado juntos desde la infancia. Se movían como uno solo; Rich, personificando la gracia masculina, y Nesta con los ojos entornados, oscuros y soñadores, sin ver nada, perdidos en la música y el ritmo de la danza.

Cappy Tanner dejó el salón y se dirigió tristemente a su alojamiento. Presentía calamidades desconocidas. A la mañana siguiente, una hora después del amanecer frío y gris, cabalgaba solo hacia el Cerro del Mescal.

Nesta también regresó aquel mismo día, más tarde acompañada de Sam, Rich, su madre y las mellizas, todos cansados y exhaustos. Cappy los vio sólo unos momentos. Pero al siguiente día volvió a reanudarse la vida serena e igual del Cerro del Mescal. Cappy se alegró de ello, aunque le pareció la calma que precede a la tempestad.

-¡Cappy, estoy borracho o soñando - exclamó Rich cuando Tanner apareció en la cabaña.

-Tienes cara de estar excitado, pero no borracho.

-Nesta ha vuelto a casa como un cordero. Ha prometido casarse con Sam si la dejamos un poco de tiempo. Está rara. Todo su fuego y su gloria han desaparecido. Estoy

completamente perplejo.

-Esa boda y ese baile han sido como para dejar cansada a cualquier muchacha... que hubiera estado en el lugar de Nesta... Siento curiosidad. ¿Se enteró de que le estropeaste la nariz a Lee Tate?

-¡Seguro!... El baile duró toda la noche y ella nos pidió a Sam y a mí que nos esperásemos. Por la mañana se despidió de los Snell, y cuando salía con sus cosas apareció Lee Tate. Trató de detenerla hablándole en voz baja. Ella le miró la cara hinchada y se rió de él. La sangre se me alboroté. Ella le hizo soltar su manga como si se fuera a manchar, y se alejó de él con la cabeza alta y los ojos ardiendo... Y esto es todo, Cappy.

-A mi también me asombra eso - murmuró Tanner.

-¿Quién puede asegurar que conoce a una mujer? Pero te aconsejo que la vigiles de cerca.

Para Tanner era asombroso de qué modo la fanfarronada de Playford ante Lee se iba convirtiendo en realidad. Nesta consintió en casarse aquella semana.

Tanner fue varias veces a casa de los Ames, pero sólo una pudo ver a Nesta y se quedó atónito. Parecía una persona infinitamente distinta de la espléndida Nesta del baile de Shelby. Era demasiado apática, humilde y abatida. Tanner imaginó que se resignaba a una situación que su corazón aprobaba, pero a la que se oponía su conciencia.

Sam Playford andaba siempre alrededor de la casa, al parecer, extático. Los alegres y prácticos preparativos de la señora Ames que sutilmente evitaba un posible tropiezo, eran de buen augurio. Ella conocía a Nesta mejor que nadie. En Rich se advertía una creciente tensión nerviosa. Él también andaba siempre dando vueltas por las inmediaciones y a la vista de la casa. El único trabajo que Tanner le vio hacer, y éste de muy mala gana, fue partir leña.

Tanner se aplicó durante dos días a un trabajo obligado, si pensaba cazar aquel invierno. Deseaba ver el fin de aquella boda. Mescal y Manzanita le buscaron al segundo día, deseosas de comunicarle las últimas noticias. Nesta no quería ir a Shelby a casarse, y Sam había ido a buscar un cura para que viniera al Cerro del Mescal el sábado.

Todavía duraba el veranillo de San Martín, aunque estaba muy avanzado el mes de noviembre. El viejo cazador no podía substraerse a la influencia de los días tranquilos y azules, al calor del sol, al graznido solitario del cuervo, a la melancólica nota de tordo, a la soledad expectante y soñolienta.

El sábado - el día de la boda de Nesta Ames - amaneció por fin, el más templado, el más purpúreo y bello de aquellos últimos días estivales. Cappy se había imaginado vagamente que nunca llegaría. Aun ahora, cuando se vestía sus mejores galas para ver casar a Nesta, no podía alejar el extraño presentimiento. Había visto una sombra en los ojos de Nesta y aquella sombra se había extendido sobre su conciencia.

Al salir Cappy del desfiladero para tomar el sendero de la casa de los Ames, vio media docena de caballos atados a la sombra de los tres abetos.

El tableteo de los cascos de un caballo al, trote soné en el camino. Sam Playford apareció en él, destacándose su brillante atavío sobre el fondo verde.

Cappy ensayó un alegre grito de saludo a Sam, pero un alarido penetrante le detuvo en seco.

¿Qué diablos ocurre? -rezongó el cazador. ¿Podía ser aquello la risa aguda de Mescal? Playford había detenido su caballo. Él también había oído. De súbito, lanzó una exclamación y se arrojó del caballo precipitándose por la rocosa vertiente.

Cappy, siguiéndole con los ojos, vio un objeto que se movía a lo largo de la orilla del estanque de la roca, dándole la vuelta a la peña. Cappy miró y todos sus sentidos, salvo la vista, cesaron de funcionar. El sol se reflejó en algo plateado. Descubrió a Rich Ames sacando un objeto pesado del río. Luego, vio a Playford aplastando los matorrales y saltando sobre las rocas. El corazón de Cappy dio un salto y luego se hundió por el declive de debajo del camino, pero como no podía bajar allí, se dirigió al sitio por donde Playford había saltado. Su

prisa frenética le hizo tropezar y caer de cabeza. El contacto violento con las rocas, los arañazos de la maleza, no le causaron dolor ninguno. Se levantó y siguió corriendo por la áspera ribera, llegando a los sicómoros jadeante y tan fatigado que no pudo hablar.

Nesta Ames estaba sentada con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol, despeinada y fláccida, mojada de la cintura para abajo. Playford, arrodillado a su lado, con la cara cenicienta, se retorcía las manos.

Tanner vio la espalda de Rich encorvada como bajo un peso tremendo, y no quiso mirarle la cara.

-Al ver al cura - decía Nesta -, he perdido el valor y no he podido consentir en la boda.

Tanner sintió tal consuelo al ver que aún vivía, al oír su voz, al darse cuenta de que estaba ilesa, que la vergüenza y la tragedia de su confesión le parecieron cosas insignificantes. Se adelantó para caer sobre una rodilla al otro lado de Nesta y tomar una de sus heladas manos.

-Muchacha... muchacha - empezó con voz ronca y entrecortada.

-Sí, eso está claro, pero, ¿por qué? - preguntó el hermano, duro y sombrío.

Tanner sintió el deseo de mirarle, pero le faltó valor para hacerlo.

Nesta le miró con ojos insondables. Podría haber perdido el coraje para el casamiento, pero no le tenía miedo a Rich, ni le daba vergüenza enfrentarse con él. Parecía estar por encima de todo. Sus manos temblaban y su pecho jadeaba. Tenía los labios apretados en una línea dura y resuelta.

-¿Has querido ahogarte? - preguntó con violencia Rich.

-¿Crees que me estaba bautizando? - repuso ella con desdén, recobrando fuerza en su voz.

-¡Contéstame!: ordenó él-. Te has escapado. Yo te he visto salir y he corrido hasta aquí... Y te he cogido tratando de suicidarte, ¿no es eso?

Ni más ni menos -confirmó ella con voz de timbre acerado -. Pero podías haberte ahorrado la molestia, y a mí, más de lo que te imaginas.

-Dime por qué - continuó Rich con voz ronca. -No podía continuar. Quería y esperaba hacer feliz a Sam. Le amo... Pero no puedo casarme con él.

-*Por qué?*

-He engañado a Sam, he sido infiel... Madre quería que me casase con él y lo mantuviese secreto, pero yo pensaba decírselo tan pronto como fuera su mujer.

-¿Cómo le has engañado?

-Con Lee Tate.

-Dices cosas extraordinarias, Nesta... ¿Qué has hecho con Lee Tate?

-No podía haber hecho nada peor - replicó ella, dolorida.

Rich sacudió con violencia toda su elástica armazón, como si tratase de librarse de una red que le envolviese. Cayó de rodillas a los pies de Nesta y extendió hacia ella sus manos convulsas, su cara contraída por la agonía.

-Creí que podría hacerlo - continuó diciendo Nesta con sencillez -. Amo a Sam de verdad; cien veces más que a aquel demonio. No pensaba ser una esposa infiel y se lo hubiera dicho a Sam. Sabía que él me perdonaría... Pero me faltó valor al darme cuenta de que iba a ser madre.

-*¡Oh, Dios mío!* gritó Rich, y cayó de bruces, enterrando en el musgo sus manos curtidas y pataleando. Playford se cubrió la cara convulsa con un brazo. Nesta le miró; miró después a Rich y luego a Tanner.

-Es horrible, Cappy - murmuró -. ¡Si al menos me hubiera dejado ahogarme!

-Eso no hubiera resuelto nada - repuso el cazador en voz baja -. Es terrible pata los muchachos, pero no para mí. -

Rich Ames se estremeció. Luego pareció helarse. Cuando se levantó, Tanner no pudo soportar la vista de su cara.

-Nesta, creo que podría matarte - dijo con una voz singularmente fría y amarga.

-Y yo quisiera que lo hicieras - rompió ella con el primer asomo de pasión -. Así no pesaría sobre mi alma... No puedo vivir. No podría abrirme camino con el niño... No puedo vivir, Rich.

-¡Y por Dios que no vivirás si has tenido tú la culpa!

-Claro que la he tenido. ¡Qué mujer puede ser tan idiota sin tener la culpa! Pero te juro, Rich, que nunca creí que llegaría tan lejos.

-¿Amabas a ese canalla de Tate? - preguntó Rich con voz estridente inclinándose sobre ella con las mandíbulas desencajadas.

-¡No! ¡No! - gritó ella con violencia -. ¡Eso es lo horrible! Pero me fascinaba..., tenía poder sobre mí... No conseguí romperlo hasta la mañana siguiente al baile... ¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!

Tanner halló su voz para rogar a Rich que escuchase el relato de Nesta.

-Estás dictando sentencia demasiado pronto - concluyó.

-Cuéntanos, Nesta - rogó Playford -. No puedo creer que seas mala... Pero no importa. Dinos la verdad, que entre los tres hallaremos una solución para ti.

-¡Pobre Sam! - murmuró ella, levantando una mano para tocarle -. Debo de ser mala. *Soy* mala, y no hay solución para mí.

Rich se volvió a arrodillar, esta vez más cerca de ella. -¿No se casaría contigo Tate? - preguntó con voz apagada.

-No lo sé. Pero aunque él quisiera, yo nunca querría casarme con él.

-Me asombras, Nesta - dijo Rich levantando las manos -. Haz lo que te pide Sam. Dinos la verdad. -Es bastante miserable - empezó Nesta con los ojos pensativos y sombríos -. Nunca he amado a Tate, pero siempre sentía algo extraño cuando me miraba o hablaba conmigo, como empezó a hacer el año pasado... Debía de ser a causa de Lil Snell *y .Magde* Low. Madge es su novia ahora, y Lil lo ha sido. No he sabido hasta después que estaba en estrechas relaciones con ellas. Madge, es una arpía, y Lil tenía celos de mí. Estaba tan furiosa con ellas que tenía deseos de matarlas. Juré hacerles ver que no era una rústica campesina. Ellas decían que Lee Tate estaba jugando conmigo, pero muchas veces dispusieron las cosas de modo que nos encontrásemos... Ahora veo que han sido ellas las que me han empujado... Entonces empezó. Coqueteé con él, pero no le permití ninguna libertad, no le dejé que me tocara ni que me besara... hasta un día en que Lil me engañó, se marchó y me dejó sola con él... Entonces me bajó a la fuerza del caballo, me arrastró a una espesura de pinos... y... y... se salió con la suya. Después le he odiado..., pero no podía resistirle. No quería verle *y* evitaba encontrarme con él, pero cuando él me hablaba no podía resistir... Era como una serpiente... La noche del baile desperté. Todo lo que yo deseaba era demostrar a esa repugnante Magde Low que no servía ni para descalzarme. Y también a Lil Snell. Ellas han ayudado a Lee a perderme. Les quité a Lee y a todos sus adoradores. El marido de Lil me ha seguido lo mismo que los demás... Ya fue bastante. Entonces vi mi equivocación y lo cara que me costaba. Antes de salir de Shelby me reí en la misma cara de Lee Tate. Le dije que le despreciaba *y* que no volvería a mirarle. Pero mentía. Conocía su poder sobre mí y sabía que me volvería a arrastrar. Pero volví a casa y a Sam, a esperar, a luchar... Luego descubrí que estaba encinta. Era demasiado tarde, y cuando vi venir al cura corrí para ahogarme. Playford extendió sus largos brazos y, aun arrodillado, levantó a Nesta y la apoyó contra sí.

-Nesta, no es demasiado tarde - dijo con voz patética-. ¡Pobre muchacha! ¡Todo por vanidad! Yo te seré fiel. Nadie sabrá nada.

-*¡Sam!* ¿Te casarías conmigo... ahora? - sollozó, perdiendo de súbito toda la amargura y el rencor. -Sí. Volveremos a casa y celebraremos la boda como la teníamos proyectada.

-¡No, no! -imploró ella, despojada de la desesperada resignación que había sido su áncora.

-Pero Nesta, ¿no has dicho que me amabas? - prosiguió Sam con ternura.

-¡Sí! ¡Sí! Nunca he dejado de amarte. Pero no puedo arriesgar eso... ¡Dios mío! ¡Si me atreviera I

Rich Ames alargó la mano para asirla de un hombro y hacerle levantar la cabeza del pecho de Playford.

-¿Por qué no te atreves? - preguntó con aspereza -. Sam es bueno y leal. Te ama de verdad. Nadie sabrá nada. El niño será un Ames. Cappy y yo guardaremos el secreto. ¿Por qué no te atreves?

Tanner nunca había pasado por un dolor como el que entonces retorcía su corazón. Nesta no pudo sostener la mirada de los ojos llameantes de su hermano; se apartó del fiel Playford y murmuró lastimosamente, dirigiéndose a Tanner:

-Cappy... Me perseguiría..., me cogería sola algún día...

Tanner se atragantó. Oyó a Playford sollozar. Pero Ames continuó inclinándose sobre su hermana.

-Nunca, en este mundo, querida Nesta - dijo con su peculiar modo de hablar frío y lento.

-*¡Rich!*

-Ya me has oído. ¡Vamos, anímate! Ayúdala a ponerse en pie, Sam... Volved a casa; y escuchad: Nesta se ha caído al río *y* tú, Sam, *y* tú, Cappy, habéis pasado por aquí casualmente. Nesta se ha asustado mucho y está nerviosa, pero la boda se celebrará igual.

-*¡Rich!* - gritó Nesta.

¿Me has oído, Sam?

-No soy sordo, compadre - murmuró éste con la voz ronca por la emoción.

-¿Me has oído, Cappy? - continuó Ames, inexorable.

-Sí, muchacho, y obedezco en el acto - replicó el cazador ayudando a Sam a sostener a la temblorosa joven.

-Nesta, yo no estaré aquí para ver tu boda - prosiguió Ames, y sus palabras eran terminantes, con un asomo de ternura y una nota extraña de despedida. No hizo ningún movimiento para besarla ni tocarla, aunque ella extendió hacia él sus manos temblorosas -. Pero deseo que seas feliz con Sam; si eres buena con él, algún día lo serás.

-¡*Rich!* - volvió a gritar ella, pero fue como dirigirse al ane...

La noticia llegó al día siguiente al Cerro del Mescal. El jinete, un desconocido para Tanner, llegó en un caballo cubierto de espuma.

Buenos días - dijo-. Venga un poco más lejos de la casa, que traigo un recado para usted.

La señora Ames, que estaba hablando con el cazador, después de dirigir una mirada a la cara grave del visitante, se metió en la cabaña llevándose a las asombradas mellizas.

-Supongo que es usted Tanner - interrogó el hombre cuando llegaron a los abetos.

-Sí, yo soy - replicó Cappy con un tono que significaba que hubiera deseado poder negar su nombre.

-¿Dónde está Playford?

-En su casa con su mujer. Se casaron ayer.

-Me alegro de oírlo. Yo no me he comprometido a llegar hasta allí. Tendrá usted que contárselo.

¿Contarles qué?

-Que Ames mató anoche a Lee Tate y a Jeff Stringer, y dejó malherido a Slink Tate, pero éste se repondrá.

-Tate y Stringer, ¿eh? - preguntó Tanner con voz ronca y entrecortada -. Malas noticias... ¿Y cómo ocurrió?

-Nadie lo sabe, aunque todos lo han visto - repuso el jinete, enjugándose el sudor de la cara.

-Lo vio usted?

-Desde luego.

-¿Combate limpio?

No pudo serlo más.

Eso siempre es bueno. ¿Cómo lo, ha tomado el pueblo?

-La mayor parte de la gente se calla la boca, según la prudente costumbre del Tonto, pero es fácil hacerse cargo de la opinión general. Shelby necesitaba un juez nuevo. Lee Tate apenas vale el plomo que ha costado matarle, así es que no ha sido una pérdida muy grande. Tampoco hay mucha gente que rece por el restablecimiento de Slink Tate.

-¿Pera dice usted que se curará?

-Sí. No estará muy bien una temporada, quizá nunca, pero de ésta se ha librado.

-¿Y de Ames, qué? - inquirió Tanner, hallando muy difícil la pregunta.

-No le han tocado. Los engañó del todo y ha hecho los mejores tiros que yo he visto en mucho tiempo.

–Cuéntemelo todo, y luego iremos a mi cabaña a tomar un trago.

-Gracias. Vamos ya... Me encontré a Ames ayer tarde, antes de anochecer, y estaba sereno como un juez. Después de la riña se han hecho cábalas. Nadie ha visto beber a Ames. Claro qué podía llevar una botella en el bolsillo, pero la mayor parte de la gente de experiencia lo dudamos. Cenó en la fonda y anduvo por allí sin hablar con nadie. Jed Lane le vio cinco minutos antes de la bronca, y también estaba sereno entonces... Yo me encontraba también en el salón de Turner, que estaba de bote en bote. Yo no jugaba, estaba hablando con Scotty de mis asuntos cuando entró Ames. Es curioso. Lo primero que observé fue que, aunque se tambaleaba al parecer borracho, estaba muy pálido, y juraría que un hombre lleno de alcohol no puede tener unos ojos como los que él tenía. Vio a los dos Tate y a Stringer jugando a las cartas con otros dos individuos de Globe. Era una partida dura y había mucha gente viendo el juego. Después he pensado que Ames debía de saber que aquella gente estaba allí. Empezó a andar alrededor de la mesa; tropezó en la mesa y los puso de un humor de todos los demonios, pero no ocurrió nada. Luego, quiso sentarse a jugar con ellos. Ellos no lo quisieron, y así empezaron a regañar. Para mí, Ames no estaba borracho, aunque a ellos les engañó, y lo que quería era armar bronca.

»-¡Fuera de aquí si no quieres ir a la cárcel! - gritó Stringer, que perdía en el juego *y* estaba de muy mal humor.

»-Pruebe usted a llevarme, señor juez - dijo Ames, pero Stringer siguió sentado, rezongando. No quería cuestiones con Ames.

»Ames siguió dando vueltas por allí y mirando, *y* de pronto sorprendió a Lee Tate haciendo trampas. Rápido como un relámpago, le cogió la mano y descubrió la trampa de Tate. Tate se levantó echando venablos. Creía que Ames estaba demasiado borracho para pelear. Le llamó muchas veces cosas feas que le fueron devueltas con alguna más. La gente empezó a sentir curiosidad. Creo que nadie contaba con que hubiera nada más que algunas bofetadas. Slink Tate tiraba de la ropa de Lee para que se estuviese quieto en la silla, pero Lee se ponía cada vez más furioso. Empezaron a pegarse, y tengo la idea de que si Ames le dio un golpe a Stringer no fue por accidente. Stringer *se* levantó *y* sacó el revólver.

»-Ames, si no t_e; vas te romperé la cabeza y te meteré en la cárcel.

»Ames estaba inclinado, insultando a Stringer llamándole juez cobarde y sinvergüenza, cuando Lee Tate le pegó en la cabeza. Ames no fingía cuando cayó, y la gente empezó a reírse. Tate, más valiente entonces que un león, sacó el revólver y fue cuando ocurrió la cosa con rapidez del relámpago. Ames disparó desde el suelo. Yo sólo vi la lumbre de los disparos. Tres en menos de dos segundos. El revólver de Slink Tate se disparó al aire cuando él caía. Lee chillé y se cogió el vientre con las manos. Stringer cayó como un leño... Tendría usted que haber visto a aquella multitud desaparecer corriendo cuando ya había pasado el peligro.

»Ames se levanté saltando como un gato. ¿Borracho? ¡No! Con el arma humeante en la

mano, levantó el pie, y empujó a Lee Tate de la mesa en donde se apoyaba gritando; cayó al suelo de espaldas con las manos chorreando sangre. Ames le miró a ver si tenía bastante. Cualquiera se hubiera dado cuenta de ello. Luego, miró a les otros dos. Slink tenía muy mal aspecto, y Stringer, el corazón atravesado. Lee Tate medio se incorporó; Ames le empujó de un puntapié lento y deliberado, guardé el arma y se fue.

V

La primavera había llegado al valle de Wyoming, donde el río Wind serpenteaba entre las elevadas cadenas de montañas coronadas de nieve.

Desde su risco solitario podía el águila contemplar miles de cabezas de ganado, y si volaba a través del ancho valle o se cernía sobre su centro, vería las verdes laderas y los vastos prados salpicados por los rebaños dispersos.

Era la época de prosperidad de los rancheros y, por consiguiente, de los cuatreros, abigeos y vaqueros. En el intrincado y bravío desfiladero por donde pasaba el río Gros Ventre, desde la cabeza de la cordillera del Wind, o en donde el río Snake cortaba la tierra Tetón, tenía su punto de reunión la cuadrilla de bandidos del río Wind. En Utah, en el escarpado cañón del río Verde, se ocultaban los malhechores de Robbers Roost. Estos desalmados se internaban algunas veces por el Norte, siguiendo el río Verde, y cruzando el ferrocarril del Pacífico, hasta las ricas tierras del valle del río Wind. Estas partidas estaban con más frecuencia en guerra unas con otras que con los vaqueros.

Muchas leguas tenía este vasto territorio donde abundaban el agua y la hierba, y el ganado era innumerable. Pero el pequeño ranchero no era bien visto, y el extranjero sin un caballo a irse al diablo. Un buen vaquero era bien recibido, pero nunca se confiaba en él hasta que probaba su valía. A ningún buen jinete le faltaba trabajo en aquel país.

Los ranchos estaban muy separados, a un día de viaje algunas veces, y aun así parecían demasiado próximos. No había ni una sola cerca en todo el valle.

El rancho de Crow Grieve no tenía por el Norte más límites que las montañas, pero por el Sur estaban perfectamente señalados por los ríos Verde y Wind, que allí se juntaban.

Allí estaba quizá la más bella situación que pudiera elegirse para un rancho. Kit Carson, guía de Fremont en su expedición, acampó allí en los días en que los búfalos ennegrecían el valle.

La casa del rancho estaba edificada sobre una altura que dominaba la confluencia de los dos ríos y en la que los algodoneros habían sido sustituidos por los pinos. La cordillera verde y amarilla ondulaba en descenso hacia el Sur; hacia el Norte, por una ladera sin término, siempre subiendo hacia las negras montañas del río Wind. Hacia el Oeste, la cordillera del Tetón elevaba sus dientes blancos en el espacio azul.

Un día de mayo volvía el equipo de vaqueros de Crow Grieve, en grupos de dos y de tres, unos delante y otros detrás del carro de las provisiones. Regresaban de Granger, una estación de carga del ferrocarril, donde, a continuación del rodeo de primavera, Grieve había embarcado tres mil cabezas de ganado. Había sido una embarcación dura, acabada en francachela y riñas, cosa corriente en tales circunstancias entre los vaqueros, como cualquiera otra de sus costumbres. Habían salido veintiuno y volvían algunos menos. Ningún contingente de vaqueros, después de una conducción importante y la acumulación de los salarios de todo el invierno, regresaba jamás intacto al rancho. Dos de los servidores de Grieve no volverían a montar más a caballo. Otros se habían despedido. Cambiaban como el viento aquellos indómitos muchachos de los ranchos. En este caso, después de una semana de borrachera y de cabalgar durante otra, el grupo principal llegaba a lo que ellos llamaban «casa», serenos, sin dinero, varias de ellos lisiados, muchos contusos, todos cansados, pero, sin embargo, alegres como alondras. Nada le importaba al vaquero de aquellos tiempos, salvo sus relaciones con

Librodot

sus camaradas.

El albergue de los vaqueros de Grieve era famoso en todo Wyoming y aun más lejos. La cabaña donde estaban instalados el comedor *y* la cocina tenía una buena situación, lejos de la casa del ranchero, en medio de un bosquecillo de pinos, y de ella se extendía una línea de casita pequeñas, cada una con chimenea, dos camas y agua corriente. Más allá estaban los corrales, los establos los graneros, la fragua y otras dependencias accesorias de un gran rancho. Grieve dominaba, si no poseía directamente, cien mil acres.

Lany Price, un vaquero de diecinueve años, moreno y curtido, de buena presencia, cabalgaba a la vanguardia del resta del equipo de Grieve. Tenía sus razones para apresurarse. La ausencia del rancho no había sido muy de su gusto. Sus alegres camaradas le habían hecho emborracharse por primera vez, y había alguien en el rancho con quien quería hablar de ello para excusarse.

La puerta de su casita estaba abierta. Apoyadas contra la pared, había una pesada silla guarnecida de plata y una manta de caballo cuidadosamente doblada. Ún jinete de elevada estatura, con botas de montar, apareció en la puerta en aquel momento.

-Buenos días - dijo amablemente -.Como no he visto a nadie aquí, me he instalado.

-Buenos días - repuso Lany con cierto disgusto, no porque un visitante no fuera para él bien venido, sino porque tenía motivos para desear estar solo, y una ocupación en la que prefería no le viera nadie. Pero, después de una segunda mirada al forastero, la irritación le dejó.

-¿Creo que viene todo su equipo? - preguntó aquél con acento perezoso que hizo suponer a Lany se trataba de un tejano.

-Sí. Están esparcidos por todo el camino. El carro de las vituallas llegará antes que la mayor parte de ellos. Yo me he adelantado. ¿Tiene usted hambre?

-Regular.

-¿Está usted de paso o piensa quedarse?

-Creo que me quedaré, si encuentro trabajo.

-Siéntese, entonces. Crow toma todos los vaqueros que llegan, lo cual no quiere decir que le duren mucho.

-He oído decir que Crow Grieve es un patrono duro. Nunca toma un capataz. ¿Es así?

Así es. Es un mal bicho a todas horas, pero después de estar borracho una semana es un demonio.

-Bebedor, ¿eh? ¿Le gusta el aguardiente, o es que bebe cuando está en sociedad?

Usted es nuevo por aquí - respondió Price, desmontando y quitando la cincha a su caballo.

-Sí. Wyoming es casi el único territorio por donde no he andado estos últimos seis años.

-¿De dónde es usted?

-¿De dónde cree?

-De Tejas.

-En Tejas nací, pero salí de allí cuando era muchacho.

-Me llamo Lany Price. ¿Cómo me ha dicho usted que se llamaba?

-Creo que no lo he dicho aún - repuso el otro.

-Eso he observado. Dispense mi curiosidad - dijo Lany, con una mirada aguda y apreciadora a su visitante. Le gustaba su aspecto, aunque tenia motivos para incomodarse por la llegada de aquel forastero-. ¿Quizás es usted pariente de la señora Grieve? También es del Sur.

-No. ¿Está casado Grieve?

-Sí - afirmó Lany con inconsciente alivio -. Se casó hace un par de años... la señora Grieve - se apresuró a corregir - es mucho más joven que él. Tiene mi edad. Diecinueve años... Tienen ya un niño.

-¿Qué edad tiene Crow Grieve?

-Entre treinta y cuarenta... Bueno, amigo, voy a cuidar de mi caballo. Si no quiere dar una vuelta, acomódese como si estuviera en su casa.

E] forastero se conformó con sentarse en un banco apoyado contra la pared y contemplar a través del río el amplio panorama con ojos que parecían ver mucho más lejos-. Pronto volvió el joven Price; evidentemente, con mucha prisa.

-¿Es su caballo el que está ahí en el primer corral? - preguntó.

-Sí. ¿Le gusta?

-Más vale que siga usted adelante si le tiene cariño a ese caballo. Con el equipo de vaqueros que hay aquí y la cuadrilla del río Wind, no tardará usted en perderlo.

El forastero sonrió como complacido por el cumplido que encerraba el consejo, pero no contestó. Price entró en la casa para salir en seguida. Apresuradamente, llevando un paquete debajo de la chaqueta, algo que, sin duda, deseaba ocultar

-Empiezan a llegar ya algunos - dijo señalando el ancho camino más allá de los corrales -. Tómelo como son, forastero y sea prudente -Luego se alejó hacia la casa del ranchero que brillaba blanca entre el follaje.

El forastero se quedó en el banco, viendo llegar a los jinetes. Al parecer. aquellos vaqueros no tenían ciara él nada de particular. Pronto entró el carro de las vituallas, tirado por dos troncos de caballos, y se detuvo frente a la casa-comedor. Más jinetes fueron apareciendo por el sendero, y cuando Price regresó había una línea de monturas de caballos de carga y de ruidosos vaqueros frente a las casitas.

-Lany! – gritó un individuo alto y de cara rojiza, deteniéndose con un lazo en las manos-, ¿es ése el novio de tu hermana, que ha venido de visita?

-Más vale que te calles, Rojo - repuso Lany en el mismo tono de broma.

Así se rompió el hielo, y otras salidas de pretendido ingenio llovieron de ambos lados de la cabaña de Price.

-¡Eh, vaquero! ¿Quién es ese señor de la cabeza blanca?

-Aquí estamos en Wyoming, forastero, y no hemos visto aún su caballo.

-Soy un vaquero vagabundo - gritó uno de poderosos pulmones -; ando vagando de rancho en rancho, y donde me reciben bien, allí me quedo.

Otro vaquero añadió

-Mis padres me criaron con mucho mimo; no tenían más hijos que yo, pero he salido aventurero.

Price, sentado junto a su huésped, se reía, nombrando a sus camaradas.

-Buenos muchachos y muy alborotadores. ¿Ha oído usted hablar de Slim Azul?

-Creo que sí - repuso el otro con una tranquila sonrisa.

-La tomará en seguida con usted y, si insiste, puede usted jurar que le ha gustado. Pero no lo deje traslucir. También tenemos a Blab MacKinney. Es un tipo de cuidada siempre, pero ahora está terrible. Se quemó un poco en unos tiros que tuvo en Granger.

-Ya conozco a Mac, pero no lo diga usted aún. ¿Ha hecho daño a alguien?

-Poco le ha faltado para que matase a dos. ¿Conque conoce usted a Blab? Esto es interesante.

La fila de vaqueros, situada más abajo de la casa de Price, se alejó llevando sus caballos a los corrales, pero los que estaban más arriba tuvieron que pasar por delante y todos mostraban la misma curiosidad hacia el forastero, y cada uno emitía una observación característica, que sólo producía una ligera y agradable sonrisa en la cara curtida y sagaz del recién llegado. El último se acercó. Un hombre de piernas torcidas, cubierto de polvo y calzado con largas espuelas. Era elástico y delgado, una figura notable porque daba una impresión de fuerza poco corriente en un hombre tan delgado.

-Aquí: está Slim Azul -murmuró: Lany Price-. Siempre lleva una camisa azul. Haga

usted lo que quiera menos escabullirse.

Slim: poseía una cara notable. Parecía un desierto que hubiese sido azotado por el fuego, el rayo, la lluvia y el viento. Venía tan cargado de sus arreos de montar que sólo le quedó un pulgar para indicar la tranquila figura que se sentaba al lado de Lany.

-¿Ha venido a verte tu papá, Lany? - inquirió.

-No. Es un forastero que ha llegado.

-Buenos días, señor Azul - dijo el forastero amablemente.

-¿Y quién diablos le ha dicho a usted que me llame señor Azul? -demandó irónicamente el vaquero.

Nadie. Es decir, su camisa. Le he visto a usted venir desde cuatro millas de distancia.

¿Sí? - dijo Azul, muy sarcástico -. ¿Conque tiene usted tan buena vista? Bien, bien. ¿Y qué tal vería usted con un ojo hinchado?

El forastero se recostó con sus manos curtidas y nervudas cruzadas sobre la rodilla. Sus maravillosos ojos azules parecieron corroborar sus palabras.

-Escuche, vaquero - dijo con un tono engañador, frío y perezoso -, acaba usted de hacer una jornada larga y me parece que se ha debilitado algo, además de la cabeza. Mejor es que se meta usted algo de alimento en el estómago y se tome una noche de descanso antes de hablarme a mí así.

Azul se quedó con la boca abierta y del color de la escarlata; era imposible decir si la observación le había enfurecido o confundido.

-Muy agradecido, forastero - replicó secamente -. Es usted muy considerado, pero no puedo seguir todos esos consejos. Volveré a preguntarle a usted algo.

El vaquero que iba delante de Slim se había detenido para escuchar este coloquio. Reanudando la marcha, gritó

-¡Eeeh! ¡No llegará la sangre al río! ¡No!

Y siguieron adelante hacia los corrales. Lany Price fijó en el forastero una mirada escrutadora.

-Perdone si me he equivocado con usted - dijo en tono de excusa.

-¿Cómo no? Yo también me he equivocado alguna vez - fue la sonriente contestación.

-Sería grande que Slim Azul se hubiera equivocado también, y me parece que tiene todo el aspecto.

-Quizás. Eso ocurre algunas veces. ¿Qué tal es ese Slim Azul? A mí no me ha parecido mal.

-Una buena persona. No es más que un pendenciero. Le han ganado el dinero en Granger, y siempre vuelve de mal humor. Se mete con todos los vaqueros nuevos. -Como él he conocido un montón. ¿Quiere usted seguir arriesgando esa cortesía que muestra hacia mí? No es necesario. Ya conozco ese juego, y si no me quedo a trabajar aquí con Grieve, tendrá usted que soportar algunas cosas.

El joven Price contempló a su interlocutor con creciente interés y, después de un momento de estudio, replicó:

-Ya no me quieren mucho. El amo y su mujer han sido muy buenos conmigo y eso ha hecho que algunos de los demás se molesten. Pero me arriesgaré a que se enfaden más.

-No, nada de eso, La.., ¿Cómo ha dicho usted que se llamaba?

-Lany. Lany Price.

-Pues bien, Lany, déjeme correr solo mi suerte - dijo el forastero-. Pero en lo que se refiere a Slim, seguramente querrá usted estar delante cuando vuelva.

-Lo estaré. Y, *si* usted me deja, aprovecharé la ocasión para ponerme de su parte.

-Gracias, Lany, pero es mejor que espere.

Algo más tarde, el jinete forastero, después de haberse paseado un rato razonable por enfrente de los corrales, se acercó a la casa-comedor, donde en el amplio y confortable porche descansaban una docena o más de vaqueros. Todos se incorporaron cuando él se acercó indiferente, con aquella sonrisita reflexiva. Su figura era notable.

-¿Creen ustedes que me echarán de aquí si pido de comer? - preguntó arrastrando las palabras.

Los vaqueros le miraron. Aquella pregunta podía tomarse por una insolencia.

-Oiga, tejano, ¿trata usted de insultar a Wyoming? - preguntó un corpulento caballista.

-No hay que ofenderse; es que no lo sé. Espero que no serán todos ustedes como Slim Azul.

-¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Y por qué espera usted eso?

-Porque no he conocido ningún vaquero como él. Me ha preguntado si podría hacer puntería con un ojo hinchado... Me ha dado un susto terrible.

-Ya se le nota, forastero - contestó el vaquero con sequedad.

El forastero se acercó a la puerta y gritó:

-¡Eh, cocinero! ¿Darán de comer aquí a un pobre vaquero que está hambriento y sin un céntimo?

-Seguro. Cuando yo grite, empuje al que se ponga por delante y venga corriendo - replicó el cocinero.

Aquí viene Slim ya - observó uno de los vaqueros que estaban en el porche -. ¡Vaya una cara que trae! El forastero salió al borde del porche y se sentó en él; su arma golpeó pesadamente contra la madera. A lo lejos, por el camino, detrás de Slim, venía despacio y cojeando otro vaquero.

Slim Azul, al ver al forastero, se desvió para salir al porche, frente a él. Los ociosos del porche se enderezaron con interés.

Creí que se habría usted ido - anunció Azul.

-No. Tengo mucha hambre y el cocinero me ha dicho que me daría de comer con tal de que empujara al que se me pusiera delante.

Pues lo siento muchísimo, porque no va usted a poder comer muy bien con los *dos* ojos hinchados - dijo Slim.

-No quiere usted seguir un buen consejo - murmuró el forastero levantándose.

-Nunca de un extraño. No me gusta.

-Es lástima, pero sospecho que en Wyoming debe uno esperar cosas peores. Desde luego, veo que ha dejado usted su arma - replicó el forastero desabrochándose el cinturón, grávido por el revólver y las municiones. Lo dejó en el porche. La pistolera, vieja y negra, llevaba la letra A, de plata.

-Slim - dijo uno de los vaqueros -, tus antipatías personales no le interesan a nadie, pero nos apena que le pongas un ojo negro a Tejas.

El forastero salió del porche, y echando a un lado su sombrero, descubriendo así una hermosa cabeza de cabellos claros y brillantes dijo:

-He oído hablar de usted, Slim.

-¿Sí? Pues entonces está usted haciendo cosas muy raras - gruñó Slim.

-Éste es uno de los momentos más felices de mi vida - continuó el otro.

Slim, agitando los puños, se lanzó sobre él. El forastero se movió de súbito con increíble velocidad hacia un lado. Su brazo izquierdo se disparó y el puño alcanzó a Slim en un ojo con un sólido impacto que estuvo a punto de derribarlo. Luego, se volvió y le encajó con la derecha otro golpe en pleno abdomen que sonó como un tambor.

Slim, cambiando rápidamente la cara en una horrible contorsión, empezó a encogerse apretándose el cuerpo con las manos, con la boca abierta y exhalando el aliento con fuerza explosiva.

Los vaqueros gritaron, muy divertidos. Slim cayó de rodillas. Lany Price, que estaba en el porche, advirtió en voz baja:,

-¡Cuidado! Ahí viene MacKinney. Es el compañero de Slim.

En aquel momento se presentó en escena el último vaquero. Su nombre irlandés convenía a su poderosa zancada, y a su cara honrada y fea. Fijó sus ojos grises muy abiertos en su amigo; evidentemente, apenas había advertido al forastero.

-Slim, ¿estás riendo o llorando? - preguntó, perplejo. Slim le oyó, sin duda, pero no tuvo aliento bastante para contestar.

-Está rezando, Blab - le informó desde el porche el vaquero corpulento -. Rezando para que el Señor le perdone su mala lengua.

-¿Qué ha ocurrido? - demandó MacKinney, enojado por la contestación y por la carcajada que siguió.

-Nada. Que ese señor le ha hecho una caricia en la tripa.

Entonces MacKinney fijó sus ojos grises y llameantes en el forastero. Se le abrieron aún más. Se le desorbitaron. Toda su expresión cambió de súbito en un alegre e incrédulo reconocimiento.

-¡Hola, Mac! -dijo el forastero.

-¡Dios me valga! ¿Eres tú? - exclamó MacKinney.

-Yo mismo, Mac, y me alegro mucho de verte.

-¿*Arizona Ames?* - continuó MacKinney, comprobando un reconocimiento que le parecía increíble, y corrió a abrazar a Ames de una manera que armonizaba con sus palabras-. Esta es la mayor de las sorpresas. Yo te creía muerto.

-Mac, estoy todavía bastante vivo.

MacKinney, con un brazo por encima de los hombros de Ames, se dirigió al asombrado grupo que les miraba desde el porche.

-Os presento a mi antiguo socio Arizona Ames; seguramente todos recordáis haberme oído hablar de él y de cuando trabajaba para Rankin, con el equipo más bragado que haya montado jamás a caballo.

-¡Arizona Ames! -murmuró un vaquero.

-Sí, Blab, nos acordamos.

-¿Qué tal, Ames? Me parece que no es usted tan forastero como se ha creído Slim.

Esta última observación hizo volverse a MacKinney. Allí estaba arrodillado Slim, aún abatido, pero ya reponiéndose.

-¡Demonio, Slim! Te había olvidado.

Slim amenazó a Ames con el puño.

-Me ha dado usted un puntapié en el vientre - jadeó.

-No, Slim - replicó Ames -. Sólo le he hecho una caricia en el ojo y luego le he dado un golpecito en su punto débil. ¿No le dije a usted que necesitaba alimento?

Aquí viene el patrón-dijo en voz alta Lany Price. Poca atención prestó nadie al coche que se acercaba. -Me ha dado usted un puntapié en el vientre - repitió Slim -, pero pegarme a mí no es ningún juego. Blab, necesito tu revólver.

-Slim, tú estás loco - saltó MacKinney, recobrándose de repente -. ¡No pensarás pegarle un tiro a éste!

-¿Cómo que no?

-¡Pero hombre, éste es un antiguo socio mío! protestó MacKinney.

-Lo siento mucho - contestó, terco, Slim, aunque pareció impresionarse, y se levantó -. Me has engañado, pues me juraste que no tenías más socio que yo.

Sí, pero de esto han pasado muchos años. Creí que estaba muerto.

-Pues es muy triste para dos viejos amigos volverse a reunir de esta manera. Ahora no vas a creer que ha muerto. Lo sabrás.

-Pero, Slim, ¿no has oído quién es éste?

-No, ni me importa. Ha dicho que estoy mal de la cabeza.

-Y tiene razón,

-Bien, si te duele tanto perder a este antiguo compañero, hazle que presente excusas - rezongó Slim, de mal talante.

-Desde luego, presento excusas. Todo era un broma. Tenía que hacer algo, ¿no?

-Si le ha parecido a usted así... - dijo Slim, estrechándole la mano de mala gana -. En

fin, lo pasaré por alto... ¿Conque es usted un antiguo compañero de Mac? Mac nunca ha tenido más que un socio, salvo yo, que valiese una higa, y le mataron. ¿Cómo se llama usted?

-Ames.

-*¿Ames?...* ¿Pero no es el Ames de Arizona? -Sí, Slim, el mismo.

Slim Azul se volvió a MacKinney y le colmó de improperios. Después de desahogarse, exclamó:

Serías capaz hasta de dejarme suicidar!

El coche se detuvo con sus dos ocupantes frente a los vaqueros y un hombre de espléndida presencia saltó de él. Tenía menos de cuarenta años, moreno, con cabello y ojos tan negros como el ala de un cuervo. En su cara se veían las señales de la reciente orgía. Era de viril y activa presencia.

-¿Qué ocurre aquí? - demandé con voz alta y autoritaria.

Sólo entonces se dieron cuenta los tres vaqueros de su aparición en la escena.

-¡Hola. patrón! - dijo Slim en un tono que no se le escapó a Ames.

-¿Habéis estado regañando?

-No, patrón, yo no. No he hecho más que cobrar. -Un ciego lo vería. Tienes un ojo hinchado. ¿Quién te ha pegado?

Corno yo tenía la culpa y no es más de lo que merecía, lo mismo da quién haya sido.

Ames se adelantó un paso.

-¿Es usted el ranchero Grieve? - preguntó.

-Sí. No recuerdo haberle visto a usted antes.

-No. Soy forastero en Wyoming - respondió Ames. -He llegado hoy v estaba esperando cuando aparecieron sus hombres. Slim ha querido darse dos pescozones conmigo a estilo vaquero, ¿sabe usted?, y nos los hemos dado, Nada más,

-Me alegro de que haya venido alguien capaz de pegarle. ¿Esperaba usted para ver al amo del rancho?

-Sí, señor.

-Bien, yo soy. Pero no uso capataces. ¿Qué quiere usted? ¿Trabajo de vaquero?

-Si tiene usted, desde luego.

-Contratado. Verga a tomar mis órdenes.

Y Grieve giró bruscamente sobre sus talones.

-¡Alto, patrón! - saltó en este momento MacKinney.

- Seguramente le gustará a usted saber que éste es un antiguo compañero mío.

-Supongo, Mac, que eso sería una referencia si yo la necesitara, pero a mí nunca me importa lo que un vaquero haya hecho o haya sido. Todo lo que me importa es cómo trabaja para mí.

-De todas maneras, debe usted saber que este amigo mío es Arizona Ames - insistió, terco, MacKinney.

-*¿Qué?* - exclamó Grieve, disparando el monosílabo como una bala. Sus negros ojos *se* fijaron en Ames como si detrás de ellos se despertase un instinto singular e inexplicable.

-Mi amigo es Arizona Ames.

Crow Grieve adelantó un paso hacia ellos, con su mirada negra y penetrante fija en Ames.

-Los vaqueros se suelen poner apodos apropiados -dijo -. Yo he tenido trabajando a Montanas y Nebraskas; y una vez a un pistolero que se llamaba Nevada. Pero ningún Arizona, y he oído hablar de uno. ¿Se llama usted Arizona?

-No - repuso Ames casi con frialdad -, pero no puedo impedir que me lo llamen los demás, y es un apodo difícil de quitarse.

-¿Por qué querría usted quitárselo? - preguntó con desconfianza Grieve.

-No porque yo tenga nada contra Arizona, ni porque Arizona tenga nada contra mí. No me gusta que me recuerden a Arizona; nada más.

¿Trabajó usted una vez con Rankin? - preguntó Grieve.

-Sí.

-¿Cuánto tiempo?

-Dos años completos.

-¿Hasta su muerte?

-Sí.

-¿Vio usted matarle? - inquirió Grieve, acercándose más, con los ojos como dos carbones.

-Sí.

-Entonces ¿sabe usted quién le mató?

-Señor Grieve - contestó Ames con una especie de vibración desdeñosa y fría en la voz-, si vi como le mataron. clara es que vi quien le mató.

-No siempre ocurre así. En aquella comarca se mataba a la gente en emboscadas. Si no recuerdo mal, se decía que nadie había visto cómo mataron a Rankin.

-Quizá recuerde usted bien, pero está equivocado. *Un* hombre por lo menos, lo vio.

Grieve retrocedió con súbita violencia y sus negros ojos se movieron.

Perdone - dijo apresuradamente -. Me estoy metiendo en asuntos personales, pero Rankin era un cuatrero que una vez me robó el ganado que poseía. Quienquiera que le matase me hizo un buen servicio.

Y giró como sobre un eje, subió al coche y ordenó al cochero que siguiese adelante dejando una variedad de expresiones en las caras de los vaqueros.

MacKinney fijó sus penetrantes ojos grises en Ames, como si el reciente cambio de palabras hubiera despertado en él pensamientos.

-¿He oído excusarse a Crow Grieve? - exclamó Slim Azul.

-Blab - gritó un compinche desde el porche -. Creo que todos te teníamos por el embustero mayor de la comarca, pera...

-¡Eh, forastero! ¿Está usted preparado? - interrumpió el cocinero desde la puerta.

-Si - gritó Ames.

-¡Poned un pie detrás de otro! ¡Listos! ¡Una! ¡Dos! ¡Tres! ¡A comer, antes de que la tire!

Arizona Ames entró disparado en la casa, a la cabeza de los vaqueros, y los gritos, los golpes de las botas, las risas y el sonar de las espuelas cesaron de repente.

VI

Arizona Ames era un tipo característico de su época. Cada rancho, desde- Panhandle hasta las Montañas Negras, y por el Oeste hasta Pecos, tenía su Ames.

El vaquero era un producto de Texas y una evolución de su colega mejicano. Cuando el ganado en grandes rebaños empezó a ser conducido al Norte por el camino de Chisholm a Abilene y a Dodge, y de allí hacia los cuatro puntos cardinales, el vaquero apareció en el mundo. Se multiplicó con el rápido desarrollo de la industria ganadera. Vino de todos los rincones de los Estados Unidos y de más lejos. Era, cuando más, un muchacho de menos de veinte años, pero la vida del rancho, el trabajo y la resistencia exigida por la cría del ganado, las tabernas, los garitos y los cuatreros le convertían en el acto en un hombre, y un hombre que hacía que el Oeste fuese habitable.

Bravío y libre, indomable, alegre y sin cuidados, era el tipo medio del vaquero. Naturalmente, con el tiempo, apareció el vaquero vicioso, bebedor y matón, pero siempre estuvo en minoría. Todos ellos, sin embargo, poseían una cualidad singular, producto, sin duda, de sus vidas pintorescas, activas y peligrosas, y era ésta un espíritu inquebrantable. Los

vaqueros, por lo general, eran gente de mal genio; sencillos, naturales y elementales, y, por consiguiente, heroicos. Realizaban las tareas más tremendas como cosa natural del trabajo diario, sin soñar siquiera que en sus hechos hubiera grandeza alguna.

Y aquí y allá, en todos los ranchos, aparecía de cuando en cuando, un vaquero como Arizona Ames, en quien se reunían todas esas cualidades, menos los vicios, y a las cuales se añadía algún rasgo individual que le destacaba entre sus compañeros. Pero este rasgo parecía exagerar los otros, y en Arizona Ames era una ampliación del espíritu que hacía significativas las vidas de todos los vaqueros.

Era tranquilo, pero podía ser alegre. Tomaba un trago con sus compañeros, pero no se sabía que se hubiera emborrachado nunca. Era capaz de prestar su último céntimo y, luego, pedirle prestado a un amigo para seguir ayudando al que le buscaba. Siempre hacía la guardia más dura, más oscura y más fría; y la mayor parte de los trabajos desagradables para los vaqueros caían sobre él. Su destreza e jinete, su habilidad con el lazo y todos lo, demás detalles del oficio no dejaban lugar a las burlas tan comunes entre los vaqueros. Luego, su rápido y certero uso del revólver añadían la última partícula a la admiración de todos los equipos en que trabajaba. Los pistoleros eran siempre más o menos evitados, especialmente los que tenían historia de sangre, pero rara vez permanecían éstos mucho tiempo en el oficio de vaquero. Había, sin embargo, muchos capaces de sacar el arma por cualquier cosa: éstos sobrevivían poco.

La reputación de Arizona Ames, o le precedía adondequiera que fuese o llegaba con él, y era tal que todos los vaqueros honrados le querían y todos los que no lo eran o tenían una reputación dudosa, sentían hacia él un instantáneo antagonismo. MacKinney contó los vagos rumores sobre pendencias atribuidas a Ames. Rankin había sido muerto de un tiro; se suponía que por Ames, pero nadie había visto el hecho, excepto el mismo Ames, y él nunca admitió que hubiera matado al bandido. Se contaban leyendas por todo el Oeste, una particularmente sangrienta, de Arizona, pero ninguna pudo comprobarse por aquellos vaqueros de Wyoming. Cuanto mayor era el misterio, mayor era el crédito que se le otorgaba.

Ames no había trabajado aún el mes de mayo completo, cuando todos sus compañeros tenían agujeros de bala en los sombreros, pruebas materiales de las proezas de Ames con un revólver. Uno por uno le fueron asedando de todas maneras para inducirle a tirar contra un sombrero al aire. ÉL era de buen natural y gustaba de hacer apuestas.

-Oye, Arizona - le dijo un día Slim Azul -. Yo no creo que seas tan bueno con un revólver como dicen.

-Oye, Camisa Azul - respondió Ames -, me importa muy poco lo que tú creas.

-Ya me lo figuro, pero supongamos, por ejemplo, que una chica bonita viene un día por este rancho, tan bonita, digamos, como la mujer de Grieve, y a ti y a mí nos gusta. Yo no me atrevería contigo, si tiras tan bien como dice Mac.

-Slim, si viene esa chica tan bonita, te puedes quedar - replicó pacientemente Ames.

-¿Es que no te gustan las mujeres?

-No es eso precisamente.

-Desgraciado en amores, ¿eh? Bueno, puedo querer regañar contigo por alguna otra razón, así es que te apuesto diez dólares: contra cinco a que no le das a mi sombrero en el aire.

-No me gustará ganarte el dinero, Slim.

-No es necesario que me lo ganes.

-Bueno, Slim, acepto tu apuesta - dijo por fin Ames, tirando a un lado su cigarrillo y levantándose -. ¿Cuántos tiros me das?

-Tantos: como puedas: tirar mientras mi sombrero esté en el aire.

-Tíralo. ¡Derecho! - dijo Ames tomando distancia.

Slim lo tiró derecho y alto, dando tiempo al tirador para hacer tres disparos. Al examinarlo se descubrieron tres impactos, dos en la copa y uno en el ala.

-Uno hubiera sido bastante - rezongó disgustado Slim -. En los sombreros de los demás

no haces más que un agujero, y el mío lo has estropeado del todo.

-Tú necesitas muchas pruebas para convencerte - contestó Ames riendo.

-No pienso armar bronca contigo, pistolero - replicó Slim con admiración.

Ames se alojó en la casita ocupada por Lany Price. Esto ocasionó las primeras broncas amistosas. Blab Mac-Kinney insistió en que Sam Perkins se marchase de su casa y dejase a su amigo Ames vivir en ella, y Sam le contestó que, con los debidos respetos para la gentil figura y bellos ojos de Ames, podían irse los dos al diablo. Luego Slim Azul trató de echar a Lany de su casa para instalarse él en ella. Ames decidió todas las discusiones y se quedó con Lany.

Parecía que cuanto más evitaba Ames el hallarse en circunstancias complicadas, más se le echaban éstas encima. No había compartido mucho tiempo la cabaña con Lany Price, cuando adivinó que aquel joven vaquero tenía alguna preocupación. Como muchos muchachos con quienes Ames había trabajado, Lany era el hijo de un pobre ranchero, un buen jinete y un magnífico carácter con la ambición de dedicarse al negocio de ganadero.

El trabajo, por el momento, en el rancho Grieve era muy escaso, debido a varias causas, la principal de las cuales era que el ranchero había vendido la mayor parte de su ganado y estaba esperando un envío de Texas. Se esperaba que éste llegase, lo más tarde, en junio o julio. Los hombres, por consiguiente, tenían muy poco que hacer y ninguna tarea nocturna. Descansaron completamente y volvieron a ponerse de buen humor. En las horas de ocio jugaban a los naipes y se paseaban fumando y bromeando, para ellos una cosa muy divertida.

Crow Grieve era el ganadero más desagradable que Ames había conocido en su vida. Hacía tratos leoninos con otros ganaderos de menos importancia, un crimen imperdonable a los ojos de los vaqueros. Pagaba menos salario que nadie, aunque esto se compensaba, hasta cierto punto, por los buenos alojamientos que daba. Era obvio que no depositaba confianza alguna en los vaqueros, condición que debía ser consecuencia, en parte, de que él no lo había sido nunca.

Al segundo día de la llegada de Ames, MacKinney le hizo una observación luminosa.

-Arizona, deja que te dé un consejo. Eres un buen mozo, por lo menos no lo hay mejor entre los vaqueros. Y tienes algo más que eso. Bueno, que no mires a la mujer del amo.

-¿Por qué no? No soy ciego. He oído decir que es una belleza y no puede hacer daño mirarla.

-¡Idiota! Ya sé que no te pasaría nada, pero *si* quieres permanecer aquí conmigo, no empieces a caerte del caballo delante de la señora Grieve, ¿entiendes?

-No, Blab, que me aspen si comprendo.

-Arizona, siempre has tenido la costumbre de irritarme, y empiezas ahora otra vez. Escucha... Anny Grieve es una belleza, y si no has visto nunca una muchacha de ojos hambrientos, ahora la vas a ver. Vas a soñar con esos ojos. Hace dos años hizo Grieve un viaje al Sur, a Luisiana creo, y volvió con esa muchacha. ¡Su mujer y tenía menos de diecisiete años! Si en la vida he visto una muchacha desgraciada, fue entonces. Nosotros, los vaqueros, tuvimos nuestras sospechas. Luego, vimos que Grieve había conseguido a la muchacha porque su familia le debía dinero o algo semejante. Al cabo de algún tiempo, ella se reanimó; luego, vino un niño *y* pareció florecer; ahora está espléndida: la he visto el otro día.

-¿No es la vida un infierno, Mac? - dijo Ames con amargura.

-Lo es, pero podría ser peor. Y por eso *es* por lo que te digo que evites a Amy Grieve. Se enamoraria de ti, tan seguro como que ahora *es* de día. Le gustan los vaqueros. Eso lo he visto yo como lo puede ver cualquiera, y puedes apostar tu último céntimo a que no ama a ese buitre de Grieve.

-Blab, estás diciendo muchas cosas - dijo seriamente Ames.

-Si se tratase de otro, te juro que no abriría la boca, pero ya sé que a ti se te puede decir todo.

-Tienes razón.

La historia tuvo un interés peculiar para Ames, el mismo que a la mayor parte de los vaqueros hubiera impulsado a ver a Amy Grieve. Las tragedias y los amores de los demás se atravesaban siempre en su camino. Cuanto más venía a Crow Grieve, más lamentaba la suerte de su joven esposa.

Poco tiempo después, un día que estaba buscando algo en el cajón de una tosca mesa de la cabaña, un retrato salió a la luz de debajo de algunas cartas de Lany Price. Era la imagen de una muchacha no mayor de dieciséis años, de cara dulce y débil y ojos magníficos. Un nombre escrito en tinta se destacó ante los ojos de Ames. ¡Amy! La fotografía había sido tomada en Nueva Orleáns.

Ames lamentó el incidente del cual no tenía ciertamente la culpa. ¿Qué hacía Lany Price con un retrato de la joven esposa del patrón? Ames decidió conceder al muchacho el beneficio de la duda. Lany podría estar, sencillamente, soñando. Los vaqueros eran sentimentales.

Mas, por otra parte, podría estar comprometido en un asunto que tendría graves consecuencias para él. Ames desechó este último pensamiento.

Le había tomado cariño a Lany Price. El joven era varonil, pero no exactamente un vaquero rudo y curtido. Por esta circunstancia se le tomaba bastante el pelo. Todos, sin embargo, le- apreciaban.

Día llegó en que Ames tuvo que cerrar los ojos a ciertas indicaciones dudosas, pero insistentes. Lany tenía accesos de depresión, durante las cuales vagaba triste y malhumorado. Luego, de súbito, *se* ponía radiante. Esta última manifestación, coincidente con la partida de Crow Grieve para South Pass, le pareció a Ames demasiado significativa para no tenerla en cuenta. Era otro de aquellos casos que la fatalidad parecía arrojar sobre él.

-¿Has tenido buenas noticias de tu casa, Lany? - le preguntó Ames después de cenar.

-No, y pensando ahora en ello, hace mucho tiempo que no sé nada. ¡Esa Visa!

-¿Quién es Visa?

-Mi hermana. Una chica preciosa. Me gustaría que la conocieras, Arizona. Es una muchacha llena de buen humor y mejor que el pan.

-También a mí me gustaría.

-¿Tienes novia, Arizona?

Ames movió la cabeza, sonriendo un poco.

-¿Pero la has tenido?

-No, en realidad, no puedo decir que haya tenido nunca una novia regular.

-Es curioso. Un tipo como tú. Debe de ser mentira. ¿Tienes una hermana?

-Sí - dijo Ames, bajando la cabeza.

-¿Te escribe?

-Seguro. Muy de tarde en tarde, pero cuando lo hace, sus cartas son muy largas.

-Así compensa. Visa me quiere, pero escribiendo cartas no es nada del otro mundo. ¿Cómo se llama tu hermana?

-Nesta.

-¿Nesta? Un nombre muy bonito. ¿Es joven?

-Sí. Yo me siento muy viejo, pero no lo soy. Nesta tiene mi edad. Somos gemelos.

-Entonces debe de parecerse a ti.

-Mucho. Decían que no se distinguía a una del otro, cuando éramos pequeños, por lo menos.

-Debe de ser muy guapa. Tú eres la persona de mejor aspecto que he visto después de Am..., después de la señora Grieve.

Gracias, Lany - repuso Ames -. Te enseñaré el retrato de Nesta. - Levantó su maleta hasta la mesa y, buscando en ella, halló una vieja cartera, de la que sacó una fotografía cuidadosamente envuelta -. Tenía entonces dieciséis años - dijo tendiendo el retrato *a* Lany.

-¡Qué guapa! - murmuró éste -. ¿Casada?

-Sí, y feliz, gracias a Dios - respondió Ames con una repentina emoción que contrastaba extrañamente con su tono indiferente de antes -. Sam, su marido, prospera. Será un gran ranchero antes de no mucho, seguro. Pero hace cuatro años que me arruiné enviándoles dinero... Tienes dos niños j mellizos! El varón se llama Rich, como yo. Este es mi verdadero nombre.

Lany le devolvió la fotografía. En sus ojos había aparecido una sombra profunda.

-Debe de ser algo muy grande estar casado y ser feliz así - murmuró como hablando consigo mismo. -Creo que sí; debe de serlo.

Desde aquel momento, las circunstancias y los pensamientos se multiplicaron en Ames. No podía evitarlos. Lany Price no volvió a dormir en toda aquella noche y, al parecer, nadie más que Ames se dio cuenta de ello. Ames le oyó entrar descalzo y sin ruido. Largos suspiros atestiguaban algo más que una necesidad de sueño. Lany se quedó sentado en su cama a medio desnudar, absorto, en pensamientos que le hacían olvidar dónde se hallaba. La brillante luz de la luna entraba en la cabaña. Ames veía a Lany sentado allí; le vio acercarse a la ventana y m[i]rar a la luna, triste y abstraído.

Todo esto se repitió a la noche siguiente, con detalles aumentados. Ames deliberó. Si el joven Pr[i]ce estaba enamorado de Amy Grieve, cosa que parecía incontestable, atraía simplemente a la muerte. Crow Grieve era capaz de apalear a un va[q]uero por mirar a su mujer, y de matarle por muy poco más. Ames no conocía a la joven esposa, y aunque simpatizaba con ella, no podía estar se[g]uro de que no fuera ella la culpab[l]e. Por otra parte, Lany Price era demasiado buen muchacho para convertirse en el blanco de una bestia celosa como Grieve. Se le ocurr[i]ó a Ames que el ranchero no le trataba bien a él; un pensamiento que, al cr[i]stalizar en su mente, le [p]uso nervioso e in[q]u[i]eto. Trató de desecharlo Por fin determinó averiguar, sólo en beneficio de aquel imprudente muchacho, si en realidad se entrevistaba con Amy Grieve.

De acuerdo con este plan, en lugar de volver a la cabaña después de cenar, dio un paseo por entre los pinos. La oscuridad se hizo completa poco después. La luna no saldría hasta más tarde. Desde la sombra de los pinos acechó el camino y el sendero que conducían a la casa del ranchero. A su vigilancia (sin contar su instinto de montañés, desarrollado durante *seis* años de cazador) no se le escapó Price, que se deslizaba entre los árboles. Ames le siguió a prudente distancia, sin perder de vista su figura. Price se dirigió hacia un lado de la casa y se metió en el huerto, donde desapareció. Ames avanzó con precaución, y, pronto, a la luz de las estrellas, percibió una ligera forma blanca que pasó por un claro. Era la de una muchacha de rápidos y elocuentes movimientos. Ames sabía que la única otra mujer en casa de Grieve era el ama de llaves, vieja y pesada.

Ames volvió sobre sus pasos, aceptando de mala gana la realización de sus presentimientos y preocupado en extremo por Price. Trató de persuadirse de que no le importaba y tuvo que luchar con su conciencia. No había en realidad, sorprendido al vaquero con la joven esposa; quizás estaba equivocado. Pero aunque trataba de convencerse, Ames sabía que estaba en lo cierto. Volvió a la cabaña y se durmió antes de Lany volviese.

AI día siguiente aprovechó una oportunidad para decir: -Buenos días, Lany. Me parece que te acuestas muy tarde.

Lany protestó afirmando que se acostaba temprano. -Dispensa. Yo duermo de una manera rara, siempre soñando y oyendo cosas. Estaba convencido de que te acostabas tarde desde que el patrón está fuera.

Ames dijo esto con indiferencia, cuidando de tener *la* espalda vuelta hacia Lany. Evidentemente, el vaquero se quedó tan asustado y confuso que apenas sabía lo que decía. Dio muchas explicaciones, mintió con torpeza y *se* denunció ante Ames.

AI día siguiente, Grieve regresó de South Fork, aún bajo la influencia del alcohol, y furioso por una mala pasada, real o supuesta, que le había hecho un ganadero rival.

Les dio a los vaqueros una vida miserable. Dos de ellos se despidieron; uno, después de haber sido golpeado por el ranchero. MacKinney intervino para evitar sangre.

-No pretendo criticarle, patrón - dijo MacKinney -, pero si sigue usted tratando a la

Librodot

gente así, no le quedará nadie, y tiene usted en camino la expedición de novillos de Texas.

Por maravilla, Grieve no se ofendió por estas palabras, y desapareció. Aquella noche los vaqueros se congregaron en el comedor; la mayor parte mohínos y descontentos.

-¡Es un... negro! - exclamó Jake Mendal con dureza, pues éste es el peor insulto que la gente del Sur puede dirigir a alguien.

-Yo le pediré mi dinero y, cuando lo tenga, me veréis desaparecer dijo Boots. Cameron -. Prefiero morirme de hambre a trabajar con este déspota.

-Lo peor de Grieve es que siempre le debe a uno pagas atrasadas, y si uno se va no cobra. Me parece que voy a hacer algo para que me despida - añadió Sam Black, el más viejo de todos.

Uno por uno, los más antiguos expusieron sus quejas. En los seis años que Ames llevaba trabajando en los ranchos y con muchos equipos diferentes, no había oído acusar de tantas cosas a un granjero.

-¡Es un cerdo! - rezongó MacKinney -. Algún día un vaquero le romperá la cabeza.

-Y se ganará un balazo por ello - repuso Jem Gutline -. Crow Grieve le ha pegado un tiro a más de un vaquero.

-Puede un día retrasarse al querer pegarle un balazo a algunos - dijo Slim -. Por ejemplo, que lo intentase con Arizona Ames.

-¡Ojalá! dijo uno.

-¿Por qué diablos no dices tú algo, Arizona? - pregunté Slim.

-Ya decís vosotros bastante. Lo que yo dijera no tendría mucha importancia - respondió Ames con calma.

-Así es. Hablar cuesta poco. Pero si tú pusieras una palabra o dos, a todos nos parecería que estabas con nosotros añadió Sam, con intención.

-Si no hubiese hecho amistades aquí, ya me hubiera ido, con dinero o sin el.

Compañeros, de Arizona Ames podemos estar seguros - dijo MacKinney. Luego, el irlandés, fijando sus ojos grises sobre la cara inquieta de Lany Price, añadió -: Y tú estás mudo como una ostra. Apuesto a que le tienes a Grieve más odio que ninguno de nosotros.

-¿Sí? Pues no tengo más razones que los demás - respondió Price con enojo.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

-¿De qué te ríes?

-De nada, de nada - contestó el irlandés con sarcasmo. Price, con la cara roja, salió de la casa y no volvió para comer.

Poco después, aquella misma semana, vinieron otros rancheros a conferenciar con Grieve. No fueron recibidos con mucha cortesía, y uno de ellos, que había empezado como vaquero, hizo algunas observaciones al caso, que fueron oídas por Slim. Luego, otro de los vaqueros que disfrutaba de la confianza del ama de llaves, informó a los demás de que Grieve tenía graves disgustos con su mujer, que quería volverse a su casa.

Poco después de este incidente, Grieve se ausentó, conduciendo el coche él mismo. El hecho de que marchase sin dejar muchas y rigurosas órdenes, no tenía precedentes y dio lugar a muchas conjeturas entre los empleados, que aprovecharon alegremente esta omisión y trabajaron muy poco.

Ames se dio un paseo solo, sin más intención que la de alejarse del rancho, y vagar por el bosque. Veía la desintegración gradual de la casa de Grieve. La bebida arruinaba a cualquier ranchero, sin contar con los conflictos domésticos. Ames sentía renacer el deseo familiar en él, de marcharse de aquel rancho como se marchara de tantos otros. Pero no quería abandonar a Lany Price. Aquel joven iba derecho desastre. Con frecuencia había pensado Ames en mencionar el secreto de Lany, pero nunca lo había hecho. En aquel paseo resolvió Ames no seguir así más tiempo. Pronto habría oportunidad, pues en la ausencia de Grieve, Lany, siguiendo la costumbre de los amantes desesperados, cometería imprudencias.

-Seguro que tendré pronto jaleo - soliloquiaba Ames, queriendo decir que no tardaría en verse complicado en los sucesos. Siguió cabalgando por el camino. El verano había revestido

Librodot

a los álamos de todo su follaje. ¡Cómo temblaban las verdes hojas! Nunca veía álamos temblones sin pensar en Nesta. ¿Era aquella Amy Grieve otra muchacha atormentada en su amor, débil y temblorosa como una de aquellas hojas de álamo?

En la hondura, entre los pinos, su vista penetrante percibió un caballo blanco. Si no estaba equivocado, aquel caballo pertenecía a Lany Price.

-¡Caramba! - murmuró Ames -. Lo he presentido esta misma mañana. ¿Me vuelvo ahora o me encaro con ellos?

El bello bosquecillo de más abajo no estaba muy lejos del rancho. Dos senderos conducían a él por diferentes rutas. Ames había visto varias veces a Amy Grieve a caballo, pero nunca de cerca. Ciertamente, su caballo no era blanco como el de Lany. Ames hubiera apostado cualquier cosa a que los dos se habían encontrado en aquel solitario paraje. Esto encendió su cólera. Estaban locos y quizás eran culpables de algo más de lo que él suponía hasta entonces.

Ames desmonté v, conduciendo su caballo por la tierra blanda, que no producía ningún ruido, se metió por entre los pinos y los macizos de álamos.

No tardó en ver dos caballos en un claro, los dos ensillados, pero sin jinete, con las bridas colgando y pastando en la hierba. Dejó sus riendas y dio la vuelta a un grupo de árboles para salir sobre un gigantesco árbol derribado.

A menos de diez pasos, al otro lado de este árbol, estaba Lany Price de espaldas a Ames. Hablaba en voz baja y descompuesta. Tenía a una muchacha en sus brazos. Los de ella estaban enlazados a su cuello. Sus caras estaban juntas. El cabello oscuro de él se mezclaba, contrastando con los rizos castaños de ella. Tenía los ojos cerrados y las mejillas surcadas de lágrimas.

Ames experimenté un violento im^{p}ulso de huir antes de que aquellos ojos se abriesen. Pero, al ver por primera vez aquella cara, variaron sus ideas preconcebidas.

Una ramita se rom^{p}ió bajo una de sus botas. Unos ojos aterciopelados y húmedos le miraron sin comprender; luego se abrieron con asombro y se dilataron con súbita comprensión y terror.

VII

Lanzó un grito y, desprendiendo sus brazos del cuello de Lany, se arrancó violentamente de su abrazo.

-¡Dios mío! - exclamó, y la mano temblorosa que señalaba a Ames volvió hacia sus labios entreabiertos

Lany permaneció un momento como si se hubiera vuelto de piedra. Luego, se estremeció, se encorvó y volvió con el arma extendida y los cabellos erizados.

-¡Hola, Lany! - dijo Ames con frialdad, rígido ante la vista de aquél revólver.

-*¡Arizona!* - murmuró el vaquero, apareciendo la angustia en su fiera expresión.

-El mismo. Esto es un accidente. Pasaba por aquí por casualidad.

-¡Accidente! ¿Y esperas que me crea eso? - demandó con voz ronca Lany.

-Si no fuera accidente, nunca me hubieras visto, Lany. Vuelve en tus cabales ahora.

-No importa. De todas maneras tengo que matarte.

-Piensa de prisa, muchacho - dijo Ames bruscamente -, antes de que pongas: las cosas peor. No tienes derecho a matarme. Soy tu amigo.

-¿Amigo?... ¡Si pudiera creerte! - jadeó el angustiado joven.

-¿Quién es..., Lany? - tartamudeó la muchacha.

-Es el vaquero nuevo de quien te he hablado. Arizona Ames.

-¿Arizona Ames? - repitió ella, como si su corazón buscase algo en aquel hombre.

-Sí, señorita; yo soy Ames - dijo éste, acercándose de modo que sólo les separaba el árbol.

-¿No me conoce usted? - preguntó ella.

-Tengo una idea, pero no estoy seguro.

-Yo soy la mujer de Grieve.

-Tanto gusto - respondió Ames quitándose el sombrero -, y siento no conocerla en circunstancias más felices.

-Es inútil, Arizona - exclamó Lany con pasión Es duro, pero te tengo que matar... Ningún hombre puede ver lo que has visto tú y vivir...

-Sí, es muy duro, Lany -contestó Ames -, pero mírame a los ojos, muchacho, y si no te puedes fiar de mí aprieta el gatillo, pero te advierto, Lany, que no es fácil que lo puedas hacer más aprisa que yo.

El vaquero tembló por la violencia de sus emociones al tratar de sostener la mirada penetrante de Ames. Era varonil, pero parecía débil en aquel momento.

-No me preocupo por mí, Arizona - dijo respirando fuerte.

-Ya lo sé. Piensas en el honor de la señora Grieve. Bien, Lany, ese honor está tan seguro conmigo como contigo.

El brazo con que Lany sostenía el arma perdió su rigidez. Su cara cambió.

-No le puedes matar, Lany - dijo la muchacha -. Sería un asesinato.

-¿Qué es un asesinato para mí? Mataría a todo el rancho por salvarte de la ruina.

-Te he dicho que mi ruina se había consumado ya, pues no puedo seguir viviendo en mentira. Odio a Crow Grieve y pienso decirle la verdad.

-¡No, por Dios! - gritó Price -. Te ahogaría.

Ella cogió el brazo sin fuerza de Price y tiró de él de manera que el arma desapareció. Luego, inclinándose un poco, puso las dos manos sobre el tronco para serenarse, y fijó una mirada escrutadora en los ojos de Ames. Mientras ella ganaba seguridad, Ames reajustaba impresiones equivocadas.

En circunstancias normales la joven hubiera sido más bonita. Allí, blanca como el mármol, con sus grandes ojos oscuros; aterciopelados y trágicos, con los labios entreabiertos, rojos y trémulos, con el cuello y el pecho palpitantes, estaba maravillosa.

-Confío en él, Lany - dijo con sencillez.

El momento fue emocionante para Ames. Tener que matar o inutilizar a aquel muchacho enloquecido por el amor, hubiera sido una cosa terrible. Ames pasó sus piernas por encima del tronco y se sentó en él, en medio de los dos; una de sus manos se posó en el hombro del muchacho, y su mirada en ella.

-Gracias; me alegro - dijo sentidamente -. Ahora, escuchadme. Conozco vuestros amores desde hace varias semanas, y me temo que algunos de los demás sospechan algo. De MacKinney estoy seguro, pero hay cosas que Mac no dice, por lo menos yo puedo convencerle de que no las diga.

- , Sabía usted... que Lany... y yo... nos queremos? - preguntó ella sonrojándose.

-Bueno, de que usted le quisiera a él no estaba tan seguro; pero él estaba loco. Yo sabía que salía usted a entrevistarse con él, y confieso que tenía de usted ciertas ideas raras. ¡Una joven... de menos de veinte años... con un hijo! La cosa tenía mal aspecto. Sigue teniéndolo, pero el haberla visto a usted con Lany y haberla oído, la hace diferente.

-¿Es usted amigo de Lany?

-Seguro. Y he estado despierto muchas noches, tratando de encontrar un medio de ayudarle.

-Arizona, amo a Lany con toda mi alma - confesó ella -. Pero aún no he sido verdaderamente infiel a mi marido.

-Así lo creo - replicó lealmente Ames -. Lany me tenía muy inquieto. Cuando un hombre está perdidamente enamorado no se puede decir si es bueno o malo. Pero desde que la he visto a usted, casi he decidido que es usted muy buena, aunque muy joven y desgraciada.

La confianza y la bondad de Ames acabaron con su compostura.

-¡Oh Lany! - sollozó -. Me da fuerza y esperanza... Mi dignidad sangraba. Él nos ayudará.

-Desde luego, les ayudaré - declaró Ames comprometiéndose a no sabía qué. Atrajo hacia sí a la desconsolada joven, hasta que descansó la cabeza en su hombro-. Ahora, Lany, cuéntame tú.

Lany guardó su arma en la pistolera y, cuando levantó la cabeza, mostró la cara húmeda por las lágrimas.

-Arizona, a ti te parecerá una niñería - comenzó -. Vi a Amy el primer día que llegó a Wyoming. Fue en Granger, adonde llevó el coche para traer a Grieve a casa. Ella me miró y la vida no ha vuelto a ser la misma para mí. Me enamoré de ella lo mismo que me hubiera podido caer de un risco. Yo ni soñaba con ello entonces, pero ella se enamoró de mí también... Yo quise dominarme. Procuré apartarme de su camino. Si hubiese sido hombre me hubiera marchado; pero no lo era bastante para eso. La suerte estaba contra mí. Dos veces nos quedamos juntos y solos. La tarde en que la traje del rancho de Stillman pasamos horas hablando. Yo veía que no era feliz y que... le gustaba yo... Luego, un día, río arriba, la encontré sentada en una peña. Se había caído del caballo y no podía andar. Su caballo se había escapado. La ayudé a montar en el mío... Cavó en mis brazos... Era demasiado.

Lany se enjuga la húmeda cara con manos temblorosas.

-La llevé a su casa y por el camino nos lo dijimos todo. Le dije que estaba loco por ella y que tendría que dejar el rancho. Ella no quiso oírlo. Me quería... Desde entonces nos hemos estado viendo. Pocas veces al principio y casi siempre de noche. Después necesitábamos vernos con más frecuencia... Y hoy Amy me ha asustado y he puesto el deseo homicida en mi corazón. Grieve es una bestia alcoholizada. La pega, la maltrata... Ella es una esclava. Y me ha jurado que no puede soportarlo más; que le dirá la verdad y le dejará: Lo hubiera hecho hace mucho tiempo de no ser por el niño. Cuando has llegado tú trataba de persuadirla de que guardase nuestro secreto, de que resistiese por ella. Yo me iría y no la volvería a ver nunca más.

Ames guardó silencio un momento. Lo que sentía principalmente era que se le había quitado un peso de encima. Luego una tristeza invadió su espíritu. Por dondequiera que pasaba, la vida parecía la misma, y el amor una cosa gloriosa y terrible. El único amor que él conocía, el de Nesta, le había traído angustia, dolor y noches sin sueño, pero no era comparable con el que abrumaba a aquellos amantes. Ante el se sentía acobardado. ¿Qué podría hacer para ayudarles? ¿Qué era justo y qué era injusto? Entonces sintió moverse la cabeza de la muchacha, y en su movimiento y en la cara que le mostró, presintió Ames una ciega e irreflexiva confianza en él que le ligaba y le comprometía. Sus ojos eran tan diferentes de los de Nesta como unos ojos podían serlo, pero en ellos ardía la misma belleza, la misma sorda tragedia a través de la cual brillaba la esperanza.

-Bien, bien - comenzó, volviendo a hallar su antiguo acento frío y perezoso -; pues no es una historia tan terrible. Yo temía que fuera peor. Se enamoraron ustedes... El Todopoderoso lo habrá querido así, sin duda alguna... Pero, ahora que recuerdo, estaban ustedes muy juntitos cuando les he sorprendido.

-Sí, Arizona, nos ha sorprendido - admitió Lany, bajando la cabeza.

-Amy, usted abrazaba a Lany de una manera escandalosa - continuó Ames hablando para hacer tiempo y bormear un poco.

-Sí, y no me avergüenza - repuso ella valientemente-. Le he dado un millón de besos. ¿Qué esperaba usted, Arizona Ames?

-No lo sé - contestó Ames, pensativo -. Nunca he tenido una muchacha que me quisiera, y temo que *es*toy perdiendo mucho.

-Habrá usted huido de las muchachas - dijo ella.

-Sí, huir de las muchachas y de todo lo demás es casi lo único que he hecho durante seis años... Bien, volviendo a su historia, no es tan terrible, excepto en lo referente a la brutalidad

de Grieve. ¿No es así, Amy?

-Así es.

-Yo sabía que bebía mucho, pero he conocido hombres muy bebedores y que, sin embargo, no eran tan malos.

-Grieve bebe siempre - declaró ella con desdén -. Es su vida; el aguardiente es su aliento. Nunca pasa media hora, salvo cuando duerme, sin que deje lo que está haciendo para entrar y salir y volver con esa tosecilla peculiar del que acaba de beber. Muchas veces se emborracha hasta quedarse como un leño; eso es lo mejor, pues entonces le puedo acostar, pero cuando sólo está medio borracho, entonces... ¡oh! Entonces es... ¿qué le puedo llamar? estalló con vibrante pasión -. ¡Una bestia que me araña, que me arranca los vestidos, que me pega! ¡Una fiera! ¡Un negro!

Ames sintió el hervor de su sangre. No se atrevió a bajar la vista hacia ella y miró a lo lejos, entre los pinos, las nubes doradas que se amontonaban sobre las montañas. Oía la respiración violenta de Lany.

-¿Está usted segura de que no exagera un poco? - preguntó por fin.

Ella se desprendió de su brazo.

-¡Mire, Ames! - y rápidamente se desabrochó y levantó la manga, exponiendo un brazo blanco y redondo cuya belleza estaba acompañada por la señal negra y azul de unos dedos -. ¡Mire! - continuó, y se abrió la blusa para mostrar en la curva del hombro un oscuro cardenal -. ¿Exagero? ¿Quiere que le muestre las señales de sus puntapiés?

Ames maldijo en voz baja.

Lany salió, con un esfuerzo, de su asombro y de su horror.

-¡Nunca me habías contado eso, Amy! - rugió.

-Ahora te lo digo - respondió en son de reto. -¿Has temido que le matase? - jadeó Lany.

-Sí, pero ahora espero que lo hagas. - Luego, de súbito, cayó en sus brazos. Ames tuvo que soportar, allí sentado, su llanto, sus tiernos reproches, su olvido y demás evidencias de su dolor.

-No se preocupen por mí - dijo por fin -. Pero el tiempo vuela.

Lany, teniendo aún a la muchacha en brazos, se volvió con una cara que estremeció *y* asustó a Ames.

-Arizona, por ella, dime qué hago.

-Nada, por ahora - replicó Ames sencillamente -. Desde luego, no acercarte a Amy hasta que tracemos el plan que hemos de seguir.

-No puedo estar lejos de ella. Y cuando lo intento, ella me envía a buscar - dijo Lany con desesperación -. Esta mañana, por ejemplo, Mac me encargó un trabajo, y Amy me ha enviado una nota con el hijo del ama de llaves, dándome una cita aquí.

Ames levanté las manos.

-Señora Grieve, *se* arriesga usted...

-¡No me llame *señora!* - exclamó con violencia la muchacha.

-Muy bien, Amy. Pues no debía usted hacer eso.

-Pero yo soy un ser humano - protestó ella.

-Sí, ya lo veo. Terriblemente humano. Pero, de todas maneras, no tiene usted ningún juicio.

-No puedo vivir, no quiero vivir sin verle.

A Ames le pareció entonces peligrosa, bella e irresistible; una criatura extraña por la que cualquier hombre arriesgaría su vida.

-Juegan ustedes con la muerte - dijo Ames con gravedad -. Si les descubren, y es cosa razonablemente segura que *les* descubrirán, Crow Grieve matará a Lany, y si no la mata a usted, será peor que si la matase.

La cara de ella palideció al oír esto, *y* sus ojos buscaron los de Lany.

-No me importa lo que me hiciera a mí, pero si matase a Lany, le asesinaría con mis propias manos.

-Creo que tendría usted valor para hacerlo... Pero se olvida usted del niño, Amy. No es usted leal con él. ¿Es un niño?

-Una niña, Arizona. Rizos dorados, ojos azules... Nadie diría que fuese hija de Grieve.

¡Condenación! ¡Una niña! ¡Que crecerá para ser como Nesta y como usted!

-¿Quién es Nesta? - pregunté Amy con curiosidad.

-Una hermana gemela mía... Dulce como una flor y silvestre como un venado.

-Arizona, así no vamos a ninguna parte - interrumpió con desesperación Lany.

-Sólo hay dos sitios adonde puedas ir con una mujer. El uno es el cielo, donde supongo que acabáis de estar. Y al otro vas a ir si no tienes mucho cuidado.

-¿Quiere usted decir al infierno?

-Sí, Amy.

-No irá solo - dijo ella sencillamente.

Ames se había dado cuenta hacía tiempo, de que con aquellos dos jóvenes estaba manejando pólvora y fuego. Se levantó del árbol en que estaba sentado y empezó a pasear. La joven se acercó a 6L y se cogió de su brazo.

-Está usted angustiado, Arizona. Lo siento. Quizá fuera mejor que guardase nuestro secreto *y* nos dejase luchar solos.

-¡Pobres chicos! Creo que no puedo hacer eso.

¡Es usted bueno! -exclamó ella-. Nunca he tenido un hermano. ¡Cuánto le debe de querer Nesta...! Arizona, usted sabe que no podría soportar mucho más tiempo a Grieve. No podría aunque no estuviera por en medio Lany. ¿No lo comprende usted?

-Sí.

-Tengo que llevarme a la niña y esconderme donde él no me pueda encontrar.

-¿Cuántos años tiene usted, Amy?

-Aún no tengo veinte, pero me parece que tengo cien.

-Es usted menor de edad. No es usted dueña de sí misma, especialmente si sus padres la han confiado a Grieve.

-Eso es lo que hizo mi padre. Me *vendió* a Grieve. Le debía dinero. Pero siempre he creído que mi padre no lo hubiera hecho si hubiese sabido lo que es Grieve.

-Grieve podría, pues, hacerle volver con la niña. Si aguarda usted la mayoría de edad entonces llevaría la mejor parte.

¡Más de un año! - dijo ella estremeciéndose -. ¡Ahora que sé lo que es amor! Es imposible, Arizona.

-Ya me lo figuraba - murmuró Ames con una pequeña sonrisa -. Sentémonos. Se me están cansando las piernas... Ven aquí, Lany.

Se sentaron juntos debajo de un pino; Ames, pensativo; Lany, abatido y desesperado; la joven, pálida y resuelta.

-Creo que me escaparé - declaró ella solemnemente -. Y si me coge, acabaré con la niña y conmigo.

¿Ves, Arizona? - exclamó Lany -. ¿Ves con lo que tengo que luchar? A no ser por mí, ya lo hubiera hecho. -Tienes que luchar con algo muy fuerte - convino Ames, dejando deslizar por entre sus dedos un puñado de amarillentas agujas de pino -. Pero no dejaremos a Amy llegar tan lejos.

-Arizona, tú no conoces a mi amor - dijo Lany con triste ironía -. No podrías contenerla ni con una pareja de mulas.

¿Qué dice usted a eso, Amy?

-Que una vez lanzada, nadie me detendría-afirmó ella.

-Bien, jóvenes, por lo que veo, la única esperanza que les queda a ustedes es esperar que Grieve *se* muera.

-¡Pero *si* es joven y fuerte! ¡Vivirá muchos años! - protestó Amy, tomando literalmente sus palabras. Lany Price, por su parte, se puso mortalmente pálido. -¿Cuánto tiempo va a estar

ausente? - inquirió Ames. -Nunca puede decirse. Cuando dice una semana, vuelve antes, y cuando dice un día o dos, tarda más. -Amy, ¿tiene Grieve alguna sospecha de que pudiera usted...?

-Sospechas y celos de cualquier vaquero. ¡Oh! ¡Es odioso!

-¿No particularmente de Lany, entonces?

-No lo sé. Pero es astuto. Estoy en un perfecto estado de terror, lo mismo cuando está en casa que cuando está fuera.

-Pues para ser una muchacha siempre aterrorizada, me parece que tiene usted mucho valor - observó Ames.

¡Valor! Tengo menos que un conejo. Soy una terrible embustera, Arizona.

-No, eso no lo puedo creer.

- Pues lo soy, de todos modos.

-Amy - dijo con leal repudiación -, puedes haber tenido que mentirle a Grieve, pero a mí nunca me has mentido.

Ella dejó escapar una carcajada burlona y argentina que dejó asombrado a Ames.

-¿Que no? Yo soy todo mentira... Yo produje adrede todos los accidentes para quedarme sola contigo. Yo me enamoré de ti y juré que haría que me amaras o moriría... aquella vez que me llevaste a casa en brazos... yo descubrí adónde ibas, te seguí, ahuyenté mi caballo y me puse en tu camino. Pretendí haberme hecho daño, pero no era verdad. Y cuando me llevaste en brazos, antes de darme cuenta de lo que ocurría me estabas besando.

- ¡Amy! - exclamó Price, desgraciado y feliz al mismo tiempo.

Ames se levantó.

-Pero esas mentiras no las tienen en cuenta los hombres, sobre todo cuando se dicen por ellos. Ahora hará usted lo que yo diga: no decirle nada a Grieve, tener mucho cuidado en sus entrevistas con Lany ahora, mientras su marido está ausente; y cuando vuelva, no se verán ustedes en absoluto, ni le enviará usted notas.

-¿Hasta cuándo? inquirió ella, llevándose las manos a los labios, y con los ojos, en los cuales apareció un brillo singular, fijos en 61.

-Mientras Grieve esté fuera, *y* mientras esté en casa la próxima vez.

-Lo prometo, Arizona. Por estas cruces - y después de unir la acción a la palabra, le tendió la mano sonriendo -. Y durante este tiempo, ¿hallará usted un sitio en el que pueda esconderme, o me llevará usted mismo a él, o encontrará usted algún medio de sacamos a Lany y a mí de esta terrible situación?

-Ésa es mi promesa, Amy - afirmó él -. Y tú, qué dices, Lany? - continuó dirigiéndose al vaquero -. ¿Supongo que ayudarás a Amy a cumplir la suya?

-Lo juro, Arizona - dijo Lany con los labios blancos y tragando saliva.

-Muy bien, muchachos; ahora me siento mejor. Os dejo y os aconsejo que no permanezcáis aquí hasta la mañana. Ya empieza a ponerse el sol. No necesitaréis mucho rato para deciros adiós. La verdad es que no sé nada de besos, pero calculando un segundo para cada uno y contando quinientos o seiscientos, no se necesita tanto tiempo...

Lany se echó a reír para ocultar su embarazo...

-Arizona, no le creía sarcástico - dijo Amy, decepcionada, y se acercó a *él* con una chispa brillante y peligrosa en sus grandes ojos.

-¡Buena la he hecho! - murmuró Ames al darse cuenta de que su esfuerzo para parecer inocente no le había salido del todo bien.-¿Cree usted que somos dos jóvenes tontos?

-No, Amy, no es precisamente eso.

-Se ríe usted de los besos, Arizona, y me entran deseos de darle a usted uno - afirmó ella, empujándole contra el tronco.

-Hazlo, Amy -dijo Lany -. Enséñale. A este maldito vaquero no le ha besado nunca nadie.

-¿No, Arizona?

-Sí, hace años, en bailes y reuniones. Y la hermana de que le he hablado, Nesta,

acostumbraba besarme. Pero nunca he tenido novia.

-Eso me parece lo más asombroso, Arizona, pero no lo creo. - Le cogió de las solapas del chaleco y le miró con dulzura, medio en broma medio en serio, con gratitud por su simpatía y su auxilio, y también con el instinto sutil de una mujer que defiende su sexo-. Voy a darle a usted un beso, Arizona.

-No, Amy, por favor - se apresuró a decir *él* con tremendo embarazo y tratando gentilmente de escapar. -Cierre los ojos, cobarde - ordenó ella.

-¡Señor! Pues si va usted a besarme, tengo que verlo - estalló él.

-Arizona, esto es en serio. Voy a fingir que soy la novia que ganará usted algún día. ¡Ya llegará! Lany y yo esperamos que sentirá usted lo que nosotros sentimos ahora.

Con las mejillas encendidas se empinó sobre la punta de los pies; tuvo que saltar para llegarle a los labios, que le besó de lleno y con calor.

-¡Ya está! - exclamó, retrocediendo, un poco asustada, pera sin perder del todo su audacia.

-¡Ya lo ha hecho usted! - y saltando por encima del tronco, se escapó por el bosque hacia su caballo. Montó y se alejó del sendero para evitar encontrarse con sus amigos otra vez, internándose en el bosque y dirigiéndose hacia el rancho.

Por entre los claros de los pinos veía la verde ladera, los reflejos del sol sobre el río, la amplia cañada y las montañas negras con coronas de oro *y* blanco, las nubes inflamadas por la puesta de sol.

-¡Pobres muchachos! - soliloquiaba Ames -. ¡Tan inocentes como dos Angeles...! ¡Señor, qué mujer! ¡Igual que Nesta, aunque no se parezca en la cara! Quisiera que no me hubiera besado. Si yo tropiezo con una mujer igual, hará de mí lo que quiera... Siempre estoy metiéndome en conflictos... Mis sentimientos pueden más que mi cabeza... Y, no cabe duda, tendré que matar a ese negro bastardo de Crow Grieve.

VIII

Cuando Ames volvió al rancho aquella tarde, parecía como si el Destino hubiera, arbitrariamente, dispuesto su futura norma de conducta.

Durante la cena, a la que Lany llegó tarde, cansado por las fuertes emociones, Ames estuvo preocupado. Después evitó la compañía de su amigo y pasó horas con los demás vaqueros, mostrando una curiosidad súbita y desusada sobre Crow Grieve, iniciando innumerables anécdotas de la tacañería del ranchero, su mezquindad por los sueldos, su peculiar costumbre de retener siempre salarios atrasados de sus empleados, su naturaleza desconfiada y, por último, su crueldad con los caballos. Estos eran los rasgos característicos y bien conocidos de Grieve, imperdonables para los vaqueros, especialmente el último.

-¿Qué le pasa a Arizona? - dijo Slim cuando Ames salió -. No está como es el.

-¿Y qué sabemos nosotros cómo es Arizona? Hace poco que está aquí - contestó un compañero.

-Pero Mac nos lo ha explicado.

-Mac habla mucho. Creo que Arizona está empezando a enfadarse con el patrón. A todos nos pasa lo mismo, más tarde o más temprano.

-Así es, pero no sé por qué me parece que en Arizona la cosa *es* diferente.

Al otro día, Ames visitó al ama de llaves, una viuda de cuarenta años, rolliza y alegre, a quien no disgustaba el coqueteo con los vaqueros.

-Señora Terrill, no me he acercado en todo el tiempo por aquí - dijo Ames con sus maneras de voz más agradables -. Los muchachos me han contado muchas cosas de usted. Las viudas guapas son mi plato favorito.

-¡Anda allá, caníbal! - replicó ella alegremente -.Tú también eres un buen mozo. Apuesto a que sólo quieres de mí algún bollo o un pastel.

-Claro que tomaría alguno si me lo diera. Pero sólo he venido para saludarla y preguntarle si sabe usted cuándo vuelve el patrón.

-¡Cielos! ¿También usted está enamorado de la joven señora?

-¿Yo? ¡No! Me gustan ya desbravadas. Las jacas indómitas *son* para mí muy difíciles de montar.

-Es usted el primer vaquero a quien he oído decir una cosa así... No, no sé cuándo volverá el patrón. Espero que no sea pronto.

A la señora Terrill le gustaba hablar, y Ames era un oyente inspirador. Tuvo que oír muchas cosas de la buena y paciente Amy Grieve y de su adorable hija. Y de aquí fue fácil llevar a la mujer a hablar de Grieve.

-Segura que cobrará usted su dinero - contestó a la pregunta de Ames -, pero cuando esté de buen humor y tenga ganas de pagar.

Ames buceó luego en sus sentimientos y en su evidente devoción hacia Amy. El ama de llaves, cada vez más confidencial con aquel vaquero tan formal y de voz tan suave, se deshizo en elocuencia. Al soltársele la lengua dejó entender muchas cosas, entre ellas que había un vaquero que no le era indiferente a la señora de Grieve.

-¿Cómo trata Grieve a esa muchacha? preguntó Ames con gran simpatía. Pero aquí la volubilidad de la mujer cesó, y de su súbita reserva dedujo Ames más que si le hubiese citado ejemplos de la brutalidad de Grieve. Ames dejó al ama de llaves sombríamente satisfecho de su entrevista. El testimonio de gente imparcial era, sin embargo lo que Ames requería para el severo juicio que se celebraba en su mente.

Ames encontró a MacKinney en el camino, cerca de su casa.

-Te estaba buscando, Arizona - le dijo con mucha amabilidad.

-Pues lo siento, pero no tengo un dólar - replicó Ames, de mal humor -. Tendré que pedir prestado, si Grieve no me paga.

-¡Prestar! ¿Quién habla de dinero? Yo, no; pero si necesitas, te prestaré.

-Gracias, esperaré a ver al patrón.

-Pues esperarás aún más, hasta que acabes con lo que viene... Tenemos que trabajar un poco. Hay que arreglar una cerca y hacer algunas tejas. ¿Quieres ayudarme?

-Yo estropearme las manos *y* golpearme los dedos? - dijo Ames con magnífico desdén-. ¡Ni pensarlo!

-Oye, Arizona - preguntó MacKinney con sorpresa -, ¿desde cuándo le hurtas el cuerpo al trabajo?

-Desde este momento - rezongué Ames de mal humor, y siguió adelante, dejando a su viejo amigo plantado en el camino y rascándose la cabeza, perplejo.

Aquella noche, Ames entró tarde a cenar y llegó sin su amabilidad y complacencia habituales. Insultó al cocinero, que se quedó sorprendido para contestar, una cosa extremadamente rara en él. Los finos oídos de Ames percibieron una conversación fuera, en el porche.

-¿Qué le pasa a Arizona, Lany? - preguntó uno.

No lo he visto en casi dos días - replicó Lany con sorpresa y cuidado

-¿Le pasa algo?

-No es el mismo que era.

-Algo le pasa a Ames - opinó otro.

-Eso me parece a mí, pero no tengo idea de lo que pueda ser.

-Se está enfadando con el patrón.

-Mas, ¿es ese antiguo consocio tuyo uno de esos vaqueros que cuando beben son insociables?

-No - declaré MacKinney -. Es el compañero más sobrio que he tenido en mi vida.

-Si queréis saber mi opinión - apuntó Slim -, Arizona tiene algo en la cabeza.

-Quizá sea Amy Grievedijo otro, tan bajo que
Ames apenas le oyó.

-No; que yo sepa, no la ha visto nunca.

-Oye, Lany, ¿ha visto Arizona a la mujer del amo? -Creo que sí. Una vez, por lo menos - repuso Lany, azorado.

-Una vez es bastante.

-Muchachos, cuando yo vi aquellos ojos tan hermosos sentí una angustia terrible, y me duele el corazón desde entonces.

-Eso no es un ningún cumplido para ella, Saunders. Cualquier cosa con faldas te da a ti dolores.

-Estás equivocado, Bill. Para que le den dolores a Saunders hace falta una mujer sin faldas. La última vez que estuvimos en South Fork había una función de circo. Una muchacha que parecía un espantapájaros hizo no sé qué en el trapecio. Hubierais creído que Saunders tenía el cólera morbo.

-¡Ja! ¡ja! ¡ja! - rieron al unísono los vaqueros. Ames, acabada su comida, salió al porche.

-¿Alguno de vosotros tiene idea de cuándo volverá ese mastuerzo de Grieve? - preguntó, bajando la cabeza para encender un cigarrillo.

Ninguno contestó en seguida. Aquello eran palabras mayores hasta para un vaquero duro y curtido, pero viniendo de un hombre de la reputación de Ames, caían como una bomba.

MacKinney interrumpió el embarazoso silencio, bajando de golpe las botas de la barandilla del porche.

-No lo sabemos, compañero - dijo -. Calculando por otras veces, yo diría que mañana, y con un humor de todos los diablos. Si no te ofendes, Arizona, te aconsejo...

-Habla de una vez, Mac - dijo Ames al ver que el otro vacilaba.

-Es que no se trata de una tontería - rezongó irritado MacKinney -. No estás de humor estos días para hablar con el patrón.

-Y por qué no? - demandó Ames con frialdad -. El que ni tú ni los demás gallinas de tu equipo tengáis los rebaños necesarios para cantarle las cuarenta a ese Crow Grieve, no quiere decir que no los tenga yo tampoco.

MacKinney cayó en un asombrado silencio, con la boca abierta y evidentemente con la memoria llena de recuerdos.

-Escúchame, Arizona - dijo Slim con fría y delicada firmeza -. Creo que somos una cuadrilla bastante apocada y quizá nos merecemos ese piropo. Pero tal como Mac y vo vemos el asunto, y lo mismo piensan casi todos los demás, Grieve es un tipo desagradable, y es peligroso irritarle. Y para qué? Tenemos buenos empleos y, si se le sigue la corriente, siempre se puede ir tirando y sacando un poco de dinero. Lo que Mac trataba de decirte es esto, y que lo peor de decirle algo a Grieve es que tendrías que sostenerlo.

-¡Bah! El negro es blanco por dentro.

-Bueno, Arizona, todos esperamos que tengas cuidado, y no porque Grieve nos importe una higa.

-Muy agradecido, Slim, Aprecio tus palabras – dijo Ames con sincero calor -. Perdona aquella impertinencia. Creo que tengo los nervios alterados.

Al salir Ames del porche y alejarse por el oscuro camino, el sonido de la voz de Slim llegó hasta él, pero no sus palabras. Ames había, deliberadamente, arrojado una semilla entre sus compañeros. Lany era el único que podía sospechar sus intenciones, y estaba absorto con sus horas de encanto que no podía soñar.

Al día siguiente, Ames salió del rancho para visitar a un colono, único individuo que en estas condiciones había quedado en los dominios de Grieve. Era mi sólido noruego llamado Nielsen. Había instalado su casa en un pequeño valle de veinte hectáreas de extensión, al lado de mi arroyo que desembocaba en el río. Había cien lugares iguales bajo la dominación de Grieve, todos más o menos fértiles y apropiados para granjas. Muchos habían sido puestos en cultivo por colonos, pobres gentes que tenían que empezar con un hacha, un arado y un

caballo. Grieve los había echado a todos, y como no podía intimidar al noruego, le tenía odio. Ames sólo quería comprobar un rumor del rancho.

Halló en. Nielsen el tipo de colono que haría, a la larga, más por el Oeste y los vaqueros que Grieve. Nielsen tenía una bonita casa, una mujer guapa y varios hijos robustos. Podía vivir del producto de la pequeña huerta y de la caza que obtenía en las montañas, pero no pasaba de aquí. No podía prosperar en el negocio de ganado. Si Grieve hubiera sido una persona decente, habría permitido a Nielsen que soltase a pastar en los terrenos próximos las pocas cabezas que poseía; pero el noruego tenía que llevar sus rebaños a las montañas, donde los lobos le mataban los terneros, y los cuatreros le robaban todos los novillos en cuanto llegaban a los dos años. Nielsen admitía que no podría resistir mucho más tiempo. Su simple exposición de los hechos no dejaba a Grieve en muy buen lugar.

Ames sintió respeto por el noruego, simpatizó con su paciente esposa y se hizo amigo de los alegres niños.

-De modo que Grieve le puso una cerca para que no pudiera entrar en sus terrenos, ¿eh? - dijo Ames, pensativo -. ¿Quién levantó la cerca?

-No es gran cosa - replicó el colono -. Grieve y dos de sus muchachos la levantaron en un día. Pero mee cierra el paso por todos lados, excepto por el río.-¿Recuerda usted quiénes fueron los dos muchachos?

-Sí. Uno alto que se llamaba Carpenter. Le mataron en South Fork hace un año o dos. El otro es Brick Jones; todavía trabaja con Grieve, pero no sé si estará en su mismo equipo. Brick vino por aquí un par de veces después y molestó a mi mujer.

–Conozco a Jones. Trabaja en el rancho y es un operario que parece que le gusta a Grieve... ¿Qué es eso de que molestó a su mujer? ¿Qué hizo?

-No gran cosa. Trató de hacerle el amor. Luego, vino un día borracho y con ganas de forcejear.

-Qué hizo usted, señora Nielsen? - preguntó Ames a la mujer, que estaba al lado, escuchando.

-Me metí en casa y eché la barra a la puerta - replicó ella sonriendo-. Me gustan los vaqueros, pero no ese pelirrojo.

-Nielsen, tiene usted aquí una bonita granja; le aconsejo que la conserve - dijo Ames, acariciando la brillante cabecita del más pequeño de los niños, y se levantó para partir.

-¿Le parece a usted? - inquirió el colono, alegrándosele la cara -. Estamos muy desanimados. Tengo algún dinero en el Banco. He estado ahorrando para comprar ganado, pero tengo miedo; y sin embargo, nos duele marcharnos de aquí.

-Quédense, entonces. Pero no compre aún. Espere. - Fijé una mirada insistente en Nielsen -. A Crow Grieve le puede ocurrir algo.

-¡Ocurrir! - exclamó Nielsen con asombro.

-Seguro. La vida es muy incierta para hombres como Grieve. Puede caer muerto cuando menos se piense.

-Vaquero, dice usted cosas muy raras para estar empleado con. Grieve -dijo el colono.

-Ya no trabajo para Grieve. Trabajaba, pero le he dejado.

-Esperamos que no se marche sin decirnos su nombre.

-Se me olvidaba. Me apellido Ames y me llaman Ariza na... Adiós. Conserven la granja y envíen algún día a la escuela a estos niños.

Ames se alejó muy satisfecho por las esperanzas que había, sin duda, despertado en los pechos de aquellos colonos. Las buenas palabras eran fáciles de hallar, pero reflexionó que, a veces, le comprometían a cosas de difícil cumplimiento.

Pronto volvió la mente a su problema y al rancho y se dio cuenta de que había dejado de ser un problema. Durante su visita a Nielsen había cortado las relaciones que le ligaban a Grieve, pues las decisiones de Ames dependían tanto de los sucesos como de largas meditaciones. Crow Grieve era un obstáculo para el progreso y la felicidad de gente digna.

Muchos hombres eran sólo eso: espinas en el camino, enredaderas para pies cansados, espinas que laceran y envenenan.

Nubes de polvo que se elevaban del rancho le hicieron preguntarse si habría llegado la vanguardia de los rebaños que esperaba Grieve. Pronto distinguió una larga fila de ganado que avanzaba hacia los corrales.

Ames puso su caballo Cappy al trote largo, y en media hora llegó al rancho. Cuando dio la vuelta a los establos para entrar por el ancho espacio cuadrado, entre ellos y las casitas de los vaqueros, sus rápidos ojos observaron muchas cosas.

Grieve había regresado; de los corrales se elevaba polvo y ruidos; los vaqueros se dirigían hacia la casa-comedor y había varios coches detenidos enfrente; un grupo de hombres conferenciaban en el porche. Y, por fin, observó Ames con sorpresa que la señora Grieve estaba sentada sola en el coche más lejano. Sostenía las riendas y parecía estar esperando.

Si la aventura gravitaba sobre Ames y las circunstancias se volvían contra él, era igualmente cierto que parecía que el Destino le disponía adrede las situaciones.

Ames se acercó, desmontó y, arrojando las bridas, hizo a la señora Grieve un saludo prolongado y demasiado airoso.

-Buenos días - dijo con tranquilizadora sonrisa Están ocurriendo aquí muchas cosas que yo me estoy perdiendo.

-Buenos días - repuso ella alegremente y ruborizándose un poco -, aunque ya estamos en la tarde. No es usted el único que llega retrasado a almorzar.

Ames puso una mano enguantada en el borde del coche y se colocó, deliberadamente, de espaldas a la gente que estaba en el porche. Sólo necesitó una mirada a Amy para ganar su confianza. No tenía miedo. Sólo estaba un poco perpleja y excitada por la proximidad de él, y además complacida. Sin duda, llevaba para el mundo una máscara de sonriente soberbia y compostura, y fue difícil para Ames llegar a través de ella hasta la tragedia y el terror de la muchacha que pocos días antes le buscara con tal angustia.

-¿Parece que ha vuelto Grieve? - preguntó en tono más bajo.

-Sí. Me ha dado la gran sorpresa - repuso ella, también en voz baja -. No está borracho y ha traído algunos amigos para tenerlos aquí hasta el domingo.

-Espléndido, si dura. También ha traído algún ganado, ¿no es así?

-No. Es que ha llegado el primer rebaño de los novillos que esperaba de Texas. Es un ganado magnífico. Yo he bajado para verlos, y al volver, me he encontrado con que ya había regresado Grieve.

-¿Dónde está ahora, Amy?

-En el porche, mirando con unos ojos como los de un búho. ¡Pero quédese a mi lado!

-Sin duda. Y mientras estoy aquí quiero pedirle una cosa. Hay una familia de colonos más arriba, al lado del río. Se llaman Nielsen. Se instalaron antes de que Grieve llegase y no quieren dejarse echar. Grieve les ha puesto una cerca alrededor y les tiene casi arruinados. Tiene mujer y tres niños preciosos. Son muy pobres, y quiero que me prometa usted que irá a verlos algunos días, cuando sea usted el ama aquí, y que les ayudará y será su amiga.

-¡Ama aquí! - La frase hirió a Amy de una manera tan extraña, que hasta imitó el acento de Ames.

-No me mire así. Quiero que me lo prometa.

-¿Prometer? Ciertamente, lo haré - repuso ella con premura -. ¿Cómo se llama el colono?

-Nielsen. Es noruego, como su mujer, pero llevan en el país mucho tiempo. Son ya americanos, y el Oeste necesita gente como ellos.

-Arizona, siento la tragedia en el aire - dijo ella en voz aún más baja y con la vista fija en la gente que estaba detrás de Ames -. Pero no se mueva.

-Yo moverme? Escuche, Amy, me he estado muriendo por decirle a usted una cosa.

-¿Qué? - inquirió, presintiéndolo.

-¿Se acuerda usted de lo que me hizo la otra tarde? - preguntó él maliciosamente.

-No es fácil que se me olvide - repuso ella con fingida altivez.

-¿Está segura? Me refiero a Io que usted juró que iba a hacer y Lany le dijo que hiciese, y que a mí me pareció que no me gustaría.

-Estoy completamente segura - murmuró ella enrojeciendo.

-Pues estaba equivocado, Amy. Me gustó, y cuando me vaya de aquí voy a recorrer todo el Oeste hasta encontrar una mujer como usted, que me dé un millón de besos como los que usted le da a Lany.

-¡Qué cumplido tan maravilloso para mí! - exclamó ella -. Supongo que es usted sincero, Arizona. Pero ¡cuando se vaya usted de aquí! ¿Qué quiere decir?

La tierra crujió bajo fuertes pisadas. Ames se volvió con calma. Grieve se acercaba, con una sombra roja bajo su piel oscura, y los ojos brillantes de asombro, sospecha y cólera.

-Hola, Grieve - dijo perezosamente Ames.

-No sabía que fuese usted amigo de mi mujer - declaró.

-No es que lo sea. Claro que la conozco de vista. Le estaba pidiendo que favoreciera a unos amigos míos que viven al lado del río. Una familia de colonos que se llama Nielsen.

Condenado impertinente.

Ames aprovechó la oportunidad. Como si le hubiera picado una avispa, se apartó de un salto del coche. -¿Quién es el impertinente?

La súbita cólera que quería estimular estalló con la explosión de sus palabras. Su deliberado intento de atraer la atención de Grieve tuvo más éxito del que esperaba.

-¡Usted! - replicó Grieve, furioso, aunque, evidentemente, el cambio de Ames era para él una sorpresa.

-Quisiera saber por qué - gritó Ames, aún más fuerte-. No veo que tenga usted razón para insultarme delante de sus huéspedes y de su esposa, sin mencionar a los demás vaqueros. Sólo estaba pidiéndole a su mujer que favoreciera a unos amigos míos. Pregúntele si es verdad.

- ¿Es verdad, Amy? - demandó Grieve volviéndose hacia ella.

-Ciertamente. ¿Qué pensabas? - respondió ella con frialdad. Y, ante la palidez de su cara, sus ojos se hicieron más grandes, y más oscuros.

-¿Conoces a este vaquero? - continuó celosamente su marido-. ¿Quién te ha presentado a él?

-Nadie.

-Oiga Grieve - interrumpió Ames -. No hay por qué molestarla por mí. Nadie me ha presentado a ella. He visto una ocasión para ayudar a mis amigos. La señora tiene fama de ser buena con la gente pobre.

-Y aunque la tenga, ¿a usted qué le importa? ¡Hace falta frescura para hablarle aquí!

-Ha estado muy cortés - interrumpió solícita Amy.

-Cállate tú - gritó Grieve. Cada palabra le hería más profundamente y aumentaba su cólera. No podía suponer los motivos de Ames, pero presentía algo oculto allí.

-Gracias, señora Grieve - dijo Ames con gratitud -. Pero no necesita usted excusarse por mí.

-Ames, si vuelve usted a dirigirle la palabra, le romperé la cabeza declaró Grieve con voz estridente.

Ames contempló al iracundo ranchero con silencioso desdén. Entre los vaqueros que estaban en el porche hubo un inquieto mover de pies y roncos cuchicheos. La cólera de Grieve había precipitado una situación en extremo exasperante para él y que, a pesar de sus inciertos presentimientos, no pudo ser evitada por su naturaleza intolerable. No le tenía, ciertamente, miedo a Ames, pero allí parecía haber algo que el no comprendía. Los ojos serenos del vaquero, con sus fulgores azules y penetrantes, le inflamaban más.

-Ames, no, le he tomado a usted a mi servicio para que se entretenga en pasear

buscando a colonos pobres - continuó -. Eso ha sido una excusa que usted ha inventado para poder hablar con mi mujer.

Ames, con irritante calma, encendió un cigarrillo.

-Y queda usted despedido - estalló Grieve, creyendo que así todo terminaba.

-No quedo despedido - se apresuró a contestar Ames.

-¿Cómo? - La voz del ranchero se enronqueció -. He dicho que está usted despedido.

-No puede usted despedirme, Crow Grieve.

-¿Que no?

-No. Me he adelantado. Me voy yo.

-¿Cuándo se ha despedido usted?

-Esta mañana.

-¡Bah! ¡Fanfarronadas!

-Lo puedo probar, Grieve. Se lo he dicho a Nielsen esta mañana.

-Muy bien. Me alegro mucho de verme libre de usted.

-Bien, eso no es tan seguro. Aún no está usted libre de mí, ni lo estará mientras no me dé mi dinero, y si lo que cuentan por aquí es cierto, aún tardaré bastante en conseguirlo.

-No le escucharé - gritó Grieve.

-Me tendrá que escuchar.

-¡Salga del rancho! -aulló Grieve, ronco de cólera; y echó a andar.

Ames le dio un golpe ligero y rápido en el pecho, no violento, pero bastante fuerte para detenerle; luego le empujó, apartándolo del coche, donde Amy estaba rígida y blanca.

-Escuche, Grieve, y cuando acabe de decirle por qué me voy puede usted ir por su revólver.

La voz vibrante y helada impuso un profundo silencio. Algunos de los vaqueros más viejos, especialmente Slim y MacKinney, habían presentido este desenlace. Pero no así Grieve; y su cara morena se puso lívida. Sus huéspedes, a quienes Ames daba ahora la cara, se apresuraron a apartarse a un lado.

-Está usted muy seguro, Ames, de que no llevo armas -rezongó Grieve. Recobraba su presencia de ánimo.

-No, no estoy seguro; no lo he mirado. Lo suponía, pero puede usted pedir una prestada o ir a su casa por la suya.

El reto rudo y violento hirió a Grieve. El Oeste indo- mable hablaba en Ames.

-Me he despedido esta mañana porque quiero decirle a usted todo lo asqueroso que es, Crow Grieve - continuó Ames con un tono burlón, acentuado por su voz fría y perezosa -. Me gusta que su bella esposa, y sus huéspedes, y sus vaqueros estén delante. Por una vez en la vida. Crow Grieve, van a contarle a usted la verdad. Sólo siento no poder maldecir y llamarle todas las cosas que se me ocurran. No se puede hablar mal delante de señoras.

Ames arrojó el cigarrillo que un momento antes se quitara de los labios.

-Grieve, mi mala suerte ha querido que conozca a muchos ganaderos canallas, pero nunca a nadie como usted. Es usted un miserable comprador de vacas y contratista de vaqueros sin trabajo; no es usted un ranchero. Si tuviera usted valor, sería cuatrero, y sospecho que de cuando en cuando les roba usted algún ternero a desgraciados como Nielsen. La más suca de todas las jugadas sucias que he visto en la vida, ha sido cercarle su finca para que no puedan pasar sus ganados. Los hijos de Nielsen se mueren de hambre, y usted tira aquí el dinero en aguardiente, como un millonario... Y casi tan feo es que retenga usted los salarios de pobres y decentes vaqueros. He sabido que más de uno se ha tenido que ir de aquí sin el dinero que había ganado *y* que usted le debía. Cuarenta miserables dólares: por un mes de trabajar día y noche! ... ¡Grieve, *es* usted un borracho, un matachín! ¡Es usted un buitre, un negro con alma de negro!

Cuando cesó por fin la terrible diatriba, Grieve, aturdido por la fuerza de la pasión, dio la vuelta al coche y se dirigió al porche. Tropezó, en la violencia convulsiva de sus pasos, y

estuvo a punto de caer. Cuando llegó al porche, volvió una cara horrible y descompuesta.

-¡*Váyase I* - silbó.

-Seguro. Cuando me pague usted mi salario - respondió Ames.

-Se pudrirá usted antes de conseguir un cochino dólar de mí - jadeó Grieve; y como un toro, se metió en él porche.

¡Que le dé alguien un revólver! - gritó Ames con voz aguda.

El movimiento de los pocos hombres que en el porche quedaban no fue hacia delante, sino hacia atrás. Grieve entró por la puerta abierta.¡

-¡Salga, negro!

El ranchero cerró de golpe la puerta detrás de sí.

Ames permaneció un momento rígido; Grieve reapareció alejándose por entre los pinos. Había atravesado la casa. Ames se adelantó hacia su caballo y, al tomar las bridas que arrastraban por el suelo, dirigió una mirada a la joven acurrucada en el coche. Tenía la cara gris como la ceniza.

Poco después, cuando Ames estaba sentado en el alojamiento, fumando y pensando, llegó Lany Price.

-Hola, Arizona. ¿Dónde has estado? - inquirió alegremente. Sin duda no había visto ni oído nada del grave incidente que acababa de ocurrir.

-¿Yo? De paseo - contestó Ames -. He ido a ver al colono Nielsen y, al volver, he visto que ocurrían aquí muchas cosas.

-Sí. El amo ha vuelto, sereno por milagro, y con algunos otros ganaderos. Uno de ellos es Blair; he trabajado con él. También han llegado los novillos de Texas. Me han llenado el ojo; daría la pierna izquierda porque fueran míos.

-La pierna la vas a necesitar, Lany, y creo que ese rebaño o uno igual será tuyo antes de mucho.

-Arizona, ¿estás borracho? - exclamó su amigo. -No, no he probado el licor. He tenido una buena conversación con Amy Grieve.

-Si no estás borracho, estás loco - dijo Lany levantándose de un salto.

-seguro que no estoy borracho; y lo de Amy no lo he soñado. ¡Estaba muy guapa! Es una mujer de clase, Lany; demasiado buena para ti, me parece.

--Has hablado con Amy?

-Hace unos minutos.

-¿Dónde?

-Frente al comedor, delante de Grieve, de sus visitantes y de todos los vaqueros.

-¡No!

-Puedes estar seguro. Estaba sola en el coche y yo me he acercado, me he quitado el sombrero y le he hablado. ¡Hemos charlado de vuestros asuntos! Se alegró infinito de que Grieve me viera allí. La he hecho ruborizarse y, entre otras cosas, Ie he dicho que estaba equivocado al no querer aquel beso que me dio, y que iba a buscar otra muchacha corno ella para que me diera un millón como los que te da a ti. ¡Tendrías que haberle visto la cara!

-Arizona, eres un perfecto demonio - murmuró Lany, entre extático y horrorizado.

-¡Estoy celoso de ti, Lany! Pero la razón principal que he tenido para hablar a Amy ha sido pedirle que proteja a esos pobres Nielsen.

-No puede proteger ya a nadie, Arizona - declaró Lany-. Antes siempre estaba haciendo alguna obra de caridad, pero Grieve lo descubrió *y* se lo ha prohibido.

-En lo que he insistido es en que Amy proteja a los Nielsen cuando sea dueña de todo esto.

-¡Dueña de esto! - murmuró incrédulo Lany, con los ojos súbitamente fijos.

El ruido de botas y de espuelas, fuera, interrumpió la conversación.

-Compañero, ¿estás en casa? - llamó una voz ronca. -Sí, si entras con cuidado - respondió Ames. Slim entró con las manos en alto, y detrás MacKinney, pálido, si no

mostraba otras señales de perturbación. -¡Baja las manos, idiota! - ordenó Ames.

-Bien, has dicho que entrase con cuidado - replicó Slim.

-Sentaos en la cama. Yo tengo que vigilar la puerta.

-Natural, pero no es necesario. Grieve no vendrá a buscarte, y no tiene aquí un solo hombre que lo haga en su lugar, aunque tuviera nervio suficiente para enfrentarse contigo.

Lany se levantó de la mesa.

-¿Qué ha ocurrido?

-Muchacho, tú vuelve a tu rincón y escucha lo que hablan los hombres.

MacKinney, apoyado en la cama, miraba tristemente a Ames.

-Ya has armado el cisco. -

-¿Cómo así, compañero?

-La misma historia de siempre. Llegas a un campamento, haces que todo el mundo te quiera, y luego nos dejas una bronca armada y te vas.

-Todavía estoy aquí, Mac, y si he conocido bien a Grieve, aún tardaréis algunos días en venos privados de mi compañía.

-Slim y yo hemos venido aquí a discutir contigo, Arizona - dijo MacKinney -. Hemos querido decirte sólo nuestra actitud. Toda la gente del rancho sabe que has insultado a Grieve y todos tienen un susto de muerte. Los vaqueros de Texas también lo han oído, pero como son forasteros no toman partido. Los huéspedes de Grieve se han ido muy disgustados. Blair es un viejo ganadero y le he oído decir a otro de los visitantes: «De una manera

o de otra, éste es' el fin de Grieve en esta comarca.» Mañana la noticia se extenderá por todo el país tan de prisa como los caballos puedan trotar.

-Hubiera sido mejor que Grieve no se hubiera acobardado - observó Ames.

-Se habría acabado la expectación - dijo con una carcajada sombría MacKinney.

Arizona, eres de una tranquilidad que asombra - intervino Slim con admiración -. ¿Es que no te importa nada?

-¿El qué, Slim?

-No me refiero' exactamente a Crow Grieve - rezongó sarcástico Slim.

-De una manera o de otra, tienes que dejarnos, Arizona; eso es' lo que quiere decir Slim - continuó Mac-Kinney.

-Los amigos tienen que separarse un día u otro.

-Arizona, yo me voy, y Mac también, y apuesto a que casi todos los demás. No volveremos a trabajar para Grieve.

-¿Y vuestro dinero?

-¡Al diablo! No necesitamos dinero.

-Siento haber quebrantado el equipo de esta manera. No veo la razón para eso.

-No te preocupes por nosotros - interrumpió Mac-Kinney-. Pero escucha, compañero; te aconsejo que te vayas a South Fork y esperes a Crow Grieve allí. Él irá antes o después, porque necesita beber. Entonces no podrá huirte, pero aquí, en su casa, no es prudente, Arizona. Grieve es cazador; el rifle es su especialidad. Seguro que te mataría desde lejos.

-Algo así me presumía yo - replicó Arizona -. Me quedaré por aquí un par de días, de todas maneras, para que no pueda decir que me he escapado.

-Vaya por un par de días - concluyó Slim -, pero tienes que vigilar como un halcón. Puedes apostar a que algunos de nosotros no perderán de vista a Grieve cada vez que salga de su casa.

Los dos vaqueros se marcharon, dejando a Ames sentado en la cama y vigilando la puerta. Lany Price, pálido y temblando, se acercó a él.

-¡Has hecho eso por Amy y por mi!

-¿Hecho qué?

-Promover esa cuestión - tartamudeó Lany.

-¡Yo! Tú estás mal de la cabeza, muchacho. Yo no he promovido nada.

-Sí. Ahora lo comprendo todo; el porqué de tu visita a Nielsen. Conozco a Nielsen *y* a su esposa. Es una mujer rolliza y guapa... Nunca se lo he dicho a nadie, Arizona, ni siquiera a Amy, pero Grieve quiso hacerle el amor a la mujer de Nielsen y, cuando le rechazó, puso la cerca... Has hablado a Amy delante de Grieve y de todos ellos. Tienes ingenio. Sabías que Grieve se enfadaría, que te gritaría o te pegaría, y así tendrías una oportunidad para provocarle... Y le has humillado delante de la gente y de Amy... ¡Me hubiera gustado verlo! Pero Amy me lo contará.

-Lany, puesto que eres un chico listo y tienes esa debilidad por mí, sigue el consejo que ha dado Slim y vigila. Yo no tengo ojos en el cogote.

-¡Por Dios que lo haré! - afirmó Lany con determinación; y salió de la casa.

Desde entonces, siempre que Ames dejaba su alojamiento, lo hacía con precaución. Árboles, setos, cobertizos, corrales, cercas y rocas eran objeto de un cuidadoso escrutinio. Un hombre descuidado que tiene enemigos lo paga más tarde o más temprano. Cambió su asiento en la mesa, de manera que pudiera vigilar las dos puertas. Tenía un aire despreocupado, pero un observador cuidadoso hubiera notado, su atenta y disimulada vigilancia.

Al día siguiente, poco antes de cenar, mientras la mayor parte de los vaqueros estaban ociosos en el comedor, Ames apareció en medio del camino, en la dirección de los corrales.

Al llegar al porche se encontró con Brick Jones, un vaquero pelirrojo y zanquilargo, de humor sentimental. -Te estaba buscando, Jones - dijo Ames.

-¿Sí? Y qué se te ofrece? - pregunté el vaquero sonriendo, aunque era evidente que la sorpresa y la ansiedad le poseían.

-Supongo que si ahora te diera un puñetazo en la nariz irías corriendo por tu revólver.

-Sí, supongo que iría, si no me dejabas en el sitio - replicó Jones desapareciendo el color de su delgada cara -. ¿Qué es lo que tienes contra mí?

¿Tú ayudaste a levantar la cerca alrededor de la casa de Nielsen?

Sí, fue una tarea odiosa para mí, Ames; pero uno no puede elegir su trabajo.

No, cuando trabaja aquí. En eso tienes razón. Y qué me dices de la mujer de Nielsen? La has tratado como un canalla.

-Tampoco - se apresuré a contestar Jones, poniéndose encendido como una langosta -. No es eso, Ames. Te han informado mal. Es una mujerona hermosa y sonreía tan amable que casi creí que estaba enamorada de mí, y le hice un poco el amor. Puedo haber estado grosero, pues había bebido, pero creí que a ella le gustaba. Volví otra vez, *y* entonces... si el que forcejea con una mujer es un canalla, *yo* lo soy. Pero ella me quitó las ganas de luchar *y* me hizo marcharme más que corriendo.

Mientras los espectadores se reían con deleite, Ames contempló largamente a Jones, quedando, sin duda, satisfecho de su examen.

-Bien, Brick, me parece que fuiste más grosero que canalla - concluyó Ames -, *y* si no quieres tener una disgusto conmigo, irás a derribar la cerca y a presentar excusas a la señora Nielsen, ¿oyes?

-No soy sordo - refunfuñó Jones -. No quiero tener disgustos contigo, Ames, pero me pones entre la espada y la pared. Tendré que dejar mi empleo.

-Seguro. La mayor parte de los muchachos se han despedido, así que no nos echarías de menos.

-¿Es verdad, Mac? - inquirió Jones, impresionado y asombrado.

-Desde luego - replicó suavemente MacKinney -Arizona se ha despedido; y luego, Slim y yo y todos los compañeros que asistieron a la función de ayer. Tú te la perdiste, Brick. Ahora estamos esperando un nuevo amo.

-Grieve ha vendido o algo así, ¿eh? Ya me figuraba yo que había misterio.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

-Has dado en el clavo, Brick - dijo Slim -. Grieve ha vendido.

-No es necesario que se me digan las cosas dos veces... Oye, Arizona, si haces las paces

conmigo, mañana voy a la granja de Nielsen a derribar esa maldita cerca y a decirle a su mujer que he sido un animal, un grosero y un canalla.

Aquella noche Ames se acosté temprano. El día había sido espléndido y caluroso, y el viento fresco de las alturas no había aún bajado a refrescar el aire pesado y a acallar el croar de las ranas.

La ventana estaba abierta. Poco se imaginaba Crow Grieve el uso a que se podían destinar las ventanas de las casitas cuando asombró al rancho con su instalación. El oído de Ames, desarrollado en los bosques, percibió el ligero deslizarse sobre la hierba de una falda de mujer. Luego, unos pasos suaves. Se deslizaba del lecho cuando sonaron dos leves golpes en el marco de la ventana. Se arrodilló y murmuró:

-¿Quién es?

La noche estaba oscura bajo un cielo encubierto de nubes, pero nudo distinguir una forma aún más oscura que se movía a un lado.

-Es Amy - dijo una voz, muy bajo.

-¡Dios mío! ¿Qué ocurre?

Dos manos frías cogieron las suyas al apoyarlas en el marco de la ventana. Pero no temblaban.

-He estado todo el día encerrada en mi habitación -cuchicheó reteniendo dos veces el aliento -; si no, hubiera venido a avisarle. Grieve salió esta mañana antes de amanecer. No se me ha ocurrido hasta más tarde buscar un rifle. No lo encontré. Entonces comprendí que estaba fuera, escondido en algún sitio, esperándole a usted. Acababa de volver. Le he oído entrar blasfemando en la cocina. Tenía hambre. Yo me he escapado por la ventana... -Es usted valiente, Amy - murmuró él apretándole las manos con fervor-. Pero no debía usted haber corrido este riesgo. Vuelva aprisa ahora.

-¿Está Lany aquí? - preguntó con ansiedad, excitada.

-No, aún no ha venido.

-Déle esto. - Se desprendió una mano y sacó una c*arta* del seno.

-¡Arizona, vigile, por Dios! - concluyó con un elocuente y entrecortado cuchicheo. Luego, como una sombra, se alejó y desapareció en la oscuridad.

Ames miró la carta como para convencerse de la realidad. -¡Es toda una heroína! - murmuró -. ¡Arriesgarse así con ese demonio para avisarme y traerle una carta de amor a Lany!

Ames dejó la carta sobre la almohada de Lany y, abriendo la puerta, salió a pasearse lentamente por el sendero. Luego, volvió a entrar y sacó su maleta y su montura, que dejó al lado de la cabaña, y tomó tranquilamente la dirección de los pastos donde guardaba su caballo.

La hora gris y sombría de antes del amanecer halló a Ames deslizándose bajo los pinos, hacia la casa del ranchero. Con las primeras luces del alba estaba a la sombra de los árboles, frente al portón del corral. La luz aumentaba, imperceptible. Un tenue color de rosa apareció por el Este; más allá, la sierra indefinida y silenciosa.

Se oyó una puerta cerrarse. Ames se inclinó como un venado que escucha y observa. Luego, se enderezó despacio y se quedó rígido, como dispuesto a saltar.

La forma corpulenta de Grieve apareció en el portón. Debajo del brazo llevaba un rifle. Se movía con precaución y sin ruido, como un cazador. Registró con los ojos el camino hacia arriba y hacia abajo. Esperó un momento. Luego, rápidamente se dirigió hacia los pinos.

Ames salió con el arma en la mano.

-Buenos días, Grieve - dijo.

Grieve sufrió una terrible sacudida. Se quedó un momento helado. Luego, al fijar en Ames la loca llamarada de sus ojos, lanzó una maldición llena de odio y de terror. Levantó el rifle. El disparo de Ames interrumpió el movimiento. Tronó el rifle al saltar, disparado al aire,

y la gruesa bala fue a perderse entre las ramas.

Grieve dio algunos pasos cortos y vacilantes, y cayó como un toro herido por la maza. Dio pesadamente en el suelo, y era tal su tremenda energía muscular que se extendió como un muelle que se suelta. Su sombrero negro rodó por el suelo. Se volvió, expulsando con fuerza el aliento.

Ames se inclinó sobre la cara descompuesta. Con la ultima chispa de conciencia, los ojos de Grieve se fijaron en su enemigo; su furia espantosa desapareció; se quedaron fijos y sin expresión.

Pocos minutos después Ames cabalgaba por el camino, dejando atrás las casitas, hacia la sierra, que se despertaba a la belleza sonrosada de la aurora.

No volvió la cabeza. En el recodo del camino soltó la brida e inclinó la cabeza para encender un cigarrillo. -Bien, *Cappy* - dijo hablando con su caballo, que enderezó las orejas -, ya • debes estar acostumbrado. ¡Adelante! Sacudamos el polvo de Wyoming... Espero que Nesta no lo sepa nunca

X

Ames esperaba esta proposición y estaba preparado para ella. Steele le tomaba por lo que decían las murmuraciones de Keystone, aumentadas por las vagas indicaciones que Ames creyera conveniente deslizar.

Noggin, sin embargo, veía a través de Ames, o, por lo menos, desconfiaba vivamente de él, o quizá - una probabilidad más remota - conocía la reputación de Ames. Este comprendió que debía ser precavido, sin dejar de parecer natural.

-Steele, ya te he dicho que no tengo un céntimo - respondió, al cabo, Ames.

-No lo necesitas.

-¿Qué trabajo es? - preguntó Ames sin más rodeos.

-Caballos.

-¿Cuántos?

-Alrededor de doscientos. De buena sangre y todos domados. Están a punto de ser conducidos, para la venta, al Lago Salado.

-¿Dónde están?

-Por aquí, en un rancho mormón del camino de Santa Clara. Son de un mormón llamado Morgan. Vive en San Jorge, Heady ha trabajado con él.

-¿Cuál es tu idea? - continuó Ames con frialdad, encendiendo un cigarro.

Noggin hizo un movimiento nervioso que estremeció el brazo de Ames. Aquel bandido de cara de hurón necesitaba vigilancia.

-Steele, ¿vas a ,contarle todas nuestras cosas a un forastero? - pregunto.

-No- replicó, irritado, Steele -. Pero me gustaría que Ames viniera con nosotros.

-Me opongo. Yo no quiero que venga.

-Por qué no?

-Tengo varias razones. La primera es que no conocemos a este hombre.

-Yo le conozco lo bastante para que me guste.

-¿Piensas decirle quiénes somos?

-No somos mejores que él, quizás no seamos siquiera tan buenos.

-Steele, tienes la inteligencia de un niño - rezongó Noggin, furioso -. Quiero decir que si le vas a explicar nuestro negocio.

El *jefe* se volvió a Ames.

-Arizona, ¿por quién nos has tomado? Dilo, y dilo pronto. Este Noggin es tan listo que

me gustaría que alguien le bajase los humos - dijo, acalorándose-. Yo te he tomado a ti por un vaquero que se esconde por alguna muerte o robo. Y he debido de acertar, pues tú no lo has negado.

Ames contempló a los cuatro hombres mientras se quitaba el cigarrillo de los labios. No dejó de percibir que Noggin observó que lo hacía con la mano izquierda.

-No he hecho ninguna clase de deducciones hasta hace media hora - replicó Ames -. Pero, puesto que insistes, hablaré claro. A Heady le tengo por un vaquero mormón que está de malas y dispuesto a entrar en cualquier cosa. Amos es un buen hombre que se ha torcido hace mucho tiempo y que le da lo mismo una cosa como otra... Y, Steele, tú me pareces un ladrón de caballos, probablemente el mismo Brandeth. Hace ya tiempo que he oído nombrar a ese capitán de bandidos de Nevada.

-Bien; yo soy Steele Brandeth. Tengo una curiosidad tremenda por saber lo que piensas de Noggin.

--No mucho, me parece - dijo Ames con los ojos fijos en este personaje. La respuesta a esta breve observación establecería en la mente de Ames lo que podía esperar. En parte, buscaba contienda y pensó que sería mejor ahora que después. Todo lo que pudo determinar, si embargo, fue que Noggin le conocía y que nunca se arriesgaría con él en igualdad de condiciones. Brandeth hizo la misma observación, pues en sus labios apareció una sonrisa burlona.

-Nos has conocido, Arizona, y ahora volvamos a los caballos. Si me ayudas en este punto te daré la quinta parte. Cuando cogemos algún rebaño lo repartimos cortando la baraja, y el punto más alto elige cada vez. Aparte un poco de suerte en la primera tirada, el conocimiento de los caballos de cada uno es lo que más cuenta.

-Eres un tratante de caballos jugador - observó Ames. -Steele, no se puede dividir más este negocio - declaró Noggin agresivamente -. Me debes novecientos dólares de la última operación y me los tienes que devolver en la próxima.

-Noggin, no podrás cobrarme todo eso esta vez. -Te lo cobraré y no habrá negocio - afirmó Noggin con los ojos como dos chispas de pedernal.

-¿Que no lo habrá? ¿Cómo así?

-Yo lo impediré.

-¿Y cómo te las vas a arreglar para eso? - gritó Brandeth.

Lo pensaré.

-Mejor es que lo pienses.

Noggin se alejó de la hoguera y desapareció entre los gi[g]antescos peñascos.

-Como estamos detenidos aquí a la fuerza continuó el jefe -, Noggin tiene tiempo de tranquilizarse. Esta vez no pienso ceder.

Parece un individuo terco - dijo Ames.

-Es terco como una mula, y otras cosas... Si no fueras Arizona Ames, hubiera sacado el revólver.

-Me ha preocupado un poco - admitió Ames.

- ¡Ja! ¡Ja! Ya se te veía. Ha matado a varios hombres. y no es hacerle traición el aconsejarte... Pero es gastar saliva en balde decirte a ti estas cosas... ¿Sabes lo que quiero decir?

-Estarnos casi sin carne, patrón - interrumpió Amos.

-Somos una cuadrilla de vagos. Voy a coger los caballos y subiremos al borde del cañón.

-A mi caballo, déjale. Necesita descanso, y yo también - dijo Ames.

Pronto se halló Ames solo con el mormón en el campamento. Se dio cuenta de que su reputación le había hecho objeto de gran interés, por lo menos para Heady. Le habló plácida y amistosamente, con la intención de hacerle confiarse. No necesitó para ello ninguna sutileza ni inteligencia. Su primera impresión se reforzó y no tardaron sus sentimientos en cambiar de desprecio a la lástima por el, al parecer, bandido mormón.

-¿Quién es Morgan? - preguntó Ames, por fin. -Un ranchero de San Jorge. Cría caballos en las riberas del río Santa Clara y vacas en las del Virgen.

-¿Un mormón rico?

-No. Jim Morgan ha -sido rico, pero tanto ha dado y ha sido robado con tanta frecuencia, que ya no lo es. Cuando pierda esos caballos será pobre.

-¿Que ha dado tanto? ¿Qué quiere usted decir? Tenía entendido que los mormones nunca daban nada.

-Los gentiles tienen ustedes muchas ideas equivocadas. La mayor parte de los mormones son desprendidos. Jim es un viejo muy bondadoso. Si hubiese usted llegado a su rancho, en vez de llegar aquí de noche, le hubiera recibido igual que si fuera un mormón.

-Eso me gusta. Pues me parece una acción muy fea robar a ese hombre. ¿No lo cree usted?

-No se lo diga usted a los demás, pero me duele en el alma que le roben - confesó Heady, bajando la voz.

-¿Y piensa usted ayudar?

-Ese es el plan. Conocí a Steele Brandeth en Nevada y él me metió en ello.

-¡Ah! Pues no se lo diga usted a los demás, pero pienso que es usted un pícaro redomado - dijo Ames con su más agradable sonrisa.

-Tengo que comer.

-Seguro; y yo también... ¿Tiene usted familia?

-Sí. Mujer y dos hijos - repuso el mormón, vacilando -. Pero hace un año que falto de casa. Me metí en asuntos feos y me asusté, aunque no parece que se haya enterado nadie.

-¿Son buenos su mujer y sus hijos?

-Demasiado buenos para mí.

-¿Son pobres?

-No podrían ser otra cosa.

-¿Y ha trabajado usted una vez en casa de Jim Morgan?

-Sí. Y podría volver a conseguir mi empleo... Y ahora estoy guiando a una banda de ladrones al cañón donde él tiene escondidos sus caballos. ¡Una canallada! ¿No?

-¿Quiere usted saber lo que pienso de usted?

-Me gustaría.

Ames dio una larga chupada a su cigarrillo, lanzó una nube de humo, y luego clavó de súbito dos ojos de fuego en el mormón.

-Un hombre que tiene una buena esposa y dos hijos, y que ayuda a robar a su patrón y amigo, es un ¡...! y un ¡...! y un ¡...!

Cuando la serie de epítetos, completamente profanos, acabó de salir de los labios de Ames, el mormón pareció haberse encogido.

-Usted mismo lo ha querido - continuó Ames, en tono ordinario -. Ese mormón, Jim Morgan, ¿tiene más de una esposa?

-No; Jim no ha tenido más que una esposa y sólo tres hijos: dos hembras y un varón. Todos viven. El hijo se marchó de casa y no ha vuelto más; de cuando en cuando se tienen noticias de él; nada bueno, y eso hace sufrir al viejo. Una hija se casó y la otra vive con él y no quiere dejarle, aunque afirman que ha tenido muchas ocasiones de casarse. Rechazó una vez a un obispo de nuestra Iglesia, lo cual le trajo disgustos al padre, que no ha podido hacerle variar de opinión.

-¿Cómo se llama?

-Lespeth.

-¿Qué edad tiene?

-Veintiún años. Buena moza y guapa. Puede hacer el trabajo de un hombre y sabe manejar un caballo.

-¿Una vaquera mormona? - musitó Ames con interés -. Esto es nuevo para mí, ¿Le gustan los caballos?

-Que le gustan es decir poco. Los adora. Va a ser un golpe-para ella que roben su yeguada. Sus propios caballos están en ella, y cuando la empujemos por el cañón, los perderá todos.

-Creo que usted y yo sabemos lo que va a sentir -concluyó Ames levantándose -. Voy a echarle una ojeada al mío. ¿Lo ha visto usted?

-Sí, cuando subía agua. Pocas veces se ven iguales en Utah. A Brandeth le ha llenado el ojo.

-Oiga, mormón, ¿eso es hablar por hablar o es un consejo? - inquirió rápidamente Ames.

-¿Eh? Hablar... hablar - se apresuró a contestar el otro, apartando la mirada.

Ames encontró su caballo en el cañón, media milla más abajo, pastando en hierba bastante buena. Cappy parecía menos delgado, y Ames se llenó con ello de satisfacción. Había otros caballos en el ancho prado, aunque ninguno cerca.

Ames se aproximó a la sombra de la pared, hallando entre dos peñas un espacio cubierto de hierba y oculto por matas de salvia, se sentó en él a descansar y a pensar, y quizás a echar una siesta.

Se había visto en situaciones peores que caer en una cuadrilla de bandidos y ser tomado por uno de ellos. Sin embargo, no dejaba de comprender que de aquélla podían derivarse complicaciones desagradables.

-Por dondequiera que vaya, tengo que tener líos - refunfuñó Ames -. Y con éste no sé qué hacer.

Una solución, a la que llegó fácilmente, fue decidir esperar un día o dos más y, luego, aprovechando una oportunidad como aquélla, ensillar a Cappy y marcharse. Esta, se decía francamente a sí mismo, sería la medida más prudente. Si permanecía con Brandeth, más tarde o más temprano tendrían alguna contienda. Meditó con desaliento sobre el hecho desconcertante de que casi todas las combinaciones de hombres dieran lugar a luchas y enconos. Nunca había visto ni conocido un equipo de vaqueros que estuviera libre de ellas. ¡Cuántas menos probabilidades de paz había entre cuatreros, bandidos y ladrones!

-¿Me quedo o me voy? - dijo en voz alta, y se disgustó un poco consigo mismo por no decidirse al momento por lo segundo. Se preguntó porqué.

Algunas veces aquellas meditaciones iluminaban a Ames, pero esta vez estiba irritado. ¿No le habían hartado de antagonismos y conflictos los diez años de vida salvaje que llevaba? Evidentemente, le molestaba la convicción de Brandeth de que él era un ladrón confeso de ganado.

Aquel Noggin de cara de hurón, más jugador que otra cosa, le disgustaba. Noggin sabía de él más que Brandeth; quizá le había visto en alguna parte, en una de las numerosas ocasiones en que un conflicto le hacía destacarse.

Compadecía al débil Heady, que había sido fácilmente dominado por el enérgico Brandeth. Rechinó los dientes al pensar que Brandeth y Noggin pudieran robarle su último ganado a un ranchero que había sido rico, y a quien la generosidad y la desgracia habían hecho descender. Y luego, la muchacha que amaba los caballos y que no quería abandonar a su anciano padre. ¡Cómo conmovía esto a Ames!! Ser tope, áncora, sacrificio!

Pensando en acuella muchacha, Ames decidió quedarse con los ladrones de caballos v engañarlos de una manera o de otra. Lo menos que podía hacer era dirigirse a ver a aquel mormón, criador de buenos caballos, y advertirle del complot que se tramaba para robarle. Pero eso no satisfacía a Ames.

Ponderó el problema durante largo tiempo. Mientras, el calor y el silencio del cañón empezaron a embotar sus sentidos. Los lagartos se asomaban a las grietas de los riscos vara mirarle con ojos como cuentas de azabache. Un crótalo polvoriento y escamoso se deslizó por entre la salvia. De cuando en cuando se oía el batir metálico de las alas del vencejo del cañón, extraño pájaro azul, arriba, entre los bordes del desfiladero. Luego, el color, el movimiento, el

sonido se desvanecieron gradualmente en el sueño.

Cuando desperté tenía la cara y el cabello mojados. Había dormido con todo el calor del día, y la sombra sobre la pared opuesta indicaba que el sol estaba muy adelantado en su viaje hacia occidente.

Ames se levantó y volvió tranquilamente al campamento. Pocos momentos antes de llegar a 41 distinguió a los cuatro hombres, y no había recorrido entera la distancia que le separaba de ellos, cuando se dio cuenta de que había cambiado la atmósfera. Noggin se paseaba como up espectro dentro de la sombreada caverna. Ames no ofrecía su alegre sonrisa. Heady estaba descolorido, y Brandeth, furioso.

-¿Dónde has estado? - gruñó al ver a Ames. -Ahí abajo; durmiendo.

-Noggin juraba que te habías escapado para hacernos traición con Morgan.-¿Na has visto tú mi caballo?

-He estado intranquilo hasta que he salido y le he visto. Estaba seguro de que no te separarías de ese animal. -Desde luego, no querría separarme de Cappa. -Y hay quien dice lo mismo de la vida - respondió Brandeth -. Hay muchas cosas inciertas, Ames.

-Sí, ya lo he notado. Y una de ellas es la disposición de los hombres.

-Ja! ¡Ja! ¿Eres siempre tan tranquilo y tan suave? -¿Yo? ¡No! A veces me enfado de una manera terrible, y por nada.

-Bien, pues yo y Noggin nos hemos separado - anunció Brandeth extendiendo las manos.

-¡No me lo digas! Espero que no será por mi culpa, y si lo es, me voy. Ya he descansado bastante y mi caballo también.

-Tú has sido el primer tropiezo que hemos tenido, pero resulta que no tienes mucho que ver en el asunto. Noggin te ha usado como pretexto.

El individuo mencionado oyó esta referencia a su persona, pues se volvió en su paseo.

-Brandeth, si le dices algo más a ese vaquero, eres el ser más idiota de la creación.

-Hablaré lo que se me antoje y tú puedes irte al infierno.

-Y te apuesto cien dólares a que, cuando yo llegue, tú ya estarás allí.

-Entonces, como me quedan pocos días de vida, me desahogaré - respondió sarcástico Brandeth -. No, Ames, tú no tienes la culpa. Hoy ha salido todo a relucir. Noggin urdió este plan. El es tratante de caballos y los compra donde no le conocen. Creo que San Jorge y el sur de Utah aún no han trabado conocimiento con él como cuatrero, pues el negocio de Noggin es vender caballos a los rancheros y, luego, robárselos. No hemos trabajado mucho tiempo juntos. Tenía una cuadrilla en Nevada, regañaron entre sí, y se vino a mí con una idea. Una vez, hace un par de años, le compró caballos a Morgan y los pagó muy caros, pero no le salió el negocio, fuera el que fuese. Morgan conoce a Noggin por otro nombre. Ahora Noggin quiere ir a casa de Morgan con Heady y hacerle una oferta por sus mejores caballos, lo cual es sólo una treta para apoderarse de la joven Lespeth...

-¿Quién es ella? - preguntó Ames, con aparente sorpresa.

-La hija de Morgan. Dicen que cuando una muchacha mormona es guapa y dispuesta, lo es de verdad. Noggin ha visto a esa muchacha un par de veces y está enamorado de ella. Asegura que estuvo muy amable con O. Heady, que conoce a los Morgan, dice que es igual con todos los hombres, pero eso no le importa a Noggin. Su plan es hacer que la joven y su padre le acompañen a ver los caballos. Los demás esperaríamos en ese cañón, dondequiera que esté, y nos llevaríamos toda la yeguada.

-Ya comprendo. Y con Morgan y Lis... ¿cómo se llama?, ¿Lespeth?, ¿qué haríais? - preguntó Ames, arrojando la colilla de su cigarro. Al parecer, estos complots eran para él una cosa corriente.

-Ahí es donde yo me resisto - continuó Brandeth -. Noggin dice que, probablemente, el único desbravador de caballos que hay en el rancho de Morgan iría con ellos, y que habría que matarle. Luego, Noggin piensa darle al viejo un golpe en la cabeza, fingiendo que no le mata

por la muchacha, y llevársela a ella con los caballos. ¿Qué te parece este negocio, Ames?

-Lo que se puede esperar de Noggin - replicó Ames con extraño metal de voz. En aquel momento su conciencia tomó la determinación de matar a Noggin.

-Eso no es contestarme. Eres muy enigmático, Arizona - continué Brandeth -. De todas maneras, hubiera accedido a hacer el negocio si Noggin me perdonase lo que le debo, en lugar de pretender mi parte de los caballos. Pero no, el maldito quiere la muchacha, su parte de los caballos y lo bastante de la mía para saldar la deuda. Me he negado y hemos regañado.

-Malo. Me parece que Noggin no es muy razonable. ¿No puedes convencerle?

-Ja! ¡Ja! Prueba tú.

-¡Eh! Noggin, salga usted a la luz - gritó Ames -. Usted quizá vea bien en los agujeros, pero yo no.

-¿Qué quiere usted? - preguntó Noggin, y quedó patentizado que a él le había producido Ames un efecto diferente que a Steele.

-De usted depende - contestó enigmáticamente Ames. Noggin salió de la sombra con prevención, los ojos como dos puntas de alfiler y las manos nerviosas y bajas.

Aquel corto paseo reveló a Ames su nervio y su habilidad, y ninguna de las dos cosas le parecieron extraordinarias, pero se le podía exasperar y obligar a pelear, si Ames hubiera deseado acabar de una vez. Esto, sin embargo, apenas asomaba en el pensamiento de Ames.

-Brandeth me ha hablado de la treta que quiere usted jugarle a Morgan - dijo como preliminar.

-Ya lo he oído - rezongó Noggin.

-Me parece que es usted poco razonable.

-No me importa lo que a usted le parezca. Usted no está en el negocio.

-Aún no he rehusado.

-Pero observo que tampoco se apresura usted a aceptar.

-Yo nunca me apresuro, Noggin. Estoy considerando la oferta de Brandeth, y si la acepto, la actitud de usted puede influir en la mía.

Nada era más cierto que aquel hombre quería llegar hasta la verdad a través de la armadura de Ames.

-Muy bien, Ames; cuando usted acepte, yo pondré mis cartas sobre la mesa - replicó Noggin volviendo la espalda.

XI

Evidentemente, Brandeth tomó las palabras de Noggin como favorables a una reconciliación o, si no, a una separación que presentaría una nueva fase en la complicada coyuntura.

-Tómate el tiempo que necesites, Arizona, pero no seas exigente tú tampoco - dijo -. Yo no obligo a nadie.

-Estoy pensando mucho, Steele - repuso amablemente Ames, y esto era verdad.

-Mi pobre cabeza está a punto de estallar - confesó con tono quejumbroso el ladrón -. Nunca he podido resistir muchas meditaciones, y me alegraré cuando acabemos con las de ahora... Heady, échale un poco de leña a la hoguera, y tú, Amos, prepara el rancho.

Las sombras se alargaban y aumentaban. El oro desapareció del borde de la pared. El crepúsculo cerró de prisa y extraordinariamente oscuro. Un largo y sordo retumbar de truenos interrumpió el pesado silencio.

-¿Ha sido eso una roca que ha caído por alguna parte, o un trueno? - inquirió Brandeth.

-Tenemos una tormenta encima - replicó Heady. -Mejor. Así refrescará el aire, se llenarán los arroyos... y se borrarán nuestras huellas.

Ames dedujo de aquellas palabras que Brandeth había decidido entrar en acción. El

cocinero los llamó a cenar. Mientras tanto, cerró la noche, negra como la boca de lobo entre las paredes del cañón. Noggin no habló ni durante la comida ni después de ella. Brandeth le hizo en vano una atenta observación, y en cuanto concluyó de cenar salió del campamento y desapareció en la sombra. Este proceder hizo mover a Brandeth la cabeza con aire de duda.

-Ames, ¿puedes siempre volver a encontrar el camino que has seguido? - demandó.

-Si no pudiera me pegaría un tiro.

-¿Podrían cuatro hombres bajar una yeguada al cañón, hacerle atravesar el río a nado y sacarla a la otra orilla?

-¿Cuatro hombres?

-Cuatro he dicho. Yo, tú, Heady y Amos.

-Seguro que podríamos, si los caballos no son salvajes. -Cruzar el río a nado. ¿Eso es muy difícil?

-No es ninguna broma, pero con tiempo de sobra y remontando el cauce para aprovechar la corriente, cosa que vo no hice, se puede lograr.

-.Estaba muy crecido el Colorado?

-No, y tendía a bajar.

-¿Y de agua y hierba, qué hay?

-Poco durante un par de días; luego, al llegar a la espesura, la mejor que pudiera desear un jinete.

-Me parece, Ames, que la Providencia de los ladrones de caballos te envió a mí. Heady conoce todo este país desde la serranía del Huracán al Norte, pero no podíamos hacer cálculos por el Sur, porque nunca ha estado allí... ¿Podríamos vender los caballos al otro lado del cañón?

¿En Arizona? ¿Caballos mormones? Podemos vender mil sin que nadie nos pregunte una palabra.

-Amos, ¿tenemos comida para dos semanas? - preguntó Brandeth al cocinero.

-Con algo de carne, podríamos alargarla hasta tres. -Atiende aquí, Heady - dijo Brandeth al despabilado mormón -. ¿Dices que este campamento es nuestra base y que está a un día de camino del sitio en que Morgan tiene los caballos?

-Sí y es el mejor escondrijo que conozco - afirmó el mormón -. Muy pocas veces pasa nadie por aquí.

-Si decidiéramos irnos por el Sur en lugar de por el Norte, ¿nos desviaríamos mucho para volver aquí?

-No, y sería más prudente - repuso el mormón, con una ansiedad que denunciaba su miedo al Norte -. Conozco un sendero más abajo por donde podremos salir. Los cazadores de caballos salvajes acostumbran entrar y salir por él, y tienen, por aquellos alrededores, cerrado el cañón con una cerca. Podríamos llevar el ganado allí y traerlo aquí al día siguiente. Luego, tendría que guiarnos Ames.

-Mañana saldremos antes del amanecer y haremos el trabajo con Noggin o sin él - concluyó el jefe con obstinada determinación.

-Me parece que tenemos una tormenta encima.

-¿Y no será mejor? ¿Qué piensas tú, Arizona? -Siempre que robo ganado vivo me gusta que llueva replicó con indiferencia Ames -. Así se borran mis huellas.

-Ames, ¿por qué diablos no has dicho eso delante de Noggin?

-¿Noggin?!Bah! Prefiero que continúe pensando lo que le parezca.

-Lo que piensa es que tú eres un individuo de dos caras; que no andas huido; que eres uno de esos vaqueros inquietos y errantes, enamorados y pendencieros.

-¡Me hace mucho favor! Me alegro, porque temía que pensase cosas peores.

-Arizona, no tengo inconveniente en decirte que no conozco muy bien a Noggin. Él confiesa que no es ése su verdadero nombre, y yo tengo la sospecha de que es Bill Ackers.

¿Seguramente habrás oído hablar de él?

-Parece que me suena el nombre - dijo Ames -. ¿Quién es Bill Ackers?

-Uno que reúne en sí todo lo malo que hay en Nevada. Un jugador de manos largas que no permanece mucho tiempo en el mismo sitio; uno que juega cuando negocia y que dicen que tiene una buena cuadrilla; pero yo no le he visto nunca. Noggin dice que él sí.

-¿Por qué no se lo dices de repente y le miras a la cara? - aconsejó Ames.

-Nunca se me ha ocurrido. No es mala idea.

La vuelta del individuo de quien estaban hablando les impidió continuar la conversación. Ames se dirigió a su lecho con la intención de yacer allí un rato escuchando, pero prefería dormir en otro lugar más seguro que tuvo la precaución de elegir durante el día.

Contra su costumbre, Brandeth guardó silencio. El cocinero y Heady conversaban entre sí en voz baja, mientras empaquetaban provisiones.

-Empaquetando, ¿eh? - gruñó al fin Noggin, como si le pinchasen.

-Tienes buenos ojos cuando quieres ver - le repitió con despego el jefe.

-Cuándo os marcháis.

-Antes de amanecer.

-¿Adónde vais?

-Lo he estado hablando con Arizona. Nos vamos ahí al Siwash, a recoger flores.

-¡Ja! ¡Ja! - Noggin soltó una carcajada brutal -. Te digo, Brandeth, que si conocieras a *ese* Arizona pensarías que el coger flores era lo más apropiado.

-¿Sí? ¿Por qué?

-Adivínalo. No tienes más imaginación que sentido común.

-Nunca he tenido pretensiones de listo.

-Te he preguntado que adónde vais.

-Ya te he oído.

-Heady, ¿para qué empaquetas esas provisiones?

-Órdenes del jefe. Vamos a esconder estos paquetes en las grietas de las rocas.

-¿Para qué?

-Podría pasar alguien por aquí mañana. Ocurre, aunque muy pocas veces, y necesitaremos la comida si tenemos que atravesar el cañón.

Noggin bailó como una hormiga gigantesca sobre una plancha caliente.

-¡Brandeth, me estás haciendo traición! - gritó. -A mí me parece todo lo contrario. Pero voy por los caballos de Morgan y, si tengo suerte, los conduciré a través del río.

-¡Los conducirás al infierno! - aulló Noggin.

-¡Los conduciré adonde se me antoje!

-¿Quién hizo este plan? ¿Quién organizó esta partida?

-Tú, pero me has ocultado el verdadero objeto de ella. No soy escrupuloso, y los muertos no pueden seguir pistas, pero no quiero saber nada de la muchacha, así es que voy a hacerlo a mi manera.

-¿Y qué voy a hacer yo?

-No me preguntes acertijos. ¡Ja! ¡Ja!

-Brandeth, eso son consejos de ese Arizona.

-¿Es que no puedo yo tener una idea mía? No tienes que echarle la culpa a Ames. Tú solo la tienes.

-¿Te va a guiar Ames en la travesía del río?

-Dice que podría y supongo que lo hará, pero aún no lo ha prometido.

-¿Y yo, qué?

-¿A mí qué me cuentas?

-¡Ja! ¡Ja! ¡Esta sí que es buena! ¿Y si yo pongo a Morgan sobre aviso?

-Eso sería malsano, si yo me enterase - replicó Brandeth, amenazador -. Pero no puedes estorbarnos. El rancho de Morgan está media jornada más lejos que el cañón donde tiene la yeguada.

Noggin blasfemó, impotente, al darse cuenta del hecho que Brandeth, sardónicamente, advertía. Aquello acabó la discusión y, según opinión de Ames, toda amistad posible entre los dos hombres. Esto proporcionó a Ames una inmensa satisfacción. Si no le engañaba su conocimiento de ello, aquellos hombres se aniquilarían mutuamente. Ninguno había mostrado una cualidad grande. En una situación como aquélla, Rankin habría, hacía mucho tiempo, y a la primera señal de antagonismo, salido a tiros de la dificultad.

Noggin y Brandeth se fueron a acostar, y los otros dos les imitaron en seguida. Los últimos fulgores de la hoguera dibujaban sombras espectrales sobre las paredes de la caverna. Pronto se extinguió la última chispa de luz. Ames esperó hasta asegurarse de que todos dormían; luego, recogió sus mantas en silencio y se dirigió a tientas al sitio que había elegido. Allí se instaló con seguridad y con la certeza de poder dormir sin necesitar mantener un ojo abierto.

Los relámpagos surcaban el cielo de púrpura, y el viento rugía por el cañón. Gotas de agua se deslizaron por debajo del techo de roca y humedecieron su cara. El aire pesado refrescó, y la salvia despedía una fragancia húmeda y fresca.

Ames, debido a la larga siesta que durmiera durante el día, y a la preocupación que le producía el desenlace que aquellos ladrones precipitaban, estuvo despierto parte del tiempo. Durmió a ratos hasta una hora antes del amanecer. El golpear de un hacha le informó de que alguien estaba ya levantado. Permaneció aún un rato tendido, pensando. La pasada tormenta del desierto aún se cernía sobre el cañón, pero no había estallado.

Con la mente refrescada por el descanso, Ames repaso las contingencias que pudieran, probablemente, producirse. Era muy posible que Brandeth *y* Noggin acabasen eliminándose amablemente en una tea escena de la cual Ames estaba ya cansado. ¡Si no...! Ames no quiso seguir pensando por el momento.

El ruido de los cascos le anunció que traían al campamento los caballos. Ames se levantó de un salto. Con las mantas bajo el brazo echó a andar por el borde del risco y pronto percibió el resplandor de una brillante hoguera en el campamento. Cuando llegó a él, descubrió que ni Brandeth ni Noggin se habían levantado aún. Amos tuvo un saludo alegre para Ames. Los caballos piafaban a la entrada de la caverna, iluminados por el resplandor de la, fogata.

Ames se apresuró a buscar su caballo. Cappy relinchó antes de que le viera. Lo apartó a un lado y, volviendo por la silla y las bridas, pronto le tuvo en disposición de viajar. Luego, buscó al cocinero.

-¿Y si llevásemos encima algunas provisiones? preguntó, e inmediatamente le dieron galletas duras, sal, carne, manzanas secas y una cantimplora. Aquel simpático cocinero le había cobrado afecto, y Ames se prometió tenerlo en cuenta.

Brandeth apareció en el campamento, sombrío y silencioso, cepillándose el largo y descuidado cabello. Noggin llegó por una dirección opuesta a la en que Ames le buscara, circunstancia que se prometió no volvería a ocurrir. ¡Era casi imposible ejercer una constante vigilancia! La costumbre es, a la larga, más poderosa que la más implacable voluntad.

El cocinero llamó a gritos y fue al instante insultado por Brandeth, que no había empezado el día en muy buena disposición. Luego, comieron de pie, apresurándose y sin pronunciar palabra.

-Acabemos de una vez - ordenó Brandeth.

Ames percibió a la luz de la ho[g]uera la expresión de Noggin y de Brandeth. Apretó los labios y una corriente pasó por todos sus miembros. ¡Qué locos eran! ¡Con qué ceguera se lanzaban en pos de sus fines egoístas! Al final de aquel día alguno de ellos, [p]robablemente los dos, habría dejado de interesarse por nada.

Librodot

-¿Vienes con nosotros? - preguntó Brandeth a Noggin. -Ya sabes que sí - fue la concisa réplica.

-¿Hasta dónde?

-Eso es cosa mía.

-Bueno, puedes hacerle compañía a nuestro guía -concluyó sarcásticamente Brandeth.

La última hora de oscuridad había pasado. Una penumbra pálida y opaca llenaba el cañón. Ames montó detrás de Brandeth, que seguía a su guía y a Noggin. Amos cerraba la marcha.

Ames, una vez a caballo y detrás del hombre que *de*seaba vigilar, mitigó la intensa tensión de sus nervios. La hora no había sonado aún, pero adivinaba que acuella expedición no acabaría en un robo de caballos, sino en una terrible tragedia, en la cual era más que probable que se viera envuelto.

Un olor de aguardiente que llegó a su nariz. atestiguaba la costumbre común en tales hombres de fortificar su coraje y aumentar su pasión con falsos estímulos. En la siniestra meditación de Ames se destacó fríamente el hecho de que si estuviera a punto de enfrentarse con un enemigo, el que éste bebiera sería Io mejor que pudiera depararle su fortuna.

Comparada con la de otros muchos encuentros - vaqueros violentos, pistoleros y otros tipos notables que Ames había conocido en sus diez años de vagar por el Oeste -, gente de la calaña de sus actuales compañeros había tratado poca y muy de tarde en tarde. Pero siempre los había dominado con una vista clara, una cabeza firme y un nervio templado como el acero.

-De otro modo, no estaría aquí - murmuró para sí. Bajaron al trote por el cañón, sobre un buen sendero que seguía el cauce del río. El día amaneció nublado y oscuro, con nubes bajas que parecían colgar de las murallas. Pronto se empezó a estrechar el ancho abismo y la luz apenas podía penetrar en las tinieblas, entre sus paredes perpendiculares. La hierba era espesa y gruesa: el agua murmuraba sobre las rocas; entre la salvia se movían los venados. Cuando llegaron a una cerca de postes, Ames recordó su significado y comprendió porqué Brandeth le ordenó a Amos:

-Cierra esa puerta.

Otra vez volvió el cañón a ensancharse en grandes proporciones. Las nubes ocultaban la cúpula de magníficas torres. Heady se apeó del caballo y lo condujo hacia un resbaladizo sendero en la roca. Noggin miró hacia arriba y se dispuso lentamente a seguirle.

-¡Hay que trepar! - dijo Brandeth.

A Ames no le molestaban las cuestas como a Brandeth, según se deducía claramente de su tono. Empezaron a trepar por un sendero en zigzag, rara vez usado, lleno de piedras y de baches, siendo notorio que- Brandeth seguía a Noggin pisándole los talones. Cuando Heady se detenía, y lo hacía con frecuencia, todos tenían que hacer lo mismo. Los caballos resoplaban y jadeaban los hombres. Ninguno volvió a hablar durante la hora larga y fatigosa que tardaron en llegar a la cima. Pero, una vez arriba, todos estallaron con más o menos violencia. La contribución de Ames fue de un apasionado encomio para la asombrosa y magnífica escena que apareció ante sus ojos.

Dirigió la vista al Este, donde los rayos rojos del sol, fantásticos y maravillosos, brillaban a través de montones de nubes. El sueño del desierto ondulaba en la distancia, surcado por una línea de luz rojiza, igual en la forma, si no en el color, al reflejo de la luna sobre las aguas. El sol no había conseguido aún aclarar el horizonte y la extraña refulgencia que despedía parecía algo sobrenatural. Las cimas de la serranía del Huracán se hincaban en las tormentosas nubes, que les daban una falsa altura y un efecto peculiar que Ames sólo pudo comparar con la aproximación de un huracán. Un resplandor siniestro de un rojo pálido envolvía las distintas montañas, como un velo irreal y bello

El trueno retumbaba por el Este, sordo y detonante. Cárdenos relámpagos surcaban la nube purpúrea. Ni un soplo de viento acariciaba la cara sudorosa de los jadeantes viajeros. La atmósfera de la madrugada era húmeda, sofocante y pesada en extremo.

Los jinetes no cambiaron una palabra antes de volver a montar en el borde del cañón.

Ames se volvió para mirar el agujero del cual habían salido. Las extrañas luces magnificaban su profundidad y su completa desnudez. Continuaron avanzando y todos los fenómenos de la tormenta y el desierto aumentaron en intensidad. Ames trataba de convencerse de que sólo presenciaba una salida del sol en una región yerma y terrible de la tierra.

Pronto llegaron adonde la llanura del desierto se elevaba en la base de la serranía del Huracán, que se erguía imponente, pero que parecía lejana. Cuando dieron la vuelta a su extremo norte, el sol abrasaba a través de las nubes. Al oeste de la serranía se abría un territorio surcado de cañones, vasto y desolado en aquel momento. El Norte se alejaba ondulante, desarrollando ese desnudo esplendor de la tierra que se llama Utah. A lo lejos se distinguían picos negros, murallas sonrosadas y extensiones sin fin de desiertos que partían de ellas.

De súbito, se dio cuenta Ames de que el guía se había detenida.

-Aquí se bifurca el camino - dijo éste, señalando -. Por aquí se va al cañón donde está la yeguada, cuatro horas largas de viaje cuesta abajo; y por aquí, al rancho de Morgan, a doble distancia, pero mejor terreno.

-¡Ah! Comprendo - replicó Brandeth -. ¡Nuestros caminos se separan en este lugar!

El tono de su voz, más que el contenido de sus palabras, hizo que todos dirigieran sus miradas sobre Noggin. El pensamiento de Ames volvió de súbito a la conclusión mortal que pesaba en la balanza. El momento había llegado corno un relámpago. Brandeth había, arrojado el guante a la cara de su socio.

Noggin desconcertó a Ames. Si había llevado una mascara, que ahora se quitaba, era por el momento un hombre aún más impenetrable que antes. Desgraciadamente, el ala de su sombrero ocultaba los ojos maravillosos de que Ames siempre desconfiara.

Brandeth se deslizó de su silla y, de una zancada, *se* alejó del grupo. A Ames, sin embargo, le pareció que aun estaba demasiado cerca de él. Aquellos ojos de hurón de

Noggin podían dominar sus movimientos igual que los de Brandeth.

-Steele, ¿quieres llegar a un acuerdo en este negocio? preguntó Noggin.

-Bien, no tengo muchas ganas, pero ¿cuál es tu idear

El caballo de Noggin estaba quieto, pero cualquier vaquero hubiera visto que no eran sólo sus nervios lo que *le* hacía moverse. ¿Pretendía Noggin enfilar a aquellos cuatro hombres? La idea le pareció absurda a Ames, pero despertó su más viva curiosidad. Era algo que emanaba de la apariencia o maneras de Noggin. Ames percibió una impresión que obró sobre él como una sutil amenaza.

Y, en verdad, el lugar y la hora eran amenazadores.

¯Iré contigo por la mitad de tus caballos, además de la cuarta parte que a mí me corresponde - dijo Noggin.

No... ¡La cuarta parte! ¿Es que no sabes contar? Somos cinco.

-Sólo cuatro. Ames cambiará de opinión cuando sepa que yo soy Bill Ackers.

IX

Los riscos rojos de la Sierra del Huracán, la más extraña de las formaciones del desierto, ardían bajo el sol del estío. Cálida y polvorienta, barrida por los vientos, le parecía un infierno al jinete solitario que se enfrentaba con ella.

Desde el Gran Cañón, este irregular y majestuoso alzamiento de las rocas, amarillo, gris y rojo, con negras manchas de floresta, se extendía hacia el Norte a través de la frontera de Arizona y se internaba en Utah.

En sus diez largos años de vagar de rancho en rancho, no había visto Am-es nada igual a aquel sublime y desolado Utah, y se alegraba de que las circunstancias le hubieran conducido a él. ¡Qué contraste tan extraño y tremendo con su amada Cuenca del Tonto! Veía

en su mente las lomas cubiertas de pinos, los tumultuosos y ambarinos arroyos brillando al sol entre sicómoros, las flotantes y doradas hojas de los arces, el fruto rojo de los enebros, las rugosas laderas elevándose hasta las cimas negras y doradas sobre el cielo azul. Veía el profundo Remanso de la Roca, aquel agujero negro de donde rescatara a Nesta. ¡Cuánto tiempo hacía, y, sin embargo, con qué viveza recordaba! ¡Querida Nesta, con sus cabellos como rayos de sol y sus ojos como dos azules estrellas! Cuánto hubiera dado por verla otra vez. Aquél era el tercer intento en tres años, pero aún vivían hombres que le esperaban y vigilaban su regreso. Con qué salvaje gozo les hubiera procurado esa satisfacción, pero con semejante acto no hubiera contribuido a .a felicidad: de Nesta. Era feliz, así lo decía en su última carta - más de dos áños habían pasado desde que la recibiera -, y Sam prosperaba y los mellizos se criaban bien. Rich era grande y fuerte; se parecía a su tío, amaba la selva y los sombreados arroyos.

-Me gustaría conocer a ese muchacho - musitó Ames,

y se preguntó si alguna vez lo conseguiría. A cada paso parecía que los riesgos y los azares se multiplicaban para él. Había vuelto a entrar en Arizona desde Nuevo Méjico, por las Montañas Blancas, y al fin, al llegar al Cibeque, una conversación en un campamento con un compañero accidental, le hizo dirigirse otra vez hacia el Norte.

Se detuvo en William, un campamento maderero, donde compró vituallas y cambió uno de sus caballos por una mula de carga. Entró en una taberna, cosa a la cual se aventuraba pocas veces en los últimos años, y allí fue reconocido nor uno que jugaba a los naipes con otros tres.

-¡Arizona Ames!

Ames no reconoció al individuo, que era, sin duda, un vaquero, ni amigo ni enemigo. Saludó y siguió adelante. En el corral, Ames interrogó al muchacho que cuidaba de su caballo.

-Ove, chico, ¿dónde diablos irías tú si quisieras perderte?

-Al otro lado del cañón - replicó el muchacho con una mirada brillante y astuta -. En Utah, con los mormones. Nunca le encontrarán, ni nadie le conocerá allí.

-Tomaré el consejo, y tú toma esto - dijo Ames, dándole su último dólar.

El viaje por el camino de Havasupí hasta el Gran Cañón; la travesía a nado del Colorado, un río de cieno; la ascensión al peligroso Shimuno, a través de las soledades del Siwash, fueron dos semanas de tremendo esfuerzo que dejaron a Ames sin acémila, hambriento, exhausto y perdido en Utah. No le preocupaba a Ames perderse. Nada le importaba gran cosa. Salvo la muerte, todo le había ocurrido. La muerte y el amor: lo primero, siempre se había apartado de su camino, y lo último, siempre había huido de el. Pero sentía que Nesta había llenado esta necesidad desde que él podía recordar a la hermanita gemela de brillantes cabellos.

Por ninguna región de todo el Oeste que él conociera o que hubiera oído nombrar, podría haber cabalgado con tanto placer como por aquel desolado territorio de purpúreas hondonadas, de tórridos páramos, de alturas brillantemente coloreadas y barridas por los vientos. Si los mormones prosperaban allí, eran en verdad gente maravillosa. Una mirada a la vasta llanura salpicada de matas de salvia, o al cañón lleno de rocas y maleza, o a la inmensa ladera amarilla y desértica que ascendía hasta las rojas cimas, fue suficiente para convencer a Ames de la naturaleza árida de aquel país.

Continuó cabalgando con la esperanza de hallar algún rastro de ovejas o de ganado, o huellas de caballos que le guiasen a un campamento, rancho o villorrio. Tenía sal y carne de venado en las alforjas y se había visto otras veces más próximo a morirse de hambre, pero le molestaba un continuo dolor de estómago.

La llanura, salpicada de matas de salvia, deslumbraba bajo el sol del mediodía; amarillos remolinos de polvo se elevaban como colosales embudos invertidos a través del desierto; sabanas de arena se levantaban y azotaban la maleza; el espejismo dibujaba engañosas vistas que aparecían y desaparecían como por arte de magia; en la distancia se

Librodot

distinguían mesetas aisladas, largos promontorios que surgían del nebuloso horizonte, paredes de rocas rosadas y riscos dentados como la hoja de una sierra, que se dibujaban sobre un cielo cobrizo.

La serranía del Huracán cerraba el Oeste a la vista investigadora de Ames. A lo lejos, en su extremo sur, se veía la tenue línea quebrada del cañón, oscura, mística y sombría.

Ames continuó avanzando. Era lo único que podía hacer. Conservó la dirección Norte - con tanta aproximación como le era posible guiándose por el sol-, que le llevaría, a través de un pasto, a la Sierra del Huracán, a menos, pensó, que la galerna se los llevase a él y a su caballo. La cálida ráfaga parecía salir del cañón y, obstruido su paso por la sierra, gemía y rugía con más firmeza sobre el desierto de arena y salvia. No veía hierba bastante para alimentar a una cabra, y llegó el momento en que tuvo que dejar a su inteligente caballo elegir el camino, mientras él se protegía ojos y cara contra el polvo y la candente arena. Sin duda, aquel viento huracanado se levantaba con el sol, aumentaba durante el día y cesaba al atardecer. Era preciso que dejase a su caballo buscar refugio.

Hacia media tarde dejó el caballo la arena por las rocas, y Ames vio que había cruzado un sendero y que, internándose por él, descendía. Pronto le protegieron contra los vientos y el polvo unas paredes bajas. Cambio oportuno. Ames se enjugó la cara húmeda y los ojos doloridos. Otro consuelo siguió pronto: cabalgaba a la sombra.

Había entrado en una estrecha y áspera garganta que rápidamente se hacía más ancha y más profunda. Ames descubrió que su caballo seguía huellas frescas en el camino. Desmontó para ver lo que podía deducir de ellas y calculó que, unas horas antes, habían pasado por allí cuatro caballos herrados.

Volvió a montar para seguir internándose con creciente interés por aquel cañón. Ames pensó en los miles de cañones a que había descendido en su vida; ninguno se parecía a aquél. A una milla de la entrada, las paredes tenían mil pies de altura, y un poco más lejos esta altura se había doblado. Además, eran inaccesibles. Quebradas, astilladas, llenas de cavernas y peñascos, interrumpidas a veces y coronadas por colgantes rebordes, por ninguna parte era posible que hombre ni caballo pudiera escalarlas. El suelo era llano, excepto donde llegaban los aludes desprendidos de las murallas. Un cauce seco, de bajas orillas, serpenteaba por el centro de la quebrada. La poca hierba que había estaba quemada por el sol; la salvia había corrido la misma suerte. El único verdor que animaba aquellas rocas abrasadas procedía de los cactos que crecían aquí y allá.

Es invariable que los cañones, aun en el desierto, descienden gradualmente adonde corre el agua y crece la hierba. Ames hubiera buscado esta probabilidad aunque no existieran las huellas de caballo que iba siguiendo.

De cuando en cuando. su vista penetrante descubría notables señales en los riscos, la mayor parte en la sombra de los rebordes. Una vez el camino pasaba al lado de una caverna en cuyas amarillas paredes había, distintamente estampadas, un número de manos rojas como la sangre. Ames se detuvo.

-¿Estoy soñando? - dijo alarmado.

Se apeó para investigar. Las manos rojas eran de pintura, y quizás habían sido estampadas allí en pasadas centurias por aborígenes o trogloditas. Eran de pequeño tamaño y forma perfecta, con los dedos extendidos. Aquellas manos habían sido sumergidas en pintura roja y apretadas luego contra la pared. ¿Quién las había puesto allí? ¿Qué significaban?

-¡Qué mundo tan curioso! - soliloquiaba -. Casi tan malo ahora como entonces. Segura que cualquiera sabría entonces lo que querían decir, pero a mí no me dicen nada.

Quizás es una indicación para que me vuelva... Mala suerte la mía, tener siempre muchas manos ensangrentadas ante los ojos. Pero mi conciencia está tranquila.

Ames continuó. Desde aquella caverna, cada pocos metros de la notable quebrada presentaba evidentes señales de habitación prehistórica, jeroglíficos en negro y amarillo, crudas figuras de pájaros, serpientes y animales, entre los cuales reconoció Ames al venado y al oso; paredes lisas en todos los lugares protegidos.

También presentaba el cañón señales de haber sido utilizado como cementerio. Pequeñas sepulturas a 10 largo de la base de las paredes, hechas de piedras, ligadas por una substancia roja más dura que la roca. Estas sepulturas eran cortas y estrechas, y todas habían sido profanadas. Después de un rato, sin embargo, Ames observó que había muchas intactas, a gran altura sobre su cabeza. Excitada su curio- sidad, dedujo que en los años o siglos transcurridos desde que aquellas sepulturas superiores se construyeron, eI cañón había sido ahondado por las aguas hasta el nivel a que ahora él cabalgaba, pero en otra época estaban a ras del suelo.

La puesta del sol y, luego, el crepúsculo pusieron fin al entretenimiento de Ames. Era hora de buscar un lugar para acampar. A lo largo de las paredes empezaban a verse algunas manchas de hierba y grupos de robles raquíticos; y en los rincones rocosos del cauce brillaban charcos de agua. Un poco más lejos, dedujo Ames, habría un lugar a propósito para que 61 y su caballo pasasen la noche.

No llegó mucho más allá, sin embargo. El cañón hacía un recodo y se ensanchaba por una mella en la pared derecha, donde el fuego brillaba a la sombra de las rocas. En el acto desapareció detrás de enormes trozos de piedra desprendidos de la muralla. El camino los rodeaba. Ames esperaba ser detenido a cada momento, pero conservó su caballo a un trote natural.

- ¡Manos arriba! - vibré una áspera orden.

Con un solo gesto, Ames detuvo su caballo y levantó las manos, tratando de ver detrás de una roca.

Un hombre alto, sin sombrero y en mangas de camisa, apareció apuntándole con el revólver.

-¿Quién es usted? - demandó.

-Nadie a quien merezca la pena detener, de eso puede usted estar seguro - repuso Ames con una seca carcajada.

-¿Qué desea usted?

-Una taza de café caliente y un panecillo es lo que mejor me vendría.

Su hablar frío y tranquilo ante la amenaza del arma, causó un efecto evidente.

-¿Luego qué?

-Dormir, aunque sea sobre las piedras - declaró Ames con fervor.

-Media vuelta... Ahora, apéese - ordenó secamente el hombre.

Ames cumplió la orden con el mayor cuidado.

-No avíe usted la manos y siga adelante.

-¿Por dónde? Me parece que veo dos caminos - dijo Ames.

-Por la derecha.

Ames obedeció; con pocos pasos dio vuelta al obstáculo de piedra y se encontró frente a una brillante hoguera. Las oscuras formas de tres hombres esperaban de pie, expectantes. Sillas y fardos estaban esparcidos bajo un reborde de la roca, cuyo ennegrecimiento atestiguaba que allí se habían instalado muchos campamentos. Al acercarse percibió Ames camas de campaña desenrolladas, de lo cual dedujo que aquél era un campamento de cierta permanencia.

-Mira a este individuo, Heady- dijo el captor de Ames.

Ames se detuvo a un significativo contacto en los riñones. Estaba iluminado por la luz de la fogata. Un hombre alto, delgado y andrajoso se adelantó, quedándose a un lado para no quitarse la luz Ames vio una cara cadavérica y unos ojos grises y penetrantes.

-No le he visto en mi vida, Steele - declaró el llamado Heady -. No es un mormón.

El aprehensor de Ames se adelantó y mostró a éste una cara morena y astuta, con ojos como dos cuentas brillantes, y la boca de labios apretados y dura mandíbula del hombre que guarda sus secretos.

-Bueno, ya sabemos algo - dijo despacio y bajando el arma -. Amos, ¿qué pensáis tú y Noggin de él?

Librodot

Los otros dos del cuarteto rodeaban a Ames; el primero era un gigante rubio, barbudo y descuidado; el segundo, un hombre pequeño y delgado, entrado en años y con cara de hurón.

-Es un vaquero, Steele - dijo Amos -, y nos ha dado un susto de muerte por nada.! Ja! ¡Ja.! ¡Ja!

Lo que pensase el individuo de la cara de hurón se lo reservó para sí mismo.

Bien, dénos usted ahora su filiación - continuó Steele.

Ames comprendió que, como muchas otras veces, había caído en mala compañía. Lenta y tranquilamente, bajó las manos y replicó de una manera que correspondía a sus movimientos:

-Seguro. en pocas palabras y bien dichas. Por razones particulares nie metí en el cañón y bajé a Havasupí. Perdí mi acémila y las provisiones al atravesar el río a nado. Subí por el camino de Shimuno y, luego, me he perdido, cosa natural, pues este país es nuevo para mí; seguí caminando hacia el Norte. Cuando llegué a este cañón hacía mucho aire y me metí en el; no he visto las huellas de ustedes hasta que he llegado al fondo. Esto es todo... No sigan asediándome y dénme algo de comer y de beber.

-Bien, todos tenemos razones particulares para las cosas. No quiero ser curioso. Pero, ¿cómo se llama usted?

-Ames, si le gusta.

-¿Ames? No sé; me parece raro.

-Debe de ser porque es mi verdadero nombre. Me llaman Arizona Ames.

-¿Arizona Ames? Me parece aún más raro. Soy buen fisonomista, pero no recuerdo los nombres. Bueno, Ames, siéntese y coma. Tenemos comida en abundancia y Amos sabe condimentarla.

-Gracias. ¿Me deja usted atender a mi caballo?

-Yo lo desensillaré y lo soltaré. Hay más abajo agua y hierba en abundancia.

-Se va a poner tan contento como yo - respondió Ames, y descubriendo una jofaina y un cubo de agua, dedicó a sus manos un cuidado que necesitaban mucho.

-¡Dios aprieta, pero no ahoga! Ya no podía resistir; más.

-Qué viene usted a hacer al país de los mormones? - preguntó Heady con curiosidad -. ¿Conoce usted a algún mormón?

-El único mormón que he conocido era un desbravador de caballos replicó Ames doblando sus cansadas piernas para sentarse ante la comida -. El mejor muchacho del mundo, pero raptó a una muchacha de quien yo estaba a punto de enamorarme.

- ¡Ja! j Ja! ¡PA! Los mormones tenemos talento para raptar muchachas, aunque no lo tenemos para nada más - confesó Heady.

Luego, Ames se dedicó exclusivamente a comer, aunque oyó la contestación de Steele. Comió una barbaridad, con deleite del gigantesco cocinero y del locuaz Heady. Steele tenía también buen apetito, y Noggy engullía observando y escuchando sin hacer comentarios.

-¿Un cigarrillo? - preguntó Steele al final de la comida.

-Venga - replicó Ames.

Y, después, todos, salvo el cocinero, se sentaron cómodamente alrededor del fuego.

-¿Arizona Ames? - se volvió a preguntar Steele, con sus ojillos negros y preocupados clavados en Ames -. No creo haberle visto a usted nunca, pues es usted un tipo fácil de recordar.

-Tiene usted un buen caballo - observó Steele con un deleite en la apreciación que no pasó inadvertido para Ames -. ¿Cómo le llama usted?

-Cappy. Es el nombre de un viejo amigo, un cazador que yo conocía.

-No está mal el nombre. ¿Cuánto tiempo hace que lo tiene usted?

-Unos siete años; es mío.

-¿Lo vendería usted?

-¿No le ha tomado usted nunca cariño a un caballo? - inquirió Ames.

-Es la única debilidad que he tenido en la vida, enamorarme de los caballos - confesó

Steele, haciendo reír entre dientes a Heady y a Amos con esta salida. Noggin contemplaba el fuego con los ojos medio entornados.

Ames bajó los párpados para ocultar el salto de sus pensamientos. Dejó pasar la observación sin comentarios, y decidió proceder y hablar como un vaquero no muy inteligente y de experiencia vulgar.

-¿Busca usted trabajo? Preguntó Steele en una pausa de la conversación monopolizada por él.

-Sí y no - respondió Ames, y se dio cuenta de que la contestación había sido hábil.

-Les mormones necesitan buenos vaqueros, pero pagan poco - dijo Steele.

-Supongo que si fuera usted mormón no diría eso - contestó riendo Ames.

-Amos, Noggin y yo somos buenos cristianos, pero. aquí, Heady, es un mormón; así es que tenga cuidado con lo que dice. ¡Ja! ¡Ja! ¡ja!

Heady bajó la vista. La broma no le había hecho gracia. Ames acostumbraba observar las alteraciones en la cara de los hombres y la luz en la sombra de sus ojos; vio que Heady demostraba dolor o remordimiento por algo que había ocurrido.

-No tengo un céntimo y tendré que trabajar para un mormón, o para cualquiera que no sea muy minucioso con las referencias.

-Puede usted vender su caballo. Le doy cien dólares y el mío encima - dijo Steele con la persuasión del chalán de nacimiento y una nota en la voz desagradable para Ames.

-Gracias, Steele; lo tendré en cuenta -respondió pensativo. Sabía cómo desenvolverse en aquella situación y llegó de un salto a sus conclusiones.

-Somos de Nevada - continuó confidencialmente Steele -. Yo y Noggin somos socios y Amos es nuestro cocinero. Hemos perdido unos cuantos caballos en el Virgen. Han sido conducidos a este cañón y hemos contratado a Heady para que nos guíe, pero es lo mismo que buscar una aguja en un pajar.

-¿Un caballo salvaje les ha descarriado los suyos? - preguntó Ames con inocencia, sabiendo perfectamente que Steele mentía.

-Ladrones de caballos - informó Steele -. ¿Es usted uno de esos que pueden seguir la pista de caballos sin herrar, sobre las rocas?

-No; me gustaría - mintió Ames con frialdad -. Mis caballos están siempre herrados.

¡Ja! Ja! ¡Ja! Lo cual quiere decir que se ha pasado usted la mayor parte de sus días siguiendo pistas.

-Ha dado usted en el clavo - replicó Ames estirándose y bostezando -. Steele, estoy cansado y tengo tanto sueño que no puedo seguir con los ojos abiertos. ¿Tiene usted inconveniente en que me acueste aquí?

-Es usted bien venido.

-¿Dónde ha puesto usted mi silla y mis mantas?

-Ahí - señaló Steele -. Puedo darle a usted otra manta, aunque no necesitará usted ninguna. Hace un calor del diablo en este agujero.

Ames se hizo la cama fuera del alcance de una voz corriente y se acostó con un fuerte gemido. En realidad, estaba cansado y tenía sueno, pero no tanto como deseaba aparentar. Pronto empezó a imitar con gran acierto los ronquidos de un hombre muy cansado, pero la verdad es que estaba escuchando con todo el poder de unos oídos notablemente finos y adiestrados.

-¿Arizona Ames? ¿Dónde diablos he oído yo este nombre? - murmuró Steele en voz mucho más baja.

-Debe usted haberlo oído en algún sitio extraordinario, pues de otro modo no le preocuparía tanto - observó Amos.

-Yo diría que en la cárcel de la Ciudad del Lago Salado. si este individuo no fuera un honrado vaquero - dijo Noggin con una voz que hacía juego con su cara.

-¿Honrado? Ese vaquero es tan honrado como nosotros - afirmó Steele.

-¡Buen conocedor de hombres eres tú! -rezongó el otro en voz alta y despectiva -. Si

fueras de otra manera, ¿estaríamos escondidos aquí?

-¡No tan alto! - gritó Steele, irritado y con la autoridad del jefe -. Podrías despertarle.

-Poco importa. ¿Qué piensas hacer con él?

-Por lo pronto, quiero ese caballo - respondió Steele.

- No he visto uno igual en mucho tiempo.

-Ha hablado como un hombre que quiere a su caballo. Tendrás que robárselo, y eso no será tan fácil. A menos que...

-Lo venderá con un poco de insistencia - interrumpió complacido el jefe.

-Deseas tanto las cosas, que te engañas tú mismo--contestó Noggin con su voz incisiva -. Tendrás que insistir mucho, sino me equivoco. Además, este forastero que dice llamarse Arizona Ames podría ser otra cosa que lo que pretende.

¡Arizona Ames! Este nombre suena en mis oídos como una campanilla. Me debo de estar haciendo viejo... ¿Qué quieres decir, otra cosa?

-Cuando le hiciste entrar en el campamento con las manos en alto, estaba demasiado tranquilo y tenía los ojos demasiado abiertos para gustarme a mí.

-Tranquilo, si lo estaba. ¿Pero qué importa lo que sea?

-Ha cambiado de una manera tan gradual que no me he dado cuenta hasta que hemos cenado, y me ha hecho pensar.

-Mucho mejor si anda huido. Lo descubriremos y, si es así, podemos tomarle para que nos ayude.

-Aconsejo en contra de eso con todas mis fuerzas - replicó con vehemencia Noggin.

-¿Por qué? Necesitaríamos un par de hombres vivos. -Tú eres el jefe. Mi última palabra es que tengas cuidado, no vaya a resultar demasiado listo.

-Noggin, eres capaz de echar un jarro de agua fría en todas las cosas - dijo Steele con disgusto.

-Me voy a dormir - gruñó el otro; y sus botas claveteadas rascaron las rocas.

Siguió un silencio. Los leños crepitaron en la hoguera. Alguien arrojó en ella un leño y las chispas volaron hacia arriba. En el cañón se oyó el lúgubre ulular de una lechuza.

Luego Steele cambió su sitio por uno más próximo a Heady y la, mayor parte de su conversación fue ininteligible. Ames percibió algunas de las frases de Steele, tales como: «¡Al diablo Noggin!» «Yo soy el jefe de esta cuadrilla.» «Los caballos de Morgan.» «Demasiado grande el rebaño.» «Lund o Nevada.» «Pensando mucho.» «Atravesar el cañón.»

Heady tenía poco que responder. Pronto los dos hombres imitaron a los demás y se acostaron. Ames permaneció acostado, pensando y observando las inciertas sombras proyectadas por las llamas de la hoguera. Parecía indudable que había caído en una banda de cuatreros. Steele era fácilmente identificable como un bandido del Oeste, de larga experiencia. Ames consideró a Noggin el más peligroso. No veía en qué punto de la banda podía encajar Heady, el mormón, pero se inclinaba a creer que Heady estaba siendo persuadido o intimidado. Por lo demás, Ames pensó que proyectaban un robo contra un mormón llamado Morgan El rebaño que podían robar era, probablemente, demasiado grande para conducirlo a Lund o a Nevada, y se preguntaban si podrían llevarlo a través del Gran Cañón. Ames, recordando los senderos que había tenido que recorrer, el río rojo e hirviente y el espantoso rugir de las cataratas, más abajo del sitio por donde él había atravesado a nado con su caballo, pensó que los bandidos hallarían su justa retribución si lo intentaban. El pensamiento de Ames se desvió hacia los comentarios hechos sobre su caballo, y esto dio curso a otro orden de ideas que dejaban a Steele pocas probabilidades de longevidad. Luego se dio a pensar en lo que haría al día siguiente y, por fin, renunció a determinarlo; había que dejarlo para el momento mismo, y se durmió.

Se despertó temprano, pero fue el último en levantarse. Dormir noches y noches vestido y calzado no era lo más a propósito para encontrarse bien por las mañanas.

-Si está usted tan destrozado como parece, creo que no mintió al contarnos ese viaje a través del cañón - fue el saludo de Steele.

-El viaje no fue malo - replicó Ames -. Fue el caminar tan de prisa y el perder la cama y las provisiones lo que me fastidió. Me gustaría descansar aquí hoy, si no tienen ustedes inconveniente.

-Con mucho gusto le tendremos aquí. Me gustaría saber cómo ha cruzado usted el cañón. O es usted muy hábil o tiene mucha suerte. Pero ahora pienso que tiene usted un buen caballo.

Ames se dio cuenta de la derivación del pensamiento del cuatrero, pero no ofreció respuesta alguna a estas palabras. El agua caliente y el afeitarse, dos cosas que no había podido disfrutar en varias semanas, contribuyeron considerablemente a su comodidad y buena apariencia. Steele le dirigió una mirada inquisitiva.

-Es extraño que no me acuerde de usted, si le he visto alguna vez.

-Gracias. Tomo eso por un cumplido.

-Puede usted tomarlo.

-Buenos días, señores - dijo Ames alegremente a los otros.

Noggin fue el único que no replicó del mismo humor. La luz del día parecía acentuar la astucia de los rasgos de aquel hombrecillo, lo mismo que la siniestra maldad de Steele. El cocinero era un gigante rubio y jovial, agradable aun cuando fuera un ladrón de caballos. Heady parecía un hombre arruinado que hubiera conocido mejores días.

-Apuesto, Amos, a que no ha aprendido usted a guisar en campamentos - dijo Ames, al final de un buen almuerzo.

-No. Aprendí en un hotel de Missouri.

-¿Sí? No quiero ser indiscreto, pero me gustaría saber cómo ha venido usted a parar a hacer rancho por aquí.

Todos, excepto Noggin, se rieron de buena gana.

-Es una historia triste, Ames-replicó el cocinero.

-No me la cuente - dijo Ames -. Me podría dar la tentación de hacerle escuchar la mía.

Ames se puso a ayudar en las tareas del campamento (que estaban, según observó, a cargo de Amos), sin que nadie se lo pidiese. Después de verle hacer astillas de un abeto, Steele observó:

-Usted se ha criado entre bosques.

-¿Cómo lo sabe usted?

-Está claro como el agua. Lo he conocido en su manera de blandir el hacha.

-Yo le puedo decir a usted dónde se ha criado, Steele.

-Apuesto a que no.

-No le tomaré el dinero, pero acepto la apuesta.

-¿Dónde?

-En Kentucky.

-¿En qué diablos .lo ha conocido usted? - preguntó Steele asombrado.

-En la manera que tiene usted de decir «caballo».

-Me hubiera podido ganar el último céntimo... Es usted un tipo interesante, Arizona Ames. Observo- que lleva usted el revólver muy bajo y que parece formar parte de su persona.

-Es un hábito. Me he acostumbrado a dormir con un buen revólver.

-Ya. ¿Y lo maneja usted con la misma destreza que el hacha?

-Mucho mejor - afirmó Ames sonriendo. Veía que Steele sentía una franca curiosidad y Noggin vivas sospechas.

-¿Puede usted hacer seis blancos en el as de espadas a veinte pasos?

-Steele, yo hago blanco en el as de espadas, de canto con tres tiros de cada seis.

-Eso son fanfarronadas o tonterías.

-Ninguna de las dos cosas.

-Pues, paso. Acertar en el as de espadas de plano es lo mejor que he hecho nunca, y siempre me ha parecido que era bastante.

-Y lo es.

En esta coyuntura, Noggin terció en la discusión, y rió con la agradable charla que caracterizaba a Steele y a Ames.

-Le apuesto cincuenta a que no - interrumpió. Cualesquiera que fueran sus motivos, la astucia los regía.

-¿Cincuenta qué? - preguntó Ames con un tono diferente.

-Dólares.

No tengo ni uno, pero le apuesto mi revólver contra un cigarro a que si arroja usted su sombrero a lo alto le hará dos agujeros antes de que vuelva a caer.

Antes de que Noggin pudiera contestar, Steele dio una palmada.

-¡Ya te tengo, Arizona Ames! - gritó.

-¿Sí? ¿Y dónde? - inquirió Ames sin interés apreciable.

-Esa fanfarronada de hacer agujeros en el sombrero de Noggin te ha denunciado. Ya te tengo, Arizona Ames - volvió a afirmar con convicción y maligna sonrisa Steele-. Recordaba tu nombre, pero estaba seguro de no haberte visto nunca.

-Está usted hablando mucho de que ya me tiene - dijo Arizona con frialdad -, pero eso no es decir gran cosa.

-Déjeme respirar... Fue hace ahora cuatro años, en este mismo mes. Lo recuerdo porque se celebra el Cuatro de Julio en Laramie. Yo me dirigía hacia el Sur y me detuve en una pequeña aldea, en la frontera de Wyoming. ¿Cómo se llamaba?

-Creo que le puedo ayudar a recordar - dijo Ames con sequedad. Vio que Steele tenía de él una referencia vergonzosa y convenía a sus propósitos contribuir a la identificación -. ¿No era Keystone, al extremo de los montes Medicine Bow?

-¡Ah! ¡Keystone! Eso es. Y también recuerdo los montes Medicine Bow, pues me tuve que meter en ellos huyendo.

-El mundo es pequeño, Steele; para mí, por lo menos. ¿Y qué oyó usted de mí en Keystone?

-Había allí un joven cowboy que estaba a punto de casarse con la hija de un ranchero. Debía recordar los nombres, pero no los recuerdo. De todas maneras, la misma mañana del día de la boda, que fue cuando yo llegué a Keystone, aquel vaquero fue arrestado por algunos agentes de la autoridad por robar novillos, o por vender novillos robados. Él juró que no lo había hecho, que había sido otro y que- le echaban la culpa a él. Se lo llevaban a la cárcel, cuando un jinete, en un caballo alazán... Ames, el caballo en que has llegado aquí anoche es aquel mismo caballo

-Siga con su historia. Sus consocios están escuchando con atención y yo tengo ganas de oír cómo acaba.

-Bien - continué Steele -; aquel jinete, que eras tú, Ames, detuvo a los agentes y les demostró que estaban equivocados, pues el ladrón era él; y que, si no había otros inconvenientes, podían dejar suelto al vaquero para que se casase, y, si querían probar a detenerle a él... ¡Ja! Ja! Ames, te abriste paso a tiros y te escapaste.

-¡Pero cómo relaciona usted esa faena conmigo? - demandó Ames.

-Tan sencillo como eI a b c. En el pueblo se habló mucho. Si aquel jinete era Arizona Ames, y muchos juraron que lo era, ¿cómo es que sólo había dos o tres guardias lisiados? Aquel Arizona Ames tiraba bien. Agujereaba un sombrero en el aire.

-El Oeste es pequeño, Steele - murmuró Ames -. Me gustaría saber si se casó aquel vaquero. Se Llamaba Riggy Turner.

-Eso es. Ahora me acuerdo. Sí, se casó y todo el pueblo estuvo de juerga.

Como un espectro del pasado se levantaba ante Ames aquel episodio medio olvidado de su azarosa carrera. Lo consideraba como la única mancha negra sobre su nombre. Pero Riggy Turner era el verdadero, culpable, y Ames, inocente. El primer delito de Turner, tan fácil de cometer en aquellos días. Cuántos vaqueros caían, simplemente por ser tan sencillo hacerlo y ocultarlo! Ames lo descubrió demasiado tarde. Pero había echado a Turner una reprimenda

que nunca olvidaría, y le arrancó la solemne promesa de que, por la muchacha que le amaba, no volvería a delinquir. Esperaron evitar el arresto de Turner, pero nada hicieron para ello, Luego Ames salió al encuentro de la autoridad y del asustado vaquero, con el resultado citado por Steele.

-No tiene usted tan mala memoria, Steele - observó Ames -. ¿Pero está usted seguro de una cosa? ¿Creyeron las gentes de Keystone que los guardias salieron sólo lisiados por accidente?

-Claro que lo creyeron así - repuso Steele, sorprendido.

Ames empujó hacia el fuego con la punta de la bota una astilla a medio quemar. No tenía más que decir. El recuerdo del incidente le había divertido, pero le había dejado también un poco pensativa.

Steele se acarició los escasos pelos que le crecían sobre la delgada barbilla.

-Arizona Ames, otras cosas te convendrían menos que asociarte con nosotros..¿Bill Ackers?

-Sí, Bill Ackers.

-¡Ja.! ¡Ja! Apuesto a que a Ames le importa un bledo que seas Bill Ackers. Lo mismo Que a mí. -Pregúntale si viene con nosotros.

Ames reconoció allí una astucia superior a la capacidad de Brandeth, y tuvo una inspiración. El juego de Noggin no estaba aún claro, pero, ciertamente, iba en contra del jefe de aquel cuarteto. Noggin había leído en la mente de Ames, o bien estaba del todo seguro de que no se prestaría a robar caballos. Brandeth no hubiera debido nunca poner su inteligencia en luchar con la de nadie, sobre todo con la de Noggin.

-Ames, dile a este hombrecito de los ojos de rata que Bill Ackers te importa tanto como a mí, y que vienes conmigo - dijo, Brandeth.

-Lo siento; Noggin ha visto el truco. No voy - declaró Ames.

-¡Que no vienes! ¿Cuándo has variado de opinión? -Nunca he pensado ir.

-¡Granuja! ¡Baja de ese caballo! - aulló Brandeth, alargando una mano rápida hacia la brida de Ames.

Tronó el arma de Noggin. Ames vio petrificarse la fiera expresión de Brandeth, y se arrojó de la silla. Apenas se había movido cuando tronó de nuevo el revólver de Noggin. Ames cayó con fuerza sobre las manos y esto le permitió volverse y dar un salto en el mismo instante en que Brandeth se desplomaba junto a él. Cappy saltó de costado y descubrió a Noggin con el revólver en alto, refrenando a su astuto caballo, Ames sacó el arma y disparó como un relámpago, hiriendo al caballo de Noggin. Éste relinchó y se encabritó convulsivamente para caer, arrojando a su jinete mordió el polvo. Con agilidad maravillosa y terrible se levantó en el impulso mismo de la caída. El revólver de Ames rugió escupiendo llama y plomo. Noggin dio una vuelta en redondo, levantando los brazos. Su arma saltó en el aire, cayó y se disparó, mientras él quedaba, rígido y sin apoyo, en una posición grotesca. Luego se desplomó.

Ames levantóse de un salto y contempló un momento a Noggin. Uno de los caballos relinchó, y sonó el golpear de unos cascos sobre la roca. Luego Ames se acercó a Noggin; le vio retorcerse y quedar inerte. Su revólver yacía a pocos pasos. Amos se había alejado y detenido a respetable distancia. Heady cabalgaba hacia donde estaba Brandeth, tendido de espaldas en el suelo.

Ames guardó su revólver y llamó a los otros dos hombres. Amos se acercaba despacio. Heady se detuvo y desmontó al lado de Brandeth. Cuando Ames llegó a ellos vio que el ladrón tenía atravesada la cabeza de sien a sien.

-¡Bill Ackers! ¡Cómo me ha engañado! - dijo Ames moviendo la cabeza -. Si no hubiera saltado rápido del caballo...

-Está muerto - dijo Heady con voz ronca.

-Sí, y también su consocio.

-Ames, ha estado usted terriblemente cerca de verse en el mismo estado - murmuró el

mormón -. Todo ha ocurrido tan rápidamente... ¿Lo estaba usted buscando?

-Tenía barruntos de que ocurriría.

Amos se detuvo a unos cincuenta pasos y dijo en voz alta:

-Ames, espero que no tendrá usted nada contra mí.

-Nada, Amos; venga - replicó Ames -. Yo no he empezado la cuestión... Heady, acérquese y vea lo que tiene Noggin encima.

Amos acercóse y se apeó. Estaba pálido; sus ojos giraban en sus órbitas; luego se fijaron en las espantosas facciones de su patrón.

-Regístrele - ordenó Ames.

Brandeth llevaba un poco de oro y dinero sobre su persona, un reloj y un cuchillo, además de su revólver.

-Amos, creo que lo mejor es que se guarde usted eso.

Heady volvía con el arma, un reloj, una cartera de cuero, un cinturón y una pipa con guarniciones de plata, de Noggin. Los ojos del mormón brillaban como si presintiera una fortuna.

-Estaba bien forrado.

-Así parece. Veamos - respondió Ames, y abrió los extremos del pesado cinturón. A cada lado de un largo rollo de águilas dobles había un fajo de billetes.

-Me parece que no es de buena sombra ese dinero - continuó Ames, devolviendo el cinto al boquiabierto mormón.

La cartera contenía papeles, que Ames se guardó para examinarlos más tarde.

-Heady, guárdese ese dinero y lo demás que tenga encima.

-No hay nada más, excepto la silla, que, desde luego, la quiero - respondió Heady.

-Amos, la pequeña expedición ha fracasado. ¿Qué va usted a hacer?

-Si le da a usted lo mismo, Ames, tomaré el caballo de Brandeth y me volveré al campamento. Recogeré el equipo y trataré de llegar a Nevada.

-Desde luego, me da lo mismo - replicó Ames

-Sólo me gustaría saber que la próxima vez se ha alistado con gente decente.

-Hasta la vista, Ames - dijo el cocinero con una mirada breve y firme; luego montó y cogió de la brida el caballo de Brandeth, alejándose a trote ligero por el camino del cañón.

-Heady, voy a ir al rancho de Morgan a contarle lo que ha ocurrido - dijo Ames -. ¿Quiere usted venir? ¯Sí, si no me denuncia usted.

-¿Volverá usted con su esposa y sus dos hijos?

-Puede usted estar seguro de que si.

¯¿Será usted honrado y decente? - continuó Ames con severidad.

-Ames, juro por los Profetas que lo seré -exclamó el mormón. Estaba sudando y en extremo agitado -. Todo lo que yo necesitaba era un poco de dinero para salir de las deudas y comenzar de nuevo... Y debe de haber miles en este cinturón.

-Seguro, y puede usted guardarlo sin remordimiento de conciencia. El dinero significa poco para mi. -¡Nunca le olvidaré a usted, Arizona Ames!

XII

La tormenta de verano estalló mientras Ames y el mormón daban a los ladrones la mejor sepultura posible, que consistió en meterlos en una profunda grieta y cubrirlos con pesadas rocas. El mormón fue más lejos y añadió rocas bastantes para formar un monumento.

-No es probable - dijo -, pero pudiera ser que alguien quisiera ver sus sepulturas.

El trueno reventó con tremendo estampido, rodando sobre el desierto y retumbando misteriosamente en los lejanos cañones. Relámpagos blancos ardían en las nubes de púrpura. La lluvia formaba en el Este un velo que empañaba el cielo rojo, un velo que se espesó hasta

convertirse en un sudario gril que marchaba a través del desierto. Luego, el aire caliente que siempre pesa sobre la falda de la serranía del Huracán, como si estuviese albergado allí, empezó a moverse, a adquirir fuerza, a agitar el polvo, a bramar por las grietas de la montaña hasta convertirse en una galerna.

Ames y el mormón se apresuraron por el camino del Norte, galopando delante de la tormenta. La cortina de lluvia no les alcanzó. Pronto la galerna rugía a su espalda y ellos se perdían entre nubes de polvo amarillo.

Se detuvieron al abrigo de una roca y esperaron que pasase el huracán. Los jinetes montaron de nuevo y Ames volvió la vista hacia atrás. Todo el Sur estaba cubierto de nubes oscuras, tan batas que se hundían en los cañones. Por el Este, el oro y la plata habían sustituido al siniestro rojo, y, a través de las nubes de brillantes ribetes, alumbraba el sol con esplendores de aurora, iluminando el desierto lívido y accidentado, aclarando sombras engañosas y revelando distancias y sublimidades,

Para Ames, las horas de aquella jornada fueron cortas, y las millas, cada vez más repletas de las maravillas de Utah. Le asombraba su accidentada y grandiosa vastedad. idas manchas verdes eran raras y se destacaban como gemas sobre el gris infinito.

A última hora de la tarde, el mormón condujo a Ames por un desfiladero entre rocas a un valle que fue un consolador alivio para sus ojos abrasados. Era un oasis triangular, amurallado por acantilados rojos. Cuadros de alfalfa verde oscuro parecían agitarse vivos por el titilar de la atmósfera; florecían los huertos y las viñas, y un bosque de árboles majestuosos rodeaban una casa de piedra.

Avanzaron hasta la sombra. Los terrenos de alrededor de la casa estaban desnudos y limpios, excepto donde la hierba y los sauces señalaban los canales de riego. Susurraban las hojas de los algodoneros; los pájaros entonaban sus dulces cantos. Burros, pavos y terneros lo invadían todo. Las paredes de piedra, las cercas, los cobertizos y el por-che, todo parecía tan viejo como los corpulentos algodoneros.

Heady volvió con un anciano de cabellos blancos y notable apariencia, en cuyos ojos grises ardía aún una llama.

-Ames, éste es el señor Morgan - anunció Heady.

¯Me alegro mucho de conocerle, señor - dijo Ames, tendiéndole la mano.

-Parece ser que soy yo el que debe alegrarse de poderle dar a usted la bienvenida - replicó Morgan, estrechando la mano de Ames -. Venga a sentarse al porche. - Hizo subir a Ames los escalones del porche. sin soltarle la mano, fijando en él aquellos ojos bondadosos y escrutadores -. Mi hija también le dará a usted la bienvenida. -Dirigió la voz al interior de la casa -: Sal; es n gentil de aspecto muy honrado.

Ames se volvió al ruido de unos pasos ligeros. Apareció una muchacha de elevada estatura, de aspecto saludable, lozana y sonrosada, cuyos grandes ojos grises se fijaron con interés y sin temor en los de Ames.

-Lespeth, este señor nos ha hecho un servicio muy grande. Ames, un vaquero de Arizona... Mi hija Lespeth.

-¿Cómo está usted? ¡Cuánto me alegro de conocerle I

-El placer es mío - replicó Ames, un poco embaraza- do. Morgan adelantó una vieja mecedora para que Ames se sentara,

-Siéntese, y usted también, Heady - dijo, mientras él tomaba asiento en un banco -. Sácate una silla, Lespeth, y dile a la cocinera que tenemos invitados a cenar... Ames, está usted lleno de polvo y cansado. Cuénteme bien esas cosas extraordinarias que me ha indicado Heady. Luego podrá usted asearse y descansar.

-¿Qué le ha dicho Heady? - inquirió Ames, dejando su sombrero y sus guantes en el suelo.

La joven volvió con una silla, que colocó delante de Ames. Luego permaneció un momento en pie con las manos apoyadas en el respaldo, contemplándole con inconsciente

sonrisa. Ames se dio cuenta de que era una espléndida criatura.

-Que cayó en una banda de ladrones que le obligaron a servirles de guía, y que, a no haber sido por su oportuna intervención, yo hubiera sido otra vez robado y quizá asesinado, y Lespeth hubiera estado a merced de un villano lascivo.

Ames relató brevemente, con pocas referencias a Heady, las circunstancias de su encuentro con Brandeth y Noggin; cómo sospechó su condición y cómo lo que oyó confirmó sus sospechas; el plan expuesto por Brandeth, el desacuerdo entre los dos hombres, el viaje por el cañón y, por fin, el combate.

-¡Muertos! ¿Están muertos? - preguntó el mormón,

-Y bien muertos - confirmó Ames -. Yo hice creer a Brandeth que me asociaba con él para ayudarle a robarle a usted, pero Noggin me conoció y sabía que mentía. Para buscar el desenlace tuve que devanarme los sesos. Noggin juró que yo no iría con ellos y yo lo confirmé. Brandeth se sorprendió y se enfadó tanto que hizo un movimiento para coger las bridas de mi caballo. Le gustaba mucho mi caballo y ya había pretendido conseguirlo; cuando nie dijo que me apease era eso lo único que pretendía. Pero Noggin le mató. Yo me arrojé del caballo en el momento en que Noggin disparaba contra mí; al caer quedé detrás del animal y eso me salvó. Cuando Cappy saltó, yo disparé sobre Noggin; su caballo le despidió, pero se levantó como un relámpago, manejando el revólver con la misma rapidez... y yo le maté... Esto es todo. Me he escapado por milagro. Noggin me engañó. Era todo, nervio, frialdad y ligereza. Si no fuera por mi suerte, creo que me hubiera matado.

- ¡Gracias a Dios que no ha sido así! - exclamó el mormón con fervor-. ¡El malvado!

Ames, es usted un joven valiente y resuelto; le estoy agradecido. No es usted el primer gentil que ha sido bueno conmigo y, por consiguiente, reverencio su credo.

Ames acogió esto con bastante frialdad, pero cuando levantó los ojos a Lespeth, su serenidad desapareció. La cara sonrosada se había puesto pálida; los grandes ojos grises se habían oscurecido de horror; los rojos y entreabiertos labios, y todo su cuerpo, temblaban de emoción.

-Noggin llevaba encima esta cartera - continuó Ames, sacándola -. Todavía no he mirado sus papeles, pero parece ser que su verdadero nombre era Bill Ackers.

-¿Bill Ackers? ¡No, imposible¡- exclamó el mormón, levantando las manos en señal de protesta -. Conozco a Ackers, le he vendido ganado. Le hizo el amor a Lespeth. ¿No es cierto, hija mía?

-Sí, pero no con mi consentimiento - replicó ella en voz baja.

-A mí no me disgustó en un principio- explicó Morgan -. Estaba en buena posición y quiso asociarse conmigo, y como Lespeth no se había querido casar con ninguno de los muchachos mormones que habían venido por aquí... Pero este Noggin no podía ser Bill Ackers.

-Un hombre pequeño y como de unos cuarenta años - dijo Ames recordando -. De cara delgada y afeitada; de buen semblante, excepto sus ojos, que eran pequeños y penetrantes como los de un hurón.

Morgan miró a su hija con incredulidad.

-Padre, ésas son las señas exactas de Ackers - gritó la hija -. ¡Ojos de hurón! ¡Parecía que se clavaban en mí!... ¿Pero podía ser Bill Ackers ese sanguinario Noggin?

-No lo puedo creer, hija - replicó su padre, tristemente.

-¡Oh, yo he visto cosas extrañas! - dijo Ames -. Veamos sus papeles.

Apareció con indiscutible evidencia que Noggin no había mentido al asegurarle a Brandeth que era Bill Ackers. Sus papeles contenían solamente este nombre.

-No hay duda - continuó Ames -. Seguro que usaría muchos nombres, pero éste debe ser el suyo verdadero. Bill Ackers.

-¡Nunca me inspiró confianza! - exclamó la joven con intenso desahogo.

-Espero que no estaría usted enamorada de él - dijo Ames bromeando -. Sentiría mucho

haberla hecho desgraciada.

-¿Enamorada de él? De ninguna manera - declaró ella en un tono muy de acuerdo con su cara en aquel momento. Quizá la mirada de Ames, más que sus palabras, había sido responsable de su rubor.

-¿Le debía a usted dinero, señor Morgan? - preguntó Ames.

-No. Yo le debía a el. Pronto hubiera pagado, aunque con ello me hubiese quedado en la pobreza.

-¡Ajá! Pues queda cancelada la deuda - declaró Ames levantándose -. Y ahora, si ustedes me lo permiten, me gustaría lavarme.

-Sí, desde luego - respondió calurosamente Morgan. - Dispense usted que nos hayamos olvidado de eso. Heady, encárguese usted del señor Ames. Pueden ustedes emplear la casita de madera; siempre la tenemos dispuesta. Yo me cuidaré de que sus caballos sean atendidos.

Cuando Heady conducía a Ames por entre los algodoneros hacia una pequeña y cómoda casita de madera, murmuró a su oído:

- ¿Ha visto usted qué ojos tan voraces?

-¡Ojos voraces! ¿Cuáles? - preguntó Ames con sorpresa.

-Los de Lespeth. Se lo comían a usted.

-Oiga Heady, creo que todo ese dinero se le ha subido a usted a la cabeza - reprochó Ames, aunque sintió un ligero hormigueo.

-No. Estoy completamente tranquilo. Hace años que conozco a Lespeth y la he visto mirar a otros hombres; pero solo a usted se lo ha tragado con los ojos.

-¿Quién iba a pensar que es usted un sentimental? - rezongo Ames.

-¿Pero no cree usted que es hermosa?

-No, ni bonita. Es más que todo eso: es una diosa.

El extravagante cumplido hizo iluminarse la cara del mormón. Parecía otro hombre. Sus duras manos temblaban al abrir la puerta de la pequeña cabaña. Ames se encontró en una habitación ordenada y limpia, con dos camas de ropajes blancos. La mesa, la silla, el escritorio, muebles todos de confección doméstica, lo mismo que la chimenea abierta, recordaron a Ames el hogar.

-Se me ha olvidado mi maleta - dijo, y mientras Heady iba a buscarla, él se sentó en un banco rústico, a la sombra de un algodonero gigante. Un ramal del canal de riegos pasaba junto a la cabaña con dulce y agradable música. ¡Cuánta dulzura y cuánta paz! Hacía muchos años que Ames no se sentía envuelto en una atmósfera igual.

Llegó el mormón con su maleta.

La media hora siguiente la emplearon los dos hombres en adecentarse y ponerse en condiciones de sentarse a la mesa. Cuando Ames volvió a ocupar su asiento afuera, el sol doraba, al ocultarse, la pared occidental. A su alrededor las luces áureas se fundían con el verde. Murmuraba el agua, zumbaban las abejas. El rebuzno de un asno resonó en la distancia. Ames exhaló un gran suspiro de alivio al pensar que había contribuido a conservar la dulzura y tranquilidad de aquel lugar para aquellos buenos mormones.

Heady salió, brillante y alegre, aunque con varias muestras de su torpeza en el manejo de la navaja de afeitar.

-Ames, descansaré aquí hoy, y mañana me iré a casa a marchas forzadas. Quiero pedirle perdón de rodillas a mi mujer y hablarle del vaquero que me ha sacado de la peor situación en que me he visto en mi vida.

-Muy bien, pero no es preciso que le hable usted mucho de mí - dijo Ames.

-Dispense, Ames, pero, - ¿es usted en realidad un va quero?

-Seguro. Un vaquero a quien no le duran mucho los empleos.

-Lo - creo porque usted lo dice, pero mucho me equivoco - si no es usted un grandísimo tuno con espuelas... Le he jurado a usted que me enmendaría, y eso es algo. Me reconciliaré con mi mujer, pagaré mis deudas y compromisos y volveré a ser un honrado ranchero. Seré rico, Ames; he vuelto a echarle una ojeada a este dinero. Pocas veces probaré el licor y seré

ahorrador y prudente. Puede usted apostar la vida a que el dinero de Noggin no podría haberse empleado mejor que en lo que hará por mí y los míos.

-Así se habla - convino Ames.

-Esto, por mi parte. ¿Usted qué piensa hacer?

-Me quedaré aquí un día o así y, luego, seguiré adelante. Claro que le haré a usted una visita en San Jorge para ver a su mujer y a los niños.

-Mucho me gustaría, pues así creería ella que no vuelvo de robar un Banco o algo por el estilo. Pero, Ames, yo, en su lugar, me quedaría algún tiempo aquí. Esto es bonito y seguramente podría usted darle al viejo algunos consejos sobre caballos. Querrá darle a usted un empleo, y en otras partes estaría usted peor, si es verdad que es usted vaquero.

-Tan verdad como el Evangelio, Heady.

-Entonces quédese, aunque no sea más que para darle a Lespeth lo que necesita.

La cómoda postura de Ames desapareció y dirigió una aguda mirada a su compañero.

-¿Cómo? le gritó.

-No se enfade, que no quiero decir nada malo. Lespeth es una buena muchachita, limpia y guapa, *y* más formal que la mayor parte de las chicas mormonas. Y no es demasiado religiosa. Quizá por eso no se ha casado. Han andado detrás de ella vaqueros, desbravadores, rancheros, clérigos y un obispo mormón, que yo sepa. Todos solemnes, lentos y llenos de religión. También ha habido gentiles como Noggin y otros individuos, pero ninguno de ellos le ha parecido bien a Lespeth. Algunas veces, el viejo ha tratado de casarla, como en el caso de Noggin, pero siempre ha fracasado.

-¡Ajá! Y si es una maravilla, como usted dice, ¿qué es lo que necesita?

-Lespeth necesita que le hagan el amor.

Ames se le quedó mirando como si no hubiese oído bien.

-Las muchachas mormonas, como Lespeth, no tienen ningún amorío *antes* de casarse, y muchas ni aun *después.* Yo soy mormón... Pero hay una muchacha que se está muriendo porque le digan palabras dulces, la acaricien, la besen y la abracen.

Ames se puso rojo, tanto de vergüenza ante la desahogada proposición del mormón, como por la conciencia del súbito hervor de su sangre.

-Es usted un vaquero extraño, si es usted un gentil - continuó Heady -. ¿No ve que lo que le estoy diciendo es la verdad?

-No, lo que veo es que es usted un fresco que no les tiene ningún respeto a las mujeres honradas.

-¡Quite usted de ahí! - dijo riendo el mormón -. Aunque enamorase usted razonablemente a Lespeth, sólo le haría un favor. Lo que quiero decir es que si no desea usted quedarse aquí definitivamente, *y* cosas peores podría usted hacer, quédese el tiempo suficiente para hacerle un poco el amor.

-Me deja usted sin aliento.

-Yo, no. Es el recuerdo de Lespeth.

-Heady, aunque yo fuera un individuo mujeriego, y nunca he tenido ocasión de serlo, sólo podría hacerle el amor a Lespeth en serio.

-Mucho mejor. Sea todo lo serio que quiera y cásese con ella. Como confío en usted, Ames, voy a participarle un secreto. La madre de Lespeth era una gentil. Ella no lo sabe.

-Me está usted adulando mucho, pero nada de eso tiene sentido. Esa muchacha no se fijaría nunca en mí. Yo no soy más que un vaquero vagabundo.

-Muy bien. Como usted quiera - replicó el mormón, resignado -. No hacía más que darle un consejo. Podría usted quedarse aquí toda su vida, vaquero vagabundo, y con una mujer como Lespeth no lo pasaría mal en este sitio.

-Demasiado bueno para mí. Gracias, de todas maneras, Heady.

-Arizona, de su manera de hablar deduzco que nunca ha tenido usted amores. ¿Nunca ha querido usted a nadie? ¿A ninguna mujer?

-A mi hermana gemela, a Nesta. Se parece a una dorada pajarilla tanto como esta

Lespeth a una roca -replicó Ames con la mirada perdida sobre los campos verdes, el desierto y las murallas, ya oscuras.

¿Hermana gemela? Debe de ser una belleza... Se me está figurando que se ha perdido usted por ella. Bueno, puede usted tomarlo o dejarlo, pero me deja asombrado. Que alguien pueda tener a Lespeth en sus brazos y que la rechace, no me cabe en la cabeza.

Ames experimenté un extraño *y* vago palpitar del corazón, como si la vida llamase a una puerta cerrada que nunca hubiera sabido que estaba allí.

Sonó una campanilla de suave tono y una voz, igualmente suave, llamó:

-¡Venga usted a cenar, Arizona Ames¡

Heady se echó a reír alegremente.

-¿Lo ve? Ni siquiera se acuerda de mí. Venga, Arizona, que es una medicina que le está a usted haciendo mucha falta.

Ames se sentía como un cordero que conducen al sacrificio, sensación de la que culpó a aquel mormón locuaz. Al acercarse a la casa vio que habían dispuesto la mesa para cenar en el porche y que Lespeth había cambiado su ordinario vestido por uno blanco que, aun a aquella distancia, la transformaba de una manera increíble.

-¡Avergüéncese, témpano de Arizona! - murmuro Heady cuando llegaron a los escalones.

Morgan *les* salió al encuentro, digno y cortés, con el aire del que considera la hospitalidad como una función del espíritu. Lespeth estaba de pie a su lado. El cabello dorado le llegaba hasta los hombros. En su cara quedaban pocas huellas de la emoción sufrida; ahora parecía fascinada, tímida y anhelosa, pero incapaz de cruzar su mirada con la de Ames.

Éste se acordé de acercar a la mesa una silla para ella, pero cuando todos estuvieron sentados, fue preciso un puntapié de Heady para advertirle que la venerable cabeza del padre de Lespeth estaba inclinada. Rezó una oración que a Ames le pareció bella; y mientras él oraba por aquel extranjero que estaba bajo su techo, Ames observaba la cara inclinada de la muchacha. Creyó ver en ella más que belleza: lealtad, fuerza, firmeza y una sugestión de austeridad que requería el fuego de los ojos y la sonrisa de los labios para ocultar su melancolía.

-No le hubiera conocido a usted, Arizona Ames - dijo Lespeth, levantando la cabeza.

Él no se había dado cuenta de que la oración había concluido. Ella había preparado, sin duda, aquella simpática observación antes de levantar la cabeza, pero, ciertamente, no estaba preparada para recibir la mirada absorta de Ames. Su confusión añadió encanto a su sencillez.

-También usted ha cambiado mucho - replicó él.

Una mujer de agradable aspecto trajo la comida.

Empezó la prueba de la comida, que fue casi superior a las fuerzas de Ames. Estaba como un mendigo hambriento en un festín, " deseando contemplar a Lespeth y, al mismo tiempo, parecerle bien a ella.

-¿Es ésta su primera visita a Utah, Ames? - preguntó Morgan.

-Sí, y he venido por casualidad.

-Una casualidad afortunada para nosotros. ¿Y cómo ha sido?

-Pues que, como no puedo quedarme mucho tiempo en el mismo empleo, siempre estoy andando de un lado para otro. Últimamente estaba en Williams, y un muchacho me dijo que cruzase el cañón.

-Nuestro Señor elige caminos raros para hacer su Voluntad. ¡Pensar que la observación casual de un muchacho le ha dirigido a nosotros¡¡Pensar en el terrible río Colorado! Siempre he creído que las cosas ocurren por alguna determinada razón. Detrás de todo está la Divina Inteligencia.

-Señor Ames, ¿cruzó usted a nado con su caballo el río Colorado? - preguntó Lespeth con ojos asombrados.

-Mi caballo es el que nadó; yo no hice más que agarrarme a su cola.

-¡Qué soberbio! Padre, ¿se acuerda usted de aquellos muchachos, los Stuart, que lo atravesaron por el Shimuno? Jack me lo contó.

-Creo que el peligro no era, en realidad, tan grande como parecía. Tengo un buen caballo.

-Es magnífico. Yo adoro los caballos, señor Ames. ¿Me dejará usted montar en él?

-Seguro, encantado, si es que puede usted.

- ¡Señor Ames! Yo puedo montar cualquier caballo en Utah - afirmó ella con resolución.

-¿Bravío o domado?

-¡Oh, con caballos bravíos no quiero nada!

-Ames, yo he sido ganadero y tratante de caballos toda mi vida - dijo Morgan -. Conocí a Bostil, probablemente el más grande de los criadores de caballos de Utah. Acostumbraba decir que su hija Lucy había nacido a caballo. Yo podría decir lo mismo de Lespeth.

-Bostil... ¿dónde he oído yo ese nombre?

-Algún viejo ganadero le habrá hablado de él. El rancho ha desaparecido hace muchos años. ¿Le gustan a usted los caballos, Ames?

-Sí, mucho más que las vacas.

-¿Quiere usted probar a ver cuánto tiempo puede trabajar conmigo? -preguntó resueltamente Morgan.

-Yo... Gracias, señor Morgan. Lo pensaré - replicó Ames con embarazo-. Pero soy un individuo difícil. , No puedo dejar de tener cuestiones.

-Ames, yo conozco a los hombres. Usted no me parece un muchacho bebedor y pendenciero.

-No lo soy - se apresuró a contestar Ames mirando a Lespeth -. Pero siempre me encuentro mezclado en los disgustos de los demás. No puedo desentenderme de las cosas.

-Señor Morgan - interpuso Heady -, lo que le pasa a Ames es que no puede dejar de tomar sobre sí las cargas de los demás.

-¿Ve usted? Heady hará de usted un cristiano, aunque usted no quiera... Ames, me gustaría hacerle una pregunta difícil, si me lo permite.

-Desde luego, puede usted preguntarme lo que quiera -respondió Ames con una sonrisa, pero temblando interiormente.

-¿Es usted un fugitivo de la justicia? - preguntó con gravedad el mormón.

Ames sostuvo aquella mirada bondadosa y penetrante, con ojos serenos y conciencia limpia.

-No, no lo soy. Hace años maté a un hombre para salvar a mi hermana. Esto ocurrió en la Cuenca del Tonto, donde las contiendas son regla general. Luego, hace mucho tiempo, cargué sobre mis espaldas con el robo de ganado de un *cowboy q*ue iba a casarse con la hija del ranchero a quien había robado; ella le amaba, y pensé que haría un hombre de él. Me escapé...? Esa es la única mancha negra que hay en mi nombre, señor Morgan.

Ames nunca le había dicho tanto a ningún hombre, pero quería que aquel buen anciano supiera que tenía la conciencia tranquila. Le fue difícil determinar cuánto había influido la muchacha sobre él para hacer aquella confesión. No había pretendido convertirse en un héroe, pero temió al instante aparecer corno tal a los ojos de Lespeth. Le pareció que la tierra huía bajo sus pies.

-Gracias, Ames - dijo el mormón -. Haga el favor de recordar que le he ofrecido trabajo antes de hacerle la pregunta, y lo que me ha dicho usted sólo aumenta mi interés y mi deseo de que trabaje para mi.,. Vamos, salgamos antes de que se acabe la luz. Quiero enseñarle a usted mis campos de alfalfa:

Pasearon a través de los huertos y a lo largo de los campos, con los últimos reflejos del sol iluminando lo alto de la majestuosa pared que cerraba el valle por el Este. El rancho era una mancha fértil y rica en el desierto. Morgan lo comparaba, con acierto, a «una tierra de

promisión».

Al regresar, en el crepúsculo, Ames se encontró entregado a Lespeth. Fue como un sueño aquel paseo en la creciente oscuridad, a la sombra de los imponentes riscos, en la perezosa noche estival, vibrante del croar de innumerables ranas. Pasearon bajo los algodoneros y la joven hablaba de lo que amaba el rancho, los caballos y la vida en aquel solitario Utah; luego, de los años en que su padre había estado en buena posición y ella había ido a la escuela, en la ciudad del Lago Salado; y por fin, de las amistades y relaciones de su padre con los gentiles.

Cayó la noche, y la luna llena y dorada se elevó sobre los riscos, plateando el oscuro desierto. La paz y la belleza de aquel solitario valle invadió a Ames con poderosa sensación. ¡Qué paraíso para un vaquero cansado e infeliz! Pero él no lo merecía; no merecía por lo menos, la asombrosa posibilidad que no parecía tan remota. Todas las innumerables noches de vigilancia y trabajo en los ranchos volvieron a su memoria, como para destacar la diferencia entre ellas y aquella noche de luna con Lespeth.

Se quedaron solos en el porche, y Ames se dio cuenta de que estaba demasiado silencioso, demasiado insensible a la gloria de aquella noche y de aquella mujer de Utah.

-Me ha hablado usted de una hermana - dijo Lespeth con dulzura -. ¿Cómo se llama?

-Nesta. Somos gemelos.

-¡Qué nombre tan bonito! Nesta. Háble me de ella.

En aquella hora, y después de aquel día abrumador para el cuerpo y el espíritu, Ames se sentía impulsado a contar aquella historia tal como vivía en su corazón. El interés de la muchacha empujaba las puertas de su reserva.

El misterio se extendía sobre el valle como un manto. La fragancia de los verdes campos, la música de los arroyos, el croar de las ranas, el esplendor de los riscos blanqueados por la luna, no era nuevo para Ames; pero aquella sensible muchacha lo era, aquella mormona que podía montar como un vaquero y para quien el trabajo duro en natural y justo. Se halló de pronto contándole la historia de Nesta. Los ojos de Lespeth se oscurecían a la luz de la luna, sus fuertes manos apretaban las de él, su pecho palpitaba.

-¿Volverá algún día a ver a Nesta y a ese niño que se llama como usted? ¡Oh! Vuelva - suplicó ella.

-Sí, algún día, y el verla a usted me hace desear que sea pronto.

-¿Soy como Nesta?

-Sí, en cierto modo.

Ames se dio cuenta, de súbito, de que sentía un tremendo deseo de estrechar a Lespeth en sus brazos. Sintió de repente la existencia de un vacío grande y doloroso que ella podía llenar. La tentación era casi irresistible en su fiera y asombrosa dulzura, su vergüenza y su sentimiento. ¿Qué haría ella? Luchar, protestar, y luego, quizás, rendirse y... No se atrevió a escuchar su insidiosa imaginación.

-A mi padre le gusta usted - decía Lespeth.

-Así parece, y me alegro. El también me gusta a mí - respondió Ames.

-¿Querrá usted quedarse a trabajar con él?

-Me gusta mucho, pero apenas sería leal. Yo no puedo quedarme mucho tiempo en ninguna parte y...

-Pero quizás aquí se quedase usted mucho tiempo - continuó ella.

-Sí, quizás - respondió Ames sin voluntad.

-Tenemos varios muchachos, pero ninguno desbravador, y mi padre necesita uno.

-Así me lo pareció. Me gustaría, pero...

-Yo montaría con usted, Arizona.

Él la miró a la luz de la luna. Sintió como si todas las fibras de su ser se disolviesen en agua.

-Haríamos carreras. Yo en su caballo y usted en el mío. ¡Oh! ¡Qué carreras serían¡

-Muchacha, no sabe usted lo que pide - dijo él, casi con aspereza.

-Lo sé y lo pido.

-Yo sólo soy un vaquero vagabundo - protestó él-. No tengo nada, salvo un caballo y esta arma manchada de sangre. Usted es una mormona. Yo no tengo religión, y su gente nunca me aceptaría.

-Es usted un hombre, Mi padre y yo le aceptaremos.

Ames miró con tristeza aquella cara soñadora. Nunca podría ocultar la verdad.

-Yo no haría más que proporcionarle disgustos.

-¡Quédese, Arizona! - murmuró ella.

Aquel momento parecía ser el objeto del terrible viaje a través del cañón y de la fatal crisis al pie de la serranía del Huracán. Algo del remoto pasado se levantó en él a sostener su vacilante hombría.

-Lespeth, yo soy humano y me enamoraría de usted. ¿Sería eso tan terrible?

-Lo sería para mí, y más para usted, porque usted siente un deseo indefinido; aun cuando no tuviese usted en cuenta la barrera de la religión, sería malo... Quizás alguno de los enemigos que me he creado volviera a cruzarse en mi camino... ¡Siempre siento esos pasos en él, Lespeth! Sería una desgracia para una persona de su credo... No; será mejor que me vaya por la mañana.

-Pero... ¡si yo soy corno Nesta!

La dulce y casi irresistible súplica vibró en los oídos de Ames durante toda aquella noche de insomnio, mezclado con el murmullo de las aguas y de las hojas, y seguía vibrando en el suave y oscuro amanecer, cuando se alejaba como un culpable, atormentado por las dudas, sostenida sólo por la convicción de que hacía lo que debía.

XIII

El otoño cubría de grana, oro y púrpura el valle del Trabajoso.

La ruidosa y alborotada corriente quizás tuviera un nacimiento silencioso en las altiplanicies del Colorado, pero cuando su rápido curso emergía de las rocas para serpentear por entre las grandes colinas desnudas de árboles cubiertas de hierba, hervía aquí para rugir más allá, luego se moderaba en una curva para precipitarse en se[g]uida, celoso de su tiempo, y verter, petulante, su corriente ambarina por una serie de cascadas bajas, lanzándose por fin en un largo y espumoso declive para pasar junto a la única habitación del valle, el rancho de Halstead, y tronar con rabia en la garganta verde y oscura de más abajo.

En años pasados, el fuego había desnudado aquellas innumerables lomas, algunas de las cuales se elevaban a la categoría de montañas. No quedaba en las alturas ningún árbol verde, sino grupos de palos desnudos, agudos como mástiles; algunos, carbonizados y negros; otros, blancos, que se elevaban silenciosos y desolados como mudos monumentos hacia el archienemigo del bosque. Por todas partes, en todas las laderas, los troncos caídos yacían en hileras, altas y espesas como cercas de los diseminados bosquecillos de tiemblos, brotes aparecidos después del fuego, y que ahora despedían al sol exquisitos reflejos dorados y blancos. En los últimos años la hierba había brotado entre los árboles caídos.

Desde que Ester Halstead había dejado la escuela de Denver para ocupar el lugar de su madre en la casa Helstead, cada año había aumentado la hierba en las abrasadas laderas, y el musgo ambarino, y las viñas escarlata, y la bella lupina azul, y los admirables y gloriosos lechos de rojas amapolas y pajarillas, como jamás podrían florecer en nin[g]ún otro lugar de la tierra.

Así pensaba Ester, recreando sus ojos en las colinas vestidas con sus ro[p]ajes de otoño. El invierno era una estación larga y fría en aquella altitud, y aunque a Ester le entusiasmaba ver bajar a los alces en fila por las laderas nevadas, y que las cabras monteses fueran hasta el jardín con los venados, no sentía ningún amor por el invierno del Colorado. La primavera era

Librodot

húmeda, ventosa y sucia, una época de prueba para los rancheros nuevos en el país. El verano era maravilloso, y el otoño, un encanto.

Ester necesitaba algunas compensaciones para las pruebas y durezas de aquella solitaria vida. Había nacido y se había criado en Missouri, donde asistió a la escuela desde la edad de seis años hasta los doce, cuando, a causa de la falta de salud de su madre, tuvo que viajar con su familia a través de las llanuras hasta Denver. Aquí vivieron algún tiempo y fue a la escuela otra vez. Luego, John Halstead se aventuró en el salvaje extremo noroeste del Colorado, atraído primero por los campos auríferos de Yampa. Después, prudentemente, se estableció al conocer el menos brillante, pero más estable, valor del suelo.

A los quince años, Ester había venido al Trabajoso a hacerse cargo de los niños y a suplir, tan bien como le fuera posible, para ellos y para su padre, su mutua pérdida. Tenía ahora diecinueve años y no era la mayor, pues Fred le llevaba dos años. Este, sin embargo, apenas contaba en lo referente a las múltiples tareas, aunque, cuando estaba en casa, la surtía de carne fresca. Fred tomó la vida de ranchero, que era lo que su padre deseaba para él, de una manera decepcionante. Había adquirido hábitos dudosos en la compañía de otros jóvenes de Yampa, la ciudad minera a un día de viaje del Trabajoso. Los pequeños eran Ronald, de seis arios; Brown, un año mayor, y Gertrudis, de nueve, a todos los cuales Ester tenía que procurar dominar y enseñar. Su gran dificultad consistía en evitar que se volviesen salvajes, tarea que requería incesante vigilancia y trabajo. Aquellos niños tenían una poderosa tendencia atávica, a la cual Fred ya había sucumbido; y la misma Ester la sentía, de una manera extraña y secreta.

En invierno conseguía hacerles estudiar y aprender, pero las demás estaciones eran un fracaso en cuanto a educación se refiere, a menos que el contacto con la Naturaleza bravía contenga algunos elementos educativos. Brown había nacido cazador, y Ronald tenía pasión por la pesca; Gertrudis amaba las flores silvestres, de las cuales había cien variedades en el Trabajoso.

Las circunstancias de los Halstead eran aún felices, aunque en los útlimos tiempos Ester no carecía de razones para estar preocupada. Tenían un cocinero, Joe Cabel, excelente en su oficio y con el mejor de los corazones, de la más amable disposición de ánimo y profundo humorista. Pero adolecía de un defecto tremendo: no distinguía un reniego de cualquier palabra corriente. Y los niños estaban empezando a aprender de él un lenguaje terrible que era la desesperación de Ester. Halstead, tenía entonces empleados a un carretero, un hortelano y dos desbravadores, y acostumbraba decir que él solo hacía más trabajo que todos ellos juntos.

La vivienda del rancho estaba situada en una explanada en la ribera del río Trabajoso, y consistía en cabañas de leños, levantadas para albergue de cazadores, que Halstead había agrandado y reparado, estableciendo entre ellas ingeniosas comunicaciones. El total proporcionaba habitación sencilla y tosca, pero amplia y confortable, sin lujo, a menos que se tenga por tal el agua helada y corriente dentro de la casa,

Con los primeros días de septiembre habían aparecido las heladas, al menos en las alturas que siempre le parecieron tan próximas a Ester hasta que trató de subir a ellas. Cuando entornaba los ojos, veía aquellas colinas de colores maravillosos. Tenía que mirarlas con los ojos muy abiertos para apreciar su espantosa desnudez. Algún día, cuando todos los palos desnudos fueran derribados espesasen los álamos, volverían a tener su original belleza. Ester había aprendido que nada en la Naturaleza es originariamente feo, y que, después de haber sido despojada por el hombre, vuelve sola y pronto a recobrar su belleza.

Desde su asiento en la herbosa ribera, un poco más abajo de la casa y desde el cual podía vigilar a los niños, disfrutaba Ester del nunca bien contemplado panorama de varias millas del valle del Trabajoso. En esta estación era un cuadro de brillante colorido. El tumultuoso arroyo bajaba murmurando por entre rocosas márgenes cubiertas de sauces, que atravesaban el valle a nivel para elevarse luego por vastas lomas grises, verdes, azules y rojas, siempre manchadas por la negrura de los troncos caídos, con las crestas festoneadas por los

palos erectos y desnudos que se clavaban en el cielo como los mástiles de un barco. En la lejanía, estas lomas eran montañas que, sin embargo, parecían colinas junto a los abruptos y negros picos que limitaban el horizonte.

Hacia abajo sólo se veía media milla del valle en forma de V, que terminaba en la negra garganta, donde el Trabajoso, aun a aquella distancia, hacía oír sus coléricos rugidos.

Ronald danzaba por allí con los perros, cazando a un desgraciado conejo, mientras Brown pescaba. El río Trabajoso estaba lleno de grandes truchas, algunas de las cuales habían picado en el anzuelo de Brown sólo para escapársele con el cebo. Algunas veces su padre le enganchaba una *y* luchaba con ella hasta que perdía fuerzas bastantes para que Brown pudiera sacarla, y con frecuencia Joe Cabel le prestaba igual ayuda. Pero a Brown no le gustaba pescar así. Tenía la ambición de cortar sus cañas, preparar sus sedales y sus anzuelos, buscar su cebo y sacar sus truchas pescadas por sí mismo, sin auxilio de ninguna clase. Esta ambición, como muchas ambiciones, era causa de desastres. Brown tenía siempre una buena provisión de cañas de pescar, pero no hallaba medio de encontrar suficientes sedales y anzuelos.

Aquella mañana había pescado sin suerte durante varias horas. Hasta cierto límite, tenía una paciencia asombrosa para un niño de siete años. La comida no significaba nada en su vida, y Ester temía atraer sobre sí las iras de su hermano llamándole.

De pronto, levantó hacia Ester la cara de diablillo sucia, húmeda, llena de pecas y de pelos.

-¡Maldita sea¡¡Es, no hay ninguna trucha! - le gritó.

Ester no creyó oportuno responder, pero hizo con la cabeza señas que significaban su desagrado por las maldiciones. Brown sonrió con sincera contrición, y en aquel instante, por desgracia para Ester, Brown sufrió una tremenda sacudida die una trucha que, cogiéndole desprevenido, le hizo escurrirse sobre la resbaladiza piedra. Brown, valientemente, inclinó la caña y trató de recobrar el equilibrio, pero cayó al agua con gran chapoteo.

Ester no se alarmó por el peligro, su hermanito era pariente de un pez, pero el corazón se le subió a la garganta temiendo que de algún modo se la hiciera responsable de aquella catástrofe. Brown salió hecho una sopa, y cuando trepaba por la ribera, Ester descubrió con espanto que había perdido el sedal.

Brown chorreaba agua. Además de las pecas, traía en la cara una mancha del verdín de la roca. Sus ojos estaban llenos de un magnífico fuego.

-¡Maldita sea mi cochina suerte! Es, tú me has hecho perder ese pez. No me importaría si no se hubiera llevado el sedal, los flotadores y el anzuelo.

Ester estaba horrorizada en varios grados, particularmente por aquella nueva y más asombrosa explosión de palabrotas. ¿Qué podría hacer ella con semejante niño? Era necesario castigarle y despedir a Joe Cabel. Luego, se desesperó ante la futilidad de la primera medida y la imposibilidad de la segunda.

-¡Eh! Es, ¡mira! ¿Quién viene? - preguntó Brown, señalando río arriba -. ¿Está borracho o qué le pasa?

Ester vio un hombre alto que llevaba a un caballo de la brida. Parecía que se tambaleaba, avanzando lentamente. Su primer impulso fue correr a la casa, pues los tipos peligrosos no eran raros en aquel país. Su padre nunca lepermitía que se alejase mucho sola. Pero una segunda mi rada convenció a Ester de que el hombre no estaba borra cho, sino herido o exhausto. El caballo' mostraba asimismo, señales de una extremada fatiga.

También tuvo un segundo impulso, el de adelantarse a su encuentro, aunque, cuanto más le miraba, mayor esfuerzo necesitaba para no hacerlo. Se acercaba tan lentamente que ella tuvo tiempo sobrado para sentir impresiones que pasaron de la curiosidad r la sorpresa a la admiración y la inquietud, y, por fin, a un vivo interés. Era el hombre de mejor semblante que viera en su vida, indudablemente, in vaquero o, con más seguridad, un desbravador. Alto, elástico, con botas de montar y espuelas, con un revólver pendiente del cinturón, vestido de gris y con la cabeza baja y la cara oculta por el ala de un ancho sombrero que había sido

blanco, excitaba, ciertamente, el interés de Ester Halstead.

Él la había visto, sin duda, pues al acercarse se quitó el sombrero antes de levantar la cabeza. Cuando la miró, Ester estremecióse. Cabellos rubios, casi plateados, en desorden sobre una frente alta y blanca, surcada por arrugas de sufrimiento y bajo la cual relampagueaban dos ojos azules y penetrantes que se fijaron en Ester. La parte inferior de su cara, escuálida y macilenta, estaba cubierta por la barba manchada de polvo y sudor.

-Buenos días, señorita. ¿Es éste el rancho de Halstead? -preguntó en voz baja y ronca.

-Sí, señor.

-Así me lo parecía, pero cualquier rancho hubiera sido igual para mí. - Dejó caer las bridas y se acercó a una piedra plana, en la que se sentó como si no pudiera continuar de pie -. Por mí me importaba poco, pero Cappy me daba lástima.

El caballo que indicaba, un magnífico alazán ya lejos de la juventud, permanecía inmóvil, con su noble cabeza inclinada y sus sudorosos flancos subiendo y bajando con lento jadear.

-¿Viene usted de lejos? - se apresuró a decir Ester.

- ¿Está herido o enfermo?

-No, señorita; estamos extenuados nada más - replicó él, tomando aliento y apoyando la cara en las manos. Su sombrero estaba en el suelo. Ester hizo un inventario de las largas espuelas de plata de estilo antiguo español, la pistolera de cuero negro con la letra A de plata, y un revólver con puño de nácar, que, aunque estaba acostumbrada a ver hombres armados, le hizo estremecer. Los anchos hombros del forastero se movían con lenta y angustiosa fatiga.

-Dispénseme un minuto, señorita. No es que me olvide de las buenas formas; pero estoy agotado - murmuró.

-Yo soy la que debe pedir que me dispense, no usted - replicó Ester -. Aún no le he invitado a entrar, y si le ocurre algo...

-Gracias, señorita. No estoy herido ni me ocurre nada, excepto el cansancio y la necesidad, aunque no siento hambre.

-¿Viene usted de lejos sin provisiones? - preguntó Ester.

-No sé si desde muy lejos. Vengo desde los Flat Tops.

-¡Qué horror! ¿Eso es aquella gran cordillera?

-Sí. Allí arriba encontré a un cazador con quien pasé una noche, y me dijo cómo encontrar el Trabajoso y que, siguiéndolo, llegaría al rancho de Halstead. Pero equivoqué el camino.

En esta coyuntura apareció el pequeño hermano de Ester, y venciendo la curiosidad a su timidez, se puso ante el viajero para preguntar:

-¿Está usted herido?

-j Hola! , nene, no te había visto. No, no estoy herido.

-Pues, entonces, está usted muy cansado - continuó Brown con simpatía.

-Mucho.

-¿Ha venido usted siguiendo el río?

Sí, desde la misma fuente.

– ¿Ha visto usted alguna trucha grande?

Muchas, hijo mío, pero muy arriba, en los remansos tranquilos y profundos.

¿Cómo de grandes?

-Como mi brazo. Debes de ser un pescador. ¿Te has caído al río?

-No. Estaba pescando, y Es, que es mi hermana, me llamó, y la estaba mirando, cuando una trucha como una ballena se engancho y me tiró, y... ¡la muy...! (Aquí una serie de palabrotas.)

-¡Brown! - gritó Ester -. i Eres una vergüenza!

El hombre levantó la macilenta cara, le miró y se echó a reír a carcajadas.

-Es imperdonable - dijo Ester, avergonzada v furiosa -. Tenemos un cocinero que cada

palabra que dice es un reniego, y ha echado a perder a mis hermanos, especialmente a éste, Brown.

-¡Oh! No creo que les haga eso mucho daño - repuso el viajero con un acento perezoso, agradable a los oídos de Ester -. ¿Conque tienen ustedes un cocinero que maldice mucho?

-Terriblemente. Hemos tenido muchos cocineros. Es difícil conservar uno aquí. Este es muy bueno y simpático, pero no puede dejar de soltar una palabrota cada vez que abre la boca. Mi padre no quiere dejarle marchar y yo tengo que aguantarme con él.

-¿Y no puede dejar de jurar? Ahora me hace pensar usted... ¿Se llama ese cocinero Joe Cabel?

-¡Sí! ¿Conoce usted a Joe? - exclamó Ester, asombrada y alegre.

-Sí, un poco - dijo él, con una sonrisa que dulcificó la llama azul y penetrante de sus ojos -. Señorita, ¿quiere usted tener la amabilidad de decir a Joe que venga aquí?

-Con mucho gusto -replicó cordialmente Ester-. Pero es mejor que venga conmigo. Seguramente Joe le haría entrar.

-Lo siento, pero no puedo. Mis piernas ya no me sostienen.

-Yo le ayudaré. Venga, apóyese en mí - dijo Ester impulsivamente -. Mi padre dice que soy tan fuerte como un caballo.

El la miró con atención, como si no la hubiera visto antes.

-Es usted muy amable, señorita, pero...

-Voy por Joe - interrumpió Ester -. ¿Quién le diré que le llama?

El forastero meditó un momento sobre aquella pregunta, como si despertase en él latentes consideraciones. Luego, contestó:

-Dígale que es su viejo amigo Arizona Ames.

-¿Arizona Ames? - repitió Ester.

-Sí, Arizona Ames, señorita. Siento tener que decírselo -replicó él. Y cuando ella se alejaba, le oyó murmurar para sí -: El Oeste era grande antes, pero ya no lo es.

Ester corrió hacia la casa y, dando la vuelta a la parte de ella en que estaba instalada la cocina, gritó:

-¡Joe! ¡Joe!

Ester entró en la cocina, limpia y clara, que había adquirido estas deseables cualidades sólo desde el advenimiento de Joe, pero el no estaba allí.

Le oyó silbar en la despensa, que estaba contigua, y se dirigió hacia la puerta.

-Joe, ¿no me oye usted gritar?

El cocinero era un hombre pequeño y maduro, de cara cadavérica y solemne, enorme nariz y ojos pardos y fieles como los de un perro. Llevaba un sombrero blanco con ala negra y un delantal.

-Bien, señorita Ester, ¿por qué... demonio está usted tan agitada y grita así? - preguntó con una sonrisa bondadosa.

-Joe, acaba de llegar un forastero que viene siguiendo el curso del río - dijo Ester sin aliento -. Está tan cansado que ha tenido que sentarse. Debe de haber hecho un viaje terrible. Viene desde Flat Tops. También su pobre caballo está a punto de caer. Venga, Joe; dice que le conoce a usted.

-Eso no es cosa del otro mundo y no hay por qué ponerse colorada - replicó Joe con calma -. Hay mucha gente que me conoce. He dado de comer a más de un millón.

-Pero ese hombre es diferente. ¡Venga, Joe, corra!

-¿Qué es eso, Ester Halstead? ¿Cuándo se la ha visto a usted correr por ningún hombre? ¿Conque es diferente? - preguntó el cocinero, sentándose con el delantal lleno de latas de conservas. No sentía la menor curiosidad por el visitante; esto era evidente e irritante para Ester.

-¡Está débil y no puede andar! ¡Debe usted ayudarle!

-Señorita Ester, ¿es ese individuo, que tan trastornada la tiene, un hombre joven?

-No, no mucho. Es un antiguo amigo de usted, Arizona Ames.

-¿Quién?

-Arizona Ames. Es un desbravador, un buen...

-*¡Arizona Ames!* - Joe se levantó de un salto, esparciendo los botes, con metálico estrépito, por toda la habitación.

-¿Le conoce usted, Joe? - preguntó Ester con ansiedad.

¿Que si conozco a Arizona Ames...? ¡...¡[1]. El tiempo que hace que yo estaría pudriendo tierra si no fuera por ese...!

Luego salió disparado, con el mandil revoloteando, y desapareció tras la esquina de la casa. Ester empezó a correr, pero se recordó a si misma que era necesario no demostrar una prisa poco decorosa. Sin embargo, su intenso interés no podía ser tan fácilmente contenido. Pronto se encontró con Brown conduciendo el caballo del visitante y a éste caminando sostenido por Joe. Lo que con más viveza impresionó a Ester fue la expresión de la cara del cocinero. La hizo detenerse. El hombre más feo de la tierra se había transformado en hermoso. ¡Pero qué lenguaje! Estaba a punto de taparse los oídos con las manos, cuando Joe volvió a la razón.

-Señorita Ester, le llevaré a mi cabaña y Brown pondrá su caballo en el establo.

-Muy bien, Joe. Si necesita algo, dígamelo. Quizá sea mejor que vaya al establo con Brown.

-¡Y pensar que eres tú! ¡Arizona Ames...! Lo que tú necesitas es un... trago y nos lo vamos a tomar ahora... por... ¡Aquel campamento del Supersticioso! ¡Cactos, serpientes y *whisky!* ¡Aquéllos eran tiempos!

Ester respiró al dejar de oír la voz del verboso cocinero. Luego los siguió, y cuando se desviaron hacia la habitación de Joe, se apresuró a alcanzar a Brown. El muchacho no quiso cederle las bridas a ella, pero en el establo tuvo que hacerlo por fuerza. El carretero, Jed, estaría, desde luego, ausente, pues había tenido que llevar a su padre a Yampa, pero Smith, el hortelano, debía de estar en casa, y envió a su hermano en su busca.

Brown volvió corriendo:

-Ester, ese... hortelano no está en ninguna parte. -Si te atreves a hablar mal otra vez en mi presencia, te mato - gritó Ester, desesperada.

-Ester, palabra de honor que no me doy cuenta. -Baja un poco de heno. Nosotros arreglaremos a Cappy... Así le ha llamado él. Es fácil comprender que quiere mucho a su caballo.

Ester sabía cómo realizar esta clase de trabajo, pues con frecuencia cuidaba de su propio caballo. Llevó a Cappy a un pesebre, le dio un poco de agua y de grano, luego le peinó y le cepilló, hallando infinita satisfacción en la tarea. Por fin le hizo una cama blanda de heno y lo encerró.

-Ven, Brown. Tienes que ponerte un traje seco y lavarte; estás hecho un asco.

-Tampoco tú estás muy limpia en este momento. ¡Qué gracia que hayas limpiado tú ese caballo! Fred se hubiera muerto de risa. Le vas a ver en... A él no se lo harías por nada del mundo.

-¡Cuidado con decírselo a Fred! - le previno su hermana.

-Muy bien, Ester..., si me das algún dinero. De todas maneras, me lo debes por haberme perdido el sedal y el anzuelo. Ojalá venga padre esta noche. Me prometió traerme algunos.

Al volver de la casa descubrieron a Ronald, que traía un conejo cogido de las orejas.

-Mirad lo que he cogido - gritó con alegría, mostrando la pieza.

Ronald era un muchacho moreno, tranquilo y solitario, más fácil de dominar que

[1] Estos trazos de puntos con admiraciones o sin ellas, significan palabrotas, interjecciones o reniegos, especialmente del personaje Joe Cabel, que, como ya sabe el lector, tiene ese feo vicio, y sin duda Zane Grey no quiere estamparlos al pie de la letra por decoro literario. Hacemos esta advertencia porque, mientras está en escena dicho personase, así como Ronald y Brown que se han contagiado de él, estos significativos signos aparecerán con frecuencia. - *N. del T.*

Brown, pero de una responsabilidad igual, por su costumbre de alejarse. Varios lebreles de largas orejas venían tras de el. Los dos hermanos empezaron una de sus interminables discusiones.

Ester entró en el vestíbulo, que era el más nuevo y cómodo de los muchos departamentos en que estaba dividida la casa. Su propia habitación, que compartía con su hermana Gertrudis, contigua al vestíbulo, había sido una pequeña cabaña en la cual se habían abierto dos ventanas.. Tenían una tosca chimenea, sobre cuyas amarillas piedras algún cazador habría contado sus pieles de castor. Ester había hecho de carpintero, albañil, decorador y aun otros oficios, en sus incesantes esfuerzos para hacer aquella estancia habitable.

Gertrudis, una niña morena que crecía como una mala hierba, estaba inclinada sobre la costura que se le había encargado. Pocas veces Ester y su hermana tenían otros vestidos que los que ellas mismas se hacían. También confeccionaban la ropa de los chicos. Gertrudis odiaba la costura y por eso oyó desdeñosamente a su hermana cuando le habló de la extraña visita. Ester, mientras se quitaba el polvo y las manchas, hizo examen de conciencia. Algo muy extraordinario había ocurrido que inexplicablemente aceleraba los latidos de su pulso.

No fue por falta de ganas por lo que no vio a Joe hasta la hora de cenar, y entonces el cocinero se le presentó como un enigma. Joe era en extremo locuaz y famoso por sus relatos, pero no pronunció una sola palabra sobre el forastero Arizona Ames.

-¿Cómo está su amigo, Joe? - le preguntó por fin.

-Muerto para el mundo - replicó el cocinero -. Le he hecho un ponche caliente y casi antes de que le pudiera quitar las botas se ha quedado dormido. Acabo de asomarme a verle. Está como una piedra. Supongo que dormirá todo el día y toda la noche, y puede que algo más. Las últimas palabras que ha pronunciado han sido preguntando por su caballo. Creo que se lo habrá usted entregado a Smith.

-No; no le hemos podido encontrar. Pero yo misma me he encargado del caballo del señor Ames. Brown me ha ayudado,

-¿Por qué no me ha llamado usted? - preguntó Joe, turbado -. Eso ha sido abusar de su bondad.

-Nada de eso. Yo sé cómo se cuida un caballo, Joe.

¿No lo hago muchas veces? ¿Quién es ese hombre, Joe?

-Ya ha oído su nombre, ¿no? - repuso el cocinero, evasivamente, según le pareció a Ester -. Es un vaquero. -¿De dónde es? ¿De Arizona?

-Le llaman Arizona, pero es de todas partes. -¿Un viejo amigo de usted?

-Bien, sí; le conocí en Nuevo Méjico. Trabajamos en el mismo rancho. Hace ya cinco años; el tiempo vuela.

-Ha dicho usted que estaría pudriendo tierra hace mucho tiempo si no fuera por Arizona Ames - declaró Ester, vagamente disgustada con Joe.

-Estaba excitado, señorita Ester - replicó el cocinero, con frialdad -. Quizás exageraba mucho un pequeño servicio que a Ames no le gustaría que se recordase.

Ester se dio cuenta, con desencanto, de que Cabel no

le iba a contar una de sus fascinadoras historias, en la cual aquel vaquero, Arizona Ames, fuera la figura principal. Joe había experimentado un cambio sutil que Ester sentía más que veía. Nunca le había visto así. Dirigid una mirada escrutadora a su cara impasible y continuó comiendo sin hacer más preguntas. Pero la reticencia del cocinero no hizo más que aumentar su curiosidad. Los niños, disputando sobre el conejo, que Joe había preparado para cenar, le molestaron tanto que no pudo pensar con ilación.

Pero después, cuando se quedó sola, volvió al asunto y repasó los pocos detalles separadamente y con ponderación.

No necesitaba que le dijesen que aquel Arizona Antes era una persona fuera de lo corriente. Le había visto y le había oído. Recordando la indiferencia de Toe hacia un visitante,

aunque estuviera en necesidad de auxilio, y luego el notable cambio que un solo nombre podía producir. Ester razonaba que estaba perfectamente justificada su idea de que alguna relación extraordinaria había entre el cocinero y aquel *cowboy*. ¡Qué luz había iluminado la cara de Joe! Luego, sus carreras y su excitada conversación cuando llevaba a Ames hacia la cabaña. « ¡Supersticioso¡» Aquél debía de ser el nombre de unas montañas de las cuales había Ester oído hablar vagamente « ¡Cactos, serpientes y *whisky!* ¡Aquéllos eran tiempos ¡» Ester tuvo el presentimiento de que aquella recordada época no había sido muy recomendable. Y, por fin, de súbito, Joe se había atrincherado en una reserva que había intentado hacer parecer natural, pero que no engañó a Ester.

Joe Cabel había sido un consuelo y una ayuda, y la estimación que le profesaba Ester había crecido constantemente desde su llegada al valle. Pensando en ello, recordó con sorpresa que su venida no había sido muy diferente de la de Arizona Ames.. Nadie en el país había oído hablar de Joe Cabel, y desde hacía años nadie sabía de él más de lo que él había querido decir, lo cual, a pesar de sus innumerables relatos de aventuras, era casi nada. Pero había sido una torre en la que Ester podía confiar. Ella fijaba la fecha de su reconciliación con el valle del Trabajoso el día en que aquel hombre había llegado a él. El darse cuenta de ello era asombroso. ¿Qué es lo que no había hecho por ella? Halstead, su padre, estaba siempre fuera, bien trabajando en el rancho para volver rendido, o de viaje por Yampa, Craig o Denver.

Fred se había, gradualmente, abandonado a los hábitos de los aventureros, si no a cosas peores. Los diversos vaqueros que Halstead había tenido empleados fueron útiles, serviciales y agradables en muchos aspectos, pero Ester había aprendido pronto a temer quedarse sola con ninguno de ellos. Fue Joe Cabel quien quitó el peso de la cocina de sus manos y quien le hizo fáciles o soportables los otros mil quehaceres. Particularmente, cuando ocurrían accidentes a los pequeños, o cuando caían enfermos, cosas que sucedían con más o menos regularidad, Joe Cabel había salvado a Ester de volverse loca.

-¡Qué tonta! ¡Ofenderme o enfadarme con Joe! - musitó -. Creo que no le he apreciado como es debido hasta que ese Arizona Ames ha caído del cielo... Pero, ¿qué me pasa a mí?

XIV

Los dos muchachos, Ronald y Brown, dormían en una desván que tenía acceso por una escala colocada en el porche posterior. Esta aireada cámara estaba aislada del resto de la casa, pero su entrada caía sobre la ventana de la derecha de la habitación de Ester. Lo último que hacían los niños todos los días, era llamar a Ester, que siempre dejaba abierta su ventana por la noche. Ronald y Brown eran en extremo valientes durante el día, pero cuando llegaba la oscuridad su coraje se desvanecía un poco. Halstead, como toda la gente de campo, se acostaba temprano, pero aquella noche los dos muchachos se retrasaban más que de costumbre.

Estaba Ester sentada, tratando de leer y dándose cuenta de que el aire tenía, realmente, una frescura de otoño, cuando oyó un ruido fuera. Quizás aquel forastero, Ames, la había puesto nerviosa. Lo cierto era que no le podía apartar de su mente.

Se asomó a la ventana, para lo cual tuvo que ponerse de puntillas. La noche era estrellada, pero el porche estaba oscuro. Oyó un roce. En aquel país silvestre no era raro que zorras, civetas, coyotes, osos y pumas visitasen el rancho. Por lo general, los perros daban la señal de alarma.

-Es una... civeta - dijo una voz inconfundible, la de Brown.

-¡.....! - fue la respuesta de Ronald.

Ester, como siempre, se tapó instintivamente los oídos con las manos. Luego las apartó, y al acostumbrarse sus ojos a la oscuridad, descubrió a uno de los muchachos en medio de la escala. Evidentemente, el otro estaba ya en el desván.

-Baja a ayudarme a cazar a la ... - dijo Brown.

-¡Ja! ¡Ja! En seguida voy a bajar yo.

-¡Miedoso!

-¡Mañana me las pagarás...!

-Ya puedes quedarte a dormir ahí!

-Subiré en cuanto pulverice a este... animal.

Brown bajó al porche y desapareció. Ester le oyó vociferar insultos y tirar piedras. De pronto dio un grito de alarma medio contenido y vino saltando hacia la escala.

-¡Que me persigue, Ronald¡¡Déjame subir¡

-No la veo, pero ya la huelo - declaró Ronald.

-¡Si tuviera una escopeta! ¡La muy... ¡

Ester tenía un forzado conocimiento de aquel lenguaje, debido a su estrecho contacto con su padre y con Fred y, sobre todo, con Joe Cabel, y sabía que las palabras que los muchachos empleaban no tenían el menor significado para ellos. Pero no pudo soportarlo más.

-¡Niños, basta de palabrotas! - dijo con voz terrible. Siguió un silencio. Los dos muchachos se quedaron quietos como dos ratones.

-Os he oído y os he visto - continuó su hermana.

-Ester, mejor es que no saques la nariz por esa ventana, si no quieres que te la perfumen - aconsejó Brown.

Ronald se reía entre dientes.

Ester siguió con cierta precipitación este consejo. La experiencia le había enseñado.

-¿Dónde habéis estado esta tarde? - les preguntó. -¿Dónde te piensas?

-En la cama hemos estado, Ester.

-No mintáis.

-No mentimos. La cierva nos ha despertado.

-Se lo diré a papá - advirtió Ester, apelando al último recurso. Esta amenaza convencía, invariablemente, a los dos niños. No, Ester - rogó Brown.

Ronald se reía entre dientes.

-No os empecéis a echar la culpa el uno al otro y decidme la verdad - continuó Ester con más energía, sabiendo que algo desacostumbrado pasaba.

-¿No nos descubrirás?

-Júralo, Ester.

-No haré promesas mientras nada sepa, bribones. ¿Qué habéis estado haciendo?

-Cogiendo comida para Fred.

-¡Para Fred! ¿Cogiendo comida? ¿Para qué? ¿Dónde está Fred?

-No ha sido para Fred, Ester. Dos hombres que lo han traído nos han hecho coger la comida.

-¿Dónde están?

-En el establo.

-¿Esta Fred borracho?

-No lo sabemos. Estaba muy oscuro. Fred no dijo nada; sólo se dejó caer sobre el heno. Luego, los otros dos nos hicieron entrar en la cocina.

-Bueno, ahora a dormir. Prometo no decir nada de vosotros - replicó Ester. Cerró la ventana por dentro y apagó la lámpara. No se sintió tranquila hasta que estuvo bajo las mantas, al lado de Gertrudis, y aun entonces no le era satisfactorio que hubiera dos desconocidos en el granero con Fred.

Ésta era la segunda vez que ocurría. ¡Si su padre se enterara! Fred estaba empezando a ser un serio problema. Ester había perdido la paciencia con él y ahora comenzaba a sentir temores. Se había negado a dar crédito a ciertos rumores sobre las compañías de Fred. Evidentemente, habría que enfrentarse con aquello lo mismo que con tantas otras cosas que parecían preparar una crisis para los Halstead. Cuando Ester se durmió por fin, su almohada

estaba húmeda de lágrimas.

Ester se despertó con un sentimiento para ella nuevo y descorazonador. Lamentaba que hubiera amanecido otro día. ¡Qué absurdo en ella! Pero no lo podía negar, y permaneció acostada largo rato, pensando.

Oyó a los muchachos hablar y reír, y, luego, su ruidoso descenso por la escalera. Gertrudis pasó por encima de ella, se levantó y se vistió, burlándose de su pereza. Aún

permaneció allí, sin ganas de levantarse al encuentro de lo desconocido, que parecía preñado de catástrofes aquel dia.

Por fin se levantó, consciente de que su espíritu de lucha no rayaba aquel día muy alto. De súbito, mientras se vestía, advirtió que dedicaba a su apariencia personal más atención que de costumbre. Sabía que era bonita y, en alguna ocasión, se enorgullecía de su abundante cabello castaño, sus grandes ojos pardos y sus labios rojos. ¿Pero qué ocasión era ésta? Se contempló con gravedad en el espejo. Quedó complacida de la imagen que en él vio, pero disgustada porque el cabello no le caía bien aquella mañana, ni el lazo de cinta, ni la blusa, que no era, ciertamente, una de diario. Ester era, sobre todo, sincera. Cada vez que un hombre joven, forastero o no, llegaba al rancho, el suceso la afectaba de una manera singular. ¿Qué luz ansiosa y soñadora asomaba a sus ojos? Sin embargo, nunca había sido aquello tan pronunciado como esta vez, *y* al darse cuenta, un enojoso rubor invadió sus mejillas.

Llegó tarde a desayunarse. Los muchachos ya lo habían hecho y se habían ido. Se encontró con la sorpresa de que Fred estaba allí y la saludaba con más afecto que de costumbre. El corazón de Ester dominaba siempre a su cabeza. Fred se había afeitado aquella mañana, y llevaba una camisa nueva y corbata. Su cara parecía un poco demacrada. El buen semblante de Fred siempre militaba contra sus faltas.

Joe entró con el desayuno de Ester.

-Buenos días, señorita Ester. Es usted una señora desocupada como Fred, y sale ya guapa y elegante - dijo.

-Buenos días, Joe - replicó ella con brevedad, pensando en el tono de Joe y en lo que diría Fred.

-Joe me ha dicho que ayer llegó un forastero - comenzó Fred, cuando salió el cocinero -. Un individuo con quien él ha trabajado. Arizona, o algo así.

-Sí, Arizona Ames.

-¿Y quién es?

-No lo se. Pregúntale a Joe.

-Ya le he preguntado. Pero está de mal humor. En toda la mañana ha soltado un reniego... ¿Cómo es ese Arizona Amus?

-Es un desbravador; ningún muchacho ya. Apenaspodía andar. Estaba tan cansado, tan empolvado y con tantas barbas que costaría decir la cara que tiene.

-Es extraño. No me gusta eso. Le estaba diciendo a Joe que era mejor que invitase a ese jinete a seguir adelante.

-¡Fred! - exclamó Ester, indignada -. ¿Es ésa la idea que tienes de la hospitalidad? El hombre estaba extenuado y hambriento...

- ¡Oh, tú meterías aquí a cualquiera! - respondió Fred con sarcasmo:.-. Pero yo no conozco a ese Arizona Ames.

-No puedes tú hablar muy alto sobre lo que ocurra en el rancho Halstead - dijo Ester, también sarcástica, y como en aquella coyuntura entrara el cocinero, se dirigió a él -: Joe, haga el favor de no tener en cuenta la actitud de Fred para con los forasteros, y trate al señor Ames como si esta casa fuera la de usted.

-Gracias, señorita Ester. Me hubiera disgustado mucho tener que ofender los sentimientos de mi amigo - replicó Cabel con sencillez, pero la mirada que dirigió a Fred dio mucho que pensar a Ester.

Era evidente que Fred luchaba con sentimientos de los que se avergonzaba. La verdad

es que se mordió los labios para contener una viva réplica.

-Fred, ¿dónde están los jinetes que te han traído a casa? -preguntó Ester.

¿Quién te lo ha dicho? - demandó él.

-No importa. Lo sé.

-Voy a despellejar vivos a esos chicos.

-Como les pongas una mano encima se lo diré a padre. Te trajeron a casa borracho... Esta es la segunda vez.

El hermano lanzó una interjección y se levantó con el aire de quien comprende la inutilidad del subterfugio.

–Ven fuera, donde ese cocinero de ojos de lechuza no pueda oír - y salió dejando a Ester convencida de que uno de sus presentimientos había sido acertado. Gritó a su hermano que esperase a que acabara de desayunarse, en lo cual no se dio, ciertamente, mucha prisa. Mientras tanto volvió Joe con la sonrisa amable que acostumbraba tener para ella, además de cierta ansiosa solicitud.

-Señorita Ester, nunca he sido un soplón, pero ahora tengo que decirle a usted una cosa o reventar.

-Creo que le puedo ahorrar el trabajo, Joe - contestó ella apresuradamente -. Escuche: Fred vino anoche a *casa;* dos hombres le trajeron porque no podía andar. ¿Es eso lo que me quería usted decir?

-No; eso no tiene tanto de malo. Quiero decirle quiénes eran los dos individuos - contestó Joe con gravedad-. Yo estaba en el camino y los vi llegar. Ellos no vinieron por él, y yo me escondí entre la jara para dejarlos pasar. Iban sosteniendo a Fred en el caballo.

-¿Quiénes eran? - preguntó con ansiedad Ester, cuando él se detuvo con miedo de continuar.

-Uno era Barsh Hensler. Al otro lo he visto en Yampa, pero no *sé* su nombre.

-¡Barsh Hensler! Joe, ¿no está ese hombre en relaciones con los ladrones de ganado a quienes tanto odia mi padre?

-Sí. Hensler vive en Yampa y tiene mala reputación; se dice que pertenece a la banda de Clive Bannard.

-¿Y Fred tiene amistad con ellos, o, por lo menos, con algunos de ellos? ¡Qué horrible!

-No se altere, señorita Ester - continuó Cabel con calma -. Fred no es malo en el fondo. Es alocado y cuando bebe se sale de sus casillas. No puede resistir un trago. Le gusta jugar a las cartas y vagar por la taberna de Bosomer en Yampa; naturalmente, cae en malas compañías. Me temo que su padre no le ha dirigido como es debido. De todas maneras, creo que es por ese camino por donde ha ido a parar a manos de Hensler.

-¿Qué haremos, Joe? - preguntó Ester, casi angustiada.

-Hablaré de ello con Ames. Es providencial que haya caído por aquí ahora - replicó Cabel, brillándole los ojos profundos y cavernosos.

-No sé si estará bien hablar de ello con un extraño. Pero, ¿por qué le parece a usted providencial la llegada del señor Ames?

-Las cosas van a llegar a un trance difícil aquí, señorita Ester. Y es providencial porque Arizona Ames es el hombre que necesitamos para salir de él.

-¿Sí? ¿Y por qué él, precisamente? - preguntó Ester, aumentando su curiosidad.

-Es inútil que se lo diga, a no ser que le pueda convencer de que se quede; pero me temo que eso no va a ser posible.

¿Por qué no? Quizá mi padre le pudiera dar un empleo - murmuró Ester, maravillándose del estremecimiento que la idea le producía.

-Seguro que se lo dará si yo le digo quién es Ames; y se lo diré si Ames me deja.

-¡Me inquieta usted, Joe! Dígaselo a mi padre sin consultar al señor Ames.

-No es mala idea - dijo Cabel, complacido -, pero hay cien probabilidades contra una de que Ames continúe su viaje tan pronto como esté en condiciones de hacerlo.

-¿Y por qué tiene tanta prisa? - preguntó Ester, resentida -. ¿Tan mala gente somos?

-La verdad es que lo único de que Ames ha huido siempre es de una muchacha guapa.

-¡Joe! ¿Quiere eso decir que yo soy guapa? - exclamó Ester con una alegre carcajada, pero sintiendo calor en las mejillas.

-Ni más ni menos.

-¡Pero no lo soy tanto! ... - protestó Ester.

-Siempre y a todas horas. Y cuando se viste usted de blanco, como aquella noche, ¡...1 Perdone usted, se me va la lengua.

-Sí, Joe, ya se te ha ido - repuso ella con ironía -.

-¿De manera que ese maravilloso Arizona Ames es probable que huya de mí? ¿Qué le pasa, Joe? ¿Es que odia a las mujeres?

-No; creo que Arizona no podría odiar a nadie, y mucho menos a una muchacha guapa.

-No me pareció un vaquero tímido. ¿Qué edad tiene, Joe?

-No lo sé, pero es joven comparado conmigo.

-Vi que le blanqueaban los cabellos de las sienes y me pareció viejo, Joe.

-Es viejo en la vida de los campamentos, pero Arizona no puede tener más de treinta años, si los tiene. -¡Oh, Joe! Sea razonable.

-Le estoy diciendo a usted! la verdad, señorita Ester - afirmó Joe -. Y estoy hablando demasiado.

-¡Joe! ¡Venga usted aquí! No se va usted a escapar de mí así - gritó Ester, cogiendo de la manga al cocinero cuando se disponía a marcharse. Se levantó de la mesa -. Haga el fªvor de quedarse, Joe... Ha sido usted mi mejor amigo. Si lo he podido resistir todo ha sido por su ayuda y su bondad.

¿De veras, señorita Ester? - inquirió él, asombrado y contento.

-De veras. No me he dado cuenta de lo que le apreciaba hasta hace poco.

-No podría decirme nada que me hiciera más feliz que sus palabras.

-Entonces, no me deje otra vez, como anoche, y corno iba a hacerlo ahora. ¡No importa cuáles sean sus razones! Tengo el presentimiento de que le voy a necesitar más que nunca. Venga su mano, Joe.

Joe se quedó tan aturdido que ni de su profana lengua se acordó, pero estrechó la mano de Ester con tanta fuerza que se la dejó entumecida. Ella le sonrió con tristeza, y salió corriendo a buscar a Fred.

Este le esperaba con la frente ensombrecida.

-Me parece que hablas demasiado con ese cocinero - rezongó.

-Sí, bastante. Es para mí más hermano que tú, Fred. Esto le hizo sonrojarse y hacer una mueca.

-Tienes una lengua como un cuchillo.

-Fred, si estás de mal humor, yo no tengo ganas de aguantarte. Estoy demasiado disgustada.

-¿Los chicos te han dicho que me trajeron a casa borracho? - preguntó él.

-Sí. Pero no sabían que lo estuvieras.

-La verdad es que no lo estaba. Lo había estado y me sentía mal. Necesito dinero, Ester.

-¡Vaya una novedad! - le contestó Ester riéndose.

-¿Tienes...? Quiero decir que si tienes dinero tuyo.

-Sí, un poco, pero lo pienso guardar. No volverás a sacarme un céntimo para beber y jugar.

-No, necesito para pagar una deuda. Debo dinero, Ester, y tengo que pagarlo.

-¿A aquellos hombres que te trajeron anoche a casa?

-Sí, a uno de ellos.

-¿Cómo se llama?

-No importa quién sea, pero me está esperando ahí fuera.

-Te da vergüenza decírmelo. Fred.

-¿Y qué más te da a ti? - demandó él, pasándose por el cabello una mano temblorosa.

-¿No quieres confiarme su nombre?

-No, Se lo dirías a papá.

-Si hubieras tenido alguna probabilidad de conseguir el dinero, habría desaparecido ahora. ¿Cuántas veces te he ayudado y guardado tus secretos? Eres un ingrato... Pero no necesitas confesar. Yo no te critico porque te avergüences. Ya sé quién te ha ganado el dinero.

- ¡Cállate si lo sabes!- exclamó *él.*

-Bursh Hen... - De súbito, apoyé Fred una mano sobre la boca de Ester y la arrastró al interior de la casa. Asombrada y furiosa, Ester se soltó de él.

- ¡Cómo te atreves! ... - gritó.

-Había un hombre detrás de ti - jadeó su hermano.

-¿Detrás de mí?

-Sí, un forastero, alto y con los ojos como puñales. No le había visto. Se ha acercado despacio, o quizá ha estado allí todo el tiempo. Y te ha oído, Ester. Lo sé. Lo he conocido en su mirada. ¡Maldita suerte! Te dije que callaras.

-Te está bien empleado - dijo Ester, pensativa.

-Debe de ser el amigo de Joe - continuó Fred -. ¿Cómo se llama? Ames, no sé que.

-No lo he visto - repuso Ester con frialdad -. Sal a verlo, si te interesa.

-¿Me darás el dinero, Ester? - imploró él.

-¿Cuánto?

-Trescientos dólares.

-¡Cielo santo! No los daría aunque los tuviera - replicó Ester, y se refugió en su habitación, cerrando la puerta por dentro.

Allí se sentó en el lecho, ensimismada en un esfuerzo para analizar sus propios sentimientos y olvidar a Fred y sus apuros. Al cabo de un rato volvió al vestíbulo, donde halló sola a Gertrudis.

-¿Has visto a Fred, Gertrudis?

-Sí, hace un rato. Estaba ahí fuera, con la cabeza entre las manos. Le he preguntado si estaba aún enamorado de Biny Wood; me ha dado un grito y se ha marchado.

-Muy bien. A mí no me ha ocurrido eso - replicó Ester, incapaz de resistir la risa -. ¿Has visto a alguien más?

-Sí. Un hombre alto, con botas de montar. Se ha ido al río con Brown. Joe se ha ido también, después.

-¿Si? - gritó Ester con ansiedad, y corrió a mirar por

la ventana. Desde allí sólo se veía un pequeño trozo del río. Salió al porche y tampoco pudo percibir al forastero, pero al volverse para mirar el camino, se vio alegremente sorprendida por la figura elevada y familiar de su padre, que se acercaba por él. Corrió a su encuentro, pero al ver su cara desde más cerca, su alegría se trocó en alarma. Sólo una vez le había visto con una expresión igual: fue el día de la muerte de su madre.

-¡Padre! ¿De vuelta por la mañana? ¡Qué alegría! - gritó,

-¡Hola, hija! - replicó él, besándola con cariño y entregándole varios de los paquetes que llevaba -. Para ti y para los niños. ¡Gracias a Dios que os vuelvo a ver!

Su énfasis contuvo a Ester, que le siguió en silencio. Fred había sido el favorito de su padre, y aquello sólo podía significar que le había dado otro disgusto, y, sin duda, grave.

-Hola. Gertruditas! - Halstead saludó a su hija menor, y solté los paquetes que aún le quedaban para tomarla a ella en su lugar. La abrazó fuertemente, levantándola del suelo y ahogando sus gritos de alegría y sus preguntas.

-Sí, te he traído los dulces... Ester los tiene... ¿Dónde están los chicos?

-Creo que en el río - replicó Ester -. ¿Los llamo?

-No hay prisa. ¡Qué mejillas tan sonrosadas tienes! -¿Traes malas noticias, padre?

-¿Qué puedes esperar? - respondió él con burlona ironía -. Vivimos en el Trabajoso. No te preocupes, Ester. Aún saldremos de ello.

-Cuéntame, padre. Yo tengo bastante edad para conocer tus disgustos y compartirlos

contigo.

-¡Miren la mujercita! - exclamó él alegremente -. Guarda esos paquetes. Tienen el nombre de Gertrudis. Esconde los tuyos y no enredes en los de los chicos. Confieso que he comprado todos los anzuelos y los sedales que había en Yampa. Dile a Joe que el carro está lleno de provisiones. Jed le ayudará a descargarlas. ¿Han vuelto los vaqueros?

-No, desde que tú te fuiste.

-Menos mal. ¿Ha venido Fred?

-Sí, anoche.

-¿Borracho? - preguntó el padre con amargura.

-Dijo que lo había estado - replicó Ester con repugnancia. Luego añadió lealmente -: Esta mañana estaba bien.

Sin más comentario, el padre abrió la puerta de su habitación, que estaba a la derecha de la chimenea, y se encerró en ella. Ester clasificó los numerosos paquetes, abrió alguno de ellos y llevó el precioso contenido a su habitación. Su padre nunca había sido mezquino, pero, ¿cuándo, desde que-vivían en el Oeste, había comprado con tanta generosidad?

Ester estaba preocupada. Llevó otros paquetes a la cocina, donde encontró a Jed, el carretero, guardando las provisiones.

-¿Dónde está ese cocinero? - preguntó Jed.

-Ha bajado al río con los muchachos. Que le ayude Smith.

-No necesito a nadie, señorita. Sólo quería darle a Joe su tabaco. Lo dejo aquí; usted es testigo.

-Yo respondo de su destino - replicó Ester, riendo.

- ¿Cómo están las cosas en Yampa?

-Bastante movidas - dijo Jed con una carcajada -. Demasiado para mí.

-¿Movidas? ¿Quiere usted decir que ha habido riñas? -Un par de ellas, de las buenas. Pero me refería al juego en casas de Bosomer. Quise entrar yo también, pero no pude. Clive Bannard y su partida están en el pueblo cargados de dinero.

-Mejor para usted, entonces, Jed - replicó Ester. Volvió a su habitación y se dedicó asiduamente a la costura, que esperaba la llegada de algunas cosas de Yampa. Pero su mente trabajaba con la misma actividad que sus dedos, y sus oídos escuchaban con atención cuanto ocurría en el vestíbulo. Oyó a Gertrudis decir a los dos muchachos:

-Aquí tenéis vuestros caramelos. Papá ha traído una escopeta para ti, Ronald, para cuando dejes de hablar mal.

-¡... ¡Eso es peor que si no la hubiese traído - gritó Ronald.

-Y aquí hay una porción de chismes para Brown.

-¡Chismes! ¿Qué es?

-Dice: «Anzuelos y sedales de Brown».

-*¡Chismes! ¡...!* ¡Dame eso, mujer! ¡...! Vamos, Ronald, coge tus cosas y ven a enseñárselas a Arizona.

-Pero. Brown, ¿qué importan los caramelos? Tengo la escopeta, pero no la tengo, y, en cambio, ahí hay un millón de dólares en anzuelos y sedales.

-Ven; no seas cobarde. Arizona hará que te den esa escopeta. ¿No lo comprendes? Seguro que a él se la dan.

Salieron corriendo seguidos por la risa de la pequeña hermana, que se dijo a sí mismo:

-Ese Arizona debe de ser un hada.

Y Ester murmuró también para *sí:*

-¡Hum! ¿Arizona? Acaso... - y sintió un lento esponjamiento del corazón. Podía ser él el hombre con quien había soñado. Pero, no; era demasiado viejo. ¡Y aquella vaga indicación de Joe! Sin embargo, la fascinación por todos los vaqueros nuevos, durante los últimos años, momentos antes de verlos. Había visto a Arizona Ames, un hombre agotado, abatido, con la cara terrosa, de edad incierta, y la ilusión aún persistía. Debía salir al momento a esconderse con él, para que aquélla se desvaneciera.

Otras cosas ocurrieron aquella mañana. Ester oyó pasar a los vaqueros de Halstead, a lo cual siguió un largo coloquio en la oficina de su padre. Sintió las voces, a veces altas. No le hizo falta, sin embargo, pues el tono de su padre estaba cargado de tormentas. Ester suspiró. ¿No vivían en el Trabajoso? En aquel momento casi odiaba el país. Pero su resentimiento con las alegres colinas y el alborotado torrente no podían durar mucho.

Por fin entró Gertrudis a decirle que había tocado dos veces la campana anunciando la cena. Ester se apresuró a dejar su trabajo sobre la cama, y se detuvo un momento ante el espejo, conteniendo al instante el vano impuso que la había movido. Cuando pasó a través del vestíbulo y del porche hacia el comedor, tuvo la idea contusa y disparatada de que caminaba al encuentro de su destino. Pero entró fría y tranquila, tarareando una canción. Solo la familia estaba sentada a la mesa, y su inexplicable sensación de alegría *y* esperanza sufrió de súbito un decaimiento.

-¿Dónde está el señor Ames? - pregunto al sentarse y ver entrar a Joe.

-Se ha excusado por esta vez, y ha dicho que esperaría a comer conmigo y los vaqueros, señorita Ester - replicó Cabel con un guiño de inteligencia. Una sensación de calor subió a las mejillas de Ester. ¿Qué quería decir?

-¿Has visto ya al señor Ames, padre? - preguntó en seguida.

-No, hija. He tenido una bronca con tu hermano,, y luego otra con Stevens y Mecklin.

-Animate, padre - dijo Ester, incomprensiblemente alegre de súbito -. Si las cosas tienen que ponerse muy mal para mejorar, quizá sea hoy el día en que empiecen.

- ¡Bien¡- exclamó Halstead, dirigiéndole una mirada sorprendida y agradecida. Cuando acabó de comer se levantó y dijo a Joe:

-Entre a verme con su amigo, cuando hayan concluído.

Durante la comida, por lo menos mientras Ester estuvo con ellos, Fred no pronunció una palabra ni levantó los ojos del plato, aunque los excitados muchachos llamaron su atención hacia los regalos que les habían traído. Por fin, Ester se quedó sola, con Fred y aprovechó la oportunidad para preguntarle:

-¿Qué pasa entre padre y tú?

-Lo mismo de siempre - contestó él con tristeza.

-No, no es lo mismo. No me puedes engañar. ¿Sabe algo de tu deuda...?

Fred hizo un gesto de prevención hacia la puerta abierta, de la cocina. Luego, se levantó y salió, siguiéndole Ester.

-Si padre lo sabe, no me ha dicho nada, pero me ha echado un rapapolvo terrible.

-¿Has visto esta mañana a ese. Barsh Hensler? - demandó Ester.

-Sí. Más abajo, en el camino del río. Se ha puesto hecho una fiera conmigo. Amenazó con... Pero eso no importa.

-¿Es una deuda de juego?

-¡Claro! ¿Qué iba a ser, si no? Y lo peor es que es un tramposo. Yo lo sabía, pero cuando bebo unas cuantas copas me creo el hombre más listo del mundo.

-Empiezas a mostrar algún destello de inteligencia, Fred - replicó secamente Ester.

-Ya sé lo que piensas de mí, Ester - murmuró él con voz ronca; y la dejó.

Ester sacó de aquella conversación un poco de consuelo, ya que no esperanza. Fred no se había endurecido aún del todo. Podía ser rescatado, pero no tenía la menor idea de cómo empezar a hacerlo.

Ester entró en su habitación, y, al azar, dejó la puerta entreabierta. Oyó a su padre y a Fred que entraban.

-Pero, papá, has hecho mal en ponerme así delante de los vaqueros, y, sobre todo, de ese forastero, Ames - decía, quejándose, Fred.

-¿Qué me importa a mí? - respondió con frialdad Halstead-. A ti no te preocupan mis sentimientos, sin contar otras cosas más importantes.

¡Palabra que nunca me ha mirado un hombre como me ha mirado él! Me he sentido

como un sapo.

-No es extraño. Tenías ciertas razones para ello - dijo con sarcasmo su padre.

-Papá, ¿quieres dejarme oír la conversación que vais a tener? - rogó Fred.

-No te interesaría.

-Pero he oído a Joe decirle a ese hombre, Ames, que estabas al borde de la ruina.

-Por eso no te interesaría. No habrá naipes, ni copas, ni historias escandalosas.

-¡Papá¡-gritó, acongojado, Fred.

-¡Márchate!

-Pero... Podría ser de alguna utilidad... Yo sé..., he oído cosas...

-Fred, es demasiado tarde para que tú me ayudes. Haz el favor de dejarme hablar de mis desgracias con *hombres.*

Los pasos vacilantes de Fred al salir de la estancia eran prueba elocuente de su estado de ánimo. Ester le compadeció con todo su corazón. Le parecía que existía alguna pequeña circunstancia a favor de. Fred. Había sido llevado muy joven a aquel país salvaje y no había podido resistir sus malos elementos.

Mientras Ester meditaba sobre tan dudosas cuestiones, Joe entró apresuradamente en el vestíbulo.

-Patrón, he venido antes de tiempo para hacerle a usted cierta pregunta.

-Habla, Joe - respondió Halstead.

-La cosa es que no quiero cometer ningún error en un delicado asunto de familia como éste - continuó Cabel, muy serio -, y la pregunta es, ¿confía usted en mí lo bastante para querer que intervenga en él?

-Sí, desde luego, Joe. Has sido para mí una ayuda. Si te hubiera hecho caso...

No concluyó la frase.

-Muy agradecido, patrón. Bueno, entonces, si confía en *mí,* aceptará usted mi palabra respondiendo de . Arizona Ames.

-Aceptaría tu palabra respondiendo de cualquiera.

-Excelente. Entonces, meteré a Arizona en el sainete. Eso es lo que quería preguntarle. Me tranquilizo y me alegro, pues Arizona va a hacer daño. El irá derecho a las raíces de este mal que padecemos ahora en el Trabajoso.

-¿Y quién es ese Arizona Ames? - preguntó, con cierta aspereza, Halstead.

-Sería demasiado largo de contar, pero es el más condenado de todos los vaqueros que he conocido en los ranchos, y esto es decir mucho, patrón.

-¿Qué quieres decir? El vaquero más condenado... Eso no es una recomendación - dijo Halstead, irritado.

-Halstead, si hubiera usted nacido en el Oeste, o hubiera vivido aquí bastante tiempo, sabría lo que quiero decir. Pero, para no andar con rodeos: si pudiera usted conseguir que Ames se quede aquí, sus dificultades habrán acabado pronto.

-¡Imposible¡¿Cómo podría un hombre hacer eso?

-Yo se lo digo. Lo sé.

-Pero, Joe, soy pobre, estoy casi arruinado. Aunque existiera un hombre así, yo no podría pagarle.

-¿Quién habla de pagar? - exclamó Joe, con un tono que Ester nunca le había oído antes -. Ames no tomaría de usted ni el salario de vaquero; por lo menos ahora.

-Joe, me has hecho ver muchas veces lo poco que *sé* del Oeste y de los hombres del Oeste. No puedo, ciertamente, conocer a hombres como Ames. No te acabo de conocer a ti tampoco.

-No le hace a usted falta en este momento. Acepte usted mi palabra por Ames. Es honrado y bueno como el oro. Hace trece o catorce años que anda por los ranchos y tiene olvidadas más cosas sobre el ganado que jamás haya sabido ningún ranchero del Colorado. Hace años era uno de los mejores vaqueros que yo he visto a caballo. Pero sus condiciones para enderezar asuntos no consisten en eso. A usted le están robando ladrones de ganado que

no se atreverían a asomar la nariz a un rancho de verdad, *y* mi amigo Arizona es el hombre que hace falta para darles lo suyo a esos cuatreros.

-¿Por qué? ¿Qué es lo que hará? - preguntó Halstead.

-Patrón, si le dice usted a Ames con lo que tiene que luchar, aquí se quedará. Quisiera convencerle a usted de lo que esto quiere decir. Es nada menos que un acto de la Providencia el que se perdiera en los Flat Tops y, vagando, tropezase con el Trabajoso y acabase aquí. Le gustan los niños y ya les ha cobrado cariño a Ronald y a Brown. Debo admitir, sin embargo, que la señorita Ester es un inconveniente, el único. Ames es un hombre tímido y raro con las mujeres. Y si hay en el mundo una muchacha más bonita que la señorita Ester, yo ne la he visto. Pero, patrón, si hace usted su historia bastante fuerte, diciéndole que su hijo se ha echado a perder y que teme usted ser muerto un día y dejar a su hija sola para luchar con este infierno, Ames no será capaz de marcharse.

-Joe, aunque tú no eres un hombre tímido, sí eres un hombre raro - observó Halstead con una carcajada. - Pero me gusta lo que dices y tu interés por mi familia. Seguiré esta vez tu consejo. Mi historia será bastante fuerte, sin necesidad de aumentar la verdad, ya verás.

-¡Muy bien! Entonces, Ames se quedará, y si Clive Bannard y ese Barsh Hansler se atreven a robar siquiera un ternero sin marcar..., bueno, les habrá llegado su hora.

¿Y cómo?

-Ames los matará. Es una mala receta. Pero no quiero que saque usted una impresión equivocada de mi amigo. Cualquier día se puede usted encontrar con un viajero o un vaquero en Yampa que le diga que Arizona Ames es uno de esos famosos pistoleros. No *es* verdad. Es un poco largo de manos y ha matado a una media docena de individuos, que yo sepa. Pero no tenga mala idea de él.

–¡Me asombras, Cabel! - murmuró Halstead. -Pues no he hecho más que empezar. Ahora, siga escuchando: esta mañana, Ames bajó al río con los chicos y mientras ellos pescaban se dio un paseo para estirar las piernas y vio a dos hombres en el camino y que su hijo Fred les salía al encuentro. Las cosas no le parecen raras a Ames si no lo son. Fred no quería, sin duda, que le vieran con aquella gente, y por esta razón, Ames se acercó lo más posible, para verlos bien. Me los ha descrito... Uno de ellos era Barsh Hensler.

-Ya lo había supuesto - contestó con dureza Halstead.

-Esto es todo b que hay por ese lado. Pero me parece que Ames tiene alguna idea sobre Fred, pues lo he visto observar al muchacho con muchísima atención. Otra cosa: cuando los vaqueros Stevens y Mecklin entraron en la cocina, Ames estaba allí conmigo. Ahora están cenando, pero esto fue antes, creo que inmediatamente después de tener la bronca con usted. Estaban excitados y hablaban. Nunca me ha gustado Mecklin. No *es* capaz de mirarle a uno a los ojos; ahora apostaría a que tiene sus motivos. Para ellos Ames no es más que otro vaquero que está de paso y que hablará con usted, posiblemente en el pueblo, y hay ciertas cosas que ellos tienen interés en propalar. Cuando se fueron, Ames me dijo: » Joe, este vaquero, Mecklin, es un pillo. ¿No lo sabías?» y yo le contesté que tenía la misma impresión.

-¿Mecklin? ¡Es posible! Siempre ha sido retraído y poco satisfactorio... ¿Y qué hay de Stevens?

-Ese es más difícil. Ames cree que es honrado y muy astuto... Ahora, patrón, voy a buscarlos a todos. Cree que, por lo pronto, es mejor que no diga usted nada de lo que le he contado.

-Muy bien, Joe. A callar tocan. Pero apresúrate.

Cabel salió corriendo, y Halstead, después de un momento, se encerró en su habitación. Ester cerró su puerta y se arrojó en el lecho, muy agitada. Necesitó un severo esfuerzo de voluntad para dominar su emoción y poder pensar en lugar de sentir, y luego, a intervalos, volver a caer en la pasión. Su interés por aquel Arizona Ames la había sacudido rudamente y convertido en algo que ella no podía definir. Pero su sentimentalismo, o lo que fuera, sufrió, ciertamente, un violento revés. ¡Había matado hombres! Ester se estremeció. ¿Había tenido

ella contacto con algún hombre que hubiera vertido sangre? En todo caso, no lo había sabido. ¡Otro de sus vagos sueños desvanecidos! Sensación de pena mezclada de alivio. Sus meditaciones recayeron sólo sobre el problema que concernía a Fred y a las dificultosas circunstancias por que atravesaba su padre. Pero cuando el extraño y elocuente panegírico de Joe volvía a su mente, Ester se asombraba. ¿Estaba Joe borracho o demasiado excitado? ¿Mentía? Ester desechó todos los pensamientos desleales. Estaba descubriendo a Joe. Creía sus afirmaciones, aunque parecieran absurdas.

-Si ese Arizona Ames se queda, los disgustos de mi padre habrán acabado - murmuró Ester para sí, como si eso aumentase su convicción. Adivinaba que aquellas dificultades no eran insuperables para hombres como Cabe] y Ames. Ellos eran del Oeste, y sabían cómo tratar los problemas difíciles del rancho. Pero, al reflexionar, no parecía ni menos maravilloso ni menos terrible, recordando la breve explicación de Joe. Era obvio que la medida más sabia sería retener a Arizona Ames en el Trabajoso a toda costa.

Ester se previno contra una posible nueva faceta de la situación. ¿Y si aquel notable Ames, que era tímido con las mujeres, no acogía favorablemente la proposición de su padre? Ahí es donde entraba ella. Si el señor Ames tenía miedo a una muchacha bonita era por temor a enamorarse de ella. ¡Muy bien! Sería una vergüenza sacrificar a tal maravilla de hombre en el altar de la exigencia. Pero, ¿se querría sacrificar él? Comprendió, en la sencilla honradez de su corazón, que era un polvorín que sólo necesitaba una chispa. Comprendió que pronto se enamoraría de algún zoquete o gaznápiro, de cualquiera; y debía darle gracias a la Providencia de que Joe había hablado, por haber dejado caer en el Valle del Trabajoso a aquella Némesis con polainas.

El espíritu adormecido de Ester se inflamó de pasión, y cuando la joven se levantó del lecho y se miró al espejo, vio en él una mujer con ojos oscuros, elocuentes e inescrutables.

¡Si papá fracasa, yo le haré quedarse! - le prometió, en un murmullo, a su propia imagen -. ¡Y entonces empezarán mis problemas!

Se, bañó las ardientes mejillas, se cepilló y volvió a arreglar el cabello. Luego, se puso su vestido más bonito, sin reparar en si era o no completamente apropiado para la tarde.

XV

Ester pensó que el no tener un momento para reflexionar era lo mejor que podía haberle ocurrido. Apenas había ᵠuedado satisfecha de su apariencia, cuando los hombres entraban en el vestíbulo.

Su padre los estaba saludando cuando ella abrió su puerta y entró. Él se detuvo en medio de una palabra.

-¡Bien, señorita Ester! - exclamó Joe, radiante.

-¡Hola, Joe! - replicó Ester, adelantándose con una sonrisa -. No me presente a su amigo. Ya nos conocemos. Luego, levantó la cabeza y alargó la mano a Ames.

-¿Cómo está usted, señor Ames? - dijo, completamente tranquila, en apariencia -. No le reconozco, pero estoy segura de que es usted el señor Arizona Ames.

Y era, en verdad, difícil de reconocer en aquel hombre al terroso y barbudo jinete de ayer. Su mano era firme y fuerte. Ella vio y sintió el poder de unos ojos singularmente azules, cuya mirada podía sostener sólo por lo alborotado de su espíritu.

-De todas maneras, me alegro de que nos presenten formalmente - dijo él, con el acento frío y perezoso del meridional -. Y si eso es un cumplido que usted me hace, se lo devuelvo.

-¡Tímido! ¿Qué es lo que había soñado Joe? Aquel hombre parecía el más sereno y dueño de sí que Ester había conocido en su vida. Pero Joe había dicho que Ames sólo tenía miedo a las muchachas bonitas. Era, pues, evidente que a ella no la incluia en esta categoría.

-Muchas gracias, señor Ames - continuó Ester, con una sonrisa.

Luego, se acercó a su padre, que esperaba con un aire de orgullo, mezclado de sorpresa

y perplejidad.

-Hija, estás muy guapa, pero no nos hemos reunido aquí para distraernos - dijo.

Iría lo mismo a un Consejo de Guerra - replicó ella enigmáticamente, y le dio un beso -. Padre, de hoy en adelante, cuando se traten asuntos desagradables en el Trabajoso, quiero estar presente.

-Ya veo que Joe ha hablado contigo - dijo con resignación su padre.

-Joe no ha hecho más que contestar a unas preguntas. No le regañes, pues yo sola hubiera llegado a la misma decisión sin ayuda de nadie.

-Me recuerdas a tu madre - murmuró él -. Ya eres una mujer, Ester... Bueno, buena. ¿Vienen esos vaqueros, Joe?

-No. He insistido, pero Mecklin no ha querido venir. Dice que ya ha dado cuenta de lo que sabe y que no puede añadir más. Stevens parecía preocupado, pero ha afirmado lo mismo.

-Vamos a mi habitación - dijo Halstead, y sin soltar a Ester de la mano, los condujo a una estancia grande que ocupaba toda una cabaña. Era sencilla y tosca, pero habitable. Los intersticios entre los leños habían sido tapados con arcilla; un buen fuego ardía en el hogar de piedras amarillas.

-Siéntese, Ames - continuó -. Y tú también, Joe, aunque no recuerdo haberte visto nunca sentado. - Acercó un viejo sillón para Ester -. Este sillón, como sabes, era de tu abuela. Es casi lo único que me queda de¸ mi antigua casa. Era una mujer muy lista, que nunca se acobardó ante nada, así es que lo más apropiado es que lo ocupes tú mientras te iniciamos como directora de los negocios del Trabajoso, aunque demasiado tarde, me temo. - Se volvió hacia su escritorio-. Yo no puedo hablar sin fumar. ¿Quiere un puro, Ames?

-No sabría qué hacer con él - repuso el vaquero -. Fumo cigarrillos, cuando tengo la suerte de disponer de ellos; viniendo desde los Flat Tops no la he tenido.

Estaba de pie al lado de la chimenea, y era tan alto que podía apoyar el codo en el revellín de piedra. Ester vio por un momento su bien cortado perfil, su mejilla curtida y su mandíbula fuerte y cuadrada. Rápidamente bajó la vista cuando él se volvía.

-Joe me ha dicho que ha venido usted siguiendo el curso del río - comenzó Halstead, con el cigarro encendido en una mano, recostado en su silla y mirando con franca curiosidad e interés a su visitante.

-Y andando la mayor parte del camino - replicó Ames.

-Entonces, ha tenido usted más tiempo y mejor oportunidad para ver mi rancho. ¿Qué le parece?

-¿Es todo este Valle del Trabajoso su rancho?

-Sí, esas laderas quemadas y los prados de la ribera. Poseo mil acres y tengo derecho a los pastos de todo el valle.

-Es un rancho grande en una región grande. ¿Hay otros muchos cerca?

-Ninguno. El más próximo es Jim Wood, al otro lado de la cordillera, a diez millas o más. Nunca hemos visto una vaca ni un novillo suyo por este lado. Hay una selva por en medio.

-Creo que no he visto en mi vida un rancho mejor - afirmó Ames, como pesando sus palabras.

-¿Para qué? Para los arces y los venados, para cazadores y pescadores, que es lo que se están haciendo mis hijos; para Ester, que ama las flores silvestres.

-Sí. Me parece que para ellos es muy bueno - replicó Ames, dirigiendo a Ester una sonrisa comprensiva -. Pero me refería al ganado.

-¿Y por qué lo cree usted así? - demandó Halstead, quien, sin duda, esperaba que Ames compartiese su opinión y renegase del valle.

-Se quemó hace cuatro o cinco años y...

¯Cinco - interrumpió el ranchero -. Un año antes de que yo lo comprase a un individuo llamado Bligh, que tuvo en él ovejas y vacas¸ Antes que él, sólo cazadores acampaban aquí. Bligh prosperaba, pero el fuego le arruinó y yo se lo compré barato.

-Tuvo usted suerte. Bligh habría seguido prosperando si hubiera sabido lo que se hacía. El fuego hizo el rancho. La hierba habrá empezado a brotar este año y pasarán muchos antes de que vuelvan a invadirlo los árboles, y eso se puede impedir.

- ¡Hum! ¿De manera que tengo un buen rancho?

-Muy bueno. Este Trabajoso le hará a usted rico en menos de cinco años, y en diez doblará su capital.

-Ames, si no lo estuviera mirando a usted y no me hubiera respondido Cabel de su juicio, me reiría - exclamó Halstead -. ¡Me reiría!

-Seguro. Puede usted reírse, de todas maneras. A mí no me importa.

-Ames, he perdido doscientas cabezas de ganado desde que se ha fundido la nieve. Comen alguna hierba venenosa, se hinchan y mueren, El año pasado perdí otras tantas,

-Espuela de caballero. Usted no sabe cómo remediar eso y ha tomado unos buenos vaqueros.

-Espuela de caballero. ¿Qué es eso?

-Yo lo sé, padre - interrumpió Ester -. Es una de las flores silvestres que a mí me gustan tanto.

-Eso es, señorita - confirmó Ames -. Pero para el ganado es una mala medicina... El hecho es, Hastead, que la espuela de caballero ya no es una gran amenaza para los ganaderos. Lo era antes. Ahora sabemos qué hacer con ella. El ganado come esa planta, que forma un gas dentro. Indigestión, creo que se llama. Se hinchan, y si no se les pincha pronto para aliviar la presión del gas, se mueren.

-¡Pincharlos! - murmuró con asombro Halstead.

-Sí. Se les pincha con un instrumento fino, redondo y largo. Si no ha pasado demasiado tiempo, todos se reponen. Luego, unos cuantos vaqueros buenos pueden acabar en una estación con la espuela de caballero.

-¡Espuela de caballero! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! exclamó Halstead, poniéndose rojo -. Perdona, Ester, si le hago la competencia a Joe -. Pero no renegó en voz alta, aunque, evidentemente, se desahogó del todo. Luego, encendió otro cigarro y añadió -: ¡Soy un ranchero formidable!

-No se moleste demasiado por ello - dijo Ames -. Es usted nuevo en el oficio, y en este Colorado hay muchas malas hierbas y pocos ganaderos buenos.

-Ames, ha acertado usted en lo que Joe ha jurado que acertaría - continuó Halstead, mascando la punta de su cigarro -. Quizá me puede usted iluminar otra vez. Los ladrones me han robado, por lo menos, la mitad de mi ganado. Quinientas cabezas en esta temporada. Cien, últimamente, la semana pasada, según Mecklin. No puedo soportarlo. Otro golpe me arruinará.

-He oído a sus vaqueros hablar de ello - repuso Ames, sin la menor señal de sentimiento en la voz, que hacía un notable contraste con la de Halstead - y deduzco que no es trabajo de cuatreros.

-¡Cuatreros! ¿Y cuál es la diferencia entre cuatreros y ladrones de ganado?

-Hay una diferencia muy grande. Si fuera obra de un cu ero, tardaría usted en descubrir quién era y cómo operaba, y cuando consiguiera acorralarle... Bien..., entonces lo sabría usted. Pero en el caso de un vulgar ladrón de ganado, lo más probable es que beba en el pueblo con sus vaqueros...

-Sí, y con mi hijo - interrumpió con amargura Halstead. - Ese ladrón se llama Clive Bannard y procede del Este, según dice. Tiene un lugarteniente, Barsh Hersler, que vive en Yampa; hasta qué punto han pervertido a Fred, que es mi hijo, no lo sé, pero he oído lo bastante para angustiarme.

Ester se adelantó en su asiento, resistiendo una excitación que le hacía casi imposible guardar silencio. Ames levantó su mano morena con gesto lento y deprecatorio.

-Halstead, he visto al muchacho esta mañana hablando con Hensler al lado del camino. Le he dado a Joe las señas del que discutía con su hijo. Seguro que era Hensler. Esta misma

mañana, más temprano, estaba yo sentado en el porche observando a Fred, que se paseaba arriba y abajo. Estaba preocupado. La señorita Ester salió y oí muchas cosas que no estaban destinadas a mis oídos. Es cosa que me ocurre con frecuencia. Creo que ahora podemos atar cabos. Fred es un muchacho muy joven y nuevo en el Oeste. Ha querido divertirse y se ha excedido. Ha jugado (lo que quería de su hermana era dinero) y, sin duda, por ese medio le han inducido a alguna cosa fea. He visto ocurrir esto muchas veces. Pero Fred es honrado en el fondo. Podría echarse a perder si todos ustedes le dejasen, pero aun así, lo dudo. Muchachos con una familia como la suya, la madre que debe de haber tenido, y una hermana como la que tiene, rara vez se pierden definitivamente. Todo lo que Fred necesita es curtirse en esta vida. Apuesto a que Joe opina como yo. ¿Qué te parece, Joe?

-Absolutamente en todo opino como tú - respondió Cabel, y, aunque se dirigía a Ames, miraba a Ester.

-Ames, me saca usted de un abismo por los cabellos - exclamó con fervor Halstead.

Ester se levantó impetuosamente.

-Señor Ames, haga lo mismo por mí... Pero no me levante usted para dejarme caer otra vez.

En su celo, olvidó el natural tumulto de su pecho y la resolución a que su apuro la había empujado. ¡Qué triste la cara de aquel hombre! Ella se sentía fascinada por la insondable profundidad azul de sus ojos,

-Ustedes son nuevos en estos pequeños detalles de la vida del ranchero - replicó sencillamente él -. Pero yo no veo ninguna causa de inquietud por aquí. Joe les ha enseñado a esos hermosos niños una porción de palabrotas...

-¡Arizona, yo no les he enseñado! - protestó Cabel.

-Pero si le colgasen a él, creo que las olvidarían pronto - continuó Ames sin hacer caso de la interrupción. - Ronald no jura tanto, y lo dejaría pronto si lo dejase Brown.

-¿Quiere usted quedarse a ayudarnos, señor Ames? - rogó Ester con una dulce franqueza, absolutamente involuntaria y extraña a la engañosa fascinación que había provocado.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! - Halstead se reía golpeando la mesa con un poderoso puño -. Ya lo veo a usted tratando de quitarme de encima esta carga de los ladrones de ganado.

-Seguro; eso es menos que la espuela de caballero - respondió Ames con su inimitable acento.

Halstead se levantó de un salto, con la mano extendida, como si la vida y la esperanza flotasen en el aire y pudiera cogerlas con sólo apresurarse. Se acercó a Ames y se enfrentó con él solemnemente.

-Ames, le he dicho una vez que me había usted impresionado y se lo repito ahora. Estoy fracasando aquí; fracasando donde hay grandes oportunidades de prosperar. Yo no lo sabía. Últimamente todo me atormentaba. Mi hijo me parecía un perdido, y yo podía morirme o ser asesinado por alguno de esos bandidos. ¿Qué sería de Ester, de Gertrudis y de los niños? Han llegado a amar este sitio. Todo lo perderían y tendrían que marchare. Dios sabe dónde. Pero si tuviera un hombre como usted, que pudiera enderezar a Fred y proteger a las muchachas y a los chicos, si me ocurriera una desgracia no me revolvería inquieto en mi tumba... ¡Quédese en el Trabajoso!

-Se ponen ustedes en lo peor. Con mucho gusto me detendré en Yampa, de paso, para presentarles mis respetos a Bannard y a Hensler... Pero ahora ya están ustedes bien encaminados y no me necesitan. Aquí Joe...

-Compañero - interrumpió Cabel, que también había dejado su asiento-, a mí me parece una buena idea,

Por algo te perdiste y vagaste luego hasta llegar aquí. Le he dicho a la señorita Ester que era un acto de la Providencia y antes le había dicho a Halstead que si conseguía hacerte quedar, sus dificultades habrían acabado.

-Joe, le estás hacienda traición a un amigo a quien debías estar agradecido - dijo sombríamente Ames.

-Ya lo sé, Arizona - continuó Joe, tragando fuerte. Ester se preguntó por qué era para él tan difícil y reprensible pedirle aquello a Ames -. Pero la cuestión tiene otro aspecto. El Trabajoso te necesita. Yo me quedaré con los Halstead todo el resto de mi vida. Las muchachas y los niños lo son todo para mí. .. Y, Arizona, tú que llevas años, catorce años, rodando por los ranchos, ¿no estás cansado de...? Ya sabes lo que quiero decir.

-¿Cansado? ¡Si pudiera volver a ver el Tonto y a Nesta y a ese muchacho que ha bautizado con mi nombre!

Se alejó para apoyarse contra la ventana. Joe había perdido la armadura de aquel meridional frío y exasperante. Ester vio una negra angustia empañar el fuego azul de sus ojos. ¡Nesta! ¡Una mujer que había bautizado a un hijo con su nombre! Allí estaba su secreto. Ester sintió una quemazón sin nombre en las profundidades de su ser.

De pronto vio que Joe le hacía señas, que ella entendió al punto, y cruzando la habitación hacia la ventana, puso sobre el brazo de Ames una mano no muy firme.

-También yo se lo ruego. ¿Se quedará usted?

Ames se encaro con ella; la sombra de dolor se había desvanecido de sus ojos.

-¿Que si me quedaré aquí, en el Trabajoso? - preguntó sonriendo.

Entonces fue cuando la emoción le dio a ella coraje, cuando realmente le miró.

-Puede usted cambiar el nombre, si quiere - contestó ella respondiendo a su sonrisa -. ¿Tiene usted compromisos a los que pudiera ser desleal si se quedase?

-Ninguno, señorita Halstead.

-Pero, ¿y esa Nesta?... - .tartamudeó Ester inconscientemente empujada por el deseo de saber -. Habló usted de una manera extraña.

-N esta es mi hermana gemela. No la he visto en trece anos, pero la última vez que he tenido noticias de ella,

hace más de dos años, estaba bien, era feliz y prosperaba.

-¿Su hermana gemela? ¡Tiesta! Me alegro. ¿Hay alguna otra?

-No.

-Entonces quédese con nosotros.

-¿Me lo pide usted... así..., señorita Halstead? -inquirió, inclinándose para estudiar su cara.

-Sí. Sólo hace una hora que le conozco a usted, pero, ¿qué representa el tiempo? Siento... que puedo confiar en usted.

-Niña, yo no merezco tal...

-Yo no soy una niña - interrumpió ella, y, en efecto, empezaba a darse cuenta del misterio y el encanto de la mujer.

-No, no lo es... Pero me gustaría que fuera usted de la edad de Ronald... ¿Qué es lo que ese maldito cocinero le ha dicho a usted de mí?

-No mucho, aunque yo le he preguntado - replicó Ester, y comprendió que si alguna vez en su vida había de decir la verdad, tenía que ser entonces -. Me ha dicho que es usted tímido con las muchachas bonitas y que huye usted de ellas; así es que me he puesto todo lo guapa que he podido (que no ha sido mucho, me parece) y he salido a ver qué ocurría.

-Creo que está usted equivocada en eso de «que no ha sido mucho». ¿Y qué es lo que ha visto usted?

-Que no ha huido usted de mí; de modo que debo de ser completamente fea; así es que, por lo que a su debilidad se refiere, puede usted quedarse sin miedo.

-¡El sinvergüenza! ¡Decirle a usted eso! - rezongó Ames -. Creo que no tengo escape... Pero, desde luego, hay un peligro, señorita Halstead.

¿Se refiere usted a los ladrones de ganado? - preguntó ella rápidamente.

-Se me había olvidado. - Se volvió, libertándola del encanto azul que parecía sujetarla,

y dirigió la vista hacia el valle y las colinas -..Si hay un peligro, señorita, no es para usted. Era broma. No hacía más que jugar con las palabras, como cualquier otro vaquero; pero creo que me quedo.

-¡Se queda!

-Y soy yo el afortunado. Sólo quisiera que no me tuviera usted que conocer como Arizona Ames.

- ¡Se queda! ¡No sé cómo darle las gracias! - Ester se sintió dominada por no supo qué cúmulo de mezcladas emociones. Se dio cuenta de que estaba colgada de su brazo. Aflojó la mano y se volvió hacia su padre, sonriendo a través de sus lágrimas.

La segunda quincena de septiembre había llegado y, con ella, los días ardientes del verano indio.

Ester había subido más que nunca por las laderas del Trabajoso, hecho que estaba en consonancia con la elevación de su espíritu, y que señalaba más de un cambio en los negocios del rancho Halstead; en este caso particular, demostraba que ya no tenía miedo a pasear sola.

Desde la cresta del último cerro a que subiera, miró con sentimiento su camino hasta la loma de más abajo. Se destacaba fuertemente su línea quebrada sobre la sólida y floreciente masa de flores color lila, de belleza insuperable. Ester miraba como en un sueño. Había subido por en medio de una espesa sabana de flores silvestres. En una mano llevaba un ramo de ásteres, ejemplares especiales y exquisitos de cuatro diferentes tonos: púrpura, lila, heliotropo y azul; y en la otra, cinco claveles escarlata, cereza, rosa y magenta; el quinto era de tan variados y adorables matices, que no hallaba para él un nombre adecuado.

Aquellas flores no prosperaban con la misma exuberancia en las laderas más bajas, aunque sus colores normales prevalecían a todo lo largo del río.

Hacía mucho tiempo que Ester deseaba llegar al bosquecillo de tiemblos que ahora alcanzara. Desde su ventana del rancho lo había contemplado, viéndole brillar más dorado cada día, fascinándola con la aventura de las cimas. Cerca estaba el pequeño y encantado jardín, un llano donde crecían algunas docenas de temblorosos álamos de blanca corteza, vestidos con su espléndido y dorado ropaje otoñal. Estaban separados unos de otros por varios pies de distancia, pero su follaje se mezclaba en un dosel que temblaba y se estremecía, como si cada hoja llorase por las muchas que se despedían de la vida, y pronto todas debían caer para aumentar la dorada alfombra sobre la hierba. Y por entre esta alfombra de oro, acá y allá, por todas partes, se elevaban majestuosas y adorables pajarillas blancas y azules.

Ester halló un asiento de hierba al pie de un álamo allí dejó a un lado sus flores, su sombrero y los gemelos que llevaba colgados de los hombros. Se recostó contra un árbol para contemplar sin cansarse las pajarillas, que parecían saludarla; la murmuradora bóveda, que casi ocultaba del todo el cielo azul; la ladera de lilas, el valle dormido y como velado por una gasa, la casa del rancho, abajo, a lo lejos; las laderas de enfrente, ondulantes y alegres, elevándose una tras otra hasta la región de los palos negros, desolada sobre un fondo de floresta, y las magníficas cúpulas de las lejanas montañas.

No había prisa; la hora parecía suspendida, dulce, silenciosa, infinitamente grave, tan bella que le causaba dolor en el corazón. Estaba sola. Una hora así en las cimas que dominaban el Trabajoso, no sólo le compensaba las penas, las dudas y las preocupaciones pasadas, sino que la desposaba con el Colorado para toda su vida. No sabría explicar por qué, pero lo sentía con viveza. Ahora podría amar al Trabajoso hasta en la muerte del Invierno, porque siempre sería una promesa para el verano y para aquella florida estación.

Ester nunca había estimado en poco su capacidad para el amor, pero ahora se extrañaba ante su asombro desarrollado. Su padre, los niños, Gertrudis, el mismo Fred habían entrado en el engrandecimiento de sus afectos, pero extraño y maravilloso era, en verdad, que aun aquello pareciera poco comprado con la potencia de otro amor. Un jinete flexible, de mandíbula cuadrada, de cara curtida y ojo penetrante, había ganado su adoración.

Nunca había negado los diferentes grados de aquella cosa irresistible que había

convertido las horas en semanas, pero hasta última hora no se había dado cuenta de su poder. Su vergüenza, su miedo, su secreta y egoísta esperanza habían desaparecido. No comprendía por qué había de vivir en perpetua contienda consigo misma por amar a un hombre. Siempre había contado con acabar amando a alguno, desesperadamente quizá, pero ahora que había llegado a ello, quería ser feliz, no desgraciada. Y se hundía en una exaltada felicidad, por lo menos allí arriba, absorta en la grandeza y liberación de aquella soledad. Pero, ¿podría ella sostener aquella elevada emoción, conservarla siempre, acallando los instintos y deseos que, contenidos dentro de sí misma, eran causa de su inquietud?

El ganado descendía por el valle. Veía los numerosos puntos rojos y blancos confusos sobre el incierto fondo. Había sido conducido más abajo, fuera de la zona de las hierbas venenosas. Ester requirió los gemelos y recorrió con ellos las laderas, consciente de qué y a quién deseaba ver. Pero no había jinetes con el ganado, y un rebaño de alces pastaba mezclado con los toros. Ester contempló el majestuoso monarca de aquel rebaño. Se mantenía un poco apartado, y con frecuencia levantaba al cabeza para mirar su alrededor. Sus magníficas astas parecían las raíces invertidas de un árbol. Era peludo, blanco y gris. ¡Con cuánta libertad y brío erguía su noble cabeza! El toque de una trompeta retumbó por el valle.

Y observando *y* escuchando, gozando de aquella elemental soledad, pensando y soñando, llegó Ester a la asombrosa pregunta de cuándo, cómo *y* par qué había llegado a amar a Arizona Ames.

El cómo y el porqué se resolvieron juntos con la sola deducción de que, siendo mujer, no podía evitarlo. Pero el cuándo, era el misterio que la fascinaba, que la hacía a la vez humilde y furiosa, impotente y agradecida. ¿Qué le importaba saber cuándo, puesto que el hecho desnudo era bastante? Mas era su modo inconsciente de elogiar a Ames lo que ella no podía resistir.

Quizá cuando apareció ante ella aquel día (podían haber pasado sólo tres semanas?) un jinete exhausto y macilento, pero, sin embargo, la figura pintoresca de sus sueños. O quizás a la siguiente mañana, cuando, sentada en su habitación, rígida y sin aliento, sus oídos atentos para no perder ni una de las graves palabras que Joe Cabel le decía a su padre, su corazón se llenó con la conciencia de que aquel jinete, Ames, era maravilloso para su viejo amigo, pero terrible para ella. 0, casi con certeza cuando tuvo la temeridad de mirarle a los ojos, aquellas dagas azules que se clavaban en ella, y le pidió, le rogó que se quedase en el Trabajoso.

Algo incalculable y trascendental le ocurrió entonces, pero su análisis no la dejaba convencida de que fuera aquél el momento en que se enamoró de Ames. Su hermana. ¡Celos! Él se había perdido por aquella Nesta, así

lo había dicho Joe. Ester tenía que oír aquella historia algún día, antes de juzgar y vencer aquellos innobles celos. ¡Qué cosa tan extraña, tan cálida y tan terrible, los celos! O

quizá le habían vuelto insidiosamente, por la gradual animación de su padre, su alegría y su antiguo ser enérgico *y* optimista. La realización de esta verdad dejó una señal en la vida de Ester. ¡Cómo había llorado sola en la oscuridad! Luego, el día inolvidable en que Brown entró en el vestíbulo con una trucha tan larga como su brazo, la criatura más asombrada, más feliz y más sucia del mundo.

-¡Mira, Ester! - había gritado, con los ojos como dos luces -. Arizona me ha enseñado cómo pescarlas. Pero tengo que dejar de hablar mal. - Y la maravilla era que había dejado de hacerlo.

Y más tarde, Fred, ocupando la plaza de Mecklin en el cuidado de los rebaños. ¡Aquello había sido un suceso! Ester recordaba la hora de la mañana en que su padre, con pocas y terminantes palabras, despidió a Mecklin.

-Oye, Fred - había dicho Ames, de aquella manera que podía significar buen humor, bondad o amenaza -, toma tu caballo y tu revólver, porque vas a montar conmigo.

Fred había mostrado las primeras señales de alegría desde hacía muchos días, y se había lanzado al trabajo como un pato al agua, según la expresión de Ames. Lo que Halstead no

había conseguido nunca de su hijo, lo hizo Ames con unas pocas palabras. ¿Cómo explicarlo? Había algo poderoso en la personalidad de aquel hombre. ¡La fama de su nombre! Aunque Ester creía estar disgustada con ella, nunca dejaba de estremecerle. Otra vez había escuchado, escondida, el relato de Joe a su padre y a su hermano de cómo había matado Arizona a aquel infame ranchero, Rankin.

¿Fue aquélla la hora de su rendición? Si era así, ¿qué había hecho de ella el Oeste? De ella, a quien de niña nunca se le permitiera leer novelas, que a los catorce años había dado una lección de doctrina en la escuela dominical. ¡Pero qué sabía nadie lo que se escondía en ellos!

No pudo llegar a una conclusión definitiva. La catástrofe era resultado de todos aquellos incidentes y de los estados de ánimo por ellos engendrados. Y quedaba el hecho abrumador de que amaba a Ames más de lo que jamás creyera que podría amar, que ya era bastante.

Siempre en su presencia tenía que vivir una mentira. Tenía que ocultar sus sentimientos cuando deseaba ser sincera. Una palabra o una acción casual podía levantarse como un traidor para delatarla. Y lo peor es que deseaba ser delatada. No tenía vergüenza, pensaba con la vergüenza más apasionada Había momentos en que se lamentaba de su estado, y otros, como los que pasaba en las floridas laderas, en que glorificaba su humillación.

¿Pero qué hacer? Ester suspiró. Allí arriba se sentía feliz y venturosa; pero en el rancho había veces... De súbito, con las mejillas encendidas, recordó un incidente de otro día. Había ensillado y montado su caballo para dar su paseo y estaba a punto de partir cuando Fred y Ames aparecieron a pie.

-¿No es una hermosura, Arizona? -había dicho Fred. Ester aceptó agradecida el cumplido, cuando Ames lo echó todo a perder.

-No está mal, pero el aparejo que lleva es una vergüenza - replicó Arizona.

Luego, sin notar el rubor de Ester, puso una mano fuerte sobre las de ella, que apretaban el borrén, y dio una sacudida a la silla.

-¿Es que no puede usted acordarse de cómo le he enseñado a cinchar un caballo?

-No, no puedo - replicó ella débilmente, pero retadora. Mientras él apretaba la cincha como es debido, Ester tuvo que permanecer allí sentada, temblando al ligero contacto de sus rápidas manos, horrorizada por un súbito y violento deseo de echarle los brazos al cuello. Seguramente, no había sido aquél un momento engañoso, pues debía amarle desde antes para poder caer en tan ignominiosa aberración mental.

A última hora de aquella tarde, Ester emprendió un camino apacible por entre las flores, jurando que no arrancaría ninguna más, pero cuando llegó al arroyo, tenía los brazos llenos. También su corazón parecía lleno, si no de flores, por lo menos de su esencia y belleza. Más significativo que este memorable paseo era el hecho de que el ruidoso y alborotado torrente pareciera bajar cantando, feliz, a través del valle.

XVI

Ester se encontró con Joe yendo río arriba, a alguna distancia de la casa. Por la tarde tenía algunas horas libres, que pasaba fuera, por lo general, con los muchachos. Siempre que Ester estaba de paseo salía a su encuentro. A ella se le ocurrió que, en los últimos días, su vigilancia había aumentado.

-No me gustaría que me obligasen a decir qué me gustaba más, si usted .o las flores - observó.

-¡Viejo adulador! - exclamó alegre Ester -. Apuesto a que en sus tiempos ha sido usted un demonio con las mujeres.

-No, he sido un muchacho muy pacífico.

-¡Cómo me voy a creer yo eso! ¿Cuántas novias ha tenido usted, Joe?

-Una nada más. Me casé con ella cuando tenía dieciocho años, y yo, poco más. No tuvimos hijos, pero fuimos felices hasta que se murió. Nunca me he consolado de ella. Pero ya estoy mejor.

-¡Oh! Joe, siento haber sido tan ligera - dijo con sentimiento Ester.

-Ha debido usted subir muy alto. Esas flores no crecen por aquí abajo.

-Ha sido un paseo delicioso. He subido más arriba que nunca, y he descubierto un bosquecillo encantador, desde donde lo puedo ver sin que me vean.

.-Sin que la vean..., excepto un par de ojos del halcón que yo sé.

-Los de usted ya son un par. ¿Y los de quién más? - demandó ella, sabiéndolo muy bien.

-Adivínelo.

-¿Los de papá?

-No.

-Soy muy mala adivinadora.

-Los otros ojos del halcón son los del hombre más loco y enamorado que he visto en mi vida.

-¿De veras? ¡Pobre hombre! - exclamó con solicitud Ester.

-Sentémonos en esta piedra - dijo Joe, serio, cuando Ester esperaba sus bromas.

-Pero es tarde, Joe. Estoy llena de manchas de flores y tengo que mudarme de ropa para cenar - protestó ella, un poco asustada por la gravedad de Joe.

-No es preciso que se mude usted esta noche. Sólo estarán los niños y su padre en la mesa.

-Fred dijo que estaría en casa esta noche - repuso ella, presintiendo algo desacostumbrado.

-No ha venido Fred; como usted sabe, se fue el sábado para pasar un día en casa de Wood. Vuelve a hacerle el amor a Biny. Bien, hoy ha venido el joven Jim y ha dicho que Fred sólo estuvo un momento en casa de Wood. Pero le han visto hoy en la carretera con Hensler.

-¡No me lo diga usted, Joe! - imploró Ester.

-Lo siento, pero es mejor que se entere por mí de las malas noticias.

-¡Malas noticias! ¿Más? - tartamudeó Ester. La transición de sus sueños a la realidad presente, la hería en proporción con su sorpresa y fatalidad. ¡Demasiado bueno para ser duradero!

-Más y peores. Tenga usted ánimo. Su padre las ha tomado con mucho valor. Hace un mes se hubiera hundido al oírlas.

-

-¡Cuente!

-Hoy nos han robado ganado. Detrás del rancho, en el Cerro Alto. Stevens ha vuelto herido.

-¡Herido! - gritó asustada Ester -. ¿Y Ames?

-No. Arizona no estaba allí. Estaba Stevens solo. Le han herido de gravedad, pero sanará. Jed se lo ha llevado en el carro y Arizona ha ido detrás a caballo. Si pueden encontrar a un médico en Craig o en algún otro sitio, Stevens se curará.

- ¡Pobre muchacho! Espero y le pido a Dios que no se halle en peligro... ¡Ladrones de ganado otra vez! Mi padre se debe de haber apurado mucho, Joe.

-No; al menos yo no lo he visto - respondió Joe -. El viejo me ha gustado. Le digo a usted que estando Arizona aquí la cosa es muy diferente. Que me ahorquen si a su papá no le ha complacido que le roben. Todos sabíamos que los ladrones probarían a Arizona Ames, más tarde o más temprano. Y lo han hecho, y ¡..... t Si no fuera por usted, muchacha, sería divertido para mí.

-Por mí no se preocupe - murmuró Ester, tratando de animarse para lo que sabía que se aproximaba.

-Stevens no ha hablado mucho, pero le hemos sacado lo bastante para reconstruir los hechos. Mecklin y Barsh Hensler, y otros que Stevens no conoce...

-¡Barsh Hensler! ¿Y dice usted que han visto a Fred hablando con él? - gritó Ester, angustiada.

-Sí, y siento mucho tener que decirlo. Pero Ames le ha dicho a su padre: «Espere, Halstead, espere a que yo descubra...» Y yo le digo a usted lo mismo. No juzgue usted a Fred hasta que tenga la evidencia ante sus ojos. Quizá no sea tan malo como parece... Bien, Mecklin le dijo a Stevens que contestaban a las bravatas que había soltado Ames en Yampa, y que se llevaban aquel rebaño, que, por fortuna para nosotros, era más pequeño de lo que ellos creían. Stevens se resistió, según se dice, y tiene un par de agujeros en el cuerpo que lo atestiguan. Se cayó del caballo por la ladera, pero Ronald le vio y nos lo dijo. Su padre y yo lo bajamos, y estábamos curándole cuando llegó Arizona.

-Y entonces, ¿qué? - preguntó Ester temblando.

-Arizona se hizo cargo de todo. Envió a Jed con el carro y Stevens, y regañó con su padre, [q]ue estaba rabiando por ir también. Y, mientras ensillaba el caballo, me habló a toda prisa y me dijo: «Joe, vete a buscar a Ester. ¡Creo que estaba por este lado del valle! » Y re-negó como un condenado. «Búscala y dile sin rodeos que la cosa tiene mal aspecto, pero que si Fred no está realmente complicado, no valdría ni dos c... aclarar la cosa y... y...

-¡Dios mío, Joe! ¿Cómo ha podido decir eso y qué es lo que quería decir?

-Algo así como que si Fred no estaba complicado, no será nada para Ames matar al jefe de la cuadrilla y darles a otros un susto tal que no se atrevan a acercarse a Yampa en toda su vida. Pero si Fred está metido en ello, será más grave. Oiga las mismas palabras de Arizona: «Dígale a Ester que si Fred, borracho o de otra manera, ha sido arrastrado a esta canallada, yo dejaré su nombre limpio, de un modo u otro. »

-¡Dios mío! ¿Cómo podrá? ¿Qué más ha dicho? - tartamudeó Ester.

-Nada más. Se marchó - concluyó Joe con frialdad. -¿Se lo ha contado usted a mi padre?

-SI, ahora mismo. No se ha preocupado mucho, sin embargo. Se está convirtiendo en un verdadero ranchero, ¡.....! Y esto me recuerda, señorita Ester... ¿Sabía usted que su papá le ha ofrecido a Arizona hacerle socio suyo en este rancho?

-No, no lo sabía.

-Pues, sí; y ese ¡.....! vaquero lo ha rechazado. -¡Rechazado! - repitió Ester.

-Es increíble, pero es así. Halstead se puso furioso y usó un lenguaje que me acreditaría a mí mismo. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Arizona admitió que era un trato ventajoso que él no merecía y que los dos juntos podían hacer fortuna en este valle; pero añadió: «No puedo.» «¿Por qué! ¡.....! no puede usted, si ve las cosas como yo?», aulló Halstead. Arizona se puso un poco pálido y: « Escuche, Halstead (dijo despacio *y* frío, ya sabe usted cómo habla él): estoy enamorado de su hija y no podré resistirlo mucho tiempo. Me quedaré aquí hasta que le saque a usted de este lío y le ponga en camino de tener un gran éxito ; luego, me marcharé. He llevado una vida muy triste y solitaria, y si me quedo aquí mucho más tiempo no valdrá la pena de que viva lo que me quede que vivir, pues me temo que amaría a Ester más que a Nesta, mi hermana gemela y es decir mucho, patrón... Tengo treinta y dos años y una historia de sangre. Ester no podría amarme, aunque usted consintiese, que tampoco puede usted; así es que no hablemos más del asunto.»

Ester parecía haberse fundido con la piedra sobre que se sentaba. Pero en su interior se agitaban remolinos, relámpagos y latidos del corazón que retumbaban como truenos en sus oídos. Las flores se cayeron de su regazo sin que lo advirtiese. El amable contacto de la mano de Joe la hizo volver a la realidad.

-¡Oh! He sido demasiado brusco murmuró Joe con remordimiento -. Lo he hecho adrede, Ester, pero perdóneme.

-¡Oh, Joe! Soy tan tonta... No hay nada que perdonar.

-Sí, hay algo. He descubierto su secreto; ha sido una treta indigna.

Librodot

-¿Secreto?

-Sí, pero ya lo sabía antes de que usted se adelantara. Joe Cabel es muy listo... Ester, usted quiere ya un poco a Arizona, ¿no es verdad?

-Me temo que sí.

-Bastante, ¿no?

-Yo... puede ser... quizá.- Ester se apoyaba contra el hombro, vestido de áspera tela, de Joe, con la cabeza inclinada.

-Su secreto está a salvo conmigo. ¿No lo sabe? Podría traicionar a Arizona por usted. Ahora lo estoy haciendo. Pero a usted nunca, Ester.

-Qué secreto? ¡Oh, Joe, no me haga usted hablar! - murmuró Ester.

-No, de ninguna manera; pero, ¿no ama usted a Arizona un poquito? ¡Pobre diablo! Siempre empujado de un rancho a otro, sólo por ser demasiado bueno. Sin hogar, sin nada más que hombres como yo que le quieran. ¡Nunca ha tenido novia! Fiel a aquella hermana por quien se lanzó a su largo y sangriento camino. ¿No le ama usted un poco, Ester?

La joven apoyó la cabeza sobre su hombro.

-Creo... creo...

-Bien... bien... Muy bien. Mi plegaria ha llegado al cielo. Yo soy también un viejo chiflado que le ha tomado a usted tanto cariño como si fuera mi propia hija. Además, siempre he tenido debilidad por Arizona. Ester, el Oeste produce hombres. He conocido más de los que puedo recordar. Los hace salvajes y perversos, y también lo contrario. Hombres como su padre jamás podrían encontrar un hogar aquí si no fuera por hombres como Arizona... Ahora me parece que le ama usted más que un poco.

-Creo que sí - confesó Ester, ocultando el rostro.

-¿Cuánto?

-¿Jura usted no decirlo nunca?

-Lo juraría sobre un montón de Biblias.

Ester levantó la cara y abrió sus nublados ojos. Aquel bondadoso y astuto Joe la había vencido, pero por él se había hallado ella a sí misma. Se inclinó para recoger las flores caídas. Luego, se enderezó sin rubor ante su amigo, para dar a su respuesta cierto aspecto de dignidad.

-Tanto, Joe, que si no no me hubiese usted dicho lo que ha dicho, no hubiera podido soportar mi temor por Fred y por él.

Tres días después de esto, a la caída de la tarde, Jed regresó; conduciendo el carro hasta la puerta de la casa. Cuando llamó, salió Ester para ver a su padre y a Joe ayudando a bajar a Stevens. No podía tenerse en pie. Su brazo izquierdo colgaba de un cabestrillo.

Luego descubrió Ester a Fred, con la cara tan blanca como el vendaje que envolvía su cabeza pasando por bajo la barbilla.

-Ya estamos de vuelta, patrón, y un poco averiados -decía Jed -. Ames está en el establo.

Por primera vez los niños no alborotaron a la llegada de alguien que volviera del pueblo. Permanecían mudos y con los ojos muy abiertos.

-Halstead, yo y Jed atenderemos a Stevens. El ranchero no había encontrado aún su voz. -Entremos, padre - dijo Fred -; *y tú* también, Ester. Tengo muchas cosas que contar.

Entraron y Ester cerró la puerta.

-¡Fred! ¿Estás herido? - gritó cuando recobró la voz.

-Sí. Pero no es nada... para lo .que podría haber sido Sólo un agujero en la oreja.

-¡Un agujero! - exclamó asombrado Halstead.

Fred se dejó caer en la silla; su flaccidez y el temblor de sus manos demostraban el agotamiento de sus fuerzas.

-Un agujero de hala, de un tiro - dijo con una débil sonrisa.

-¿Quién ha sido?

-Ames.

Los sentimientos de Ester se convirtieron en piedra; no pudo pronunciar una palabra.

-¿Qué dices, hijo mío? - demandé el padre, incrédulo.

-Es verdad - replicó Fred con voz ronca -. Estaba terrible... Pero no me conoció, papá. Creyó que se trataba de uno de la partida de Bannard. Casualidad ha sido que no me matase. Su bala me arrancó el sombrero y me atravesó la oreja. Estoy señalado para toda la vida. Cuando me reconoció, dijo: « ¡Fuego del infierno! »

-¿ Qué significa todo esto? - pregunta con voz opaca Halstead.

Ester se acercó a un asiento al lado de la chimenea y se dejó caer lentamente en él. Si no estaba loca, Fred había sufrido una transformación.

-Escucha, papá. Lo quiero confesar todo - empezó Fred con profunda agitación -. El sábado fui a ver a Biny Hood. Allí encontré a Jess Tauber y me enfadé, aunque sabía que Biny no se preocupaba de él. Pero me ofendió. No la había visto en varias semanas, esta-ha loco, y tenía la estúpida idea de rogarle que creyese en mí y me siguiera queriendo.

-Esa no era una idea estúpida, hijo - dijo Halstead al detenerse Fred para cobrar aliento.

-Cuando me separé de ella, me encontré con Barsh Hensler, Mecklin y Coates. Fue mala suerte. Tenía una botella. Yo sabía que no debía beber y me resistí. Si no hubiese estado tan furioso y ofendido con Biny, no hubiera cedido. Pero cedí, y el alcohol me puso fuera de mí. Me emborraché. Esto ocurrió el sábado por la tarde, y no me serené lo bastante para saber lo que hacía hasta que robaron tu ganado a Stevens. Recuerdo haber montado. Y recuerdo que Stevens gritaba cuando Mecklin le hirió... Tuve que ayudar a conducir el ganado. Dio mucho trabajo. Era muy entrada la noche cuando lo encerramos en un corral. A la mañana siguiente ya estaba sereno y con mortales angustias. Estábamos en el viejo rancho, lejos del camino, diez millas más allá del de Wood.

Fred se ocultó la pálida cara entre las manos, tanto por esconderla como para alejar el recuerdo.

-Comprendí entonces que Mecklin me podía denunciar como ladrón. Estaba hundido y no sabía qué hacer. Quise suicidarme, pero me faltó el valor. Entonces juré que mataría a Mecklin... Nos quedamos allí esperando. Mecklin bajó al camino para encontrarse con Bannard y el resto de la cuadrilla... Pero se encontró con Ames, que le dio una paliza y le hizo confesar el robo. Esto no lo he sabido hasta después... Bannard vino con sólo dos hombres. Estaba furioso, y cuando vio que no teníamos más que unas cincuenta cabezas de ganado, se puso a jurar y maldecir. Se hizo tarde, y salimos al porche para seguir jugando. Hensler estaba medio borracho;

Bannard, colérico. De repente, apareció Ames por la esquina de la cabaña, empujando a Mecklin con el revólver. Yo me mordí los labios para no gritar su nombre. Me metí el sombrero hasta las cejas y me encogí. Estaba aterrado. Mecklin estaba ensangrentado y tan débil que apenas podía andar. Ames le derribó de un golpe con el revólver. Luego, nos miró a nosotros y eligió a Hensler.

»-Se ha acabado el juego, Hensler. Vuestros robos concluyen aquí. Mecklin os ha delatado - dijo.

»-¿Quién diablas es usted? - aulló Bannard.

»-Mi nombre es Ames.

»-¿Ese individuo de Arizona? - preguntó Bannard, poniéndose verde.

»-Quien sea. Supongo que usted es Clive Bannard...

»Pero Bannard se asustó tanto que ni siquiera pudo decir su nombre. Luego Barsh Hensler, el muy idiota, se levantó gritando: «Bannard, ¿éste es Arizona Ames? ¡Ja! ¡Ja! Mira lo que hago con él...», y quiso sacar el revólver.

Fred se estremeció en su asiento, con los ojos cerrados y más pálido aún.

-Entonces ocurrió todo. No puedo decir bien cómo fue. Cuando aquel loco borracho sacó su arma, sonó un estampido horrible. Yo vi aparecer un agujero en medio de la frente de

Hensler. Hizo una mueca. Su arma disparó. Yo me quedé paralizado, pero oí los tiros... El último me dio a mí y me derribó. « ¡Fuego del infierno! », rugió Ames, y me levantó y me apoyó contra la pared. Si no me hubiese sostenido me hubiera caído, pues pensé que quería matarme. Estaba terrible. Pero me reconoció... Luego vi a aquellos hombres... Hensler, muerto sobre el cajón; Bannard, muerto también, creí entonces; uno, arrastrándose y gritando; otro, corriendo como una gallina coja, y Mecklin quejándose en el porche. Ames había sido tocado una vez, una rozadura en el hombro, que me hizo que le vendase y mientras lo hacía me dijo algunas cosas que recordaré hasta la muerte, y quizá después... Salimos al camino y cuando Jed llegó con el carro volvimos todos a la cabaña. Mecklin se había escapado; Bannar no estaba muerto, pero le faltaba poco. Le cargaron en el carro y nos fuimos a Yampa, donde Ames ha dicho que Hensler y Bannard me habían obligado a robar los ganados de mi padre. Añadió que había habido una pequeña pelea en la cabaña de Harris... Y esto es todo, papá. Parece que Bannard no se morirá, pero tampoco se repondrá en su vida. Cuando esté un poco mejor se lo llevarán a la cárcel.

-¡De modo, hijo mío, que Arizona ha salvado tu nombre? - tronó Halstead.

-Sí, papá; me ha salvado - replicó Fred con voz ronca ¡Pero no he sido un ladrón! ¡Por el amor de Dios, no creas eso, papa!

-No lo creo, Fred... ¿Hará de ti un hombre esta lección?

-Lo hará, papá, a menos que Arizona me haya asustado demasiado para que vuelva a serlo.

Ester se arrancó de su asiento y se ocultó en su habitación, con la mente paralizada y un caos de emociones. No se aventuró a salir hasta el oscurecer. Luego, acechando una oportunidad desde el porche, detuvo a Ames, sin preocuparse de que Joe estuviera con él.

En alguna de las espantosas horas transcurridas había pasado por su mente la idea de cuán imposible le sería tocar nunca a aquel monstruo de manos ensangrentadas. Pero cuando se vio frente a él, cuando le habló sin saber de qué, y él la miró con aquellos ojos que siempre tuvieron y siempre tendrían el poder de detener los latidos de su corazón, le cogió de la ropa.

-Sólo quiero saber una cosa - murmuró en voz baja y apresurada.

-Supongo lo que es - repuso él con su acento inolvidable. ¿Cómo podría hablar con tal indiferencia? - Conocí a Fred en cuanto le vi, pero hice creer que le había tomado por uno de la banda. Era una buena oportunidad para meterle con el susto un poco de sentido común en la cabeza. No me descubra usted nunca.

Octubre trajo las noches frías, las mañanas heladas, la caída de las hojas de los álamos y la desaparición de las flores.

Ester se dedicó febrilmente al trabajo de coser, ayudar a Joe a almacenar fruta para el invierno y otras tareas propias de la estación. El domingo que Fred trajo a su casa a la pequeña Biny Wood, e imitando el acento de un importante miembro de la casa Halstead, les anunció su promesa de matrimonio, fue decisivo para Ester, rompió el hielo de muchos días *y* la felicidad apareció en el umbral como un tembloroso espectro.

Quizás un contagioso espíritu de bien extendía aquel día su voluntad desde otro sitio. Halstead anunció con calma a la hora de cenar que Ames había aceptado una participación en el negocio del rancho del Trabajoso.

-¡Olé! - gritó Brown, blandiendo el tenedor -. Ahora sí que voy a coger todas las... truchas en el...

-¡Brown, levántate de la mesa en el acto! - ordené severamente Ester.

-¡Oh, Ester! - protesté él.

-Has faltado a tu palabra de no volver a hablar mal.

-¡Pero, Ester, ahora no vale! Arizona va a vivir con nosotros. Apuesto que a papá no le hubiera importado que tú misma jurases un poco también.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! - estalló Halstead, con la cara purpúrea -. Seguro que no, pero obedece a

tu hermana y la próxima vez ten más cuidado.

-Bueno - dijo Brown tercamente -. Pero ahora la cosa vale la pena, ¿verdad?

Ester fue la última en capitular ante aquel producto de la vida del rancho, pero se rindió lealmente. Sabía, aun antes de que Joe se lo hubiera dicho, que Ames nunca podría imaginarse que ella le quisiera.

Durante algún tiempo después de la tragedia, se había mantenido apartado, comiendo con Joe en la cocina, rara vez visible, y cuando lo era, ceñudo, silencioso e inabordable. Luego experimenté un súbito cambio, debido a una carta que Jed le había traído de Craig. Ames parecía transformado. Ester sentía una enorme curiosidad por aquella carta y en sus venas, el antiguo y odioso fuego.

-¡Nesta! Pero Ester era feliz por 61. Esperé muchos más días de los que hubiera podido imaginar. Un domingo por la tarde, mientras su padre roncaba en su habitación y los niños jugaban fuera, Joe, haciéndole un guiño de inteligencia, abandonó vergonzosamente a su amigo, y Ester se halló sola con aquel Arizona Ames forastero en el Trabajoso, que se había convertido en una necesidad imperiosa para su ventura. Ella borraría aquella tristeza de su cara, aquel recuerdo o pensamiento de no sabía qué, si el poder de una mujer podía hacerlo. Pero no podía aún mirarle al rostro.

De pronto, se arrojó, por detrás, sobre él y, antes que pudiera moverse, le rodeó la inclinada cabeza con los brazos y apoyó las manos sobre los ojos apretándole estrechamente. Había necesitado reunir todo su coraje. Pero cuando sintió estremecerse toda aquella forma fuerte y elástica, algo se levantó en ella imperioso y exultante.

-¿Es usted un buen adivinador, Arizona? - le preguntó.

-¿Yo? El peor que haya visto usted en su vida - replicó él, tranquilizado -. ¿Qué clase de juego es éste? -Es un juego de *fingimiento.*

¿Y tengo que estar ciego?

-¡Oh! Esto de ponerle las manos en los ojos es sólo convencional. ¡Está usted ciego!

A esto guardó silencio.

-Bueno - continuó ella, con forzada animación -. En este juego fingirá usted (verdad es que • no tendrá que esforzarse mucho) que es un vaquero tímido, vergonzoso e inocente

-Ese animal no existe - repuso Ames, intranquilo.

-He dicho fingir, ¿no? Un vaquero muy tímido, que nunca ha tenido novia, que ha llevado una vida dura y solitaria cabalgando de acá para allá entre esa terrible gente de los ranchos, que no le da importancia a las balas, a la sangre, al asesinato y a la muerte... De manera que nunca ha tenido tiempo de conquistar a una mujer.

Ella le atrajo dulcemente la cabeza, hasta hacerla descansar sobre su agitado pecho.

-Arizona, ¿escucha usted con atención para entender cómo se juega en este juego?

-La escucho, bruja - replicó 61 con creciente turbación -. ¿Es leal esta partida, Ester? ¿No tiene usted preparadas las cartas?

-Ya verá usted como es un juego perfectamente honrado - repuso ella, apresuradamente. La cabeza de él apoyada en su pecho amenazaba quebrantar su audacia. Pero continuó, estremecida con la conciencia de su poder, y cerrando los oídos a una voz suave y lejana -: Ahora, mi parte en este juego es muy difícil, mucho más difícil que la de usted. Tengo que fingir que soy una muchacha audaz y desvergonzada, terriblemente enamorada del tímido vaquero. Secreta y vergonzosamente enamorada de él... ¿Debo continuar con las instrucciones?

-Sí, continúe, continúe hasta que me muera - dijo él con voz estrangulada.

-No creo que le mate - continué ella -. El juego consiste en que esta muchacha, esta desvergonzada criatura, se desliza por detrás del vaquero, así, y le tapa los ojos así... Muy pronto, según las reglas del juego, le quitará la mano de un ojo para que vea que no es exactamente un sueño... y le acariciará la mejilla..., así... y le arreglará el cabello:.. así... y luego, le besará la punta de la oreja... ¡así!... y luego murmurará...

-¿Qué? - gritó él, con el terror de la incredulidad.

Ester vaciló en el borde. Tenía el corazón en la garganta. No había camino por donde retroceder; tenía que continuar. Si no le doliera tanto torturarle, ¡qué delicioso juego! ¡Qué sorpresa para él y qué gloria para ella! De súbito, una mano de hierro apretó las suyas y empezó a atraerla.

-Luego tiene que murmurar... - continuó Ester, casi incoherente - murmurar... a su oído... así... ¡Arizona *Ames; adivina!*

El le cogió la otra mano y la atrajo hacia abajo, quedando así los brazos de ella ciñéndole el cuello, mientras Ames trataba de verle la cara, inclinando la cabeza hacia atrás.

-Ester, si esto es un juego, es un juego amargo y cruel -dilo con voz opaca -. Yo no soy ya un muchacho para jugar conmigo. Soy un hombre a quien la vida ha estafado, y todo el hambre que mi corazón ha padecido tantos años se ha concentrado en usted.

-¡Ah! - gritó ella suavemente -. Déjeme continuar, Arizona, como si fuese un juego... Esta indigna muchacha le besará los cabellos... así... por donde ya son de plata... y murmurará: *Te amo, te amo, por todo lo que eres...* Luego, él tratará como merece a esta muchacha sin corazón y falsa, que ha vivido tanto tiempo una mentira... La hará pedazos, le romperá los huesos..., la abrazará... v...

No es que le faltase la voz y el amor a Ester, sino que lo que imaginaba le ocurrió literalmente. El mundo desapareció en un remolino, y fue rudamente sacada del encanto (que era Ames devorando a besos sus labios y sus brazos) por un grito agudo y aflautado que sonó en la puerta.

-¡Atiza! Ven aquí, Brown. Mira a Arizona abrazando y comiéndose a besos a Ester.

Al grito de alarma de Ronald, sonaron pasos precipitados.

– .....! - gritó Brown con diabólica alegría. Y los dos bribones salieron corriendo y dando gritos.

Aquella noche, mientras el resto de los habitantes de la casa dormía. Ester, en brazos de Ames, escuchaba la historia de Nesta.

Esta carta de Nesta y tu juego, Ester, me lo han pagado todo - concluyó Arizona -. Si te casas conmigo pronto, le haremos una visita a Nesta. El Tonto está mejor en octubre.

-¿Pronto? ¿Cuándo, Arizona?

-tendría que ser muy pronto - dijo él con temor, como si estuviera proponiendo un sacrilegio.

Ester le besó una mejilla.

-Arizona, nunca será demasiado pronto para mí.

Luego le habló de la Cuenca del Tonto, de aquel accidentado país de su juventud, del cual se había alejado para recorrer los ranchos. ¡Qué diferente del Valle del Trabajoso! Ester vio el círculo dorado y zigzagueante, con su borde negro, las oscuras colinas, y los cañones azules, y el río ambarino, y el Estanque de la Roca, donde la pobre Nesta intentó ahogarse; los abetos plateados de la juventud de Ames, los pavos silvestres cloqueando por los senderos cubiertos de hojas, y los claros de los bosques llenos de pinocha parda, que sus pies descalzos habían pisado. ¡Cuánto había amado él a aquel país y a su gente... a la dulce Nesta, que había sido una parte de su propio ser!